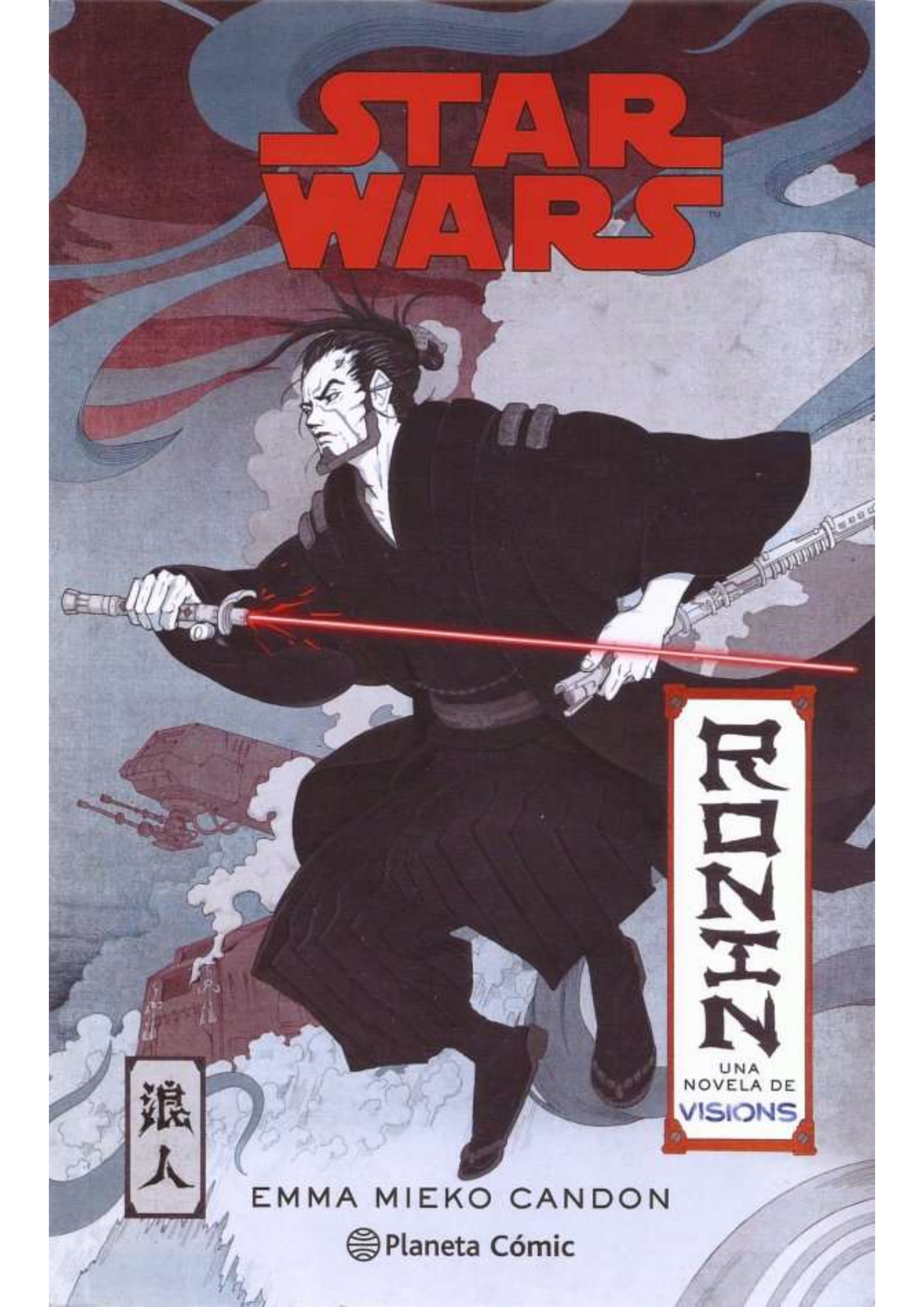

STAR WARS
RONIN
UNA NOVELA DE
VISIONS
浪人
EMMA MIEKO CANDON
Planeta Cómic

YO SOY YO, MI SANGRE,
Y ESTA ES MI GENTE.

NUNCA VOLVERÉ A
SERVIR A LOS JEDI.

NUNCA VOLVERÉ A
ARRODILLARME ANTE
SUS SEÑORES.

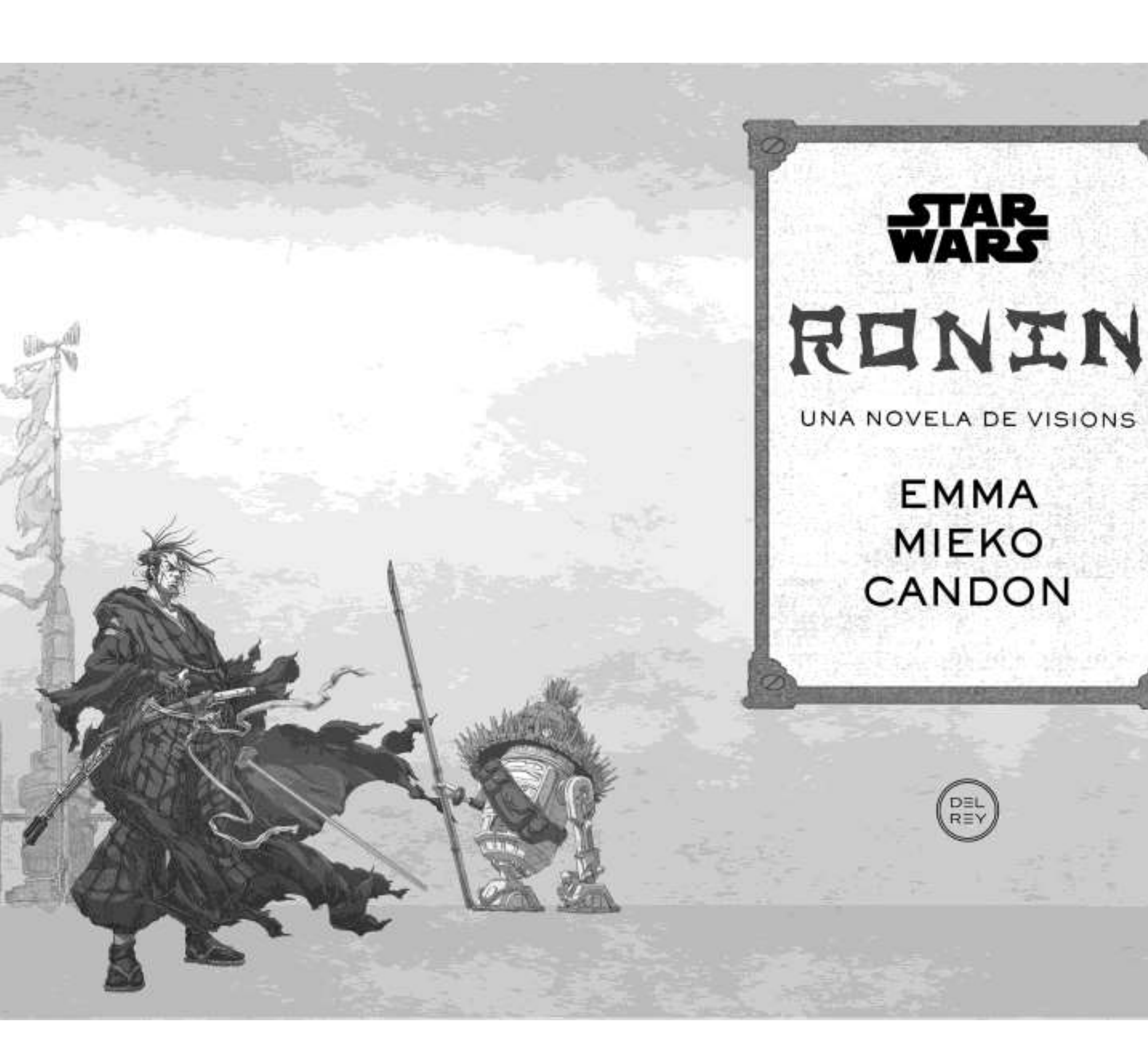
UN ANTIGUO SITH, UN PERSONAJE MISTERIOSO, VAGA POR LA GALAXIA
EN ESTE IMPRESIONANTE RELATO DE *STAR WARS*, UNA NOVELA ORIGINAL INSPIRADA POR EL MUNDO DE *EL DUELO*, PRIMER EPISODIO DE LA ANTOLOGÍA ANIMADA *STAR WARS: VISIONS*.

Los Jedi son los sirvientes más leales del Imperio. Hace dos décadas, los clanes Jedi, al servicio de los señores feudales, se enfrentaron. Asqueados de este ciclo sin final, una secta de Jedi se rebeló con la intención de recuperar el control de su destino y su poder y de dejar de servir a este o a aquel amo. Se hacían llamar «Sith». La rebelión de los Sith fracasó por culpa de las traiciones y de las luchas internas y los señores, que antaño habían sido rivales, se unieron para crear un Imperio. No obstante, ni siquiera un Imperio en paz está libre de la violencia.

Lejos de la frontera del Borde Exterior, un antiguo Sith viaja acompañado únicamente por un droide leal y el fantasma de una era menos civilizada. Aunque empuña una espada láser, asegura que no pertenece a ningún clan Jedi y que no rinde pleitesía a ningún señor. Poco se sabe de él, ni siquiera su nombre, porque nunca habla ni de su pasado… ni de aquello de lo que se arrepiente. Su historia está tan guardada como su arma, una destructiva espada roja que lleva siempre envainada.

El perpetuo ciclo de violencia de la galaxia no deja de interrumpir su exilio autoimpuesto y, en un momento dado, cuando se ve obligado a enfrentarse en duelo a una bandida que asegura ser Sith, se da cuenta de que no importa adónde vaya… jamás será capaz de dejar atrás los espectros de su vida anterior.

www.planetacomic.com
www.starwars.com



STAR WARS

RONIN

UNA NOVELA DE VISIONS

EMMA
MIEKO
CANDON

DEL REY





UNA NOVELA DE VISIONS

Emma Mieko Candon



Título original: *Ronin: A Visions Novel*
Autora: Emma Mieko Candon
Arte de portada: Kotaro Chiba
Traducción: Víctor Manuel García de Isusi
Publicación del original: 2021

Esta historia es oficial, pero no es canónica. No forma parte de la continuidad de Leyendas, ni del Nuevo Canon.

Revisión: Klorel
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
24.10.22
Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Para todas esas almas que han albergado la esperanza de escribir su corazón en las estrellas.

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana….

Un vagabundo solitario viaja por el Borde Exterior, el confín de la galaxia. A pesar de los edictos imperiales, el ronin se atreve a llevar una espada muy particular al cinto. Nadie conoce su nombre ni qué busca, solo que la muerte y los desastres lo siguen allí adonde va. No hay duda de que los mismísimos dioses han maldecido su nombre, un nombre que nadie recuerda…

CAPÍTULO UNO

DOS MESES DESPUÉS de que el ronin llegara al planeta Genbara, en el Borde Exterior, se había quedado sin créditos. Esto le preocupaba más a B5-56 que a él, y el droide aprovechaba cualquier ocasión para regañarlo.

—Mira, así no tendremos que preocuparnos de dónde dormimos —le dijo a su compañero rodante.

Una persona sin monedas no tenía por qué seguir el típico camino de puestos avanzados y posadas. No tenía que pagar por dormir en una cama. Y, así, podía vagar hasta donde su corazón la llevara, y los magníficos bosques de Genbara que tenía ante sí eran recompensa suficiente. Las vastas extensiones de pinos solo quedaban interrumpidas por tímidas parcelas de labranza reclamadas por colonos que reconstruían su vida lejos de las cicatrices que la guerra había dejado en los planetas que quedaban cerca del Núcleo de la galaxia.

Esa noche, el ronin durmió en un pequeño cobertizo del que le había hablado un viejo leñador el día anterior, cuando pasó junto a la cabaña del anciano de camino a las montañas.

«¿A las montañas, señor? ¿Estás seguro?», le había preguntado el leñador, que no dejaba de pasarse la lengua por los dientes.

Estaban sentados en la veranda de la cabaña del leñador, compartiendo una taza de té rancio. Era lo poco que quedaba en la lata del ronin, pero lo ofreció sin dudar a cambio de agua caliente y compañía.

«Tienes que seguir este camino hacia arriba, hasta más allá de la cresta. Llegarás a una aldea que hay en el valle… si es que sigue allí».

No era una frase muy halagüeña. Para el ronin, sin embargo, significaba que iba por buen camino. B5 se había fijado en la cara que había puesto. Por debajo de aquel sombrero de paja que llevaba, el droide murmuró una advertencia al tiempo que su ojo pasaba de rojo a azul.

El leñador, que no hablaba bien el binario, había confundido los sonidos que hacía el droide con nerviosismo.

«Cuando construí mi humilde choza, pequeño, ahí arriba había cuatro aldeas —comentó el leñador con una sonrisa en los labios—. Luego pasaron a ser tres… dos… y, ahora, solo queda una. Se dice que enfadaron a un espíritu… un espíritu al que no le gustan nada los colonos».

«¿Y cree que el espíritu lo respeta a él?», dijo una voz en la cabeza del ronin.

«Las montañas son diferentes», comentó este.

El leñador, que pensó que le hablaba a él, asintió como si aquellas fueran palabras sabias. B5 giró el ojo y se quedó mirando al ronin; no parecía que lo mirara bien. El ronin hizo como que no se daba cuenta. A veces, cuando estaba con otra gente, no respondía a la voz. Sin embargo, había otras veces en las que no podía evitarlo… y la cosa podía acabar mal. Si el pueblo de las montañas seguía en pie, pronto estaría con más gente, gente que parecía presa de las supersticiones.

A la mañana siguiente, se desperezó y se estiró para alejar el frío, y desayunó la media ración en barra que llevaba en la bolsa. Era toda la comida que le quedaba. Masticó despacio por el dolor y frotó el viejo metal que soportaba su mandíbula de oreja a oreja.

B5 no dejaba de rezongar y lo llamaba «viejo» y «simple». El droide insistía en que no le cabía duda de que sabía cómo ganar los créditos necesarios para que aquel estúpido viaje no acabara con él —o, por lo menos, para adquirir una prótesis más moderna—. No obstante, el ronin guardaba de tal manera su botín que, antes o después, un mal mundano acabaría con él. Puede que el frío, una infección… o algo peor.

«Sabes que sería idiota si intentase vender uno de estos —decía el ronin mientras le daba palmaditas a alguno de los tesoros que llevaba escondidos en los pliegues de la túnica—. ¿De dónde iba a decir que los he sacado?».

«Pero qué pretendes hacer con lo ganado, ¿acumularlo?», le preguntó la voz con amargura.

No tenía respuesta. Al menos, no tenía ninguna respuesta que fuera a gustarle.

Movido por una sensación de culpabilidad reflexiva, el ronin miró el forro de la larga capucha de su túnica. La prenda llevaba al menos un año pesando lo mismo, desde que había añadido aquella última pieza a la colección. Los cristales que llevaba cosidos en el forro destellaron como si lo saludaran, reflejos rojos que le iluminaron los dedos intentando llamar su atención a la desesperada. Querían que los tocara, que los cogiera, que los utilizara.

Cerró la túnica sin tocar los cristales. Por mucho que a la voz le diera igual, su razonamiento era el siguiente: mientras los llevase él, no le harían daño a nadie.

«Excepto a quien se lo haces tú», dijo la voz.

—Si quieres que muera —le respondió él mientras seguía por el camino lleno de agujas de pino—, solo tienes que señalarme el camino.

«En ese caso, sigue hacia la aldea».

El ronin sabía por experiencia que la voz no le iba a dar ninguna explicación o consejo más. Al fin y al cabo, lo que ella quería era que aquello que se encontrara en el pueblo acabara con su vida… no que él acabara con aquello que se encontrara.

El frío de la noche fue convirtiéndose en primavera a medida que ascendía el sol. El ronin, con B5-56 a su lado, se detuvo en la cresta, desde la que se veía el último pueblo que quedaba en las montañas. A lo lejos, en la zona más alejada de un valle lleno de pinos, las formas lineales de una nave estrellada brillaban de un fuerte color blanco. Se trataba de un navío elegante que había encontrado su innoble final de bruces en la falda de la montaña. Su casco plateado esplendía como una estrella con la feroz luz de la mañana.

«Qué poético, ¿no te parece?», le dijo la voz.

—A mí lo que me parece es que está destrozada.

B5 gimoteó, decepcionado.

—¿Hacer qué? No sé a qué te refieres.

B5 suspiró tan ampliamente como se lo permitía el binario.

Juntos, empezaron a descender hacia el último pueblo de las montañas. En él encontrarían a la presa del ronin… o no encontrarían nada. Su yo cobarde esperaba que no encontraran nada. Puede que fuera esa parte de su yo la que lo llevó a ralentizar el paso a medida que llegaban a la elevación que daba al pueblo, en la que había una casa de té junto a un antiquísimo pino que crecía torcido. Un olor raro salía de la casa y llegaba hasta el camino y, a pesar de las quejas de B5 —¡acaso no tenían algún lugar mejor en el que estar!—, el ronin permitió que lo atrajera hasta la puerta. En la casa encontró al dueño —un sullustano pulcro con la cara redonda y las mejillas de color gris por la edad—, sentado en un suelo recién barrido, trasteando en los cables de un droide de energía rectangular y quejándose de la naturaleza temperamental de este.

La sombra del ronin lo asustó y el sullustano se puso de pie como pudo para estudiar al recién llegado. Lo miró con precaución con aquellos ojos negros y chispeantes que tenía y fue levantando la vista para apreciar la gran altura del ronin, que le resultaba intimidante. El desconocido llevaba la túnica manchada por el polvo del camino y dos fundas bien visibles a la cintura.

«Parece que tengas malas intenciones», le soltó la voz.

El ronin frunció el ceño y el sullustano se encogió de miedo.

—No, no es por ti —dijo el ronin—. ¡Maldita sea! —Que maldijera asustó aún más al sullustano—. Es por tu droide de energía. Está goteando. Lo he olido desde el camino. Sé cómo arreglarlo.

El sullustano no se fiaba, pero, entonces, B5 asomó por detrás de la túnica del ronin. El droide lo saludó y se disculpó por la aterradora apariencia de su compañero. «Con que le des de comer, arreglará cualquier droide que tengas estropeado», le dijo en binario.

Diez años atrás, el ronin se habría mostrado molesto, como si la propuesta del droide fuera una afrenta a su dignidad, como si fuera un mendigo que intercambiaba reparaciones por comida. Ahora, en cambio, con la edad, había aprendido a ser más humilde. Cuando el sullustano se mostró de acuerdo, el ronin le preguntó dónde guardaba las herramientas.

La voz permanecía callada, pero su impaciencia pesaba en el pensamiento del ronin como la amenaza de lluvia inminente. La voz habría preferido que se entregara a lo que ella le tenía preparado. Él, en cambio, prefería ser útil.

Reparar el droide de energía fue sencillo. Al ronin le bastó con abrir el frontal manchado del chasis y toquetear los cables para descubrir de dónde provenía el escape. Sacó los dedos sucios por los restos del tubo de escape que había alterado el camino del acoplamiento de energía. Le preguntó al sullustano si tenía un transmisor grande o un cronómetro que no fuera a necesitar. El sullustano volvió con un viejo holoproyector que el ronin desmontó en unos instantes. No tardó en darse cuenta de

que no necesitaba sino uno de los dos sellos de seguridad del proyector para contener la fuga, y en cuestión de una hora lo tenía todo arreglado y limpio.

—Humillante, ¿no? —le comentó el sullustano a B5 mientras observaban cómo trabajaba el ronin—. Antes, durante la guerra, yo habría reparado un astromecánico como tú hasta dormido. Puede que incluso ahora fuera capaz de hacerlo… pero a los especialistas nunca nos pidieron que cuidáramos de nuestros droides de energía, y aquí me tienes, de lo más inútil cuando deja de calentar el té.

Cuando el ronin se puso de pie, el sullustano lo guio a una mesa en sombra que había fuera de la tetería y le prometió una tetera de su mezcla más exquisita mientras la ponía a calentar en el droide de energía, que había empezado a zumbar.

—¡Y pensar que te he confundido con un bandido!

El ronin se limitó a asentir a modo de agradecimiento. Desde aquel punto ventajoso, veía todo el pueblo. Era un sitio humilde, apenas dos calles de cabañas de madera con el techo de paja y reforzadas con restos de duracero de naves accidentadas durante la guerra. Las casas estaban dispuestas en línea, aparte de un puñado de estructuras y un par de torres de vigilancia sencillas, sin fortificar. En el centro del pueblo había un gran almacén del que colgaban estandartes y que estaba protegido con la puerta de una nave antigua. La mayoría de los pueblerinos estaban trabajando en los campos de arroz, que eran su sustento, mientras que unos pocos se reunían en la plaza del pueblo para hablar de negocios. Los niños corrían por las calles, riendo a voz en cuello. Un retablo de paz y armonía. Una paz y una armonía delicadas en un planeta como aquel, bien entrado en el Borde Exterior.

«La paz es fugaz y tiene un precio muy alto», apuntó la voz.

En esta ocasión, el ronin consiguió refrenarse, si bien B5 detectó que torcía los labios. El droide pitaba irritado y el sullustano lo regañó cuando llegó con el té. B5 le informó de que era de mala educación decir cosas que los demás no podían entender.

—Gracias —respondió con ironía el sullustano en el idioma del Imperio, convencido de que el droide lo había reprendido.

Luego, llenó hasta arriba una taza con gran pericia y se la tendió al ronin, que la aceptó y se sorprendió agradablemente por la peculiaridad del aroma, ligeramente dulce, con pino.

—¿Cómo es que viajas a pie, señor?

—Hay alguien que siempre me está diciendo que haga ejercicio.

B5 silbó como molesto y el sullustano contestó con sorna:

—¡Claro que tienes razón! ¡Debería prestar atención a tus sabios consejos!

El ronin solía hacer algún comentario cuando B5 se encerraba en su petulante silencio, pero algo atrajo su atención en aquel momento. Dejó que sus ojos persiguieran aquello que su cerebro había detectado y se vio atraído hacia un retumbar cada vez más presente, un eco que provenía de las montañas. La fuente del sonido enseguida hizo añicos el camino por el que el ronin había estado caminando hacía una hora.

Se trataba de un vehículo grande blindado, un vehículo construido para la guerra. Bajaba tronando por el camino de la montaña y dejó atrás la casa de té en dirección al pueblo. No rompió ninguna rama a su paso mientras avanzaba por entre los árboles;

estaba claro que no era la primera vez que pasaba por allí. La tetería tembló al paso del vehículo y el sullustano lo maldijo, traqueteando tanto como sus tazas.

En el pueblo no tardaron en oír el blindado. Los labradores dejaron caer sus herramientas. Los adultos cogieron a los niños y huyeron hacia las casas protegiendo a los pequeños con su propio cuerpo.

Una paz fugaz, sí.

—Son bandidos —le dijo el sullustano en voz baja, como disculpándose, mientras se escondía tras el umbral de la puerta y miraba a sus vecinos de abajo—. Se esconden en el pueblo abandonado que hay al otro lado de la montaña. Son soldados… o lo fueron… de lo que quedó de las tropas de los Sith. No lo tenemos claro, pero tampoco importa, ¿verdad?

Eso explicaba qué les había sucedido a los demás pueblos de la montaña. El ronin sabía que encontrarse con un espíritu era muchísimo más improbable que dar con un grupo de bandidos.

«¿No vas a bajar?», le preguntó la voz, que pretendía pincharle. Provocarle, más bien. A ella le encantaría que él saliera corriendo en el instante en que el impulso se lo pedía. Pero hacer caso a la impulsividad no serviría sino para que muriera antes de que alcanzara su objetivo. Es más, aún no sabía si aquellos bandidos eran dignos de sus esfuerzos o si en el pueblo lo esperaba un mal mayor. Ahora bien, no tardaría en descubrirlo.

B5 gimió por lo bajo, como si fuera capaz de oír los pensamientos de su dueño. El ronin no tenía claro si B5 quería que fuera tras los bandidos o si le daba miedo que lo hiciera. Puede que desease que se les presentase alguna opción, pero eso no iba a suceder. A B5 no le gustaba nada que el ronin sangrara y tenía claro que, en esta lid, iba a sangrar.

Abajo, el gran vehículo blindado se detuvo en la plaza del pueblo. Era el doble de alto que las casas. Se abrieron las puertas.

Tres planchas de metal se separaron de los laterales y se convirtieron en rampas por las que descendieron los bandidos. Iban vestidos con armaduras incompletas: cascos, hombreras y grebas con marcas de bláster. Por lo demás, se cubrían con taparrabos y llevaban pañuelos que anudaban aquí y allí para diferenciarse los unos de los otros. Era como si su desnudez hiciera que se sintieran poderosos.

Qué soldados tan valientes, que abrían la puerta de las casas de una patada y sacaban a rastras a campesinos llorosos.

La voz se rio.

El ronin apretó los dientes y le dio un sorbo al té.

—Señor, es peligroso… Por favor, espera dentro —le pidió el sullustano, que había pasado un brazo alrededor de la cabeza de B5, como si temiera que el astromecánico fuera a echar a correr hacia el pueblo.

Dos de los bandidos se quedaron mirando la tetería. El ronin les devolvió la mirada y frunció el ceño. Estaban muy lejos como para que distinguieran bien su silueta y, además, el ronin no les tenía miedo a los blásters de unos bandidos.

Además, no eran aquellos bandidos los que llamaban verdaderamente su atención, lo que hacía que el ronin estudiara los alrededores… sino otra presencia, algo oculto,

tenso, preparado para atacar. No era que su presa no estuviera allí, sino que no la había visto todavía.

Menuda escena la que se desarrollaba en el pueblo. Los bandidos reunían a los pueblerinos en la plaza polvorienta. Así podrían deshacerse mejor de ellos, si es que era eso lo que decidían hacer. Ya los habían reunido a todos, arrastrándolos hasta allí para demostrarles lo terriblemente indefensos que estaban.

—¡Gracias! ¡Gracias por vuestra calurosa bienvenida! —croó un bandido que llevaba la hombrera naranja de un comandante—. ¡Y, ahora, os toca pagar! ¡Hemos venido a por el tributo de este año!

Un bandido con el pelo largo que estaba junto al de la hombrera de comandante les gritó:

—¡Venga, que es una orden! ¿¡Quién es el jefe!?

Una figura pequeña, delgada, con el pelo revuelto, salió de entre la multitud. Era un niño que no contaría ni diez años. Se adelantó, con actitud orgullosa y, con voz clara, declaró:

—Yo soy el actual jefe del pueblo y… y consideramos que ya os habéis llevado suficiente.

El comandante se echó hacia atrás para evaluar al niño.

—¿¡Tú…!? A ti te conozco… Tú eres el *hijo* del jefe —dijo con desprecio—. ¡Vaya con tu padre! Mira que salir corriendo y dejar el pueblo en manos de un niño… ¡Sí que debe de ser cobarde!

Y se echó a reír. Los demás bandidos rieron con él.

En lo alto, el sullustano, con la frente sudorosa, le susurró al ronin:

—El jefe del pueblo está enfermo. —En su voz había, a un tiempo, miedo e ira—. Ese chico… ese chico es muy valiente.

—¡Qué valiente! —gritó uno de los bandidos en la plaza.

—«Ya os habéis llevado suficiente». —Otro de los bandidos imitó al niño—. Ay, chiquillo, eres adorable.

—Han sido unas palabras muy valerosas las tuyas, chico —empezó a decir el de la hombrera de comandante con tono burlón cuando los suyos dejaron de reírse—, pero me temo que la palabra de una persona no vale sino lo que vale su arma, así que, dime, ¿dónde está tu arma, eh?

El crío le mantuvo la mirada. Ya solo eso hizo que el ronin se removiera donde estaba sentado.

Entonces, el crío levantó la mano.

Justo cuando lo hacía, se oyeron dos disparos, uno de cada lado del pueblo. El ronin siguió la trayectoria de cada uno de ellos.

Uno provenía de un tejado que había junto a la plaza y el otro, de una de las torres de vigilancia. En el tejado había un gran con tres ojos y armadura ligera empuñando un rifle con una bayoneta y enseñando los dientes. En lo alto de la torre, un tusken bien resguardado ya se preparaba para hacer un segundo disparo con su largo rifle de

francotirador. Tanto el gran como el tusken volvieron a disparar, rápidos y precisos. Con cada tiro, caía un bandido.

—¡Bien hecho, guardias! ¡Encargaos de los demás! —gritó el crío que hacía las veces de jefe antes de salir huyendo de la plaza seguido de los demás pueblerinos.

No dejó a nadie atrás. Era evidente que habían practicado esta evacuación.

«Qué ratoncitos tan inteligentes, que han tendido una trampa a los gatos», comentó la voz.

—No seas maleducada —le respondió el ronin.

El sullustano estaba muy nervioso, absorto por la violencia del combate, como para preocuparse por lo que musitaba su invitado.

Abajo, en el pueblo, más mercenarios salían de sus escondites, cazarrecompensas, a juzgar por su equipo, mucho mejor que el de los bandidos.

Un droide de protocolo plateado con los ojos grandes y un cañón bláster rotatorio ennegrecido salió de uno de los callejones y empezó a abatir bandidos en la plaza.

Un trandoshano fibroso, escamoso, salió por la calle principal y se valió de sus largos brazos y largas armas —una espada y una naginata—, para deshacerse de todo bandido que se atreviese a cruzarse en su camino.

La cúpula flotante de una carlinga salió de entre una pila de cajas como si estas acabaran de explotar, pilotada por un diestro dug, que iba acuclillado en ella. Cada una de las cinco patas insectiles que salían de la parte baja del dron empuñaba una espada y el dron giraba y giraba, convertido en un vendaval de tajos al tiempo que su piloto no dejaba de aullar gritos de guerra.

Un disparo perdido alcanzó una de las vigas de la casa de té y el sullustano se sobresaltó, horrorizado a pesar de la buena actuación de los suyos.

El ronin, entretanto, solo fruncía el ceño. Había algo en el aire que hacía que no prestara atención ni a los mercenarios ni a los bandidos —que intentaban salvar la vida poniéndose a cubierto—, sino en el enorme vehículo. Sentía que la voz estaba concentrando su atención en lo mismo.

Los mercenarios estaban demostrando tal nivel de violencia que se percibía una cierta tensión en el ambiente. Una tensión que ascendía por las extremidades del ronin, cada vez con más fuerza, a medida que se abría una escotilla que el vehículo de los bandidos tenía en la parte superior.

De la escotilla emergió una figura, que subía en un elevador. Se trataba de una mujer con una túnica oscura y un velo que la protegía del fuerte sol. Llevaba un bastón corto que sujetaba con suavidad. El ronin se estremeció al verla.

«Bueno, ya puedes echar a correr», le dijo la voz.

Sintió que el té le amargaba en la garganta. Durante unos instantes, apretó la taza con fuerza. No tenía razones para dudar de lo que estaba viendo.

Aun así, había algo que lo retenía. Puede que se debiera a que no le había ido mal desde la última vez que se había enfrentado a una de sus presas, hacía ya un año. Puede que fuera porque aún no tenía pruebas de lo que era realmente aquella mujer a la que estaba pensando en enfrentarse. Al fin y al cabo, no reconocía aquella figura tocada con el velo y tenía la sensación de que debería haberla reconocido.

«¿Acaso te he mentido alguna vez? ¿Qué otra cosa podría ser?».

Pero el ronin no lo sabía, así que no se movió. El planeta giraba sin él.

Se fijó en que el trandoshano estaba en la plaza, rodeado por un montón de cadáveres, con la espada y la naginata preparadas. En ese instante se volvió hacia el vehículo de los bandidos, con la boca abierta, enseñando los colmillos.

—¡Ríndete! —le gritó a la que estaba en lo alto del vehículo—. ¡Ríndete y quizá te perdonemos la vida!

La bandida se llevó el bastón al hombro y gruñó con desdén:

—Estás equivocado.

—¿¡Cómo dices!? —le respondió de malos modos el trandoshano.

—Sois vosotros los que os vais a rendir… —Echó la cabeza un poco hacia atrás—. ¡Aunque yo voy a mataros igualmente!

La mujer, una joven, en realidad, apenas había acabado de hablar cuando el droide de protocolo, que estaba en el linde de la plaza, empezó a dispararle con su cañón bláster giratorio mientras la maldecía de mil y una formas. En un abrir y cerrar de ojos, la bandida abrió su arma.

De la punta del bastón aparecieron seis espadas láser de color rojo que se extendieron como si se tratasen de una flor letal. Cuando la joven giró el bastón, creó frente a ella un escudo rojiblanco de luz que rechazaba todos y cada uno de los disparos dirigidos a ella.

—¡Espadas láser rojas… es una Sith! —gritó el droide de protocolo. Sobre todo, se trataba de una advertencia.

Los mercenarios empezaron a dispararle. Daba la sensación de que estuvieran asustados.

Ya no luchaban para ganar, sino para sobrevivir, sin duda, dejándose llevar por recuerdos de la guerra y de la terrible devastación que dejaban los guerreros Sith a su paso.

La bandida desviaba todos los disparos. Sus espadas láser se habían convertido en un parasol de color. Uno de los disparos rebotó en el escudo y cruzó el aire chillando, directo a la tetería.

Hacía años que el ronin no reaccionaba tan rápido. En un suspiro, ya no estaba sentado en la mesa baja, sino de pie junto al pino que crecía torcido delante de la casa de té. Cuando volvió la mirada, no vio más que humo y escombros. El disparo había hecho un agujero en la pared de la tetería. El sullustano estaba caído en el suelo, pero, por suerte, al ronin no le parecía que oliera a carne quemada.

Aunque a metal chamuscado sí que olía.

Junto al sullustano se encontraba B5-56, retorciéndose en el suelo, con el sombrero caído. La superficie del droide la recorrían descargas de electricidad azuladas. El ronin sintió que desde las tripas le ascendía a la cabeza un calor que conocía muy bien, un calor que siempre iba acompañado de escalofríos.

Lo había dejado estar demasiado tiempo.

«Mira que te lo he dicho», le susurró la voz. El comentario era mordaz.

El ronin no sabía qué sentía la voz hacia él, pero a B5 lo tenía en alta estima.

—S-señor… ¿qué hacemos…? —tartamudeó el sullustano, tan asustado que ni siquiera se le había pasado aún por la cabeza ni ponerse a cubierto en la tetería ni salir huyendo a las montañas.

—Dime, ¿crees que podrías reparar el droide? —El ronin cogió del suelo la tetera mientras el sullustano asentía, aunque sin gran convicción—. Asegúrate de que mi compañero está completamente operativo para cuando el agua de esta tetera hierva.

El sullustano miró a B5 con los ojos abiertos como platos, sin pestañear, y volvió a asentir.

—¡Sí! ¡Sí, por supuesto!

«Veo que sigue habiendo un comandante en tu interior», le dijo la voz mientras el ronin se volvía y empezaba a alejarse de la tetería.

No estaba de humor para responder.

CAPÍTULO DOS

—¡SEGUID DISPARANDO! ¡No le deis oportunidad de que nos ataque! —les dijo el trandoshano a sus compañeros.

«Estas ratas se asustan enseguida». La bandida, la Sith, sonrió por debajo de su media máscara, una pieza de armadura lacada que representaba la amplia sonrisa de un demonio. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba por su verdadero nombre. La gente de estas montañas le había puesto todo tipo de nombres basándose en sus supersticiones; habían dicho de ella que era un espíritu malvado, que era una bruja diabólica, que era una diosa de la mala suerte… y también la habían llamado bandida, ladrona y villana. Ahora bien, ¿Sith? No, Sith no, porque estaban ansiosos por creer que los Sith habían desaparecido. Por lo tanto, iba a disfrutar de la oportunidad de recordar cuál era su verdadero yo.

Los mercenarios —que es lo que eran—, le disparaban sin descanso, a la desesperada. La Sith adelantó su espada láser, dejó que floreciera. La energía de su arma auxiliar canalizó la energía del cristal de kyber principal a las seis hojas. Cuando las hacía girar, el arma parecía una sombrilla. Pero, sobre todo, era un escudo letal.

Manipular así el arma la elevó por los aires. Los disparos no la alcanzaban. Miedo. El arma latía al ritmo de su ansioso corazón.

—¡No sirve de nada! —les dijo a gritos el trandoshano a los suyos—. ¡Replegaos! ¡No os trabéis en combate cuerpo a cuerpo con ella! ¡Agh…!

La Sith acababa de aterrizar justo delante de él. La joven levantó la mano y, con la corriente oscura de la Fuerza, sujetó al trandoshano por su escamoso cuello con tanta facilidad como si lo estuviera haciendo con la mano. La bandida apretó hasta que a su rival empezaron a salírsele los ojos, satisfecha por el fluir de su poder. No era normal que pudiera manejar a los demás tan fácilmente con la Fuerza. Algo había hoy en el entorno que estaba agudizando sus poderes.

—¿Qué decías del combate cuerpo a cuerpo?

Los mercenarios gritaban, asustados por lo que estaba a punto de sucederle a uno de los suyos. La Sith no les hizo el menor caso. De nuevo se oían disparos de bláster a su lado. Los demás bandidos se acercaban, animados por el cambio de las tornas. Sabían bien que no podían perder cuando ella se dignaba a unirse a ellos.

El trandoshano farfullaba, con los pies en el aire. Miraba a uno y otro lado y veía a los suyos perseguidos por los bandidos. Ella no dejaba de observarlo. La Sith se deleitaba con los gritos. Viendo caer a sus enemigos. El trandoshano ahogó un gemido y la Sith dio por hecho que acababa de ver morir a alguno de los suyos.

Parte de la joven simpatizaba con él, incluso lo comprendía, pero no le gustaban las persona que vivían por y para los créditos únicamente.

—¿De verdad pensabas que tenías alguna oportunidad contra una dama Sith? —musitó.

El mercenario se esforzaba por hablar, pero las palabras casi no alcanzaban a salir por su boca debido a la fuerza con la que la bandida le apretaba la garganta.

—¡Huid! ¡No podemos…!

No iba a permitir que alguien sin credo dijera unas últimas palabras. La joven dejó caer al trandoshano y, cuando este estaba aún en el aire, lo atravesó con su espada láser y las seis hojas del arma lo cortaron y convirtieron el cadáver en una explosión de luz roja.

En la otra punta de la plaza, el droide de protocolo se estremeció. Maldijo. Empezó a disparar con su cañón rotatorio.

La Sith se deshizo del cadáver del trandoshano y se lanzó a por el droide. Aquellos circuitos no podrían aguantar el embate de alguien como ella, un torrente brillante gracias a la llama de la Fuerza. Cortó al droide en dos limpiamente y se detuvo.

A medida que este caía a sus pies haciendo diversos ruidos metálicos, la joven respiró humo. Los disparos de bláster hacían que el aire se enrareciese debido al calor que producían, pero la cuestión es que ella percibió una nueva sombra en las cenizas.

La Sith se puso recta y miró por encima del hombro. Allí, en la entrada de la única calle que daba a la plaza, había un anciano en las sombras. Era alto y parecía que vistiera andrajos, aunque sus anchos hombros y sus pasos seguros la llevaron a pensar en el inexorable frío de un glaciar.

El humo no le permitía verlo bien, aunque de pronto se dio cuenta de que había algo en él que no encajaba… Era como si una energía brillante estuviera encerrada en una concha tenebrosa.

—Tú no eres del pueblo. ¿Quién se atreve a enfrentarse a mí?

—No soy más que un vagabundo —respondió el ronin.

Aquella voz despertó algo en la memoria de la Sith, y lo despertó con el vigor con el que arde un pergamino.

La joven apretó los labios por debajo de la máscara. Sabía reconocer una amenaza nada más verla. El fuego pide fuego, sí, pero, de una u otra manera, siempre acaba extinguiéndose.

La Sith le quitó el parasol auxiliar a su espada láser y lanzó el precioso artilugio hacia delante. Su sangre le decía que se enfrentara al anciano con la espada láser. La sombrilla cayo de pie en la plaza del pueblo. Se tambaleó.

La Sith pegó un gran salto hacia el recién llegado con la espada en alto e intentó partirle en dos la cabeza.

Solo que no lo consiguió. El mundo se había detenido. Ella estaba en mitad del salto, estremecida, con los músculos temblándole con la energía cinética acumulada. No podía mover la espada láser. Pero es que tampoco podía moverse ella. El arma se había detenido a unos centímetros de la cara impasible del anciano, que parecía que la sujetara con las palmas de las manos.

No… entre las palmas de las manos. Entre las manos del vagabundo y el haz crepitante de la espada había un hueco, y entre lo uno y lo otro fluía una corriente oscura. La Fuerza.

—Eres… ¡eres un Jedi! —ladró la Sith.

Hasta la palabra la repugnaba. Allí, en el linde de la civilización, eran escasas incluso las ocasiones en las que pensaba en la palabra, pero ahora no le quedaba más

remedio que hacerlo. ¿Qué razones tendría un Jedi, tan pagados de sí mismos porque se consideraban los protectores del Imperio, para andar merodeando por el Borde Exterior? Tenía que venir a por ella, que era la única Sith superviviente en este sector de la galaxia dejado de la mano de todos. Este Jedi debía de pensar que podía matarla.

Pues que lo intentara.

El anciano —el Jedi— la empujó con muchísima fuerza, rechazando todas y cada una de sus moléculas con una especie de furibunda explosión blanquecina. La Sith salió volando hacia atrás como si no fuera sino una marioneta. El instinto hizo que recuperara el control de sus extremidades. Era como si, por un instante, su cuerpo no hubiera existido. Dio una vuelta en el aire y aterrizó con fuerza.

Con la espada aún desenvainada, miró al anciano, se concentró en él. Tenía la mano a la altura de la cadera, descansando junto a una de las dos vainas que llevaba al cinto. Dos espadas. No solo era un Jedi… era un caballero y sus maestros lo habían considerado digno de que empuñara una espada.

Pues mucho mejor. Iba a disfrutar mucho arrancándosela de la mano mientras lo veía agonizar.

—Hace tiempo que no mato a un Jedi.

Recordaba a los últimos a los que les había quitado la vida. Una jovencita menuda y un hombre como una torre. A él lo había partido en dos con la misma limpieza que al droide de protocolo que chisporroteaba en una esquina de la plaza.

Volvió a por el Jedi. Al fin y al cabo, nadie moría por el mero hecho de que lo desease.

Y, una vez más, su espada se encontró con una estremecedora detención. Esta era más honesta, más verdadera, un resplandor de luz gemelo. Otra espada láser impedía el avance de la suya. Una espada láser carmesí.

Un Jedi jamás empuñaría un color así. A menos que pretendiera… ¿reírse de ella? No.

La Sith se echó atrás con la espada en alto para defenderse de su contrincante.

—Eres…

El anciano movía la mano a la altura de la cintura. Ella se puso en guardia para prepararse ante cualquier ataque que él estuviera preparando. No obstante, lo que se hizo presente fue un chirrido sibilante como por detrás de ella. La joven se giró como una centella.

El torso del droide de protocolo venía contra ella por el aire, navegando en una corriente negra. La joven lo cortó en dos y volvió a girarse para encarar a su oponente, que ya se acercaba a ella a una velocidad de vértigo.

—¡Cobarde! —siseó ella mientras lo esquivaba.

—Qué pena que no sea Jedi —comentó el anciano al aterrizar, con la cabeza gacha, como si se estuviera disculpando—, habrías tenido una oportunidad.

La Sith le enseñó los dientes por detrás de la máscara. Se puso recta y se quitó la túnica, con lo que quedó al descubierto su pelo blanco y ondulado, a juego con una marca blanca que tenía en la frente. Iba a enfrentarse a él sin impedimento alguno.

No, no era ningún Jedi. Y era una pena. Si hubiera sido Jedi lo habría entendido. A este anciano, en cambio… Lo único que tenía claro la Sith era que no podía permitirse un despiste contra uno de los suyos.

«Los bandidos han matado a otro de los mercenarios», le advirtió la voz al oído.

El ronin movió la mandíbula a un lado y al otro. Ojalá la voz no hubiera interrumpido su concentración. Al fin y al cabo, la Sith quería matarlo y que yaciera a los pies de sus bandidos.

«Disculpa, ¿te estoy distrayendo?».

—¿Me estás distrayendo? —respondió él por lo bajo.

—¿Hablas solo, viejo? —le pinchó la bandida mientras avanzaba hacia él con aquel pelo blanco como en llamas.

El ronin había conseguido alejarla del pueblo, llevarla más allá de los campos, hacia el río que cruzaba el valle por el centro. Había visto los rápidos resplandecientes entre los árboles cuando había parado en la cresta desde la que había visto el pueblo por primera vez. Ahora que se acercaban a ellos no podía detenerse a mirarlos, pero oía el correr del agua. La corriente era rápida. Si pudiera conseguir tirar a la bandida a…

La siguiente acometida de la Sith lo llevó a saltar, con intención de ponerse fuera de su alcance, a un tronco que había tumbado sobre el cauce del río. Ella lo siguió a saltos con la espada brillando por detrás de ella, y cortó el tronco.

Cayeron al río el tronco y ambos combatientes, y el ronin tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio en el árbol flotante.

La bandida aprovechó este momento para atacarlo, avanzando por el tronco. El ronin, sin embargo, se defendió bien y, en un momento dado, lanzó un golpe ascendente que cortó la máscara de la joven en dos y la hizo saltar por los aires. La Sith siguió con su ofensiva de inmediato, como si no acabara de perder una parte vital de su armadura.

Estaba claro que alguien la había entrenado, aunque hacía años. Empuñaba la espada láser con gran intensidad y se mostraba muy directa, intentando matarlo con cada uno de sus golpes. Era una manera de combatir que el ronin asociaba con el campo de batalla. Sin embargo, su siguiente parada, que la dejó fuera de su alcance, tenía la fluidez de las formas que se practican en un dojo.

«Han rodeado a los del pueblo —le dijo la voz—. Supongo que es lo que pretendían».

El ronin no pudo responder antes de que la bandida lo atacase con la espada una vez más. Y otra. Y otra. El poder físico de sus golpes, tan puro, hacía que el tronco se balancease a uno y otro lado en los rápidos. Él no podía sino protegerse y evitarla, y eso lo estaba enfureciendo.

«Deja que te mate o acaba de una vez con ella, que esto empieza a ser cruel».

Menuda confianza. No le vendría mal a él tener la mitad que ella. El ronin sentía la lentitud de sus músculos, el peso de sus huesos. Puede que fuera la edad. La falta

de verdadera práctica, probablemente. La capacidad para sentir la Fuerza iba mermando en aquellos que no la cultivaban, y él llevaba demasiado tiempo dedicándose únicamente a buscar. Esta joven, en cambio, había alimentado sus fortalezas hasta que rugían como la mayor de las hogueras.

Tenía que acabar con aquello cuanto antes. El agua avanzaba aún más rápido bajo sus pies y empezó a oír, no lejos de allí, el estruendo de una cascada. Una catarata. Aquella era una interrupción de lo más teatral, pero él no pensaba formar parte de aquella obra.

En aquel momento, les llegó una voz. Un hombre llegó corriendo por una colina que se elevaba por encima del río. Era uno de los bandidos, que llevaba un estandarte.

—¡Jefa! ¡Jefa, ya nos hemos encargado de los mercenarios y tenemos al niño que lideraba a los del pueblo!

Sin dejar de mirar al ronin, la Sith esbozó una sonrisa amplia que era todo dientes.

—Ya ves que nosotros tampoco jugamos limpio. Tira las armas.

El ronin levantó la mandíbula. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había salido de la casa de té?

«El suficiente», le prometió la voz, que parecía alguien que le hablara a la oreja. El ronin no podía confiarle la vida, pero sabía que tampoco iba a mentirle. A la voz no le gustaba mentir, y la voz nunca hacía nada que no le gustase.

Envainó la espada, junto a su compañera, pero no apartó la mano de ella. Su otra mano sujetaba la vaina con un aire muy natural. El anciano llevaba una muñequera estrecha, sencilla, de color negro, inerte.

—Te he dicho que tires las armas, no que las enfundes. —La bandida sonreía, burlona—, ¿o es que te da igual quién muera por ti?

«¿Acaso has perdido la fe? O confías en él, o no confías».

El ronin acarició la muñequera con el pulgar, la parte más cercana a su torso, y en esta parpadeó un círculo del tamaño de un nudillo; primero en rojo, en rojo de nuevo, y azul por fin.

* * *

Así se lo explicó la voz más tarde: B5-56 había cobrado vida, temblando, por obra y gracia de las manos del sullustano, que había trabajado en él con obsesión frenética, si bien tan presa del terror que a punto había estado de ser incapaz de hacer nada. Se había concentrado en el astromecánico, ignorando los terribles gritos y chillidos de sus convecinos en la plaza. Solo se había detenido un instante, para mirar el agua que se iba calentando en la tetera.

Le resultó poético, a decir verdad, la sincronización del pitido de la tetera con la resurrección de B5. El sullustano casi no tuvo tiempo de apartarse del camino del droide, que salió a toda velocidad de lo que quedaba de la tetería, soltándose de golpe de los cables de energía a los que había estado conectado.

B5 bajó patinando por la colina y, en un momento dado, se propulsó por el aire con los motores. Parecía un misil que jamás daría en el blanco. Los años de devota atención de su dueño a sus controles hidráulicos le proporcionaban una agilidad

curiosa, y B5 empezó a volar por las calles del pueblo a toda velocidad. A medida que se internaba por la calle que daba a la plaza, en su frontal se abrió una ranura rectangular y de ella salió una especie de caja con proyectiles que, en un abrir y cerrar de ojos, salieron disparados por el aire.

Los proyectiles parecían cintas de luz que se retorcían como peces, solo que por el aire. Luego, cayeron sobre sus presas, aullando, como depredadores.

Cada uno de aquellos misiles impactaba como si se tratase de fuegos artificiales. El primero de ellos alcanzó a uno de los bandidos en el pecho. El segundo abatió a otro. El tercero a otro. Y a otro, y a otro. Cuando el humo se disipó, no quedaba ni un solo bandido de pie. Los pueblerinos, su jefe y el único mercenario que había sobrevivido, no obstante, seguían con vida.

La Sith se dio cuenta de cuál había sido el destino de sus compañeros cuando al último de ellos lo alcanzó un misil por la espalda y lo vio cayendo colina abajo, gorjeando, rodando hasta la orilla. Sus pies quedaron sumergidos en el agua.

Un último proyectil vino a por ella. Silbaba por el claro aire, abriéndose camino por entre los árboles, directo hacia el río, hacia la cabeza de la Sith, que, no obstante, se deshizo de él con la espada láser y sin dejar de mirar a su oponente.

En la otra punta del tronco, que no dejaba de balancearse, el ronin levantó la mano izquierda con la palma mirando hacia ella. El círculo de su muñequera parpadeaba todo el rato en azul.

¿Se estaba regodeando aquel monstruo?

La joven no necesitaba ver lo que había pasado en el pueblo para saber lo que había hecho su contrincante. Era un Sith, como ella, lo que significaba que no mostraría clemencia a aquellos que considerase sus enemigos. Quería matarla y mataría también a todos los que hubieran entrado a su servicio.

Al ronin le daba igual qué era lo que convertía a una persona en bandido, o por qué ella había acabado siendo como era. De hecho, lo más probable era que los bandidos no le importasen lo más mínimo. Si ella no hubiera sido una Sith, él no se habría detenido en el pueblo, sino que habría pasado de largo como el viento.

Pero era una Sith, como él, y el anciano había decidido que eso le daba derecho a matarla. Inspirado, sin duda, por la locura del traidor, ese perro que había puesto final a la rebelión con su desleal espada. La joven le enseñó los dientes. Las llamas blancas de la Fuerza ascendían por su cuerpo como una hoguera.

El tronco seguía río abajo, hacia la atronadora catarata que tan bien recordaba ella. Era un final como cualquier otro. No le daría la oportunidad de escapar, por mucho que ella también fuera a perder la capacidad de retirarse.

La joven volvió al ataque a sabiendas de cuál sería el coste. Le daba igual. Ahora estaba sola, pero él también. Se acercaban a la caída de agua. Las llamas blancas la sobrecargaban. Golpeó la espada del viejo, que acababa de desenvainarla, con muchísima fuerza. Jamás había golpeado nada con tanta fuerza.

La potencia del ataque hizo que el ronin cayera del tronco… catarata abajo.

La Sith se maldijo mientras él desaparecía de la vista entre la bruma de agua. No se arrepentía de haberse mostrado tan violenta. Nunca se arrepentía de algo así. No obstante, tenía que reconocer que, en ocasiones, esas llamas blancas que se apoderaban de ella la llevaban a desconcentrarse. Hasta ese momento había contado con toda la ventaja, dado que él aún tenía la espada envainada, pero, ahora, había desaparecido y no estaba segura de si lo había matado o no.

La joven se mantuvo en el tronco e incluso lo acercó lo más que se podía al borde de la cascada, en parte, para demostrarse que aún era capaz de invocar la corriente negra de la Fuerza, esa corriente con la que era capaz de manipular el mundo que la rodeaba con la misma facilidad con la que movía los dedos. Caminó hasta la punta del tronco para mirar hacia abajo.

Daba igual cuánto buscase, que no encontraba ningún cadáver.

La Sith se enfadó consigo misma. Saltó del tronco a una roca cubierta de musgo que había al pie de la catarata, sobresaliendo del agua, y aterrizó en ella como si no pesase más que una pluma.

Desde allí veía un camino pavimentado a un lado de la base de la cascada. Un sendero estrecho que descendía desde lo más alto y se internaba por detrás de ella. Desde arriba, el sendero quedaba oculto por la nube de agua pulverizada. El sendero daba a una entrada cuadrada excavada en la roca por detrás de la cortina de agua. La joven sospechaba que el camino llevaría a un templo, a una capilla o a algún lugar similar olvidado hace tiempo. Desde luego, estaba polvoriento y parecía completamente abandonado.

Una serie de pasos irregulares habían marcado el polvo e iban más allá del umbral de aquel lugar. Eso explicaba que no hubiera cadáver alguno.

Allí, por detrás de la cortina de agua, la Sith entrevió a su presa. Una barra de luz roja brillaba por detrás de la niebla de agua. Se adelantó. Su espada solo tocaba agua. Sí, el viejo se había escondido allí dentro.

Sonrió. Que se escondiera, sí, que se agachara, que la evitara. Estaba cansado. Estaba herido. La joven ansiaba hacer que pagara.

Levantó la mano y guio hacia adelante el tronco, que aún estaba en lo alto de la catarata, para que el torrente de agua se abriera a ambos lados y quedara un paso claro.

La bandida no esperó a ver a su oponente. Se lanzó hacia delante como una exhalación de Fuerza blanca y lo partió en dos antes de que a él le diera tiempo a bloquear su ataque.

Fue cuando la mitad superior cayó al suelo cuando la joven se dio cuenta de su error. Las manos que sujetaban la espada láser de haz rojo por detrás del agua carecían de vida, estaban frías, eran de metal. El pedazo de la estatua que la joven había cortado cayó con un ruido seco sobre el suelo del templo.

Al mismo tiempo, otra espada roja iluminó aquella oscuridad húmeda. Una tercera espada láser. Su punta se clavó en la Sith por la espalda y la joven notó lo caliente que estaba, si bien también sintió frío y, sobre todo, odio.

La tercera espada láser desapareció y la bandida cayó hacia delante y se quedó tan quieta como el anciano que acababa de matarla.

* * *

El ronin desactivó la espada auxiliar que solía mantener envainada y volvió a guardarla en su funda. Esta funda carecía de atractivo, apenas una vaina de duracero y componentes que en nada se parecían a la magnífica funda de la espada láser que acostumbraba a utilizar. Aquella era su fortaleza, que ni siquiera los oponentes más avezados imaginaban que llevaba más de una hoja roja.

Frunció el ceño mientras miraba la estatua de aquel Jedi de antaño, ahora profanada, junto al cadáver de la joven guerrera Sith, muerta y bien muerta.

«Tienes razón —le dijo la voz como pensativa—, hay poesía en esta situación».

Si estaba molesta porque la bandida no hubiera conseguido matarlo, lo escondía muy bien.

El ronin no respondió a la voz. Por el contrario, rezó una breve plegaria en silencio ante los restos de la estatua y de la joven. A continuación, recogió la espada láser de la mano blanda de la muerta y su propia espada de la estatua. La suya aún humeaba, roja y sin tacha. Guardó el haz humeante en su vaina.

«¿Cuándo vas a arreglar ese horrible cacharro? —le preguntó la voz—. Hoy casi ha sido tu perdición».

A esto tampoco respondió. O sabía por qué no lo había hecho o no lo entendería. De una u otra manera, no iba a ponerse a intercambiar pareceres al respecto con ella.

La vuelta al pueblo le llevó más tiempo del que le habría gustado debido a los dolores que tenía después de la caída y a los rigores de luchar con la espada. Se sentía afortunado por haber sobrevivido. Para cuando llegó al pueblo tenía la túnica casi seca y el sol había dejado atrás su punto álgido.

B5-56 vio al ronin al final de la calle principal antes que los demás y emitió un tintineante sonido de queja mientras se acercaba a él a toda prisa. Iba arrastrando el parasol de la bandida. El ronin le puso una mano en la cabeza como disculpándose. Los pueblerinos, mientras tanto, lo miraban con cierto nerviosismo, y esto no le gustaba.

El sullustano llegó corriendo desde el otro lado del pueblo. El droide de energía lo seguía de cerca, dando botes.

—¡Señor! —Se inclinó, sin aire—. ¡Has… has estado increíble!

El ronin, sin embargo, miró la tetería, que había quedado en mal estado. Levantar una estructura así llevaba tiempo y exigía diligencia y recursos, algo nada desdeñable allí, en el borde del espacio colonizado.

—Te he traído problemas.

El sullustano resopló, pero no tenía aire suficiente como para protestar. El ronin cogió la sombrilla de la Sith y se la entregó.

—Toma, una propina por los servicios adicionales.

El hombre recibió aquel aparato musitando fascinado, demasiado cansado como para rechazar el regalo. Lo sujetó con gracia. Ya le había contado que había sido

mecánico en su día, antes de que decidiera internarse en el Borde Exterior. En cualquier caso, aunque no fuera un experto en tecnología Sith aplicada a las espadas láser, lo que tenía claro es que aquel era un artilugio especializado por el que podría sacar un estupendo pellizco siempre que diera con el comprador adecuado.

Antes de que al sullustano le diera tiempo a hacerle alguna pregunta que fuera a resultar desagradable, el crío que había hecho las veces de jefe se acercó al ronin. Se le presentó tan erguido como cuando se había dirigido a los bandidos y les había dado la orden de atacar a los mercenarios.

—Nuestro pueblo está en deuda contigo.

—Para nada.

—Eres muy humilde. Está claro que debes de ser un Caballero Jedi. Por favor, me gustaría saber el nombre de nuestro salvador.

El ronin cerró con fuerza la boca.

«¿Por qué no?», le pinchó la voz.

El ronin se giró ligeramente, sacó la espada láser de la bandida de entre los pliegues de su túnica y la dejó caer al suelo. El niño lo observaba, confundido, hasta que el ronin desenvainó la espada láser. El crío se quedó de un aire, iluminado por el haz de luz rojo.

Todos los que estaban en la plaza ahogaron gritos de asombro. El único mercenario superviviente, el gran, el que había empezado a disparar desde el tejado de una de las casas y que estaba a unos metros del ronin, se puso tenso. Aunque se había quedado sin armas, estaba claro que sus manos ansiaban empuñar alguna.

B5 trinó una advertencia por lo bajo: «Nada de teatralidad».

El ronin quebró la empuñadura de la espada de la Sith con su propia espada. No tenía que plantearse siquiera cuál era el mejor punto por el que romperla; la corriente negra de la Fuerza lo guiaba con facilidad y con familiaridad. La concha de duracero se rompió y en su interior quedó al descubierto la susurrante esquirla de kyber que había proporcionado energía al arma de la bandida.

El ronin se inclinó y cogió el cristal. Los pueblerinos no dejaban de murmurar. Una vez tuvo el cristal en su poder, se lo llevó al forro de la túnica para guardarlo con los demás. Hacía más de un año que no aumentaba la colección, una colección que, en realidad, pesaba sobre sus hombros mucho más de lo que debería.

—Pero… pero ¿quién eres? —le preguntó el sullustano, que aún no había recuperado el aliento.

El ronin lo miró y el hombre, que tan afanosamente se había entregado a la reparación de un astromecánico tan complejo como B5 mientras los bandidos atacaban el pueblo, se escondió detrás del crío.

A ver, todos tenemos un límite.

El crío, no obstante, ni se movió. Miraba al ronin con mala cara, con un rostro carente de expresión. ¿Qué es lo que había dicho el sullustano? Qué valiente.

«Me resulta familiar. Hum… ¿Dónde he visto esta cara?», le preguntó la voz.

El ronin apretó los molares, como si estuviese triturando un huesecillo. La cara del niño, una cara que no tenía por qué no llegar a convertirse en la de un anciano, lucía la

expresión de un hombre que estaba listo para morir. ¿Qué iba a proteger a una persona que estaba dispuesta a lanzarse a la carrera contra la muerte? Nada.

No obstante, el ronin buscó entre los pliegues de la túnica y sacó el cristal de kyber que acababa de conseguir. El anciano le tendió la esquirla de sangre y el chico adelantó la mano sin pensarlo dos veces. Le sorprendió lo poco que pesaba.

—Os protegerá de los espíritus malignos —comentó el ronin—. Cuidadlo bien.

Luego, dio media vuelta y empezó a alejarse.

La voz se carcajeaba de él.

El ronin se fue del pueblo por el valle, en dirección a la nave estrellada que había al otro lado de las montañas. En un primer momento, B5-56 le pidió que volviera, para que les pidiera comida a los del pueblo, o refugio o créditos… pero como el ronin siguió andando, sin hacerle el menor caso, B5 empezó a quejarse.

¿Qué le pasaba? ¿¡Cómo se le ocurría dejarles un cristal de kyber a unos aldeanos!? ¿Cómo iban a proteger un tesoro tan preciado de los agentes del Imperio? ¿No se daba cuenta de que los había dejado indefensos con un objeto extremadamente interesante para los contrabandistas?

El ronin resopló al oír eso último. Él no era ningún protector y B5 lo sabía.

—Era lo único que podía ofrecerle por el té. ¿Habrías preferido que te entregara a ti?

B5 se quejó, entre mosqueado y enfadado, pero se resignó a murmurar.

El ronin se tomaba las quejas de su compañero más en serio de lo que hacía ver. La parte de él que pensaba con lógica se arrepentía de haberles dejado el cristal. A los del pueblo iba a costarles venderlo, si es que decidían hacerlo… o eran capaces de apreciar su verdadero poder. Y los que compraban kyber bien eran enemigos del Imperio, bien eran sus más fervorosos sirvientes. En cualquiera de los casos, los unos o los otros querrían saber de dónde había salido el cristal. La verdad les daría problemas a los del pueblo antes incluso de dárselos a él.

Rezó para que los del pueblo lo entendieran. Que se dieran cuenta de que lo que más les interesaba era quedárselo. El kyber prospera si lo tratas bien. Le gusta la gente y quiere dar todo lo que tiene. Si lo guardaban bien, le ofrecería al pueblo generaciones de salud y vigor; sin lugar a duda, un espíritu mucho mejor que el que los había atormentado hasta entonces —ese fantasma de la guerra que hacía tiempo que tendría que haberse alejado—.

Cuando el ronin y B5 se detuvieron esa noche para descansar, protegidos por una colina baja, dado que no habían encontrado ningún otro refugio, vieron a lo lejos el humo de una pira funeraria, que se alzaba como dando vueltas más o menos por donde debía de encontrarse el pueblo.

—Hum… Debería haberles dicho que bajaran al templo.

«Estás a tiempo de dar media vuelta y hacerlo», le dijo la voz con ironía.

—¿Acaso queda algo para mí aquí? —le preguntó—. ¿O lo encontraré en la siguiente carretera?

La voz se quedó callada un rato y el ronin masticó la ración en barra que le quedaba mientras observaba el humo ascender en espiral hacia el cielo violeta plagado de estrellas.

Cuando la voz volvió a hablar, lo pilló por sorpresa:

«No estás tan solo como piensas».

La voz no dijo nada más esa noche y al ronin le llevó un rato conciliar el sueño. El frío se le había colado en los huesos.

CAPÍTULO TRES

«¿ES QUE NO TIENES NADA que hacer?».

En el húmedo suelo de piedra del templo, por detrás de la cascada, un cuerpo se removió. Sus siguientes movimientos fueron más amplios, más abruptos. Se levantó del suelo vigorosamente, jadeando. El mundo resultaba tan ligero que la desconcertaba. La palma de su mano resbaló por su frente, que le latía con fuerza. La otra mano se la llevó al estómago.

Tenía un agujero en la armadura, un agujero con los bordes ennegrecidos. Por allí era por donde la había atravesado el viejo con su espada láser. Recordaba el calor blanquecino y el fulgor rojizo de la espada y cómo sobresalía por su estómago. Aun así, el dolor que sentía cuando se tocaba el cuerpo… solo era un recuerdo. Su piel estaba en perfecto estado… y no parecía que hubiera sufrido daño alguno.

Aquello no tenía sentido. Sabía perfectamente lo que había sucedido… el duelo… que había muerto… y, aunque dudara de sí misma, las pruebas estaban claras. La estatua del Jedi partida en dos, que había sido su víctima, seguía allí; un pedazo aún de pie y el otro, tirado en el suelo. Aunque la espada láser que el anciano le había puesto entre las manos ya no estaba. Su arma tampoco estaba. Allí solo estaba ella, aunque suficiente misterio era ese ya de por sí. Montañas. Recordaba algo de unas montañas, algo que tenía que ver con una antigua lección. «Las montañas son extrañas», decía su maestra. Los dioses viven en su interior, y también los espíritus, y todos aquellos seres que no son ni lo uno ni lo otro. Aquello le resultaba cómico. Durante todo el tiempo que había pasado en las montañas de Genbara, no se había encontrado con nada más grande o más aterrador que ella misma.

Excepto, claro está, por el viejo que la había matado.

Y excepto por lo que sea que hubiera revertido esa muerte.

Porque había muerto, ¿no? Miró atentamente el agujero que tenía en la armadura. Recordó el calor, el frío… y la nada después. Y, aun así…

Aun así respiraba. Sentía dolor. Sí, ella, la bandida, la Sith, Kouru, que es como se llamaba. Kouru. Fuera lo que fuera ahora, no estaba muerta.

—Pero… ¿¡qué demonios…!? —gruñó Kouru. Se sentó en la tarima sobre la que descansaba la estatua y se quedó mirando el torrente de la cascada, por el que se filtraba un atardecer anaranjado. Petulante, empezó a pensar en que el cerdo ese se había llevado su espada láser.

«¿Qué más da? Quédate tú con una de las suyas».

Kouru torció la boca.

—Las quiero ambas.

«¿Eso es todo?».

No. Kouru quería matarlo. Matar a aquel viejo sería su cuenta pendiente. No descansaría hasta que no lo hubiera borrado del mundo de los vivos. La joven era consciente de que pocas veces había tenido algo tan claro, exceptuando los escasos momentos en los que la corriente negra se abría a ella.

«Sí, concéntrate. Vas a necesitarlo. Y, ahora, date prisa, que te lleva ventaja».

Kouru todavía iba a tardar un tiempo en atender al convincente murmullo que oía en su interior, un susurro que la animaba a que se enfureciese, a que derramara sangre, a que se vengara. De momento, la consideraría parte de ella y no se pararía a pensar ni un instante en su origen.

CAPÍTULO CUATRO

EL RONIN SE HABÍA ACOSTADO con las estrellas como único techo bajo el que dormir y, cuando despertó, había notado que la humedad le había calado en los huesos. B5-56 le comentó que había estado rezando para que recuperara la cordura, pero dado que su amo seguía por el camino que se alejaba del pueblo, tampoco es que albergara grandes esperanzas.

—Siempre andas detrás de mí como si fueras un policía… —comentó el ronin bajo el calor seco de media mañana—. Entiendes que se trata de una especie de… esfuerzo caritativo, ¿no?

B5 silbó algo que el ronin no le hubiera repetido a un niño.

—Eso que has dicho no es muy piadoso.

Este tema salía a colación cada pocos meses. Era como el ciclo de las estaciones. Y al ronin le agradaba, porque le permitía medir el paso del tiempo a medida que iban de un sector a otro, de una luna a un planeta, de un planeta a una luna.

Hoy el camino era ancho y bien definido. Había ido ensanchándose a medida que se alejaban del pueblo y, ahora que se acercaban a la nave accidentada que había en la otra punta del valle, el ronin vio un cruce de caminos y una carretera aún más ancha. Al lado había unos árboles con flores de color rosa, que rodeaban el morro enterrado de la nave plateada.

De entre la sombra de los árboles floridos salía una melodía. Era una especie de flauta. Sonó un fraseo, luego hubo una pausa y volvió a oírse el mismo fraseo, pero diferente. Le músique estaba practicando.

El ronin fue aminorando el paso a medida que se acercaban. Fue entonces cuando vio una figura entre los árboles, sentada en una roca, tocando la canción como a pedazos, hasta donde le alcanzaban los movimientos adecuados de la boca y de los dedos. La melodía le resultaba familiar en unos momentos, pero, de pronto, dejaba de parecérselo.

«Yo diría que esto te gusta más que un concierto», musitó la voz.

—Yo diría que suena un poco desafinado —le respondió el ronin.

—Sí, yo también lo creo —comentó le músique, que levantó la cabeza. Aunque su tono de voz hacía pensar en una sonrisa, su rostro quedaba oculto por una máscara, una máscara blanca con forma de zorro con unas líneas rojas en la boca y en las cejas.

La sencilla vestimenta de le músique —un kimono y unos pantalones— era tan blanca que resultaba inquietante. Al ronin le recordó al color que adquirían los huesos que se secaban al sol. Puede que en su día hubiera sido de otro color. Ahora, sin embargo, era tan pálido como el pelo de elle, que llevaba recogido en una coleta.

—No te sientas avergonzado —dijo le músique como si pretendiera engatusarlo. A diferencia de su vestimenta, su voz era todo luz y vida, y se percibía en ella el canto fluido de une narradore nate—. Prefiero conocer ahora mis defectos que cuando esté intentando ganarme el pan. ¿Te diriges al espaciopuerto?

—Siempre que sea adonde lleva este camino.

—En ese caso, compartámoslo.

B5 silbó mientras le músique se levantaba y guardaba la flauta en el petate que tenía al lado y que se echó al hombro antes de bajar de un salto de la roca.

—¿Y lo sabe él? —le preguntó le músique a B5—. Lo siento mucho. Podría tocar de camino, pero lo haré peor.

—Mi compañero es así —apuntó el ronin.

B5 empezó a quejarse.

—Lo que pasa es que sabe lo que valgo. Mira, os contaré una historia. ¿De qué tipo os gustan?, aunque me temo que todas resultan un tanto deprimentes, teniendo en cuenta que venimos de una guerra y que se presenta otra en el horizonte.

—¿Crees que me apetece oír hablar de guerra?

Le músique miró las armas que llevaba el ronin al cinto.

—Pareces de esos a los que les gusta, sí. No es habitual encontrarse con una persona que viste como un guerrero por los caminos del Borde Exterior. ¡Dos espadas! Eso está muy anticuado, ¿no, buen…?

Era evidente que estaba intentando que le dijera cómo se llamaba. No entró en su juego. Le músique no insistió. Prefirió dirigirse a B5.

El astromecánico, un pequeño traidor, pio una sugerencia.

—¡Ah, ¿sí?! En ese caso, me dirigiré a él como «ronin». —Le músique ladeó la cabeza, como pensative—. Siendo así, a mí podéis llamarme «viajere». Resulta apropiado.

—¿Por qué iba a llamarte así? —Pero lo que realmente pensaba el ronin era: «¿Por qué ibas a querer que te llamara así?».

—¡Pues por camaradería! —respondió como si ya estuviera decidido.

Le viajere siguió con ellos, al mismo paso que el ronin, hablando con B5, hasta que llegaron al cruce de caminos. Allí, elle se encaminó hacia el espaciopuerto, igual que B5, que, tras recorrer unos metros, volvió la cabeza y empezó a reprender al ronin, que había empezado a caminar más despacio.

El ronin no había tenido intención alguna de ir al espaciopuerto cuando se había despertado. Sin embargo, resulta que estaba siguiendo al droide y a le viajere, aunque un paso por detrás. En otras circunstancias, a estas alturas ya habría empezado a buscar la manera de deshacerse de aquel satélite preguntón, probablemente, entre la primera multitud que se encontrasen en el espaciopuerto. Ahora, en cambio, dudaba.

«No estás tan solo como piensas», le había dicho la voz, que, no obstante, no se había mostrado clara porque no era necesario. Ella solo lo dirigía hacia un tipo de seres, aquellos a los que tanto ella como él habían considerado hermanos en su día y que ella esperaba que, antes o después, acabaran con él. Cada vez eran estos, los Sith, más escasos, si bien tampoco habían sido nunca tan numerosos como los Jedi, a los que habían traicionado en su día. Y cada vez eran menos, porque él iba dándoles caza año tras año. ¿Sería este «viajere» el próximo del que tendría que encargarse? Aún no lo tenía claro.

Maldijo haberse mostrado tan negligente todo este tiempo. Durante muchos meses había dejado en barbecho sus habilidades y ahora era el momento en que, cuando tenía que cogerle el pulso a la Fuerza, interpretar la manera en que fluía, carecía por

completo de intuición. Como un ladrillo. Debía admitir, sin embargo, que desde el principio había tenido dificultades para diferenciar a los seres sensibles a la manipulación de la llama blanca y de la corriente negra de la Fuerza de alguien que, sencillamente, estaba saturado de ella. En cierta medida, toda la vida podía llegar a estar saturada de Fuerza, aunque al ronin se le escapaban los puntos más técnicos de esta filosofía. Lo que sabía con claridad, no obstante, era que entre los artistas eran muy habituales tanto la llama blanca como la corriente negra. Y, claro, este músique no era una excepción.

A favor de le viajere tenía que decir que aún no había reconocido en elle ni lo uno ni lo otro, y eso que tenía una edad como para que ya hubieran florecido. En su día había conocido a todos aquellos guerreros que se hacían llamar «Sith». A casi todos, porque a la bandida no la había conocido. Tenía que haber sido muy joven cuando acabó la guerra.

Estiró el brazo en el que se había hecho daño al caer por la catarata y se esforzó por poner fin a la conversación que mantenían su droide y le viajere.

—¿No tienes pistas? —preguntó por lo bajo.

—¿Cómo dices? —respondió le viajere.

B5 puso una excusa, diciendo que su amo estaba senil y que, además, era muy excéntrico. Le viajere lo miró aún más intrigade. El ronin se vio movido a encogerse de hombros, como si se mostrara de acuerdo. Lo habían llamado cosas peores.

«Asocial», le dijo la voz, pero aquello no era ninguna pista, que era lo que le había pedido.

Ansiaba recordarle que el día anterior había matado a una joven, pero lo que hizo fue llamar cotilla a B5 y limitarse a escuchar a partir de entonces. Aún era posible que le músique y él se despidieran sin haber tenido que matarse el uno a le otre.

La carretera que llevaba al espaciopuerto de Osou, el principal punto de salidas y llegadas interplanetarias de Genbara, empezó a tener cada vez más tráfico. Para la tarde, el ronin, su droide y le viajere se habían unido a una lenta caravana de carretas, deslizadores y otros viajeros que, como ellos, se desplazaban a pie. La mayoría de ellos provenían de las granjas cercanas, que vendían sus productos en el mercado central de Osou. Aquello, por desgracia, hacía que el ronin y sus compañeros llamaran aún más la atención.

Le viajere no hacía nada por no destacar e iba contando historias con un tono de voz brillante y cautivador con el que, desde luego, no desafinaba, como con la flauta. A los niños que iban en una carreta con su madre —una carreta tirada por un enorme jabalí escamoso—, los deleitaba con cuentos de hadas; a las hermanas que empujaban un carro con frutas rojas les hablaba de los últimos cotilleos del Núcleo; al anciano que conducía un deslizador cuyo motor no dejaba de pedorrear le contaba una historia de fantasmas. Aunque lo hacía disimuladamente, el ronin prefería escuchar estas historias a prestar atención a las noticias de las que intentaban hablar la mayoría de los adultos.

—¡Oh, sí, la unificación imperial, qué maravilla! —comentó una anciana que transportaba unas cestas de arroz colgando de una pértiga que llevaba al hombro—. ¡Veinte años de paz, sí! Explícaselo a mi sobrino, que recibió el disparo de bláster de un bandido el año pasado ¡y casi no pudimos permitirnos el tratamiento de bacta! ¡Pero ¿qué paz es esa?!

—Y ya verás como la cosa va a ir a peor —comentó un anciano que caminaba muy cerca, pastoreando una fornida bestia de carga, una criatura peluda y con cuernos con una cruz tan alta que daba sombra a todos los que la rodeaban—. El Emperador no luchó con sus hermanos para ver quién se sentaba en el trono porque eso no importaba cuando el Imperio pertenecía a los señores. Los príncipes, sin embargo… ahora que su padre está en el lecho de muerte, consideran que tienen algo por lo que luchar.

—Pues que se peleen —dijo la anciana mientras cambiaba el peso de hombro—, que aquí vamos a tener que seguir defendiéndonos de los mismos piratas de siempre.

Una anciana que viajaba con un maletín médico respiró entre dientes:

—Sí, pero ¿quién nos va a proteger, si se llevan a todos los jóvenes a la guerra? En el espaciopuerto ya están reclutando. Ya veréis los carteles.

Los murmullos que levantó aquel comentario eran, sin duda, de descontento. El ronin estaba de acuerdo con la anciana, si bien no dejó que se notara. Había quienes lo miraban, como si la opinión de un desconocido alto con dos espadas fuera a servir para mitigar sus miedos ante un posible futuro violento —o, por lo menos, para darles algo más concreto por lo que preocuparse—. Sospechaba que solo habían aceptado su presencia porque, acompañado de un músique, no parecía una amenaza, sino una curiosidad. Aunque eso habría cambiado si hubieran sabido que no era metal lo que llevaba en las vainas.

—Nunca dejan de reclutar —dijo una voz frágil—. No es por eso por lo que deberíais preocuparos. —Era el anciano del deslizador al que le gustaban las historias de miedo. Le viajere, que iba a su lado, ladeó la cabeza, mostrando interés por sus palabras—. Sino por lo de los cuerpos. Otra vez están desapareciendo.

Fue como si aquellas palabras sembraran el malestar en la caravana. Cotilleos ansiosos que hablaban una y otra vez de lo mismo. Cuando las personas sentían nerviosismo frente a un futuro incierto, les gustaba tener la sensación de que no solo ellas sentían dicho nerviosismo. Sin embargo, esta declaración enturbió los ánimos más que hablar de las sequías o de los gobernadores poco razonables. Las expresiones faciales se tensaron, embargadas por un sentimiento difícil de exorcizar: el miedo.

—No… —empezó a decir alguien—. No vayamos por ahí…

Pero la frase la cortó la anciana del maletín médico:

—Yo también lo he oído. —Levantó la barbilla para plantar cara a aquellos que la miraban como para que se callase—. En un pueblo en la luna roja que queda sobre Buna. Había piratas. El señor de la región delegó a los Jedi en los que más confiaba… pero dejaron de enviarle informes. Delegó más Jedi… pero resulta que no encontraron a nadie. Ni piratas… ni Jedi… ni aldeanos. Nada.

—Eso solo son rumores.

—Ni mucho menos. Lo he oído en la holored. Tuvieron que pedirles perdón a las familias. No pudieron enviar ni los huesos a casa.

—¡Pues claro que no! Los Jedi no dejan huesos tras su muerte. Los espíritus se los llevan.

—Es la Fuerza la que se los lleva, anciana.

—¡Es lo mismo! Y no digáis esas cosas, que son horripilantes… ¡y es probable que traigan mala suerte!

—Suerte… —comentó como quejándose la anciana que llevaba arroz, con una mano a cada lado de la pértiga. Tenía ligeras quemaduras en los nudillos y en las palmas. Eran el tipo de marcas que le quedaban a aquellos que se encargaban de manipular los grandes y calientes cañones de las naves destartaladas en el frente—. Lo dices como si fuera un cuento, pero no lo es. Yo lo recuerdo. En todos los campos de batalla quedaban cadáveres… hasta que apareció aquella bruja Sith.

B5-56, que avanzaba junto al ronin, trinó una nota de advertencia. Un anciano la interpretó como miedo y le puso una mano en la cabeza al droide, como para calmarlo. A B5 no le gustaba la condescendencia y se puso a gorjear. Alguien rio, pero como sin ganas, y tampoco nadie se unió a él.

Todos conocían las historias. La magia impía de los Sith. El Señor Oscuro y su bruja. Él, el asesino; ella, la que resucitaba y les robaba a los muertos el derecho a unirse a la Fuerza… o a los espíritus, o a la sublimidad que hay más allá del orden galáctico, dependiendo de a quién le preguntases. Pero daba igual lo que creyera cada uno, lo de robar los espíritus era una blasfemia que iba más allá de las creencias. El ejército de demonios de la bruja había sido aterrador, tanto por la devoción con la que perseguían la senda de los Sith como por la amenaza que suponían para todas las facetas del orden natural.

Esa era la razón, muy probablemente, de que, poco a poco, inevitablemente, los ojos de todos acabaran fijándose en le viajere. ¿Quién mejor que une narradore para dar sentido a lo peor que había en el mundo? El ronin intentó seguir mirando hacia el frente, pero también acabó mirando a le viajere. Al fin y al cabo, la manera en la que hablase de los Sith resultaría reveladora.

Le viajere, que se había alejado del deslizador del anciano para ir en el centro del grupo, se llevó una mano a la barbilla, como pensative. Aunque llevaba puesta la máscara de zorro, en cuanto empezó a hablar quedó claro que sabía que todos le estaban escuchando.

—He visto algunas cosas… y he oído otras. Fantasmas, demonios… espíritus, dioses. Cada vez que utilizamos estas palabras ampliamos su significado, lo hacemos más profundo. Me considero afortunade por haber escuchado tus palabras, anciana. Tú has visto eso de lo que hablas y estás deseosa por contárnoslo. Tendríamos que escuchar, aprender y recordar las historias sobre los muertos, porque a menudo cuentan grandes verdades, aunque no sean verdades absolutas. ¿Qué opinas?

La anciana de las manos con quemaduras gruñó y miró hacia otro lado.

El ronin frunció el ceño. La respuesta satisfizo a algunos, pero a él no le servía de nada.

Después de eso, la caravana avanzó en silencio y fue creciendo a medida que amigos y vecinos se unían a ella. Hablaban todos entre susurros. Algunos se atrevían a reír. A lo lejos aparecieron las imponentes paredes blancas de yeso del espaciopuerto de Osou. El sol empezaba a ponerse. Hoy descansarían amparados por la calidez y la luz de la civilización, y nadie tendría que preocuparse por fantasmas… a menos que quisiera hacerlo.

«Excepto tú», le dijo la voz.

La voz podía resultar muy puñetera.

Un frente nuboso había seguido a la caravana durante los últimos kilómetros y, justo cuando avistaron las puertas de Osou, empezó a llover y con fuerza. La mayoría de los integrantes de la caravana echaron a correr. B5-56 decidió esconderse debajo de las ramas colgantes de un enorme árbol que había junto a la carretera; no le gustaba nada que se le mojase el sombrero. El ronin se resguardó con él, en parte, para ver qué hacía le viajere.

A esas alturas no se trataba de si se iba a quedar, sino de cómo iba a justificar el hacerlo. Pero no se justificó. Se limitó a quedarse allí, observando la lluvia con curiosidad y sacó una bolsita del petate que llevaba al hombro y se la ofreció al ronin. Contenía una serie de frutas rojas con pintas:

—Me temo que no me gustan mucho.

—¿Y a mí me van a gustar? —preguntó el ronin.

—Si me estás preguntando si están envenenadas, vas a tener que acercarte a esas jóvenes que pretenden venderlas en el mercado y preguntárselo tú mismo, pero va a resultar de mala educación.

El ronin metió la mano en la bolsita. Las frutas eran más bien ácidas, aunque le resultaron agradables. La mandíbula había empezado a molestarle a raíz de que empezara a llover, pero nada podía saber le viajere de sus dolores, a menos que lo conociera mucho mejor de lo que estaba dispueste a confesar.

—Te has ofendido —dijo le viajere entre suspiros después de permanecer en silencio un rato. Cruzó los brazos, contemplative—. Te pido disculpas. ¿No he sido lo bastante dramátique para ti?

—Bastante dramática es mi vida ya de por sí.

Le viajere chasqueó la lengua como si pretendiera mostrarse de acuerdo.

—¡Oh, la congoja de un viejo guerrero que hace ostentación, por lo menos, de un arma claramente ilegal!

Le viajere miró la empuñadura de la espada láser y la vaina en la que estaba guardada. El ronin frunció el ceño, pero le viajere comentó rápidamente:

—A ver, que yo no he visto nada. Tan solo lo comento porque nuestros amigos tienen razón con lo de los carteles… que no es lo único que han enviado los príncipes a los espaciopuertos… incluso de planetas tan pequeños como este. Si estás tan cansado de dramas como dices, deberías andar con más cuidado cuando pare la lluvia y vuelvas a encaminarte al espaciopuerto.

B5 canturreó un «gracias» porque el ronin permanecía en silencio, pensativo. Resultaba difícil creer que esta persona fuera alguien con quien había que tener cuidado y era muy posible que la voz hubiera intentado llamar su atención sobre alguien muy diferente.

Pero, desde luego, si algo eran los guerreros Sith, era inteligentes.

Decidió que lo mejor sería marcharse. Si le viajere quería algo más que amistad y contar historias, lo perseguiría, y, si lo hacía con una espada, el ronin haría lo que tenía que hacer. Si lo único que quería era compartir historias… pues bueno. Aun así, sería mejor que siguiera su camino. De una u otra manera, daría con la respuesta.

Y resultó que no era difícil deshacerse de elle. La lluvia cesó poco después y el trío llegó al mercado cuando ya había oscurecido. Allí, le viajere descubrió que tanto la tetería como la cantina se peleaban por sus servicios. Mientras negociaba con ellas, el ronin y B5 siguieron adelante por las calles sin nombre de Osou en busca de alguien que intercambiara comida por las habilidades del vagabundo reparando objetos.

El ronin no tardó en descubrir que, en efecto, tal y como habían dicho en la caravana, había carteles. Se encontraba frente a un almacén comunitario cuyas paredes estaban empapeladas con ellos. Algunos anunciaban holodramas, mientras que otros proclamaban la gloria del señor del sistema Genbara o cuál era el príncipe que apoyaba. Muchos hablaban del honor —y la compensación— que suponía alistarse en las fuerzas armadas de este o aquel príncipe. En otro se veían las fechas de los exámenes para sacarse la plaza de oficial administrativo del Emperador.

En el póster más reciente, ligeramente húmedo todavía, se mostraba una cara brillante y con cicatrices. Se trataba de un anciano al que las autoridades buscaban por bandidaje, extorsión y revueltas en el campo y que, al parecer, llevaba largo tiempo atacando un pueblo montañés que había a dos días de camino de Osou. La recompensa que ofrecían por él era considerable; el parecido con el ronin, poco favorecedor.

B5-56 graznó indignado.

—Lo que te molesta es que no te mencionen.

B5 abrió una ranura del lateral y sacó una varilla metálica y articulada que chispeaba. Aunque no estaba claro si intentaba ser grosero o violento, una voz lo interrumpió.

—Vaya, eso es preocupante —comentó le viajere, que se encontraba junto al ronin. A pesar de la máscara, estaba claro que tenía el ceño fruncido—. Menudo personaje estás hecho, ¿no?

No había nadie más en aquella calle, una calle que no estaba lejos del astillero, que comprendía la mayor parte del espaciopuerto. Era una especie de vía industrial que tenía bastante tráfico durante el día, pero en un planeta tan tranquilo como Genbara, la mayoría de las personas se regían por la órbita de su sol y no por el cronómetro. Dado que se trataba de un lugar en el que, al anochecer, oías cantar a las

ranas junto al río, el ronin había esperado que por allí no estuvieran sino B5 y él. Era preocupante, sí, ver que le viajere insistía en seguir con ellos.

—Aunque estoy segure de que exagera —siguió diciendo le viajere—, creo que deberías saber que en la cantina hay un gran que no deja de contar una historia increíble. No sé qué de unos guerreros oscuros, Sith, si es que crees en ellos, que cayeron sobre un pueblo de las montañas que está en dirección sur. Le he dejado claro que, si bien mi profesión consiste en relatar lo fantástico, su historia era, sencillamente, absurda. Y le he dicho que, además, acababa de conocer a una persona que venía del sur y que, en caso de ser cierto algo tan destacable como lo que contaba, me lo habría mencionado. Al fin y al cabo, no todos los días se oye hablar del retorno de los enemigos más odiados del Imperio.

—¿Es esto una advertencia? —le preguntó el ronin.

—Supongo que lo sería…, si fueras alguien que necesita que le adviertan de algo.

La advertencia llegaba un poco tarde. Calle abajo se oyó otra voz:

—¡Eh, tú… escoria Sith!

El ronin miró hacia el lugar del que provenía la voz. Más abajo, en una intersección con la calle principal, donde se encontraba el mercado, había una multitud de personas, todas ellas armadas y equipadas con sencillez. Entre ellas, el ronin reconoció al mercenario gran del pueblo de las montañas, el único de los suyos que había sobrevivido al ataque de los bandidos.

B5 canturreó incómodo. El ronin miró en la dirección opuesta. Por el otro lado de la calle se acercaba otro grupo de personas, si bien estaban tan lejos que aún las ocultaban las sombras de la ciudad. Unos y otros mantenían una actitud ambiciosa, como si estuvieran ansiosos por pelear.

«Hablando de problemas… —comentó la voz—. ¡Y justo cuando habías hecho un amigue!».

El ronin resopló. La voz no veía motivo alguno para dejar más claro el significado de sus palabras, pero tampoco es que él esperase nada de ella. Así, nunca se sentía decepcionado. No tenía intención de ser amigo de nadie, en especial, de alguien que entra en una cantina llena de cazadores de recompensas y comenta que acaba de llegar al pueblo con el objetivo más lucrativo del sector.

Aun así, seguía sin sentir a le viajere como una entidad contraria, enemiga. En cierto modo, esto lo desconcertaba, dado que estaba seguro de que conocía todas las historias de la rebelión Sith. Al menos, habría esperado sentir repulsa en elle, o nerviosismo, cuando menos; pero solo percibía curiosidad y que se mantenía muy concentrade en todo momento. Aunque no fuera le viajere el tipo de problema que más temía, desde luego, estaba claro que tenía cierto interés en provocar el tipo de problemas que sí que temía. Eso lo irritaba, pero tampoco es que fuera a matarle por ello.

En cualquier caso, no podía quedarse allí más tiempo. El ronin suspiró mientras se agachaba para hablar con B5:

—No le quites ojo a este.

Acto seguido, se impulsó y saltó hasta el tejado del almacén empapelado con carteles. Desde abajo, B5 lo insultaba en binario y los cazadores de recompensas lo

insultaban en mil y un idiomas mientras el más rápido de todos ellos empezaba a disparar su bláster.

El ronin ni siquiera miró atrás para ver quién lo seguía, pero no pudo dejar de pensar durante toda la persecución en el interés que parecía que tenía en él le viajere. Un pensamiento que hacía que sintiera una especie de frío en la nuca.

CAPÍTULO CINCO

SONABAN LAS CAMPANAS dando la alarma. Las luces iluminaban aquí y allí la ciudad. Los disparos de bláster alcanzaban una y otra vez a sombras que resultaban no ser nada en absoluto —una ventana abierta, un futón colgado para que se secara—. Más problemática resultaba la iluminación de las casas y de los negocios exteriores, que iba en aumento a medida que los habitantes de Osou se despertaban con el ruido.

Las tropas imperiales allí acuarteladas también se habían echado a la calle. El ronin las veía por uno y otro lado, con sus bruñidas armaduras rojinegras. De momento no eran más de un puñado y, desde luego, no las lideraba ningún Jedi. De lo contrario, ya habrían dado con él.

En cualquier caso, el ronin era consciente de que aquella era una situación complicada, por lo que siguió corriendo por los tejados a oscuras. Avanzaba a toda prisa y en silencio por las tejas de barro. Cuando llegó a una intersección muy bien iluminada, con un movimiento de la mano hizo que la brillante luz de la torre de comunicaciones que había en el centro de la plaza empezase a parpadear. En un instante de oscuridad, cruzó la calle de un salto desde el tejado inclinado en el que se encontraba al siguiente y siguió alejándose a todo correr.

Sus perseguidores estaban más coordinados de lo que le habría gustado y habían apostado a media docena de los suyos en intersecciones estratégicas. Estos cazadores de recompensas llevaban linternas muy potentes que movían a uno y otro lado para iluminar todo lo que se moviera en la oscuridad… solo que lo hacían por abajo, por la calle. Aunque también había pequeños droides voladores de reconocimiento que iban por los tejados, cruzando sus faros mientras intentaban dar con la presa.

Uno de estos droides, un disco estrecho, del tamaño de la palma de una mano, con dos bracitos articulados y un ojo blanco y atento en el medio, pasó muy cerca del ronin, que estaba escondido en una balconada. Se detuvo unos instantes e incluso giró el ojo en dirección al anciano, que hizo un gesto con la mano. Al otro lado de la calle, una teja que debía de estar suelta cayó al suelo. El ojo del pequeño droide se iluminó mientras se encaminaba allí adonde se había producido el alboroto.

El ronin exhaló aliviado y aprovechó para consultar su muñequera. Seguía a oscuras. B5-56 no había hecho ningún esfuerzo por ponerse en contacto con él. Mejor, eso quería decir que no tenía razón alguna para hacerlo. El ronin no había determinado ningún punto de reunión, pero antes o después se encontrarían. Siempre se encontraban.

Con cautela, salió de entre las sombras con intención de juzgar mejor cuál era su situación.

«Esto sería mucho más sencillo si te lo tomaras en serio», le dijo la voz.

—¿Qué quieres decir con eso? —musitó él; aunque ya lo sabía.

«Sabes quién eres. Lo que eres. Esta gentuza no debería suponerte el menor problema. ¿Por qué sigues haciendo como si merecieran que te mostraras cauto?».

El ronin notó una fuerza en la cintura, como si la voz le hubiera puesto la mano en la espada láser. Apretó los labios. Frunció el ceño. La voz conocía el porqué. Jamás atacaría con ella a nadie que fuera incapaz de defenderse adecuadamente de ella.

«Tienes alternativas».

El ronin tocó durante unos instantes la empuñadura de la otra espada.

No. Saldría de aquella sin las armas.

Decidido aquello, esa noche se sentía un poco más molesto de lo habitual consigo mismo. Hacía mucho tiempo que nadie le daba caza. Desde que no mostraba al mundo quién era en realidad.

«¿Crees que te estás escondiendo?».

—Pensaba que era evidente.

Le respondió aquello porque sabía que la voz se molestaría. La voz no se refería a que anduviera por entre las sombras de una ciudad insignificante, sino a las armas, al hecho de que las llevaba a la vista, tal y como había destacado le viajere. Pero es que el ronin nunca había intentado esconderlas, por muy ilegal que fuera alguna de ellas o por mucho que fueran a confundirlo con un Jedi todos aquellos que jamás hubieran visto uno. Todo aquel que se cruzase con él merecía una advertencia.

Aunque, al parecer, había quienes consideraban estas espadas una especie de invitación.

«Te está siguiendo, ¿verdad? Porque no te crees que lo único que quiere ese zorre es conocer tu historia, ¿verdad?».

El ronin puso mala cara, abiertamente, como si la voz estuviera en su hombro. Sin embargo, estaba a solas en aquel oscuro tejado, que acababa justo delante de la enorme entrada principal del astillero de Osou.

—Aunque solo quisiera eso… no sería bueno.

La voz también lo sabía. El ronin no podía permitirse tener un compañero. Incluso el droide, en quien podía confiar, era una obligación y una responsabilidad. ¿A qué estaba jugando la voz?

Una luz iluminó de repente, como una explosión, la entrada del astillero. Era un haz ancho y potente. El de un deslizador. Acababa de doblar la esquina y se acercaba en su dirección. Había dos cazadores de recompensas en él, uno a los mandos y el otro con una linterna montada en una barra que era tan potente que iluminaba hasta la última esquina de la calle.

El ronin se dejó caer hacia delante, desde el saliente del tejado, que daba al astillero. Se agarró al alero con los dedos y apoyó los pies en la pared para mantenerse en las sombras. Entonces, la luz titubeó, cambió de dirección, y el ronin se vio obligado a auparse al tejado porque los brazos empezaban a temblarle por la fatiga.

Allí, al final de la avenida, el deslizador dio una vuelta cerrada. Aún veía a los cazadores de recompensas en el vehículo, pero estaba claro que ya no lo controlaban.

El deslizador fue girando más y más por la avenida hasta que quedó bocabajo. El conductor se agarraba al reposacabezas del asiento, pateando como loco a cinco metros del suelo. El otro se esforzaba por subirse a la parte inferior del deslizador —que ahora era la que estaba arriba—, pero los repulsores amenazaban con hacerlo salir volando por los aires.

De golpe, el deslizador se inclinó, como si fuera a caerse, y los cazadores de recompensas empezaron a chillar. Unos metros después, el vehículo chocó con un grupo de cazadores de recompensas que se acercaban corriendo por la avenida y los derribó con furia, como si acabara de estrellarse contra una pared.

«No te quedes mirando embobado. Márchate».

El ronin ya se estaba moviendo, pero no hacia la calle, que estaba completamente iluminada ahora que había tenido lugar aquel desastroso accidente, sino hacia delante. Bajó del tejado, cruzó la calle agachado y atravesó la puerta del astillero por una zona que estaba a oscuras.

Aunque se coló por entre las sombras de las naves que había allí a oscuras, su oído estaba más que entrenado para oír lo que estaba sucediendo fuera. Disparos de bláster, cómo no. Gritos, claro está. Los quejidos incesantes de una máquina obligada a comportarse en contra de las leyes físicas de acuerdo con las que la habían construido. Ese era el problema.

Ningún deslizador volaba bocabajo. Los principios fundamentales de su sistema gravitacional lo impedían. En la galaxia solo había un poder capaz de desafiar las leyes de la física. Alguien —alguien capaz de utilizar la Fuerza— le había dado la vuelta al vehículo a propósito, con una determinación que el ronin no había visto en décadas. Se trataba de una flagrante y ridícula demostración de control. Pero ¿para qué? ¿Para distraer a sus perseguidores?

«Para pastorearte a ti».

Sí. Todo despliegue de gran poder se producía a partir de una gran necesidad. Quienquiera que hubiera utilizado la corriente negra contra los cazadores de recompensas no solo quería distraerlos; quería alejarlo a él de las calles y atraerlo al astillero.

Pues allí estaba, pasando por debajo de los cascos abollados de naves de exploración, de transportes y de cargueros. Y ella observaba como él se escabullía, sin mostrarse de acuerdo o advertirle, esperando, sencillamente, a ver qué es lo que le sucedía a continuación. Ya le había advertido de lo que fuera que allí lo acechaba. Él, sin embargo, no sabía la forma que iba a adoptar la amenaza. Había encendido demasiadas hogueras como para saber con facilidad cuál de ellas ardía con más fuerza.

Lo único que él sabía era que había alardeado en las montañas. Además, llevaba meses sin prestar atención a las inquietantes noticias que llegaban de la galaxia sobre el cambio político tan drástico que, al parecer, incluso había agitado a los agentes imperiales. Y, claro, esto le concernía, por mucho que no fuera asunto suyo. Y, por si esto fuera poco, ahora tenía detrás a unos cazadores de recompensas.

Aunque fuera culpa de le viajere que lo estuvieran persiguiendo, era evidente que este no podía haber convocado a tal cantidad de cazadores de recompensas hasta el remoto Genbara en el poco tiempo que habían estado separados. Y tampoco había podido ser elle quien pusiera esos carteles con la cara seria del ronin mientras caminaban por una carretera comarcal. No, le viajere era culpable, pero solo en parte. Era otro el que había puesto precio a su cabeza. Puede que el mismo que había dado la vuelta al deslizador como si no fuera sino un juguete.

Supuso que se trataría de un Jedi, un viejo reflejo que le quemaba tanto en el pecho como en la cabeza. Aquella posibilidad, la amenaza que suponía, hacía que se sintiera mareado, como en los rápidos de un río. No obstante, por mucho que temiera aquel pensamiento, dudó de él casi al mismo tiempo que lo tenía. Los Jedi no recurrían a trucos y a engaños. ¿Qué Jedi atraería a su rival a las sombras de un astillero solitario?

Uno al que no podía infravalorar. De hecho, en ese mismo instante empezó a sentir el siguiente truco. Una nave, un carguero con el morro afilado, con las alas curvadas en la base, empezó a zumbar, aunque casi imperceptiblemente. No tenía las luces encendidas, sin duda, a propósito, y, desde luego, no había ningún sistema interno que produjera tantísimo ruido al activarse. Allí lo esperaba alguien. Puede que más de una persona.

La corriente negra de la Fuerza siempre lo había guiado por los intricados mecanismos eléctricos. Al ronin le costaba menos dar con el fallo de un droide que pasara por su lado que entender la complejidad de un ser vivo que tuviera justo delante. Además, la gente que había en el carguero no quería que nadie supiera que le estaban insuflando vida a la nave. El ronin contaba con ventaja al haberse dado cuenta.

¿Qué pretendían, dispararle? Seguro que eran conscientes de que un ataque así no tenía ningún sentido… si es que sabían que era Sith. Puede que pretendieran sorprenderlo con el repentino y furioso despertar de los motores de la nave. Desde luego, tenía que evitar que lo consiguieran.

¿O es que no lo consideraban un problema? ¿Acaso no le tenían miedo?

Al ronin le temblaban ligeramente los dedos. Su respiración también estaba un poco agitada, como si pretendiera que sus dedos no se sintieran mal. Cerró la mano; no quería seguir siendo consciente de aquella fragilidad. Necesitaba estar calmado. Saber lo que iba a hacer. Tenía que salir de aquel puerto y de Genbara antes de que…

Sintió un tironcito en la cintura. Ligero. Puede que, de no ser porque se pasaba el día intentando determinar el menor atisbo de peligro, no lo hubiera notado. Y si no lo hubiera notado… Porque entonces se dio cuenta de lo que le habían quitado.

El característico zumbido de una espada láser lo llevó a girarse al tiempo que se llevaba las manos a la cintura. Allí solo encontró una empuñadura. La otra no estaba —se la habían quitado— y la espada que brillaba ni a tres metros de donde él se encontraba lo hacía con un característico color rojo e… iluminaba la cara de la bandida Sith, que sonreía. Su sonrisa era de color escarlata por efecto de la luz del arma que acababa de robarle.

El ronin comprendió la presencia de la joven en los huesos antes de que la registrara en el cerebro. Se le heló la sangre y su corazón empezó a latir como en un gran vacío. Hacía muchísimo tiempo que no veía a una como ella. Estaba seguro de que oía una voz riéndose de él, pero, en realidad, solo era su respiración, baja y temblorosa. La bandida estaba concentrada en él.

Se acabó la espera. La joven se lanzó a por él y el ronin pegó un salto hacia atrás, resbalando con el polvo que había en el suelo del astillero y viéndose obligado a pegar un salto para evitar una maraña de cables. La bandida lo siguió, movimiento con rabia

la espada láser de manera que parecía un torbellino. Daba igual adonde saltara él, que ella llegaba de inmediato, cortando el duracero con la espada y dejando violentas lluvias de chispas a su paso.

El ronin desenfundó su segunda espada y se preparó para bloquear los ataques de su rival —con ninguna otra arma podría hacerlo—, pero, en realidad, su cuerpo… su cerebro… su alma… no le permitían trabarse en combate con ella. El ronin solo era capaz de pensar que tenía que salir de allí y, como si fuera un náufrago a punto de ahogarse, buscaba un punto al que asirse. Le daba miedo ser presa del pánico. En otro momento de su vida, se habría avergonzado de pensar así. Ahora no, porque entendía con terrible claridad el peligro al que se enfrentaba.

Una guerrera muerta… que ya no lo estaba. Una maldición viviente. «Demonio» llamaban durante la guerra a los que eran así. A partir de ahora, la bandida lo perseguiría con ansia implacable. No se detendría hasta que no lo hubiera atravesado con su propia espada y hubiera mancillado sus restos a voluntad. O a voluntad de su señor.

Y él no solo estaba cansado y alterado, sino que estaba viejo. Y lo notó en que falló un salto por medio metro y tuvo que rehacerse y cobijarse bajo el casco de un transporte, y en que, cuando ella levantó una caja reforzada de cargamento y se la lanzó a la cabeza, activó su segunda espada para cortarlo en dos cuando habría sido mucho más sencillo e inteligente sencillamente… esquivarlo.

Y también lo notó cuando la bandida, que lo acechaba a lo largo del casco de un viejo transporte, adelantó la mano y le lanzó una ola de corriente negra pura que a punto estuvo de tirarlo al suelo. Si se mantuvo de pie fue solo por su feroz voluntad, mientras su túnica se agitaba como en un vendaval debido a la furia de la descarga de aquel demonio.

La joven no flaqueaba. Con la espada láser convertida en una herida roja en mitad de la noche, pegó un salto que parecía que volara. El ronin aún no se había recuperado del esfuerzo titánico que había tenido que hacer para que no lo tirase al suelo, cuando se vio obligado a trabarse, por fin, en combate cuerpo a cuerpo con ella. Las espadas siseaban y crepitaban cada vez que se encontraban. Por un instante, el ronin miró a la joven a los ojos.

Fuego y ámbar, sin pupilas, unos ojos incandescentes debido al ansia de ella por poner fin a la vida de él. Fue entonces cuando el ronin se dio cuenta: o volvía a arrebatarle la vida a su oponente o nunca lo dejaría en paz.

El disparo de un bláster interrumpió su enfrentamiento. El tiro pasó por encima de la cruz a la que daban forma las espadas y, cuando la bandida gruñó mirando por encima del hombro, el ronin aprovechó para dar un nuevo salto hacia atrás al tiempo que desactivaba su arma. Se fundió con las sombras de una nave de exploración que había cerca.

Los cazadores de recompensas habían dado con ellos, atraídos, sin duda, por los inconfundibles ruidos de su combate. Alguno más empezó a disparar a la bandida. Ella rechazaba cada uno de los disparos y hacía gestos hacia arriba con la otra mano.

El ronin apenas tuvo unos segundos para entender lo que estaba pasando antes de que un cazador de recompensas —ese gran tan idiota con el que había coincidido en

el pueblo— saliera a la carga de la oscuridad, moviendo los brazos como un molino, directo a por él.

En esta ocasión, el ronin esquivó el ataque. Estaba tan aturullado que fue lo único que se le ocurrió. Por suerte, el gran siguió adelante y se enganchó en la red de un carguero —una red que el ronin habría jurado que no estaba tan cerca—. Sea como fuere, el cazador de recompensas quedó atrapado en ella con relativa facilidad.

«Qué suerte, ¿no?».

—No es el momento —le respondió cortante a la voz.

La bandida volvía de nuevo a por él, dejando atrás el transporte a la carrera y lanzándose hacia donde el ronin estaba escondido. Este se apresuró a pasar por debajo del casco de una nave y echó a correr hacia la entrada. Empezaba a hacerse una idea de lo que había pasado: la bandida lo había arrinconado en el astillero para convertir aquel sitio en una trampa mortal. Así que ya era hora de irse.

De pronto, ni hecho aposta, su muñequera zumbó. La miró y vio un círculo azul con un mensaje.

«Arriba», era lo único que le indicaba B5.

De súbito, el ronin oyó el chirriar de las puertas de atraque del astillero al abrirse. Un manto de luz de luna se derramó sobre las naves.

Muy bien, pues hacia arriba.

El ronin se agachó, se concentró en que las llamas blancas rodearan sus piernas y saltó hasta la nave más cercana, una nave de exploración. Luego saltó hasta la siguiente, un viejo crucero con marcas de disparos láser. Saltó y saltó, abriéndose camino hacia una pirámide de cajas que había junto a una plataforma de carga y hacia una telaraña de pasarelas de mantenimiento. Desde allí podría pegar un último salto que lo llevara hasta el techo del astillero.

Sintió que la bandida lo perseguía, pero no a través de la Fuerza, sino por instinto y por experiencia. No perdió tiempo ni en buscarla con la mirada ni en intentar oírla; no era necesario. Estaba tan seguro de que lo seguía como lo estaba de que las mareas siguen a la luna.

La joven le iba comiendo terreno. Eso lo sintió en el temblor de las llamas blancas y de la corriente negra. Era como si le mordisquease los talones. Como una furia blanca en ebullición en mitad de una espuma negra. Menuda guerrera. Qué buena Sith debía de haber sido.

La debilidad llevó al ronin a detenerse un segundo de más. Se atrevió a volverse para ver por dónde iba. Estaban el uno frente al otro, bañados por una luz pálida. Él en una grúa de esas con las que las tripulaciones cargan las naves y ella, agachada en una de las pasarelas de mantenimiento, con la espada láser zumbando en su mano, lista para atacar. Entre ellos no había sino un espacio vacío de varios metros de distancia; una distancia mucho mayor que la que los había separado cuando iban corriente abajo en el tronco. Aun así, el ronin tenía la sensación de que la joven estaba a punto de clavarle los dientes en la garganta.

—Deja de huir —le escupió entre dientes. Su voz era igual que cuando se habían encontrado la primera vez que se habían enfrentado a muerte—. Esto no va a terminar hasta que no te enfrentes a mí.

El ronin sabía que así era.

La cuestión es que todo acabó, de golpe, cuando se oyó el rugido de los motores de un carguero. Se trataba de la nave larga de morro afilado que el ronin había oído que activaba sus sistemas cuando había entrado en el astillero. La nave se alzó del suelo, grande, con las alas llenas de cicatrices y extendidas, poniendo en fuga a los cazadores de recompensas que la rodeaban, y se detuvo, con gran pericia, entre el ronin y la bandida. Las letras que tenía pintadas en el lateral decían que se llamaba *Cuervo Humilde*. De pronto, la escotilla de debajo se abrió y hacia el ronin bajó una escalera. El ronin vio a B5 arriba del todo, pidiéndole con estridentes pitidos que saltara.

—Menuda decisión… —musitó el ronin.

Ya hablarían al respecto más tarde. El ronin pegó un último salto y recorrió el aire hasta agarrarse a la escalera del *Cuervo*.

Sin embargo, sucedió algo con lo que no había contado… que la bandida también saltó. En una fracción de segundo, como le sucedía a veces, vio lo que iba a pasar, como un fogonazo del color de las sombras viscerales de las posibilidades.

La bandida lo sujetaría bien por la pierna, bien por la túnica, aunque daba igual, porque de una u otra manera conseguiría que se cayera y que perdiera su oportunidad de huir. Entonces, darían con los huesos en el suelo y aunque B5 y el *Cuervo* regresaran, sería demasiado tarde, porque ella estaba acostumbrada a llevar la voz cantante y por fin habría acabado con él.

Sin embargo, cuando el ronin abrazó aquel destino ineludible… aquel destino ineludible se hizo añicos.

El cuerpo de la joven se retorció en mitad del salto, golpeado en el torso desde un costado por un poder invisible. La Sith salió volando por los aires nocturnos y chocó con una torre de carga, cortando con la espada láser las cajas contra las que estaba a punto de chocar. El ronin lo vio todo desde la escalera del *Cuervo*, en la que había aterrizado con bien, y miró hacia abajo.

No es que la bandida se hubiera caído, es que la habían empujado… y no con una violenta oleada de corriente negra como la que ella había lanzado contra él hacía unos minutos, sino con golpe más preciso de la misma energía. La cuestión es que la mujer había caído, ya fuera porque estaba completamente concentrada en el ronin o porque el empujón que le habían dado era más contundente.

El ronin estaba a salvo.

O, mejor dicho, podía huir… algo que hacía tiempo que había descubierto que no se parecía en nada a estar a salvo.

CAPÍTULO SEIS

EL RONIN SE PUSO DE PIE mientras el *Cuervo Humilde* rugía saliendo del muelle de atraque y se internaba en el cielo nocturno. La escotilla se cerró a medida que el ronin se adentraba en la nave. Allí dentro, B5-56 se balanceaba de lado a lado y se quejaba con ese tono tan irritante que empleaba cuando estaba entre ansioso y furioso. A su lado estaba acuclillade le viajere, que se puso de pie cuando el ronin se acercó, se limpió las palmas de las manos en los pantalones y ladeó la cabeza. A pesar de la máscara, era evidente que estaba sonriendo.

—Me ha parecido que necesitabas un plan de huida.

—Y así era. Por lo que parece, eres quien mejor miente de los dos.

—Pero por conveniencia. —Le viajere le dio la espalda al ronin, como si no tuviera nada que temer de él, y lo guio por un pasillo bien iluminado—. Te he ayudado a escapar porque lo he considerado un servicio público. Esa guerrera Sith de ahí abajo parece desesperada por darte caza, por lo que doy por hecho que dejará de molestar a la pobre gente de este planeta para perseguirnos a nosotros. ¡Menudo favor les he hecho, ¿eh?!

El ronin seguía a le viajere con las manos metidas en las mangas. B5 iba por detrás de él, murmurando frases para tranquilizarlo. Ahora bien, los mensajes que el droide le enviaba a la muñequera decían todo lo contrario. Aquel patrón de destellos azules era una advertencia.

«Síguele la corriente. ¿Cuándo fue la última vez que alguien que se enteraba de que eras Sith no intentó matarte a las primeras de cambio?».

Aquellas palabras de la voz hicieron que decidiera extremar aún más las precauciones. Al fin y al cabo, era ella la que lo había dirigido hacia le viajere. ¿Qué es lo que esperaba de elle?

El *Cuervo* estaba ordenado y muy bien cuidado, aunque había sitios en los que era evidente que estaba reconstruido o que llevaba recambios. No oía a nadie más en la nave, pero alguien había tenido que prepararla para que despegase y alguien tenía que estar pilotándola. Hasta cierto punto, le alivió no tener que preocuparse porque hubiera muchas personas. El pasillo acababa en una estancia con paneles móviles que estaban dispuestos contra las paredes. Se trataba de un espacio de reunión modesto en el que había una cocina. Estaba vacío. Cuando le viajere entró en aquella estancia, el sonido de la nave cambió, y también la sensación que notaba el ronin bajo los pies. El *Cuervo* había iniciado su ascenso por la atmósfera de Genbara e iba camino del negro espacio.

El ronin estaba muy cansado y era consciente de ello. Sus opciones eran limitadas. No confiaba ni en le viajere ni en este rescate, y B5 tampoco. Fue por ello que, cuando desenfundó la segunda arma que llevaba al cinto, lo hizo con sensación de agotamiento y al tiempo que suspiraba.

El bláster que empuñaba el ronin tenía una elegancia inusual porque era antiguo y porque lo sacaba más veces para mantenerlo que para utilizarlo. Al mismo tiempo que

desenfundaba, el ronin disparó a uno de los paneles del pasillo, justo por encima de donde se había situado B5, estratégicamente.

El panel se rompió, se cayó y dejó al descubierto un caos de tubos, cables y circuitos de diferente índole.

El ronin tenía cierta maestría técnica, sí, pero las tripas del *Cuervo* resultaron ser una mezcolanza aún mayor que su casco. El ronin sabía que se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer. Aunque creía que se arrepentiría aún más si dejaba que le viajere lo detuviese. Este se había vuelto, asustade, al oír el disparo, así que el ronin no tenía sino unos segundos para actuar.

Raudo, sacudió la muñeca y, con ayuda de la corriente negra, arrancó el primer cable en el que se fijó y rezó.

Se resintió la gravedad. ¡Qué suerte!

—¡Oh! —exclamó le viajere cuando sus pies empezaron a levantarse del suelo. Y—: ¡Agh! —Cuando el ronin le cogió por el cuello con la corriente negra.

No pretendía ahogarle, pero dejaba claras sus intenciones y evitaba que le viajere intentara nada. Al fin y al cabo, con aquella máscara no podía ver sus expresiones faciales, si bien, desde luego, no parecía que estuviera asustade. Algo que podía resultar tan admirable como estúpido.

—Me gustaría que te explicaras —soltó el ronin con los pies incongruentemente anclados, a pesar de que todo en la nave hubiera empezado a flotar; exceptuando también a B5, que había activado los cepos magnéticos que el ronin le había instalado en su día en las patas—. Por cada mentira, un sistema se queda a oscuras.

—Qué dramático eres —comentó le viajere casi entusiasmade. A una persona menos experimentada en interrogatorios podría habérsele pasado la tensión que se percibía ligeramente en su tono—. ¡Adelante, pregunta, que espero tener respuesta para todo!

—Eres tú le que se ha deshecho de la bandida.

—Sí.

—Y le que le ha dado la vuelta al deslizador.

—Sí. Perdona… pero pensaba que tenías preguntas.

El ronin esperó un momento en silencio. Le viajere levantó las manos.

—Me estabas buscando, ¿no es así? En la carretera de Osou. ¿Por qué?

—Esa es sencilla. Lo que…

Antes de que le viajere pudiera responder, en la estancia se produjo un fogonazo blanco, seguido del rugido de la estática. El ronin pensó que debía de tratarse de algún tipo de granada, pero entonces sintió un impacto. La punta de una vara se estrelló en la zona de carne blanda que tenía debajo del esternón. Al golpe le siguió una descarga eléctrica que provenía del metal.

El ronin se dobló y dejó de sujetar a le viajere, que, por un momento, intentó agarrarse a algo mientras salía por los aires, pero, entonces, algún miembro de la tripulación que el ronin no había visto hasta entonces volvió a conectar la gravedad. Todos los que no habían estado anclados al suelo cayeron con un ruido sordo; es decir, le viajere y su rescatadora.

Esta última era una anciana arrugada y envuelta en una túnica oscura, que saltaba con la gracilidad de un saltamontes y le daba vueltas al bastón. En un momento dado, el arma silbó por el aire, directa a la cabeza del ronin. Como lo alcanzara, su nariz se estrellaría con fuerza contra el suelo.

Pero B5 no iba a permitirlo. El droide soltó un chillido y cargó contra las rodillas de la mujer con media docena de ranuras abiertas en los laterales para dejar al descubierto instrumentos chispeantes, giratorios y cortantes capaces tanto de rajar como de soldar el duracero y, por lo tanto, magníficos para el combate cuerpo a cuerpo.

Le viajere, que seguía en el suelo, levantó una mano como pudo. Otra de sus precisas manipulaciones de la corriente negra apartó a B5 de su curso e hizo que el droide empezara a protestar.

Aquello los dejó a cada uno de los cuatro en una esquina de la estancia. Estaban todos preparados para atacar, sopesando a por quién deberían ir primero.

—¡No! ¡No, no, no! ¿¡Cuántas veces tengo que decirlo!? ¡Nada de hacer tonterías con la Fuerza en mi nave!

Los gritos salieron por el comunicador. Por mucho que hubiera ladrado aquellas palabras, estaba claro que se trataba de una voz de mujer.

—No es la Fuerza, Ekiya, cariño —respondió la anciana, pero sin apartar la vista del ronin. Sujetó mejor la electrovara con una de las manos y la otra la llevó al cinto, que estaba lleno de bolsitas en las que, sin duda, tenía mil y un trucos para desorientar al enemigo—, solo ha sido un buen calentamiento.

—Lo que es un error. Estoy convencide —soltó le viajere mientras se ponía de pie como podía y adelantaba las manos hacia los otros tres—. Tan solo estábamos definiendo mejor la situación, anciana. Nadie…

—Comprendo la situación —dijo el ronin.

«¡Qué vas a comprender tú!».

Al ronin le extrañó el tono de la voz, agudo, puede que debido a algo que, de no conocerla tan bien, habría considerado miedo.

No. Lo que quería es que no estuviera en guardia. Era la única explicación que se le ocurría. Al fin y al cabo, la voz quería que muriera. Ahora bien, no iba a darle el gusto.

El ronin bajó la mano al cinto. Había perdido la espada láser, pero aún llevaba la auxiliar y con eso le bastaba; no sería tan precisa a la hora de abrirse camino por las tripas del *Cuervo*, pero había perdido el lujo de permitirse hacer las cosas con tiempo en el momento en el que había perdido el factor sorpresa. Así que haría lo que tuviera que hacer, aunque implicase destruir la nave por completo.

Era un pensamiento claro, práctico y directo. Por debajo de él, sin embargo, reptaba algo cruelmente frío e inesperado. Se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos. Notaba un olor rancio saliendo de su garganta.

No sería la primera vez que destruía una nave. Había sido brutal y se arrepentía, pero también había sido necesario.

«¿¡Necesario!? —En esta ocasión, su gruñido vino acompañado de una descarga de colores pertenecientes a un centenar de vidas, un mosaico que se convirtió en otra

imagen, densa y vibrante, su rostro, pero con una expresión de furia y dolor—. ¿De verdad crees que conoces el significado de esa palabra?».

La acusación lo dejó sin voz, sin voluntad en los dedos.

Sumido en una lejana niebla de pensamientos, el ronin tenía la sensación de que no iba a tardar en morir. La voz lo había logrado. Se encontraba tan atrapado en el reflejo de su dolor que le iba a resultar imposible defenderse.

Pero no se desató violencia alguna. A su derecha vio a le viajere levantar una mano despacio, con cautela, en dirección a la anciana, que, aunque a regañadientes, bajó la electrovara. El ronin espiró muy despacio y apartó la mano del arma que llevaba en el cinto. Se llevó aquella misma mano a la frente. B5 gimoteó, con las herramientas aún desenfundadas, chirriando y chispeando. El ronin negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que queréis? —les preguntó el ronin con tono duro debido a la fatiga.

—Pues bueno… —empezó a decir le viajere después de que se hiciera el silencio en la estancia—, a decir verdad, lo que queremos es que nos ayudes.

—Seguro que te preguntas por qué hemos corrido tantos riesgos para rescatar a un guerrero Sith vagabundo —dijo le viajere mientras servía té en unas tazas de cerámica sin pretensiones.

Las tazas estaban sobre una mesa baja de madera que habían sacado de la cubierta de la cocina con solo presionar un botón. La mesa estaba marcada, arañada, pero era de verdad. El ronin se preguntaba de dónde provendría. Creía, sin embargo, que no se había ganado obtener esa respuesta.

Se sentó a la mesa con B5-56 a su lado. Le viajere se había sentado enfrente, junto a la anciana, que se llamaba Chie, y que aceptó su taza con una calma solo comparable a la intensidad de lo concentrada que estaba en el ronin. No obstante, enmascaraba bien su atención. Estaba claro que no era la primera vez que se enfrentaba a un Sith.

—Y, ¿qué parte de vuestro rescate implicaba echarme encima a los cazadores de recompensas de la zona? —preguntó el ronin mientras aceptaba su taza.

—A ver, a ver… que eso ha sido culpa tuya —aseguró le viajere—. Y tampoco hemos tenido nosotras nada que ver con esos carteles de «se busca». Eso te pasa por desenvainar una espada láser roja a sabiendas de que las autoridades locales están en alerta. No sé si lo sabías, pero está a punto de estallar una guerra.

B5 le zumbó una regañina.

Le viajere movió una mano como haciéndole ver que tenía razón.

—Ahora bien… supongo que me he valido de todo ello para atraerte a nuestra nave. Admito que la situación me ha venido muy bien.

—*Mi* nave, Zorre. Y, para que conste, no creas que me gusta tanto que hayas *atraído* a este rencor con patas hacia los generadores de gravedad. —La voz llegaba de la parte más alejada de la cocina. La piloto del *Cuervo Humilde* era una mujer

joven con la cara redonda y el pelo oscuro y enmarañado que llevaba una serie de coloridos e impresionantes tatuajes de flores en sus musculosos brazos. Se sentó con las piernas cruzadas, pero lejos de la mesa, como si no quisiera compartirla con los demás. Había limpiado el panel al que había disparado el ronin y parecía que le resultaba de lo más irritante mirar al Sith—. Y dile que, la próxima vez que pague sus berrinches con el *Cuervo*, lo lanzo por la escotilla.

B5 trinó indignado.

—A ver, Ekiya —empezó a decir le viajere—, más que un berrinche ha sido una amenaza estratégica pensada para cometer un homicidio múltiple. Pero vayamos al grano. Me siento obligade a explicarte qué es lo que queremos —comentó dirigiéndose al ronin—, aunque me temo que, para ello, tengo que hacer mención a un tema del que creo que no quieres saber nada.

—Habla, no me obligues a seguir haciéndote preguntas.

—Bueno, pues me ahorraré las florituras.

Y aunque el ronin no quería oír aquella historia, apreció la actitud de Zorre.

«Por lo que se cuenta, todo empieza con ese al que llaman “Señor Oscuro”. Dicen que era un Jedi, un caballero, claro, porque, ¿cómo si no iba a haber llevado una espada láser? Pero no estaba bien preparado para el papel. Era temperamental, arrogante y tenía ansias de poder. Con una ambición tal, no es de extrañar que se volviera contra los suyos, que se rebelara contra los clanes… ¡incluso contra el Imperio!, y que reclutara multitud de guerreros innobles para su causa.

»A él y a los de su ejército empezó a conocérselos como los “Sith”, igual que esa hueste de demonios legendaria. Acababan con los Jedi con todo tipo de trucos deshonrosos y les robaban la espada láser y el kyber. Luego, profanaban los cristales, sagrados hasta entonces, hasta que sangraban y les daban nuevas formas, con lo que pervertían las leyes de la espada, etc. Perdona, que te he dicho que sin florituras y aquí estoy yo, dando mi opinión.

»La cuestión es que ahí va el ejército siniestro, conquistando planetas sin parar, volviendo la reverenciada Fuerza contra los pueblos que se suponía que tenía que proteger. Qué gente tan retorcida, ¿no te parece? En especial, cuando atacaron los numerosos templos que hay en los picos del planeta Rei’izu. ¡El corazón sagrado del Imperio! ¡Su hogar ancestral! Qué monstruos.

»Aquel fue un golpe terrible… lo de ver Rei’izu tomado por esos que tan poco respetaban su herencia. Aunque, claro, y si bien tendrías que ser un erudito para decir algo como lo que voy a decir, yo creo que el Imperio no fue realmente el Imperio hasta que sucedió aquello. A ver, sí, que lo había sido hacía siglos, pero hacía muchas generaciones que lo único que quedaba de él eran las luchas intestinas entre los señores que lo habían heredado, todos ellos luchando por su pedazo del espacio. No obstante, este sacrilegio de los Sith… ya sabes, les dio una razón para unirse.

»Aunque tampoco es que aquella alianza tuviera mucho que ver con querer ganar la guerra. A los pocos días de que Rei’izu cayera, los Sith se dividieron, presa de

luchas internas, y fueron acabando los unos con los otros poco a poco. Quién sabe, puede que los hubieran poseído dioses o espíritus enojados. Puede que el propio Rei'izu los maldijera. Puede que hubieran mancillado algo que habría sido mejor que dejaran en paz. Al fin y al cabo, en los templos de Rei'izu, todos ellos en picos prácticamente inaccesibles, había todo tipo de artefactos, algunos de ellos conocidos por ser muy vengativos en caso de que se hiciera un mal uso de ellos. Como, por ejemplo, el historiado espejo de kyber del templo de Shinsui. Pero esa es otra historia.

»Cayeran por lo que cayeran los Sith, cuando lo hicieron se llevaron Rei'izu consigo. Desapareció. Allí donde había estado el planeta no quedó sino un espacio vacío… la nada. Al Imperio le dolió ver que le arrebataban su planeta natal, que desaparecía sin dejar rastro, pero, al mismo tiempo, se sintió aliviado al ver que el propio mal que les aquejaba había supuesto su propia destrucción.

»De hecho, el Imperio lleva disfrutando de veinte largos años de paz desde entonces, dado que los señores han dejado de enfrentarse unos a otros, gracias, a decir verdad, al civismo accidental de los Sith».

En este punto, le viajere hizo una pausa y le dio un sorbo al té. Hablaba con una cadencia rítmica y sus parones estaban tan estudiados como sus palabras. Este fue un poco más largo.

Si estaba esperando a que el ronin dijera algo, él también estaba esperando, aunque de manera inconsciente en un primer momento. A medida que el silencio se iba haciendo mayor, se dio cuenta de que lo que quería oír era, justamente, eso que le habían negado: la voz. Esta, sin embargo, permanecía callada.

¿Estaría aún enfadada con él? Desde luego, tenía razones para que así fuera.

Pero ella había sido la que lo había llevado hasta aquel viajere y a que tuviera que escucharle. ¿Qué era lo que quería la voz que encontrase allí, si no la muerte? Aunque le daba miedo preguntárselo, pero no tanto por lo que le fuera a responder, sino porque fuera a permanecer callada.

Le viajere se apiadó de él:

—La cuestión —empezó a decir mientras dejaba la taza de té sobre la mesa— es que tenemos razones para sospechar que los Sith podrían no estar tan desaparecidos como cree la gente. Por ejemplo… la guerrera con la que te has enfrentado. A mí me ha parecido que estaba un pelín enfadada. ¿Tienes la misma sensación?

—Lo cierto es que la maté hace unos días.

La respuesta del ronin hizo que la anciana lo mirara aún más atentamente. La piloto, que había dejado de fingir que le importaba el panel que tenía en el regazo, miró con mala cara al ronin. Estaba claro que no confiaba en él.

—Pues… a mí no me ha parecido que estuviera muy muerta —comentó le viajere con su habitual ironía—, y resulta desconcertante, dado lo que eso querría decir. Hace muchísimo tiempo que en la galaxia no se veían fantasmas tan vigorosos. Aunque, claro, si prestamos atención a los rumores de la carretera, puede que acabemos de presenciar que de rumores tienen poco. Los muertos que desaparecen… ¿Os acordáis?

Supongo que ahora ya sabemos qué les sucede a los Jedi que están muriendo… aunque no estoy diciendo que todos vuelvan con forma de demonio y te persigan. ¿Qué crees tú?

—¿Me estás preguntando si he matado a algún otro Sith que haya resucitado?

—Sí. ¿Alguno más ha resucitado? Porque, de no ser así, queda claro que este es un asunto nuevo que debería preocuparnos. Nosotras vamos detrás de esa a la que se deben estas resurrecciones. De la infame *bruja*, que es como la llamaban. Desde luego, no parece que esté tan desaparecida como creíamos. Aunque tampoco es que supiéramos por dónde empezar a buscar.

—Y, ¿qué le haríais si dieseis con ella?

El ronin mantuvo el gesto impasible. Por extraño que resultara, B5, que seguía a su lado, se mantenía en silencio. La anciana y la piloto también estaban calladas. Le viajere inclinó la cabeza, como si se disculpara.

—¿Qué harías tú? No me gusta sacar conclusiones precipitadas, pero, teniendo en cuenta que llevas la marca de los Sith… no parece que te gusten mucho. Al menos a mí me ha quedado claro cuando has intentado matar a la mujer que te perseguía. Y, desde luego, si tenemos en cuenta que ya la habías matado. Y a otros antes… Sí, sí, estamos al tanto de tus credenciales. ¿Cómo crees que hemos dado contigo? Bueno, sea lo que fuere, la cuestión es que estamos buscando a alguien que tenga alguna idea de por dónde empezar a buscar a esa vieja bruja y, al ver que tú vas por ahí dando caza a los tuyos… hemos pensado que quizá pudieras echarnos un cabo.

En la estancia empezó a sentirse una tensión cada vez mayor en todos ellos. La anciana y la piloto lo miraban con reservas, aunque a la anciana se le notaba menos. Le viajere también estaba tense, a pesar de esa fingida actitud despreocupada.

El ronin ardía en deseos de que la voz le dijera lo que tenía que pensar, pero esta se mantenía en silencio. Y, aunque fuera a hablarle, el ronin sabía muy bien que no iba a darle las respuestas que quería.

¿Qué había cambiado? Sabía que a la voz nunca le había gustado que matara a otros Sith, pero nunca le había impedido que lo hiciera, que alcanzara aquellas victorias. Si ya no podía seguir con la caza como era debido, que era su única obligación, solo tenía dos opciones: rendirse o…

No. No iba a elegir. Al menos, no todavía. No hasta que entendiera mejor lo que le había sucedido a la bruja. Se lo debía a la voz. Por lo menos, eso.

—Rei’izu… —empezó a decir—. La bruja tomó el planeta y se lo quedó para ella. Tenemos que dar con la manera de volver.

Que se mostrara conforme con lo que le pedían sorprendió a sus nuevas camaradas. La anciana levantó tanto las cejas que parecía que fueran a salírsele de la cara… e incluso la piloto abrió los ojos como platos.

Le viajere, entretanto, recuperó la calma con la misma destreza con la que ocultaba su ansiedad. Por debajo de la máscara asomaba una sonrisa.

—Y, dinos, ronin, ¿por dónde crees que deberíamos empezar a buscar?

El ronin se puso de pie. La anciana volvió a ponerse tensa e, inconscientemente, la piloto bajó la mano hasta su bláster. En cambio, no parecía que le viajere estuviera

asustade. El ronin quería decirle que era de idiotas no estarlo, pero sabía que era mejor no hacerlo.

—Pon rumbo a Dekien —le dijo a la piloto—. Allí encontraremos una reliquia que es sagrada para los Sith. Ella será la que nos guíe.

La pequeña tripulación se miró nerviosa, como si no supiera qué hacer. Sin embargo, dio la impresión de que a la piloto le gustaba algo de lo que veía en la postura de le viajere, así que asintió, se puso de pie y se dirigió a la cabina. La anciana permaneció sentada, acabando el té. Con suavidad, cogió a le viajere por la muñeca, sin duda para evitar que siguiera al ronin, que había dado media vuelta y se alejaba.

B5 se quedó en la estancia, consciente de que el ronin quería estar solo. Al menos, el ronin quiso creer que era por eso.

Al fin y al cabo, al droide no le había preocupado en absoluto cómo se había comportado el ronin durante esa época que les acababan de recordar.

CAPÍTULO SIETE

KOURU FLOTABA en el espacio. Lo odiaba. Se sentía como un objeto atenuado, allí… Era un sentimiento peor que el que había tenido en el templo que había por detrás de la catarata. Siempre igual. Desde su primer viaje a lo más oscuro, cuando los Jedi llegaron para reclamarla para un clan lejano, las estrellas no habían sido sino una luz hambrienta y ansiosa por arrebatárselo todo.

Que ahora se sometiera a ellas dejaba claro que tenía una gran necesidad. Estaba encorvada frente a los controles de la nave de exploración que había robado, sin apartar la vista de la pantalla por la que seguía al *Cuervo Humilde*.

Por desgracia, tenía dividida la atención. La espada láser que le había robado al viejo le cantaba con una insistencia como no había sentido jamás.

«Y, ¿qué opinión te merece?».

A Kouru le pareció que había oído una voz. No se preocupó en buscar de dónde provenía; ya lo había hecho las primeras veces que la había oído y se sentía idiota al no encontrar fuente alguna. Lo odiaba. Así que no pensaba mirar. Ya casi ni recordaba esas palabras que ella, desde luego, no había pensado.

Volvió a concentrarse en el tesoro que había robado. El tesoro *roto*.

Kouru había encontrado la tara nada más robar la nave de exploración y comprobar que estaba sola en ella: daba igual cuánto lo intentara, cómo lo intentara, que la espada láser del viejo no se desactivaba. Si bien esto explicaba que el vagabundo necesitara aquella magnífica vaina, ella no tenía nada similar, a menos que la dejara clavada en el casco de la nave.

Por tanto, decidió romperla aún más. La desmontó. Lo cierto es que no se explicaba cómo había logrado hacerlo con tanta pericia. Por instinto, quizá… o puede que por necesidad.

Sea como fuere, había tenido la suerte de que las piezas estuvieran prácticamente intactas. Las tenía justo delante, en el panel de mandos, a la espera de que las reconfigurara. Iba a ser todo un logro que lo consiguiera. Kouru había fabricado su propia espada láser, y también la auxiliar, pero no era técnico en espadas.

«Si lo necesitas, yo puedo ayudarte».

Kouru pasó la mano por encima de las piezas y sacudió la cabeza, que tenía llena de murmullos.

«Concéntrate», se dijo a sí misma.

Tenía que concentrarse.

Mirándolo todo, descubrió dos curiosidades.

La primera, los componentes. Kouru los examinó uno a uno y, aun así, fue incapaz de encontrar alguna imperfección evidente, ni que faltara nada. El productor del campo de energía tenía un desgaste mucho mayor del habitual, pero era lo que cabía esperar; al fin y al cabo, la espada estaba encerrada en un bucle. ¿La habrían diseñado así?

Sin embargo, a medida que la reconstruía, Kouru era incapaz de determinar qué era lo que provocaba dicho bucle. ¿Estaría rota y punto? Pero, en ese caso, tampoco podía estar tan rota… o no habría logrado solucionar el problema con tal facilidad. Una vez lo hubo montado, la empuñadura permanecía inerte en su palma y no proyectaba el haz hasta que ella no lo activaba.

Y, luego, estaba la segunda curiosidad: su ornamentación. La espada láser parecía antigua, antiquísima. Parecía, a decir verdad, una herencia. La típica arma que llevaría el vástago de un clan Jedi. Kouru pasó los pulgares por las ajadas tiras de cuero que rodeaban el brillante metal y por la curva de la sencilla guarda.

Había que reconocer que era un arma preciosa. Ahora bien, no parecía un arma Sith. Kouru la activó, como si, por mucho que hubiera visto el kyber que había en su interior, necesitara estar segura de su color. El haz rojo salió con fuerza y la joven sintió como si el cristal murmurara en su palma.

Le recordó, vagamente, a su propia espada. Siempre había sentido como si su espada láser se enfrentase constantemente a ella. La había montado tras una batalla, con un cristal de kyber que había robado de la espada láser de un Jedi que había matado ante la atenta mirada de su maestra solo unas horas antes.

«Parece una tontería destruir un arma que ya está forjada», había comentado Kouru.

«Es mejor que la hagas tuya —le había respondido su maestra—. Venga, no lloriquees, que, además, tienes los planos. Y ve diciéndome si te da problemas. A mí tampoco me gustó tener que fabricar la mía, pero estamos aquí para ayudarnos, Kouru. ¿De acuerdo?».

Así era como los Sith habían hecho sus espadas, fabricándolas de acuerdo con un plano holográfico que se compartía de célula en célula. Había una persona que los dibujaba, según tenía entendido Kouru, un Sith que tenía mucha mano para la senda de lo mecánico. Era él quien le había enviado los planos para la parte auxiliar de su arma cuando Kouru había acabado la principal. Kouru había entendido lo prometedora que era aquella oferta cuando su maestra reforjó su propia espada con la forma de un brillante abanico rojo.

La espada láser de Kouru nunca había susurrado tan dulcemente como la que acababa de montar. Le gruñía, se encabritaba. Y había disfrutado de esa lucha necesaria para empuñar el arma; hacía que estuviera concentrada y que aumentase su resolución. Ahora, en cambio, se sentía diferente. La espada láser robada que tenía en las manos, a pesar de lo mal que le había parecido que estaba en un principio, era como una extensión de su cuerpo. Era una obra maestra. Y eso la inquietaba, en parte porque le desagradaba ser presa de aquella intimidad con un emblema de los Jedi y en parte porque aquello no era posible.

Ninguno de los herederos de los Jedi se había unido a los Sith. Jamás lo hubieran hecho. Los vástagos de los Jedi, legado de los clanes que tan crueles habían sido con ellos, eran el enemigo que más odiaban los Sith.

«Y, ¿cómo lo explicas si no?».

Era una muy buena pregunta, por mucho que la joven no pudiera determinar quién la había hecho. Y, siendo así, exigía una respuesta. Kouru, horrorizada, tuvo la sensación de que ella podía dar una.

Levantó la mirada por encima del haz rojo de la espada láser para ver por dónde andaba el *Cuervo Humilde*. En esa nave la esperaba un viejo. Ante todo, lo que Kouru quería era estar enfadada con él. Porque la había matado. Porque…

Notó como si le costase respirar. Daba igual cuánto apretase los dientes… lo que corría por sus venas era miedo.

Había habido entre los Sith uno que había elegido una forma muy extraña para su espada láser. Nada de buscar un auxiliar ingenioso, no. Él había forjado su espada como si se tratase de la herencia de un joven Jedi, un arma que pasaba de generación en generación. Era como una declaración: yo soy mi propia sangre y esta es mi gente. Ya no sirvo a los Jedi. Ya no me inclino ante sus señores.

Al pensar en ello, Kouru se sintió como mareada por la presión del espacio, aturullada por los recuerdos. Se encerró en sí misma, allí, en la cabina de la nave de exploración, y se concentró en respirar, aunque no tan hondo como debería. A pesar de sus esfuerzos, el recuerdo no dejaba de presentársele y no podía pensar en otra cosa.

«Sí, Kouru. Es miedo. El miedo siempre debe ser lo primero. Aliméntalo. Cuida de él. Hazlo y nunca te faltará la furia cuando la necesites».

A los pocos días de la victoria en Rei'izu les llegó una noticia: el Imperio se había reagrupado y los señores habían forjado nuevas alianzas. Ya no había tiempo para respirar, curarse o llorar a los muertos. Una gran flota se reunía bajo el estandarte del Emperador y los Sith tendrían que defender el planeta que acababan de conquistar o morir en el intento.

A Kouru y a su maestra les ordenaron que fueran a la nave capitana, que era donde viajaba el mismísimo Señor Oscuro. Kouru recordaba haber mirado aquel casco agujereado con el orgullo típico de un corazón joven. Era una bestia horrorosa y había sobrevivido a muchísimos horrores. Le pareció poderosa. Se sentía satisfecha de poder servir en ella, de servir a su señor… el señor que ella había elegido.

Hasta el final, Kouru nunca vio a su señor. Por todos era sabido que estaba enfadado. Que se había peleado con la bruja. Kouru no se paró a pensar en aquello. Ella se peleaba constantemente con su maestra y, ¿qué más daba? Se apreciaban y se ayudarían hasta la muerte. Eso era lo que prometía la rebelión de los Sith. Así lo habían declarado el Señor Oscuro y la bruja. Kouru sabía que era verdad, por la promesa que habían hecho, porque habían jurado tomar Rei'izu y, ¿acaso no había caído el planeta? En aquel momento, todo parecía muy sencillo.

El final empezó cuando cayeron sobre un brazo de la flota imperial, uno compuesto por fragatas médicas y transportes. Pretendían hacerse con las naves, dado que habían perdido muchísimos suministros en Rei'izu. Kouru sabía que iba a ser duro. Estaba cansada. Todos lo estaban, pero le habían demostrado a la galaxia de lo

que eran capaces si trabajaban los unos con los otros. Juntos, eran capaces de destruir cualquier planeta.

La capitana del Señor Oscuro empezó a resquebrajarse antes de que nadie disparara. Kouru recordaba cómo los fogonazos iluminaban la penumbra de los pasillos, los chirridos del casco de la nave al abrirla en canal, los chispazos, el humo asfixiante.

Creyeron que se trataba de un ataque de los Jedi o de algún otro terror enviado por el Imperio. Alguien juraba que se trataba de un infiltrado. Llegó el momento en que todo empezó a desmoronarse en la capitana.

«¡Pues acabemos con ellos!», le dijo Kouru a su maestra, que se mostró de acuerdo.

Más tarde descubrió que su maestra le estaba mintiendo. Kouru la siguió sin pensárselo dos veces, conducida por la confianza… y no se dio cuenta de lo que esta pretendía hasta que se encontró encerrada en una cápsula de escape. Sola.

Lo último que Kouru vio por la ventanilla… le pareció un sueño. Una pesadilla. Durante los primeros años se juró que había visto a su maestra abriendo su abanico con arte, como si el arma fuera algo más que luz sin sustancia. Como si un arma diseñada para cortar la carne fuera a servir para arreglar una nave que estaba hecha añicos. Como si tuviera que enfrentarse a algún enemigo entre todo aquel humo. Un asesino. Uno que pensaba que rajar de parte a parte una nave no era suficiente si a tanta destrucción no la acompañaba la sangre. Un hombre que se acercaba a ella con una espada larga de haz rojo que salía de una empuñadura preciosa y antigua.

Y así es como Kouru se quedó sola, horas y horas en el espacio, ni muerta ni viva… pero sin dejar de chillar. Habría querido destruir la cápsula con su espada y hundirle su arma a quien se lo mereciera. Quería romper algo, lo que fuera, con las uñas y los dientes.

Pero el espacio y la propulsión la separaban de toda posibilidad de satisfacer sus deseos. Gritaba, presa de la ira, y no paró hasta que no dejó de sentir la garganta y escupía sangre en el barro de aquel planeta remoto del Borde Exterior.

Pasaron varios días hasta que llegó a un espaciopuerto y se enteró de lo que había pasado en la parte de la galaxia que quedaba más allá de aquel barrizal. La guerra había acabado y los Sith habían muerto. Y habían muerto… porque se habían matado mientras tomaban Rei'izu. O porque se habían matado los unos a los otros sin más. O porque los fantasmas que había robado la bruja por fin se habían vuelto contra su cruel señora…

«Pero nada de eso era verdad, ¿a que no? Tú sabes que no».

Kouru agarró con fuerza la empuñadura de la espada robada, una empuñadura exquisita que le resultaba familiar, y fijó la mirada en el transporte desvencijado que colgaba en mitad de la oscuridad. El *Cuervo*. Su presa.

Los Sith no habían muerto porque se hubieran matado los unos a los otros. Solo uno de ellos los había matado. Y, al final, también la había matado a ella.

«¿Dirías que estás muerta, Kouru?».

No se podía decir de aquella voz sino que resultaba odiosa.

A Kouru le tembló el pulgar sobre el botón de la espada láser. La apagó y el haz se retiró. Soltó el aire temblando.

Kouru no sabía por qué el viejo no habría podido, o no habría querido arreglar el arma, pero, desde luego, ella había triunfado allí donde él había fracasado. Ahora era ella la que iba a empuñarla. La que iba a controlarla.

Resopló y sacudió los brazos y las piernas para soltarlos. El pánico se había pasado y de nuevo era capaz de pensar con claridad. Llevaba demasiados años ya jugando a ser la señora de los inútiles en los planetas más inmundos del Borde Exterior, haciéndose un hueco de insignificancia para sentirse viva.

Tanto teatro, cuando podía haber estado dándole caza. A él. Al hombre que le había arrebatado la razón para vivir cuando les arrebató la vida a todos los demás. Al hombre que la había matado hacía unos días con esa misma espada que ella empuñaba ahora. Igual que había matado a su maestra.

Ahora se daba cuenta que lo del traidor no era una alucinación. No se lo había inventado, poseída por el dolor, desesperada por tener a alguien a quien culpar de todas las situaciones aterradoras que había tenido que vivir. Era tan real como el implacable arma que le había arrebatado del cinto. Era…

«Presta atención».

Kouru miró la pantalla en la que aparecía el *Cuervo Humilde* justo cuando la nave saltaba al hiperespacio. Escaneó los cálculos de su trayectoria e introdujo una serie de comandos en la nave de exploración.

En ningún momento se paró a pensar por qué le resultaban tan familiares los controles de la nave o dónde había aprendido a manipularlos. Su gran fijación hacía que estuviera ciega a su nueva situación. Iba a matar al viejo. A decir verdad, llevaba días convencida de ello. Lo que había avivado su fuego era que ahora sabía por qué.

Que el viejo muriera tendría un significado. Haría sitio para que algo nuevo llegara a la vida, renaciera. La llama de la rebelión que ese hombre había extinguido la avivaría su muerte. Y sería Kouru quien se encargase de matarlo.

CAPÍTULO OCHO

UNA CARA, SACUDIDA POR EL HORROR, con la boca estirada por la muerte, se convirtió en otra. Esta, fija por efecto del susto. La siguiente, retorcida y airada. Cada vez más y más ojos como platos, brillando primero, pero sin vida, sin enfocar nada poco después. Una muerte y otra más. La peste a ropa, metal y carne quemados metidos en la nariz durante semanas, meses, cada vez que respiraba, sintiendo ese sabor a chamuscado en la garganta.

Su cara… la última y la más sorprendente. Su pelo largo y enmarañado, presa de la furia y la resignación. Su dolor. El graznido largo que escapaba de su garganta. El aullido que se convirtió en una maldición sin palabras.

Él deseaba arrodillarse frente a ella, con las manos en las rodillas, apoyar el cuello a la espera de su sentencia. Pero, por el contrario, empuñaba su espada roja, la levantaba y…

El ronin se incorporó como por resorte. Alguien le había tocado la mejilla con un dedo. Se sentó con las piernas cruzadas, en el suelo. Había elegido un pasillo secundario que había por el final del *Cuervo Humilde*, justo por donde había entrado, por la escotilla inferior. El pasillo daba a un almacén en el que había equipo para climas menos agradables y poco más. Sencillamente, le había parecido el lugar en el que menos iba a molestar y se había sentado con la espalda contra la pared para pensar. Ahora le dolían todos los músculos.

Le viajere estaba acuclillade delante de él, con una mano entre ambos, con el dedo aún adelantado. Desde ese punto, el ronin no alcanzaba a ver el menor atisbo de su rostro por debajo de la máscara de zorro, pero suponía que estaría sonriendo y, además, con suficiencia.

—La verdad es que estás en muy mala forma. Ni siquiera me has oído llegar.

—No supones ningún peligro.

Lo que el ronin quería decir era que, si hubiera querido matarle, lo habría sabido.

—Adulador. —Le viajere se puso de pie y pidió al ronin que se levantara también—. Venga, vamos, que este es el sitio más deprimente en el que alguien puede quedarse dormido.

—Estaba meditando.

—Vale, pues medita en un catre.

Mientras lo llevaba por el pasillo principal de la nave, le viajere le explicó que aún tardarían varios días en llegar a Dekien. En el Borde Exterior había pocas rutas hiperespaciales establecidas y, además, estaban dando un rodeo para evitar que dieran con ellos. Lo que no especificó es quién podría estar intentando dar con ellos.

—Supongo que no estarás escondiéndonos algún instinto para este tipo de navegación, ¿no? —le preguntó le viajere por encima del hombro—. ¿Y ocultarnos sabrías? ¿No? ¿Eso tampoco? Vamos, que solo tienes mano para sofisticados sabotajes mecánicos. Bueno.

—Eres muy curiose —comentó el ronin.

—Sociable. —Le viajere se detuvo frente a una puerta que se abrió hacia un lado y dejó a la vista un dormitorio sencillo. No tenía pestillo. Dentro solo había una cama, una mesa, una linterna y unas baldas vacías—. Mira, te faltan horas de sueño, estás desnutrido y da pena lo oxidado que estás.

El ronin estaba completamente de acuerdo, pero arrugó el ceño por dignidad.

—No te molestes. Tan solo lo digo porque queremos que estés en forma para cuando lleguemos adonde se encuentra la ominosa reliquia esa. Además, vamos a tardar unas horas en hacer un poco de sitio para entrenar, así que aprovecha para dormir y para comer como una persona normal. Y, si quisieras hacer algo con la gran cantidad de mugre que llevas encima, te recomiendo que visites la habitacioncita que está justo ahí. Se llama…

—Sé cómo se llama. Tú, en cambio…

Le viajere se llevó una mano al pecho.

—¿¡Yo qué!?

—Viajere… Zorre… No sé cómo llamarte.

Silencio.

—Pues… no sé, llámame como quieras.

—Me das mucha libertad.

—En ese caso, ejércela con sabiduría. —Y se fue.

El ronin se dio cuenta de que aún estaba frunciendo el ceño. Había algo en su indiferencia que le resultaba real, pero, por otro lado… era como si sonara a hueco.

No quería pararse a pensar por qué reconocía el sentimiento, así que se miró la muñeca. La muñequera estaba a oscuras. No había visto a B5-56 desde que se había alejado de la cabina. Sintió un pinchazo de dolor e intentó sobreponerse.

Alguien le había dejado una bandeja con comida en la mesa baja que había junto a la cama. El arroz humeaba junto a unas verduras cocidas al vapor y una proteína de aspecto irreconocible pero apetitoso. Desde luego, era mucho más de lo que cabía esperar.

Le costó dormir después de comer.

Pero durmió, si bien tenía la sensación de que le había costado horas conciliar el sueño, tumbado bocarriba, con los ojos cerrados, consciente del zumbido de la nave y de la ausencia de la voz.

Lo despertaron unas pocas horas después.

—Toca practicar —le comentó le viajere mientras lo guiaba hasta la bodega de carga, que estaba en las tripas del *Cuervo*—, que, como no te quitemos todo ese óxido, algún demonio acabará contigo antes de que nos guíes hasta Rei'izu.

Llegaron a la alargada bodega de carga de la nave, donde habían habilitado una zona para entrenar. Había cajas aquí y allí para representar obstáculos, pero también las había en la zona de carga.

Si bien había comido y había dormido, al ronin lo embargaba una extraña sensación de soledad. B5 se había cruzado con ellos cuando iban de camino a la bodega y se había limitado a saludarlo como de pasada antes de volver a ayudar a la piloto en su debate con el naviordenador. La voz no le había hablado para nada. Puede que por esto sintiera que iba a disfrutar enfrentándose a su oponente.

Le viajere se sentó en unas cajas que había al fondo para observar al ronin. Estaba estudiando a su oponente, igual que el ronin le estudiaba a elle. Por decirlo de alguna manera, ya había visto su habilidad. Su precisión, la extravagancia de esta. Aunque no se había enfrentado cuerpo a cuerpo a elle. Ni siquiera le había visto correr.

Y quería verlo. Aunque desde el principio había sido consciente de su presencia natural en la Fuerza, por alguna estúpida razón se le escapaba la capacidad de percibirla. Así como la bandida había sido una presencia tanto radiante como oscura, en ebullición, le viajere era una sombra en un pozo mal iluminado. El ronin se preguntaba hasta qué punto brillaría cuando se enfrentase a él, sin ocultarse.

Al mismo tiempo, sentía un zumbido de aprensión en las extremidades. Hacía décadas que no se enfrentaba a alguien a quien sabía que no debía hacer daño. Solo de pensarlo, sintió un escalofrió que le recorrió todo el cuerpo. Aquello le preocupaba.

No obstante, fue la anciana, Chie, la que se presentó en aquel suelo marcado, sujetando la electrovara a un lado. La anciana enseguida vio la duda en la postura del ronin.

—¿En serio? Pero ¡si casi te arranco la cabeza hace unas horas!

Y así era, solo que la anciana estaba malinterpretando por qué dudaba. En cualquier caso, no pretendía faltarle al respeto, por lo que inclinó la cabeza para mostrarse de acuerdo.

Ambos adoptaron una postura de combate. Le viajere los observaba con gran atención.

—Venga. ¿A qué esperáis? —les dijo.

Chie se lanzó contra el ronin con una velocidad líquida, pero se agachó para rodearlo. Él ni siquiera se movió, porque había percibido que se trataba de un amago. La electrovara le pasó tan cerca de la cara que su nariz notó los chisporroteos de la punta.

Por el rabillo del ojo vio como Chie apretaba los labios. ¿Irritación o satisfacción? No solo era complicado discernirlo, sino que la anciana se había vuelto más cauta desde la vez anterior. Le resultaba más sencillo descifrarla con la Fuerza, una experiencia que no le resultaba extraña. Era todo corriente negra, pero con una hebra de fuego blanco. La intención con la que lo perseguía era singular.

El ronin siguió su línea para ver cómo lo iba a atacar. El siguiente intento fue real, un giro que hizo que se levantara del suelo, con la electrovara girando por encima de su cabeza para aprovechar el impulso antes de bajarla a tal velocidad que se oyó cómo silbaba.

El ronin se hizo a un lado y se echó para atrás para esquivar su rápida patada hacia atrás.

La anciana chasqueó la lengua.

—No estás aquí para escapar de mí —le soltó.

El comentario irónico fue el primer golpe que recibió el ronin.

—Prefiero que no me sorprendan —comentó junto a una pequeña pirámide de contenedores.

—Pues bloquea.

El ronin enarcó una ceja y la anciana sonrió, lo que dejó al descubierto sus dientes.

—¿Es porque no soy Jedi?

—No lo eres, no.

—Tú tampoco. —La anciana pegó un ágil salto hasta lo alto de las cajas y desde allí se lanzó contra el ronin mientras dejaba caer la chisporroteante electrovara para alcanzarle en la cabeza—. Y me atrevería a decir que tampoco lo has sido nunca.

El ronin detuvo este golpe con la vaina de su espada auxiliar y la sonrisa de ella se topó con las chispas que echaba él por los ojos.

—A ver, no me confundas con una purista —dijo la anciana mientras volvía a subirse a las cajas de un salto—, pero no tengo claro que, hoy en día, se os pueda llamar «Jedi» ni a unos ni a otros. Y, desde luego, clanes ya no sois. Se han perdido los linajes de sangre. Dime, ¿a ti te explicaron lo que eres o no ha habido en tu vida más que sangre y espadas desde que te dijeron que eras uno de los suyos?

El ronin sopesó la vaina y miró a Chie mientras esta se paseaba por el contenedor que estaba más arriba. Él era el lobo que andaba por el suelo. Ella, el halcón que volaba.

—Los maestros nos contaban historias sobre lo orgullosos que teníamos que estar de nuestra herencia, del linaje que compartíamos con el clan gracias a la Fuerza. Les parecía una buena manera de enseñar a los niños por quién debían morir.

—Y no estabas de acuerdo.

En realidad, no era una afirmación, sino otra finta. En esta ocasión, el ronin dejó que Chie lo arrinconara. La anciana quería ver cómo de buenos eran sus reflejos y, para su sorpresa, él también tenía ganas de saberlo. Enseguida encontraron un ritmo: sus golpes, sus bloqueos. Esto hizo que se movieran con tal ferocidad por la bodega que le viajere se vio obligade a apartarse de la zona de cajas en la que estaba, junto a la entrada.

—Entendí cuál era la semilla de vuestra rebelión. —El tono de voz de Chie seguía siendo tan calmado como el de le viajere cuando contaba una historia, por mucho que se balanceara aquí y allí para poner a prueba el instinto del ronin y le pinchara una y otra vez para que le devolviera los golpes—. Los Jedi no eran dignos de que nadie les sirviera. No eran ni una sombra de lo que deberían ser… de lo que habían sido.

El ronin se mofó y Chie casi le alcanza en la rodilla.

—Sanadores —prosiguió la anciana—, artesanos, defensores… ¡Monjes! Sirvientes de los débiles y de los dioses. Pero acabaron acatando las órdenes de sus

señores en vez de atender a los necesitados… y mira lo que ha sido de ellos. Espadas y más espadas… ¡y ni siquiera son tan buenos como ellos dicen!

Chie metió la mano en los pliegues de la túnica, pero el ronin se dio cuenta. Esperaba que sacara un cuchillo, no un bláster.

Dos disparos, rápida como el rayo, y el segundo le rozó la suela de la sandalia porque había predicho hacia dónde huiría. Los disparos marcaron unas cajas y la pared. Parecía que la anciana iba a disparar una tercera vez, pero le viajere movió la mano y le robó el bláster con un preciso latigazo de corriente negra.

—¡Chie, por favor! —Le viajere sujetaba el arma como disgustade—. Quedamos con Ekiya en que nos comportaríamos y, a mi entender… eso incluye no matar a nadie.

—Pues dile que se esfuerce.

El ronin no dijo nada porque aprovechó para tomar aire. Se estaba esforzando y se sorprendió al darse cuenta. Chie habitaba todo su cuerpo hasta un punto que el ronin pocas veces había visto, excepto entre los Jedi más dotados para la guerra.

O los Sith. Estaba seguro de que les habría dado problemas, incluso a los que estuvieran más dispuestos a desenvainar.

—Todo esto no tiene sentido a menos que te enfrentes a mí tal y como eres —comentó Chie. Ahora era ella la que estaba abajo y él se encontraba arriba. Chie esperaba a que bajara balanceando la electrovara—. Venga, Sith, ¡vamos!

El ronin decidió permanecer arriba.

—Has dicho que comprendías nuestra rebelión. Aun así, tengo la sensación de que me desprecias.

—Erais muy infantiles.

Su desdén lo ponía de los nervios.

—Niños enfadados —prosiguió—. Lo peor de los Jedi. Conquistabais países alegando que los liberabais y os llevabais a los jóvenes para que fueran vuestra carne de cañón… igual que habían hecho con vosotros. No puedo creer que defiendas eso. Aunque, claro… tampoco sabemos cuándo decidiste volverte contra los Sith.

El ronin se movió antes de lo que debería, deseoso por encontrar la calma, pero incapaz de dar con la serenidad en la inmovilidad. Saltó. Descendió sobre Chie con la túnica al viento y dejó atrás a la anciana. Ella giró la electrovara para conseguir que se tropezara, pero él saltó para esquivarla al tiempo que se mantenía atento a los pies y a las manos de su rival.

Su silencio y su vuelo no sirvieron sino para avivar las llamas del desdén de Chie.

—Dime, ¿tú eras de los que hacían todo lo que le ordenaban los traidores o fuiste uno de los primeros en acuchillar a los tuyos? ¿Te seguían llamando «compañero» después de que asesinases al primer Sith?

Al ronin le rugía la cabeza, como si hubieran encendido un gran fuego en ella. Notaba hollín en la nariz y ceniza en la boca.

Chie lo tenía arrinconado y volvió a intentar alcanzarlo con la electrovara. La anciana esperaba que esquivara el arma con un salto o que se hiciera a la derecha, así que cuando el ronin cogió la electrovara justo por debajo de la cabeza chisporroteante y tiró hacia abajo y hacia un lado, consiguió desarmarla.

Chie tuvo que soltar la electrovara para que el ronin no la arrastrara con ella. El instinto la llevó a pegar un salto hacia atrás para ponerse lejos de su alcance, pero había algo que la había fascinado y que la hacía sonreír.

—Ahí estás.

El ronin… no sentía nada. Y no sentía nada porque no soportaría la alternativa. Sujetó con más fuerza la electrovara. El cuerpo le pedía que acabara lo que había empezado. Arremeter. Romper. Sin embargo, se obligó con todas sus fuerzas, casi con violencia, a mantenerse quieto.

Sabía que Chie volvería a por él, cortando, pinchando, un cuchillo con sed de sangre. No se detendría hasta que hiciera algo peor que quitarle el arma. Aún no había conseguido lo que quería, así que no iba a rendirse, perdiera lo que perdiera, decidida a hacerle lo que le obligara a hacerle…

—¡Bueno, eso tiene que set agotador! Venga, ¿por qué no las dejas en su sitio antes de que esto se salga de madre?

El ronin respiro hondo. Una serie de golpes sordos lo devolvieron a la bodega de la nave. A su alrededor, varios contenedores que acababan de estar suspendidos por los aires cayeron al suelo y produjeron una gran vibración.

¿Había sido le viajere? No. Elle volvía a estar junto a la entrada, preparade por si acaso tenía que manipular la corriente negra de la Fuerza. Aún no había tenido que intervenir.

Chie, entretanto, permanecía inmóvil en el centro de la bodega, mirando a su oponente. Su mirada era penetrante y el gesto de su boca daba miedo. Era una acusación sin malicia. Sencillamente, por fin había logrado sacar al Sith.

Así era y el ronin lo sabía. Lo había sabido desde el día en que había matado a su primer Sith. Pero eso no lo había detenido todavía. Lo convertía en un ser maldito.

—Creo que es suficiente por hoy —comentó le viajere mientras bajaba las manos y se acercaba al ronin.

El ronin sujetó aún con más fuerza la electrovara y le viajere dudó.

—Sí, yo también —convino ella.

La anciana se acercó a le viajere y le llevó hacia la puerta de la bodega. Menos cortesía que desdén. Lo que murmuraba camino de la puerta no dejaba lugar a dudas.

—Sé que quieres confiar en él, queride, pero eso es justo por lo que yo no puedo hacerlo. Y, si somos sinceras, creo que acabas de ver una de las razones por las que tú tampoco deberías confiar en él.

Le viajere estaba más lejos y el ronin no oyó bien su respuesta, aunque, a decir verdad, apenas oía nada que no fuera el rugir de las llamas y el chirrido del metal.

Lo dejaron allí durante horas, solo. No tardó en perder la noción del tiempo, entre otras cosas, porque él mismo se esforzó al máximo por abstraerse de la realidad.

Tenía delante la espada auxiliar dividida en sus muchos componentes. La matriz de emisión, las lentes, el campo de energía y la apertura de flujo, el anillo de estabilización… Todo. Se quedó mirando la esquirla de kyber. Era una de las muchas

que tenía en su poder, pero esta era, de las que conservaba, la que hacía más tiempo que estaba con él. Hace mucho que no la tocaba, ni a ella ni ninguno de los componentes del arma. No sabía qué hacer con todo aquello.

Desde que la bandida le había robado su espada había tenido claro que tendría que remodelar esta otra. Absorto en las piezas, se preguntaba si la joven habría sido capaz de contenerla. Era probable que así fuera porque, a decir verdad, la tara estaba más en su viejo dueño que en su diseño.

Y lo mismo se podía decir de la vaina. Tenía una utilidad… Más de una. El ronin la había convertido en una prisión y en un truco. Sin embargo, su forma no era práctica para darle un uso regular, si bien, con el tiempo, podría haberse acostumbrado a ella. El problema era que no tenía tiempo, así que lo mejor que podía hacer era construir algo que se pareciera lo máximo posible al arma que había perdido.

Tenía componentes de sobra para eso y para más. Cuando era más joven, se habría dejado llevar por las ideas que le habrían venido a la cabeza al tener tanto kyber. Hoy en día, todo eran dudas. Necesitaba un arma. Con un arma, confiaba en sí mismo. Más o menos. No sabía si debería tener un arma en aquella nave.

Oyó unos pasos que se acercaban. No se escondían, así que no eran ni Chie ni le viajere. Tenía que ser la piloto. ¿Cómo la habían llamado? Ekiya.

Los pasos se detuvieron en la entrada. Por el rabillo del ojo, el ronin vio cómo la piloto se armaba de valor. Cerró las manos. Ekiya lo había evitado hasta el momento, mostrando preferencia por estar con Chie, con le viajere e incluso con B5-56. La mujer entró por las bravas. Era evidente que tenía miedo, pero que no iba a permitir que eso la detuviera.

—B dice que eres hosco. —Aquella fue la forma que tuvo de anunciar su presencia—. Y, oye, lo entiendo, supongo que a mí también me pasaría si toda la galaxia me odiase, aunque fuera con razón.

El ronin no tenía nada razonable que decir al respecto, así que siguió contemplando los componentes del arma. A Ekiya no pareció que le molestara que la ignorara, al fin y al cabo, a ella le importaba más su cargamento que él. Sin embargo, cuando la piloto empezó a reordenar las cajas que el ronin había dejado tiradas, este se dio cuenta de que no podía permitir que fuera ella la que se encargara de aquello.

Envolvió los componentes en la tela sobre la que los había dispuesto y se levantó para ofrecerle ayuda. Ekiya lo miró con escepticismo, pero enseguida le pidió que llevara la caja con la que estaba a uno de los lados de la bodega.

Mientras él seguía las órdenes, ella rompió el sello de una de las que se había caído de la pirámide más alta. Ekiya quería inspeccionar su contenido para asegurarse de que seguía todo en buenas condiciones.

El ronin no sabía qué pensar de lo que la mujer encontró debajo de las capas de material protector. Allí había paquetes de diferentes formas y tamaños. La mujer los escaneó todos con un datapad para ver en qué condiciones estaban. El ronin no se había parado a pensar en el cargamento del *Cuervo*.

Cuando acabó con el contenido de una de las cajas, Ekiya lo guardó todo de nuevo y se puso con la siguiente. Para ese momento, el ronin había devuelto la mayoría de

las cajas y de los contenedores a su posición original, exceptuando los que estaban en la zona donde se encontraba trabajando Ekiya.

—Si quieres ayudarme más, saca todo lo que hay en esas dos cajas de ahí —le dijo la piloto sin levantar la vista del datapad, indicándole con un movimiento de cabeza los contenedores a los que se refería—. Pero ten cuidado, ¿vale?

Así que el ronin vació las cajas. Dentro había paquetes de diferentes pesos y tamaños y, de vez en cuando, le hablaban. Uno de ellos, que pesaba muchísimo y que tuvo que coger con ambas manos, era una especie de objeto antiguo para medir el tiempo, igual que el siguiente, circular y tan pequeño que le cabía en la palma de la mano. Otro de ellos emitía una luz palpitante y supuso que sería una linterna. ¿Serían artefactos? No estaba seguro.

El siguiente paquete que cogió tintineó en sus manos. Era un sonido como a roto. Se trataba de un objeto que le cabía en la palma de la mano y que hizo que esbozara una mueca de dolor mientras lo dejaba en el suelo. Había algo familiar en él, algo que hacía que sintiese su pulso en los dedos. Ekiya se acercó sin que el ronin se lo pidiera. La piloto puso mala cara mientras se acuclillaba y escaneaba el paquete. Acto seguido, dejó a un lado el datapad y desenvolvió el paquete. Era como si algo le doliera en el alma.

A medida que ella iba quitándole capas de material protector, el hormigueo que el ronin sentía en los dedos se iba haciendo mayor. Inconscientemente, se llevó una mano al forro oculto de la túnica, pero no entendió por qué lo hacía hasta que ella no acabó de desenvolver el paquete.

Ekiya había desempaquetado una talla de marfil amarillenta del tamaño de un pulgar. En su día había sido circular, con ramas retorcidas y dos pajarillos posados entre flores redondeadas. La pieza tenía una raja en el centro y Ekiya la sujetaba con tal nerviosismo que daba la impresión de que estuviera a punto de romperse en dos.

Algo brilló en el interior de la grieta. Se trataba de una luz floja, frágil como el polvo a la luz del día. El ronin enseguida reconoció su carácter cristalino, vivo. Era kyber.

Ekiya pilló al ronin mirando y suspiró con fuerza.

—Esto es imposible esconderlo, ¿eh?

No era una pregunta.

—No. Lo he sentido en cuanto lo he tocado… aunque no he sido capaz de detectarlo mientras estaba en la caja.

Ekiya miró la talla con el ceño fruncido.

—Yo diría que como algún Jedi se acerque a esta bodega… estamos perdidos.

¿Cuánto kyber llevarían en el *Cuervo*? El ronin creía que sabía cómo había sido capaz de ocultar los cristales la piloto. Las obras de arte resonaban en la Fuerza, igual que un jardín bien diseñado evocaba el mundo o un sacerdote evocaba a un dios con sus plegarias. El kyber siempre temblaba debido a su poder, obvio y ansioso, pero si se incorporaba a una obra de arte, no era difícil que su presencia pasase inadvertida.

El ronin se preguntó qué es lo que pretendería hacer Ekiya con todo aquello. Exceptuando los cristales que llevaba en el forro de la túnica, el ronin jamás había visto tal cantidad de kyber si no era en algún templo Jedi. Y Ekiya no era Jedi.

Tampoco era Sith. La piloto tenía menos presencia en la Fuerza incluso que le viajere o Chie. Estaba viva, pero no provocaba ningún remolino. Sencillamente, la Fuerza no estaba a su disposición. ¿Por qué razón atesoraba las esquirlas entonces?

Ekiya vio la pregunta en el gesto del ronin.

—Las llevo de vuelta a casa. —Pero no desarrolló la idea.

La piloto volvió a centrar su atención en la talla, aún con el ceño fruncido, y empezó a desplazarse por el datapad. El ronin pasó a la siguiente caja, pero ella lo retuvo con una pregunta:

—¿Por qué lo hiciste? Me refiero a por qué te volviste contra los Jedi. —La piloto no había apartado la vista del datapad—. Y no me sueltes los rollos de siempre. ¿Qué te llevó a hacerlo a ti?

Nunca nadie le había preguntado aquello. Algo que, en gran medida, se debía a su anonimato y a que todo el que podría haber querido hacerle la pregunta estaba muerto. Aun así, lo pilló por sorpresa, como si acabaran de pegarle un codazo. No podía responder, al menos, rápido.

—No eres mi primer Sith. No te tengo miedo.

—Salta a la vista.

Ekiya lo miró con mala cara y volvió a concentrarse en el trabajo.

—Os vi a todos el día en que llegasteis a Rei'izu.

De súbito, el ronin no solo entendió lo que le pasaba a la piloto, sino que se preguntó cómo se dignaba a hablar con él. Se quedó allí, en silencio, con las manos inertes a los lados. Ella siguió:

—Supongo que parecía lo bastante fuerte como para enfrentarme a vosotros, pero que era lo suficientemente inteligente como para saber que no iba a servir de nada. Me incluisteis entre los primeros soldados que enviasteis desde el planeta.

Era evidente que se estaba refiriendo a los Sith y que lo incluía entre ellos. El ronin no la había visto jamás. Pero, claro, es que durante los primeros días en Rei'izu había estado preocupado por otros asuntos. Aunque eso no quería decir que no fuera culpable. Eso lo tenía tan claro como Chie.

—Y no llevábamos ni una semana fuera de nuestro planeta cuando, de repente, ¿¡qué hicisteis!? ¡Quién sabe! La cuestión es que Rei'izu había desaparecido. Así que ahí nos tienes, a un puñado de niños aterrados en el campo de batalla de una luna que no le importa a nadie, enfrentándonos a los Jedi y al Imperio mientras nuestro comandante Sith pierde la cabeza. No sabes lo divertido que fue. En especial cuando nos vinieron con eso de: «Bueno, dudo mucho que vayamos a sobrevivir a esta carga». —Ekiya arrugó la nariz—. A ver, tampoco me malinterpretes, porque no es que los Jedi nos lo pusieran fácil. Tuvimos que encargarnos de ellos. Y él… y la situación se puso fea.

El ronin sabía que lo mejor que podía hacer era permanecer callado. Dudaba mucho que nada de lo que tenía que decir fuera a aportar algo.

Ekiya resopló.

—Cuando todo acabó, ni siquiera sabían qué hacer con nosotros, con un puñado de niños aterrados que ya no tenían hogar al que volver. A ver… lo intentaron. Más o menos. Aunque da igual, porque nos teníamos los unos a los otros. De hecho, eso era

lo único que nos quedaba… Bah, da lo mismo. Lo que quiero decir es que… es que merezco una respuesta, ¿no?

La merecía, qué duda cabe. Él habría preferido permanecer en silencio, pero era consciente de que tenía que dar la cara.

—¿Qué quieres que te cuente?

—A ver… estaría bien que te disculpases —dijo como en tono de burla—. A quién quiero engañar, no, no estaría bien. Lo que quiero es saber. ¿Qué es eso tan malo que tenían los Jedi como para que decidieseis que no pasaba nada por hacernos daño a nosotros?

El ronin no sabía la respuesta. No la había, de hecho. No se podía justificar lo que habían hecho, esa era la verdad. Aun así, sintió que le debía una explicación. Se tocó el metal de la mandíbula, que le dolía, y empezó a hablar, pero con cuidado, eligiendo bien las palabras:

—Mi señor me ordenó que matara a una persona… pero no lo hice. No podía. En ese momento, tenía claro que debía negarme, de lo que no me daba cuenta era de que también estaba aceptando. No entendía en qué íbamos a convertirnos y no puedo…

En un primer momento, Ekiya había seguido concentrada en el datapad, que sujetaba con fuerza. La piloto llevaba las uñas pintadas con un color brillante. Cuando el ronin se quedó callado, buscando las palabras, ella volvió la cabeza para mirarlo. Su boca tenía un gesto triste. Estaba claro que aceptaba las limitaciones del ronin a la hora de explicarse. Su gesto incluso sugería que era consciente de que el ronin jamás tendría una respuesta.

—Ve a descansar —le dijo antes de volver a concentrarse en el datapad.

El ronin la dejó en la bodega, agradecido por aquel aplazamiento. Al mismo tiempo, lo atormentaba ser consciente de todo lo que había hecho en su día… El sentimiento de culpa.

Era en esto en lo que más camino le quedaba aún por recorrer, mucho más que en la afinación de sus reflejos o en su control de la Fuerza. Hasta el momento, había conseguido evitar sentirse así no pensando en el tema, pero Chie no había necesitado sino empujarlo un poco para desequilibrarlo. Sin duda, la bruja necesitaría mucho menos.

No cabía duda de que no podía seguir eludiendo sus pecados… porque esos pecados habían empezado a darle caza.

CAPÍTULO NUEVE

EL RONIN REHÍZO LA ESPADA auxiliar en la pequeña habitación a la que lo había llevado le viajere, a solas. La siguiente vez que se enfrentó a Chie en la bodega, lo hizo con la espada roja que ella esperaba. La anciana le había demostrado su descontento intentando por todos los medios partirle la cabeza con la electrovara. Ahora bien, cuando ya estaban ambos cansados, el ronin la había sorprendido. Con el haz desactivado y la empuñadura extendida hasta alcanzar la largura de la electrovara. La anciana le había permitido que optara por aquella alternativa, si bien criticaba la forma cada vez que podía. Además, no dejaba de decirle: «Deberías comer más».

Comer en el *Cuervo Humilde* era algo que se hacía en compañía, alrededor de la mesa de la cocina. Ekiya había equipado la nave de manera que no hubiera únicamente raciones espaciales de esas que se calientan. En todas las comidas servía arroz, proteína fresca y verduras, tanto crudas como encurtidas. Después de la primera de estas comidas, el ronin le preguntó a Ekiya en voz baja si alguno de aquellos artefactos rotos de la bodega era de naturaleza mecánica. Le dijo que se le daba bien reparar objetos mecánicos. Podía echar una mano. En un primer momento, la piloto se opuso, pero, entonces, B5-56, que estaba a su lado, le zumbó unos sonidos de confirmación. Ekiya frunció el ceño y respondió que lo pensaría.

Aunque al final no le dio permiso, le ofreció analgésicos al ver que se frotaba la mandíbula.

—¿Para qué quiero eso? —le preguntó él.

B5 gimió mirando a Ekiya, que entornó los ojos mientras miraba al ronin. Estaba claro que no le impresionaba.

—Tenías razón, B, con un resfriado tiene que ser insufrible.

Aun sin analgésicos, el ronin dormía profundamente… hasta que se despertaba, de forma abrupta. Los sueños nunca habían vuelto a ser tan reales como la primera vez que había dormido en el pasillo del *Cuervo*, pero tampoco se iban. Jamás había soñado tanto en los últimos años y, además, los sueños que tenía ahora lo perturbaban. Sin embargo, los consideró una oportunidad y no hizo nada por librarse de ellos, por mucho que lo quisiera. En cualquier caso, le resultaba duro analizarlos lo hiciera desde el punto de vista que lo hiciera. No obstante, estaba decidido a hacerlo. En más de una ocasión, durante un ciclo de descanso profundo, él permanecía despierto, aunque estuviera agotado y solo.

Le viajere se dio cuenta, así que decidió empezar a pasar por su camarote en los momentos más convenientes. Resulta que siempre tenía un té que ofrecerle o que llegaba para jugar una partida de shogi.

«Mucho va a ser para una persona que está medio dormida —le había dicho él la primera vez».

«Lo sé. Lo hago para ganarte con facilidad».

El ronin había aprendido a jugar al shogi cuando era un aprendiz. Cuando era joven, lo normal era que los maestros Jedi utilizaran aquel juego para entrenar a sus

aprendices más prometedores en cómo manejar el campo de batalla. En aquel momento le había dado igual. Luego, cuando dejó de ser Jedi, había descubierto el juego de una manera diferente que lo había llevado a apreciarlo. En cualquier caso, hacía años que no jugaba.

Era muy probable que el hecho de que le viajere supiera jugar se debiera a una historia muy similar. Al fin y al cabo, poco podía decir el ronin de elle con certidumbre, sobre todo, porque evitaba abrirse en todo momento.

En cualquier caso, le viajere no lo condenó al silencio, algo por lo que se sintió agradecido. El silencio enseguida lo llenaban sus pensamientos, que, a horas tan tardías, nunca solían ser agradables.

Por el contrario, le viajere siempre le contaba historias. Leyendas, cuentos de fantasmas, parábolas y cotilleos de todos los planetas que había del Núcleo al Borde Exterior. También le contaba historias antiguas y otras más recientes.

Como, por ejemplo, la de sus compañeras.

* * *

«Chie es una idealista, ¿sabes? Es cazadora de recompensas de profesión, dicho por ella misma. Una especialista. Solo acepta trabajos en los que tenga que acabar con algún Jedi. Así es como nos conocimos.

»¡Ay, cómo me miras! ¡Eso es una acusación en toda regla! ¿¡Jedi yo!? No, yo no era sino une observadore. Una pequeña luna del Borde Exterior estaba sufriendo por los deseos de su señor. El señor tenía una nueva mina en un sistema cercano y resulta que necesitó mano de obra. Envió a sus Jedi a por voluntarios. Digamos que los métodos de reclutamiento dejaron mucho que desear.

»Chie los retó a duelo y, claro, como los duelos son lo que más les gusta a los Jedi, aceptaron encantados. Yo les advertí o, mejor dicho, lo intenté, pero ni siquiera alcanzaban a entender por qué iban a tener que prestar atención a lo que les decía une simple narradore. Me dio vergüenza seguir insistiendo. ¡Pensar que unos Caballeros Jedi eran incapaces de ver lo que a mí me resultaba tan claro!

»Bueno… Se lo merecían. Me quedé mirando, aunque a una distancia prudente y, para mi sorpresa y desconcierto, Chie vino a por mí cuando acabó con ellos. Yo diría que siempre se ha arrepentido de no haberme matado en aquel momento. Por suerte, conseguí convencerla de que podía ayudarme con un problema más importante. Que si los Sith esto… que si los Sith aquello… Mi fortuna enseguida se duplicó, porque no es que odiara a los Jedi, sino que odiaba a todo aquel capaz de abusar de la Fuerza para sus propios fines, para fines egoístas. Se apuntó de inmediato.

»Me preguntaba qué la habría convencido tan rápido. No era la confianza; de hecho, dudo mucho que ni siquiera a estas alturas confíe en mí del todo… La cuestión es que *creía*. Supongo que se debe a su entrenamiento. Al que sea que tuvo. Puede que con una de esas órdenes que el Imperio intentó aniquilar después de que los clanes le ofrecieran su lealtad. Ya sabes, las que veían la Fuerza de esa manera que el Imperio prefiere que nadie la vea.

»Tendrías que oírla hablar de los dioses. Habla de ellos igual que de los fantasmas y de la Fuerza. Está convencida de que tanto los Jedi como los Sith lo han entendido todo al revés. Pero, claro, es una anciana… y los ancianos tienden a pensar que todos los demás somos idiotas y que no sabemos de nada».

El ronin tosió al oír aquello. Hacía tiempo que a él ya no se lo podía considerar joven, pero estaba claro que Chie tenía alrededor de veinte años más que él y a él le gustaba respetar a sus mayores… incluso cuando —puede que en especial— intentaban arrancarle la cabeza.

Le viajere se echó a reír, suspiró y se mostró de acuerdo, aunque con aire conspirador. El ronin también, espontáneo, aunque apagó el sonido con su té. Era como si le viajere creyera que había ganado.

«No debería animarle», pensó él.

No obstante, cuando le viajere siguió con las historias, el ronin le prestó toda su atención.

«Ay, Ekiya. Me temo que somos una mala influencia para ella. Antes de que se viera involucrada en nuestros delirios de grandeza, se esforzaba por arreglar lo mejor que podía lo que, nosotros, los viejos idiotas, habíamos roto.

»Chie y yo estábamos buscando un piloto. Ekiya es una piloto, qué duda cabe, aunque yo no diría que es su vocación. A nosotros, a decir verdad, nos bastaba con alguien que tuviera alguna noción de cómo navegar por Rei'izu. Sí, sospechábamos que ese sería nuestro último objetivo… antes incluso de que tú aparecieras. Dale las gracias a mi maravillosa intuición.

»Pero vamos al grano. Buscamos refugiados de Rei'izu y nos tropezamos con Ekiya y su tripulación en un barrio de gente como ella que había en una estación comercial del Borde Medio.

»Ah, sí, claro, su tripulación… Los supervivientes. Esos niños que sobrevivieron a los Sith que los reclutaron. Están muy unidos, aunque yo diría que la mayoría de ellos consideran que está un poco loca por haberse unido a nosotros… y puede que así sea.

»Sus amigos también se dedican a hacer el bien, pero de forma más concreta. Actualmente, ayudar a los refugiados a mantener oculto cierto material ilícito para que no caiga en manos de algún investigador imperial. Sí, como lo que hay en la bodega… esos cacharritos en los que ocultan el kyber. Bueno… puede que no me corresponda a mí explicar eso. Tan solo diré que se trata de trabajos muy personales que tienen una importancia tremenda. Porque ya sabes cómo es el Imperio con el kyber.

»Así que los ayudamos. Yo mentí un poco y Chie se encargó de los golpes. En un momento dado, sugerí al Jedi que escoltaba al investigador que se encerrara en una cápsula de escape y se negara a salir. Sería mejor, ¿comprendes?

»Puede que eso fuera lo que convenció a Ekiya para que renunciara a su labor, más tangible, por nuestra ridícula cruzada. Lo cierto es que no lo sé; aunque espero que saque algo de esto, qué duda cabe. Se merece la revancha que el universo esté dispuesto a darle».

El ronin estaba de acuerdo con lo último que había dicho le viajere. No estaba mal desear que ojalá lo hubiera hecho mejor o querer que aquello que había dejado en ruinas volviera a albergar vida. Lo difícil era afrontarlo, hablar con aquellos a los que había hecho mal o ser, en cierto modo, parte de la recuperación que tanto anhelaba. No tenía derecho.

El ronin creía —o quizá esperaba— que sería más sencillo oír la historia de le viajere. Sin embargo, las noches iban pasando y no se la contaba. El ronin se sintió obligado a estudiar a aquelle personaje.

Para empezar, algo tenía de Jedi —probablemente—; o, por lo menos, había entrenado con uno. Aunque, claro, se podría decir lo mismo de él, que no necesitaba la advertencia de Chie para no ir contando por ahí lo que era. En cualquier caso, el entrenamiento de le viajere era tan evidente en sus habilidades como lo era en las del ronin. Desde luego, si había alguna manera de aprender a controlar la Fuerza con tal presteza sin haber pertenecido a los clanes Jedi, el ronin no sabía cuál era.

Por otro lado, esperaba que un Jedi con unas habilidades marciales tan útiles llevara una espada láser. Le viajere, sin embargo, no llevaba nada ni similar a la cintura. Tenía la máscara, la flauta —además de una mediocre habilidad con ella— y las manos, que nunca dejaba de mover al son de su voz. Aun así, el ronin sospechaba que a le viajere no le importaba tener que mostrarse violente. Y, hasta cierto punto, lo comprendía. Aunque solo hasta cierto punto.

Además, le había hablado con tal interés de la predilección de los Sith por cuidar las habilidades no marciales que el ronin había considerado que rayaba la fascinación… o incluso la envidia. No podía ser lo uno y lo otro. Se había acercado a él porque pretendía poner fin a una amenaza que había comenzado con los Sith. Y esto lo llevaba a hacerse una pregunta: ¿por qué? Y otra: ¿quién o qué había hecho que empezara a recorrer aquel camino? Y, ¿por qué no se lo decía?

Y, por si fuera poco, era une trampose desvergonzade.

Su tablero de shogi era sencillo, de madera, y la pintura negra de los caracteres con los que identificar cada pieza se había saltado del todo al menos en una decena de ellas. Le viajere siempre se comportaba durante los primeros turnos, a medida que iba trazando su jugada y se determinaba quién llevaba la iniciativa. El juego seguía así, como adormecido, durante un tiempo, avanzando y retirándose ambos por el tablero, capturando y redisponiendo las piezas del rival.

Pero, antes o después, las piezas empezaban a moverse de su casilla a la de al lado, sutilmente, cada vez que el ronin sorbía su té o cuando miraba a B5 porque el droide ponía en duda su estrategia. El droide se había cansado de la distancia la

tercera noche y, ahora, acompañaba al ronin más a menudo. Ninguno de ellos hablaba del período que habían pasado separados. Era mejor así.

B5 tampoco decía nada de que le viajere hiciera trampas, aunque seguro que se había dado cuenta. El ronin tampoco dijo nada. Había decidido que no lo haría hasta que no le pillara con las manos en la masa. Aquello convertía las partidas en una especie de demostración de las habilidades que tanto había criticado le viajere.

«Estás siendo muy tolerante», le dijo la voz la cuarta noche.

El ronin gruñó, con la mano en la barbilla y mientras examinaba el tablero. Le viajere acababa de deslizar uno de sus generales plateados a la zona de promoción, una maniobra audaz que, aun así, aún no le había visto hacer.

La presión del silencio de la voz lo llevó a reconocer algo que habría preferido ignorar: que el interés prolongado de le viajere y su deseo de hablar con él noche tras noche le había venido bien. Le viajere había creado un tiempo y un espacio en los que su cerebro podía pensar en el tamaño y la gravedad de las pequeñas heridas que tan presente tenía. Le viajere se había vuelto una especie de ancla.

«Sé prudente… no vayas a volverte descuidado». Utilizaba un tono burlón y, aun así…

El ronin dejó caer la mano y se le agitó el pecho. Hacía días que la voz no le hablaba y su ausencia le había dolido. Ahora bien, su regreso también le dolió, en especial, porque su presencia le resultaba tan natural como respirar.

Y también lo turbaba. Nada de aquello tenía sentido. La voz siempre lo había guiado hacia guerreros Sith que de buena gana lo habrían matado de no ser porque él los había matado primero. La única excepción era la persona que tenía sentada enfrente, con la cabeza ladeada debido al largo silencio de él.

Sin duda, la voz lo había guiado hacia le viajere. Pero este no era Sith, o, al menos, al ronin no se lo parecía, y tampoco parecía que tuviera intenciones violentas. Al menos, no contra él. Si las tuviera, ya las habría puesto en práctica. La única violencia que había expresado, y verbalmente, era explicarle lo que tenía pensado hacerle a la bruja y, para eso, necesitaba la ayuda del ronin.

Entonces, ¿por qué lo había reunido con elle la voz? ¿Qué es lo que quería?

Le viajere siguió estudiándolo, con la barbilla en la palma de la mano. Por dentro, en alguna parte fría de sus tripas, el ronin sabía que le debía una explicación. No obstante, le daba miedo que algo de lo que pudiera decir fuera a hacer que perdiera esa confianza que había cogido con elle. Y lo que más miedo le daba era ser consciente de que, en cierta medida, era la verdad lo que tenía que contarle.

Justo cuando el ronin abría la boca, le viajere le tendió una ración en barra.

—Lo sé, son asquerosas, pero me temo que es lo único que podemos llevarnos a la boca hasta que Ekiya se levante.

—He comido tanto estos cuatro días como para matar a un bantha de una indigestión.

—Entonces, si no estabas pidiendo nutrientes como un adorable pajarillo recién nacido… es que querías decir algo.

El ronin no frunció el ceño, hacerlo habría estado mal. Se notaba más blando.

—¡Oh, fíjate —exclamó le viajere sonriendo mientras miraba el tablero— he ganado!

Y, en efecto, así era, pero solo porque había desplazado su carro cuando el ronin no miraba. La partida podía seguir unas rondas más, pero su victoria estaba asegurada.

El ronin resopló.

—Deberías enseñarme cómo lo haces.

—¿¡Y perder mi ventaja!?

El ronin empezó a preparar una nueva partida antes de que le viajere le preguntara si echaban otra. Estaba pasándoselo bien. Y eso debería haberlo preocupado —más de lo que le preocupaba—. Un eco de la advertencia de la voz, juguetona, indescifrable, resonó en sus oídos: «Sé prudente… Sé prudente… Sé prudente…».

No podía confiar en le viajere. Y tampoco debería haber querido confiar en elle. Y, aun así…

—Si no quieres enseñarme el truco, enséñame alguna otra cosa. Algo sobre ti.

Le viajere se puso un poco tense, pero se esforzó porque no lo pareciera.

—No creas que tengo mucho que contar.

El ronin se mordió la lengua. Había llegado a pensar que le viajere odiaba el silencio y que, cuando se le presentaba, era para rellenar el vacío.

Le viajere suspiró dramáticamente y se encogió de hombros:

—Ya sabes… basta con decir que en su día era otra persona y que me alegro de no seguir siéndola. Aunque, ¿quién puede decir que ahora soy mejor? Seguro que tú me comprendes.

Al ronin, aquella confesión le supo a victoria. Sin embargo, también dejaba un peligro al descubierto. Sonrió para sus adentros y con amargura mientras volvían a montar la partida.

El ronin no iba a olvidar quién era mientras la voz siguiera ahí para recordárselo. Aquellas nuevas compañeras lo conocían, pero solo hasta cierto punto. Estaba seguro de que llegaría el momento en que eso cambiara y descubrieran la verdad acerca de la persona que habían subido a su nave.

Puede que hubiera sido más justo o amable habérselo dicho ahora para evitarles los sinsabores más tarde… pero hacerlo tampoco habría sido inteligente. En esos momentos necesitaba a aquellas aliadas tanto como ellas lo necesitaban a él. No podía permitirse quedarse sin ellas. Aún no. No hasta que descubriera, entendiera, lo que había pasado con la bruja. No hasta que supiera si iba a tener que ser él quien la matara.

La voz se rio de él y no dejó de hacerlo durante el resto de la siguiente partida.

CAPÍTULO DIEZ

EL APRENDIZ HABÍA llegado al estudio para que lo regañaran. La puerta de madera y papel la abrió un joven twi'lek elegantemente vestido y muy tieso. Transmitía una rigidez nacida del miedo mientras se arrodillaba en el suelo tejido y bajaba la cabeza, de un pálido color azul. El contraste con el gato tooka viejo y gordo que había en el alféizar de la ventana curvada que daba al este era tremendo. Por la ventana entraba la magnífica luz amarilla de los dos soles de Watoru.

—Me han dicho que te encontraron en la biblioteca —comentó Hanrai, que estaba sentado a un escritorio bajo de madera.

El aprendiz no respondió. Hanrai sospechaba que le habían recomendado que no lo hiciera. Los gritos de los otros aprendices, que estaban practicando las formas, resonaban desde el patio. El tooka bostezó y se dio la vuelta. Se estiró. Hanrai suspiró. Esto hizo que el aprendiz sintiera un pinchazo en la frente y arrugara el ceño, aunque solo lo hizo durante un instante.

—En *mi* biblioteca —concretó Hanrai—. Por la noche. Horas después del toque de queda… Pero no he dicho nada que no sepas, así que supongo que no tiene sentido que siga, ¿verdad, Yuehiro?

El muchacho levantó la cabeza al oír su nombre. El interés hacía que le brillaran los ojos.

—Sabes mi nombre…

—Pues claro. Sé el nombre de todos los aprendices de Jedi que hay en mi clan. ¿Acaso no debería ser así? Al fin y al cabo, os he adoptado a todos.

Yuehiro volvió a fruncir el ceño, lleno de dudas. Hanrai decía que se merecía lo que le iba a pasar. Jamás habían hablado. Para los aprendices, el señor Jedi, que era su padre a todos los efectos legales, no era sino una presencia que los observaba desde las ventanas más altas, que recorría los pasillos acompañado de sus ayudantes e invitados, y al que raras veces se veía entrenando con sus caballeros.

Yuehiro había pasado por tres nombres hasta llegar allí, donde llevaba cuatro años que se le habían pasado muy rápido. A los aprendices se les permitía adoptar un nuevo nombre cuando los adoptaban. Algunos clanes, de hecho, lo fomentaban. Los nuevos nombres de Yuehiro estaban motivados por razones personales y habían venido acompañados de un cambio en la manera de dirigirse a él y de una mudanza al dormitorio de los chicos. Había dado por hecho que Hanrai tampoco estaría al tanto de esto… y ahora parecía que le preocupara que no fuera así.

—¿Por qué ibas a saberlo? —le preguntó Yuehiro—. Nunca vienes a vernos. No nos enseñas nada… al menos… ya no… mi señor.

Yuehiro volvió a inclinar la cabeza cuando acabó de hablar, pero la levantó cuando Hanrai suspiró. En la cara del muchacho se dibujó la curiosidad cuando estudió de nuevo a su señor. Hanrai sabía lo que estaba viendo: un viejo Caballero que ya no estaba en su mejor momento por mucho que un gran poder descansase en su ancha cintura y en sus amplios hombros. Un hombre de Estado con la sombra de

un guerrero. Yuehiro frunció el ceño porque buscaba alguna otra faceta, no la de Jedi o la de señor… la del humor.

—Resulta que convertirse en señor viene acompañado de un montón de responsabilidades de lo más cansadas —dijo Hanrai—. A menudo estoy más ocupado de lo que me gustaría y con asuntos que no me interesan lo más mínimo.

—Entonces, ¿por qué aceptaste el cargo? Podrías haber seguido siendo Caballero… como hicieron la mayoría de los Jedi.

Hanrai levantó una mano:

—Yo ya he respondido alguna de tus preguntas. Antes de que siga, responde tú alguna de las mías.

Yuehiro se tranquilizó y cerró la boca. Hanrai aprovechó para hacer una pausa. A Yuehiro lo habían reprendido por hacer tantas preguntas… y severamente. Eso era más que evidente.

—¿Qué esperabas encontrar en mi biblioteca para que no creyeras que podías encontrarlo en algún otro lugar, para que no quisieras que nadie te viera?

Yuehiro apretó los puños por encima de las rodillas.

—Los cadáveres, mi señor.

—¡Ah! —Hanrai dejó de sentarse arrodillado sobre los talones y se sentó con las piernas cruzadas y soltó un suspiro—. Supongo que habéis estado hablando todos de eso.

Yuehiro frunció el ceño sin preocuparse porque Hanrai lo viera. No solo estaba confundido, estaba intrigado. En cualquier caso, le resultaba imposible quedarse callado. ¡Ay, la juventud!

—Sí, claro que hemos estado hablando de ello. Aunque… no todo el mundo se lo cree… todavía. Pero acabarán creyéndolo gracias a lo del maestro Numoda. Porque ya no está, ¿verdad? Me refiero a que está muerto, ¿no?

—¿Por qué piensas eso?

—Lo enviaste al sistema Engai hace ya semanas para que acabara con los contrabandistas… y oímos que hubo una complicación. Luego ya no hemos vuelto a saber nada. Ninguno de los maestros quiere hablar del tema. Pero los restos del maestro Numoda tampoco han vuelto… y deberían… para dejarlos en tu santuario. Así que quería… quería leer los archivos sobre la rebelión de los Sith. Quería leer sobre la bruja.

Hanrai fue asintiendo mientras el muchacho se explicaba. Para cuando acabó, aquel miedo rígido había vuelto a templar el entusiasmo de Yuehiro. Hanrai dejó que permaneciera en silencio un rato más antes de empezar a hablar.

—¿Entiendes por qué esos informes son privados?

—No —respondió Yuehiro con gran seguridad—. Vamos a ser Jedi, ¿no? Deberíamos conocer aquello a lo que podríamos tener que enfrentarnos. ¿Cómo vamos a protegernos de algo que no conocemos?

Hanrai sonrió. Era una sonrisa genuina, de placer. Echaba de menos este tipo de pupilos, sobre todo a la hora de tener que enfrentarse con ellos.

—No creo que estés equivocado, Yuehiro. Sin embargo, tampoco creo que te hayas parado a pensar en la preocupación que tienen tus maestros, ni en sus

responsabilidades. ¿Acaso no confías en que vayan a decirte cuándo es el momento de que aprendas algo importante?

Yuehiro arrugó la frente. No, no confiaba en ellos, por mucho que le diera vergüenza admitirlo. Aunque no tuvo que responder, porque Hanrai era capaz de captar la consternación con facilidad.

—Entiendo. —Hanrai se enderezó, abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó una barrita de piedra verde con un sello en una punta. Se lo tendió a Yuehiro—. Este sello te proporcionará acceso a mi biblioteca, pero solo hasta que entra en vigor el toque de queda.

Yuehiro cogió el sello como si fuera algo muy frágil.

—¿P-por qué me… me lo das?

—Porque no confías en los maestros. Porque tengo la sensación de que podrías llegar a confiar en mí y porque, desde luego, tienes confianza en ti mismo. Y porque quiero que te conviertas en Jedi, Yuehiro. Así que no quiero volver a oír hablar de que pierdes horas de sueño o de entrenamiento, ¿me has entendido?

Yuehiro cogió el sello con fuerza e inclinó la cabeza una vez más, si bien Hanrai consideró que no lo hacía tanto por educación o por gratitud, sino para tener tiempo para pensar.

—Eres… Creo que serías un buen maestro, mi señor. ¿Por qué dejaste de enseñar?

Hanrai sabía que su sonrisa era un poco forzada y habría preferido que no lo fuera tanto. Le decepcionó darse cuenta de que el recuerdo aún le parecía un fracaso. Pensar en esos temas no le hacía ningún bien a nadie, en especial, a aquellos que habían fracasado. Pero le correspondía a él aceptar su error y actuar de acuerdo con la sabiduría adquirida al aprender de los errores.

Pero no iba a aturdir a un muchacho con aquellas reflexiones. Teniendo en cuenta todo lo que Yuehiro podía aprender en su biblioteca, era mejor dejar este asunto para cuando el muchacho fuera más mayor, más sabio y hubiera aprendido a no decir todo lo que pensaba.

—Me temo que la galaxia me tenía preparados otros quehaceres, pero tú me has permitido recordar mi antigua vocación y te lo agradezco.

Acto seguido hizo un gesto para que Yuehiro se retirara, justo cuando entraba Masamu, su ayudante. Era evidente que Masamu había estado esperando al otro lado de la puerta, consternado por la gran cantidad de tiempo que Hanrai estaba gastando con un estudiante a sabiendas de todas las misivas que le quedaban por leer o de las muchas confabulaciones políticas con las que tenía que lidiar.

—Has sido indulgente, mi señor —comentó Masamu mientras se sentaba al escritorio, frente a Hanrai.

—¡Ah, ¿sí?! —Hanrai acarició el estómago peludo del tooka, al que le encantaba—. Pues yo diría que ahora vamos a tener claro cuándo Yuehiro va a estar leyendo mis archivos… y dónde está metiendo las narices.

Era mucho mejor que el muchacho no guardara en secreto lo que estaba haciendo. Hanrai quería trabajar la confianza. Ya había cometido anteriormente el error de no hacerlo.

Masamu suspiró por la nariz.

—Los príncipes exigen una respuesta, mi señor. Si me lo permites… dudo que vayan a dejar que sigas manteniéndote neutral mucho tiempo más. Temen que, si te alias con su hermano, corran el riesgo de perder la lealtad de sus Jedi.

—Les has dicho que eso es absurdo, ¿verdad?, que ningún Jedi traicionaría jamás a su señor.

—Mi señor… —Masamu esbozó una mueca.

Hanrai se rio entre dientes.

—Sí, lo sé. ¿De verdad nos tienen en tan baja estima? ¿De verdad piensan que los lazos entre nosotros son más importantes que los que tenemos con nuestro señor? —Suspiró—. Por supuesto. Bueno, pues diles que no pienso permitir herejes Sith en los clanes y, después, aunque con mucha educación, diles por dónde se pueden meter su…

Una luz intermitente captó la atención de Hanrai. Era una luz pequeña y discreta que provenía del datapad que tenía en el escritorio, a su derecha, siempre al alcance de la mano. Este datapad solo servía para una cosa y siempre lo tenía donde pudiera verlo.

Masamu también lo miró, con los ojos como platos.

Hanrai cogió el datapad y abrió el mensaje que acababa de recibir. Era breve e iba directo al grano, como pasaba siempre con estos informes. Por una vez, lo hizo sonreír.

—Bueno —empezó a decirle a Masamu, que lo miraba con la frente sudorosa—, ahora ya puedes decirles a esos príncipes descreídos que ya me han llamado y que es posible que tenga una respuesta para ellos cuando vuelva.

—M-mi señor… —tartamudeó Masamu mientras Hanrai se ponía de pie—, si preguntan adónde has ido…

Hanrai sonrió.

—Pues diles que a Dekien. Que piensen que estoy de vacaciones. Puede que eso les haga ver la situación con perspectiva.

CAPÍTULO ONCE

LO MALO DE TENER EN LA NAVE un Sith que se pasaba el día frunciendo el ceño era que no podías dormir, al menos, a pierna suelta. Para la cuarta noche, Ekiya había empezado a plantearse seriamente tomar pastillas que la ayudaran a conciliar el sueño, pero no lo había hecho porque le parecía malgastar los narcóticos.

Esa era la razón de que se hubiera quemado la mano con la tetera antes de ir a la cabina arrastrando los pies para ver si sus contactos le habían dicho algo sobre el equipo que les había pedido para el viaje a Dekien. Chie ya estaba allí, jugueteando con la consola de comunicaciones con aire de preocupación.

No era la primera vez que Ekiya pillaba a Chie peleándose con el batiburrillo de sistemas de comunicación del *Cuervo*. Chie hablaba con alguna gente tras pasar las conversaciones por varias capas de códigos y encriptaciones. ¿Qué más daba? Ekiya también lo hacía. Además, Ekiya no era de esas a las que les gustaba husmear. A Zorre sí que le gustaba, pero, por suerte para Chie, se le daba fatal toda tecnología que fuera más complicada que una vara de luz. Chie, en cualquier caso, nunca mandaba sus comunicados cuando Zorre estaba delante. Zorre era muy fisgone y, si no querías que te hiciera preguntas, tenías que asegurarte de que no sabía qué preguntas hacer.

Pensar en aquello hizo que Ekiya arrugara la nariz mientras se dejaba caer en su asiento y bostezaba ampliamente.

—Chie, ya sabes que, si quieres, puedo enviar tus mensajes.

La anciana chasqueó la lengua mientras pulsaba un interruptor.

—No quiero darte trabajo.

—Tú no das trabajo.

Chie estudió a la piloto.

—Bastante tienes ya con lo que tienes.

—¿Y tú no?

Ekiya estudió las luces del *Cuervo* y llevó a cabo algunas comprobaciones más. A primera vista daba la impresión de que todo estaba bien, pero ella conocía su nave al dedillo. Antes de que acabara el día llevaría a cabo una comprobación de mantenimiento. Por si acaso. Quién sabía cuándo ese enorme Sith malencarado volvería a hacer uso de la Fuerza y a desbaratar las tripas del *Cuervo*. Ekiya hizo un gesto de dolor.

—A ver, confío en Zorre.

—No me cabe duda, teniendo en cuenta hasta dónde le estás siguiendo.

El comentario de Chie resultaba un poco hipócrita, dado que ella había hecho lo mismo.

—Contrapunteo: puede que esté desesperada.

Chie enarcó las cejas como diciendo: «Y, ¿acaso no lo estamos todos?». Por un momento dejó de hacer lo que fuera que había estado haciendo y se recostó en el asiento para observar el río de luz que había fuera de la cabina.

—Pues la verdad es que, ahora mismo, no parece que seas de las confiadas.

—Puede que no me parezca justo. Porque… los has oído, ¿no? Por la noche, en la cocina… Zorre le ha hablado de nosotras.

—Sí, pero de elle no ha dicho nada.

—Sí, a eso me refiero. —Ekiya se tocó la frente—. No sé… Es evidente que era Jedi… o Sith. Vamos, digo yo.

—O algo completamente diferente.

—¿Qué probabilidades hay de eso?

—Dada la inclinación del Imperio a dar caza a las escuelas de pensamiento alternativas en lo que a la naturaleza de la Fuerza se refiere… muy pocas, la verdad.

Contrapunteando de nuevo, porque tanto Chie como Ekiya albergaban ese tipo de creencias consideradas heréticas. Ekiya tenía sus reliquias y Chie… bueno, Chie tenía lo que fuera que hacía que estuviera siempre tan tremendamente tranquila como cuando observaba la luz líquida del hiperespacio.

Era como si la anciana tuviera una especie de energía. Una estabilidad. Y Ekiya confiaba en ella a pesar de que la pusiera de los nervios. No es que ella no pudiera ser violenta, qué duda cabe. Y tenía que serlo, dado que pilotaba el *Cuervo* en solitario. Sabía dar puñetazos y patadas, mordía, o disparaba un bláster cuando tenía que imponerse aún más. En cambio, Chie hablaba de matar como lo hacían los soldados, o los Jedi, y eso siempre dejaba a Ekiya con mal cuerpo. Aunque eso era culpa suya. A decir verdad, poniendo todas las cartas sobre la mesa, ambas tenían razones para hacer sangrar a la gente. La mayor diferencia entre ambas era que a Chie se le daba mejor acabar el trabajo.

La anciana miró a Ekiya. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, es muy probable que la piloto hubiera sentido que la escudriñaban. Viniendo de Chie, tan solo sentía como si la estuviera mirando. Chie sonrió con ironía.

—Por si sirve de algo, sigo apostando mis créditos porque es Jedi.

—¿¡Ah, sí!? No sabía que fueras de las que apuesta.

—A ver, espera, que te lo digo de otra manera… Estoy segura. —La anciana inclinó la cabeza, como considerando alguna idea… o dudando. Aquello inquietó a Ekiya, que no se esperaba una reacción así—. Digamos que he hecho algunas preguntas… y que me han hablado de cierto clan Jedi que está a punto de que otro lo absorba. Su señor ha muerto recientemente y hace tiempo que su heredero se encuentra desaparecido.

—Y, ¿qué te hace pensar que eso tiene que ver con Zorre?

Chie la miró con dureza.

—Ellos eran el sujeto de mi pregunta… y esa era la respuesta.

—Ya, pero ¿quién te ha dado la respuesta?

—No creo que sea relevante.

La anciana había sido cortante, pero no mucho. Sencillamente, prefería no decirlo. Y por mucho que Ekiya la presionara, lo más probable era que la anciana no fuera a decir nada. Había dejado claro que no quería que la obligaran a proporcionar esa información. Ekiya se sintió inclinada a respetar la petición implícita. La anciana sabía lo que se hacía. Los secretos que escondía, no obstante, eran muy diferentes de los que escondía Zorre.

¿Era justo? No se lo parecía.

El problema era que no le gustaba cuando resultaba evidente que Zorre tenía secretos, pero tampoco le parecía bien cotillear. Cotillear, no obstante, había servido para que descubriera que Zorre tenía muchos secretos, aunque seguro que no eran importantes. Ahora bien, si era verdad —y Ekiya tenía que creer que así era porque, de lo contrario, ¿qué estaba haciendo allí?—, Chie estaba invadiendo la privacidad de Zorre por la mera razón de que se consideraba con derecho a hacerlo. Aunque, claro… ¡igual lo tenía! Al fin y al cabo, ir con Zorre exigía confiar muchísimo en elle, si bien hasta el momento, Ekiya le había mostrado gran confianza sin pedir nada a cambio.

La cuestión es que tener a aquel Sith a bordo empezaba a hacerla desconfiar.

—¿Crees que debería investigarle un poco? —preguntó Ekiya—. Conozco a una gente que…

—No es necesario que investigues algo que ya he descubierto yo.

Lo que venía a decirle era que no se ensuciara las manos, que ya se las había ensuciado ella.

—Pues… si crees que hay algo que debiera saber…

—Te lo diría. No pienses que me considero capaz de enfrentarme sola a un Jedi… ¡como para enfrentarme a un Jedi y a un Sith! Confío en ti.

—Gracias —murmuró Ekiya.

Aquello hizo que se sintiera mejor de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Ahora bien, no pienses que estoy enfadada con elle. O que ya no crea en lo que dice. A medida que envejeces, empiezas a darte cuenta de cuándo alguien habla raro porque piensa que los dioses *hablan* a través de él y cuándo habla raro porque los dioses hablan a través de él. Desde el principio he creído que nos va a llevar a algún sitio.

—Entonces, piensas que vamos de camino. Ya sabes… a Rei’izu. —A Ekiya le costaba pronunciar el nombre. Se ponía nerviosa.

Chie la miró curiosa y sorprendida a un tiempo.

—¿Acaso tú no?

—Tendré que confiar, ¿no? —murmuró la piloto mientras empezaba con las comprobaciones de mantenimiento que había pensado dejar para más tarde. Necesitaba algo con lo que ocupar las manos para no volver a pensar en las cajas llenas de reliquias que llevaba en la bodega y que le habían confiado porque había prometido que las llevaría de vuelta a casa.

Seguía sonándole a mentira cada vez que lo decía.

Ekiya estaba bastante segura de que la mayoría de los refugiados de Rei’izu que le habían entregado reliquias a lo largo de los años habían visto el intercambio a través de la lente de la piedad, como si se tratara de un ritual. «Dale la linterna de kyber que hiciste cuando murió la abuela a esa joven agradable de Rei’izu. Dice que la llevará adonde deberían haber ido los fantasmas». Enviaban a la piloto de vuelta al espacio, entre planetas, no tanto porque creyeran en su palabra, sino porque era mejor que la reliquia partiera. Se supone que nadie debería quedarse con los muertos. Al menos, no

de esa manera. Los huesos vuelven a casa, pero el kyber —el fantasma, el alma, como quieras llamarlo— tiene que ser para el templo.

Pero ¿qué iba a hacer con tantas reliquias y con todo ese kyber si el templo había desaparecido porque Rei'izu había desaparecido… porque los Sith habían llegado y lo habían hecho trizas? Pues, como quien dice, coleccionar fantasmas. Y cruzar los dedos para que, antes o después, los muertos llegaran a la conclusión de que tenían que marcharse.

De las reliquias que había en la bodega de carga, cuatro eran de Ekiya y de su equipo… ese equipo al que había dejado atrás porque Zorre le había dado razones para creer que quizá de verdad fuera a ser capaz de hacer algo por esos muertos que no habían alcanzado la paz.

No es que Ekiya supiera por qué había creído en elle cuando le había dicho adónde iban. Desde luego, no tenía nada que ver con la Fuerza. Después de lo de los Sith, la piloto había aprendido que era mejor mantenerse alejada de esa energía. Y tampoco era por la manera en la que hablaba Zorre, como un mago charlatán de esos que hacen trucos en la calle y que lo único que quieren es sacarte hasta el último crédito que lleves.

Puede que tuviera que ver con cómo trataba a los niños. O a los ancianos. O porque siempre sabía qué tipo de historia tenía que contarte en cada momento.

Hacía que fuera muy fácil albergar esperanza. La esperanza de que la realidad tangible y sucia se volvería luminosa con tal de que lo desearas.

Ekiya creía en Zorre. No le quedaba otra. De lo contrario, no seguiría pidiendo a los desplazados de Rei'izu que le entregaran sus fantasmas. Porque, o era una estupenda mentirosa que estaba intentando obtener un beneficio que nunca obtendría —porque sería imposible vender todo ese kyber sin que la descubrieran—, o creía a pies juntillas que, si seguía a Zorre hasta la bruja, conseguiría devolver a casa a todos esos fantasmas. Y debía de sentir una fe muy grande en elle, porque llevaba dos años llevando a Zorre a uno u otro lado sin decir esta boca es mía.

Por eso el grandullón del ceño fruncido se había convertido en un problema. Su mera presencia abría la puerta de las dudas. ¿Le daban tanto miedo los Sith como para que no fuera a ser capaz de trabajar con uno de ellos? ¿O acaso el problema era que verlo a él, de carne y hueso, hacía que el objetivo de elle dejara de parecer imposible y se volviera un poco más real… y esto la aterrara?

—Veo que sigues preocupada —le dijo Chie que, aunque no fuera ni Sith ni Jedi, era una persona mayor, y las personas mayores siempre se dan cuenta de estas cosas.

—Es que creo que no hago mal en… en desconfiar de un Sith.

—No puedo decir que no tengas razones para ello.

—Pero tampoco vas a decir que las tenga.

Chie miró por las ventanas de la cabina justo cuando salían del hiperespacio y aparecían en el negro y nítido espacio.

—Desde luego, creo que deberíamos ser cautelosas.

A Ekiya le resultaba más sencillo ser cautelosa cuando no tenía al Sith delante. Cuando era una idea le daba miedo, pero cara a cara…

El anciano también solía mostrarse muy pensativo, como si se tratara de un enorme mynock deprimido. Y era irónico con todos, tanto con B5 como con Chie y con Zorre. Pero había mostrado tanto cuidado con las reliquias… En un momento dado, a punto había estado de decirle que eran fantasmas, pero había recordado que él y los suyos eran la razón por la que esos fantasmas no habían regresado a su casa todavía.

Puede que estuviera bien que él les ayudara a llegar. Ekiya, no obstante, no confiaba en que fuera a hacerlo. Desde luego, no sería capaz sin la ayuda de ellas tres.

Se dijo a sí misma que esa era la razón de que quisiera ayudarlo. Por la que había vuelto a hablar con su contacto para pedirle esa nueva pieza de equipo. Era muy probable que no fuera a estar lista para cuando llegaran al sistema Dekien, pero, quizá, con un poco de suerte, lo estuviera para cuando se marcharan de él.

Más tarde, cuando recibió el cargamento de equipo que le envió su contacto, Ekiya le entregó al Sith —¿«Ceño Fruncido» o «Frunces» a secas?— un paquete en la cocina… casi con aplomo. La frente de él se llenó de arrugas mientras comprobaba el contenido del paquete que tenía en el regazo.

—Esto resulta inapropiado para la tarea —comentó.

¡A ver si es que había esperado que se tratara de equipo de espeleología! Era evidente que no sabía en lo que se había convertido Dekien. Eso le pasaba por estar todo el tiempo deambulando por zonas alejadas, amenazando a los locales con su espada láser.

—La alternativa es que nos arresten a las primeras de cambio —apuntó Ekiya—, y eso, si es el Imperio el que te encuentra primero, y no los cazadores de recompensas.

Como habían dado mucha vuelta con el *Cuervo Humilde*, la cara de Frunces que había aparecido en los carteles de «se busca» de Genbara había llegado al sistema Dekien hacía días. No toda la gente creía que hubiera un guerrero Sith dando vueltas por ahí, pero sí la suficiente como para que Frunces tuviera que ir con cuidado si no quería perder la cabeza.

Frunces arrugó aún más la frente mientras miraba el pase que había entre su equipo.

—Es solo que habría preferido que nos acercáramos de manera más sutil.

—Tú deja que sea Zorre quien hable. —Ekiya le dio unas palmaditas en el hombro—. O nos haces una señal a Chie o a mí para que salgamos a escena a rescatarte. Y, si alguien se mete en tus asuntos, tú pon tu cara.

Frunces inclinó la cabeza. Además del estoicismo habitual, su gesto tenía un tinte de ansiedad.

—Sí, esa.

La mirada puso nerviosa a Ekiya, tanto porque no podía creer que acabara de intentar tranquilizar a un Sith del tamaño de… de dos personas normales atadas la una a la otra bajo una túnica de viaje… y porque no quería ni imaginar qué sería lo que estaba esperándolos en Dekien para que un Sith se hubiera puesto tan tenso.

CAPÍTULO DOCE

LA FIGURA QUE APARECÍA en el holograma llevaba un modesto kimono amarillo con flores de diferentes colores, blancas, azules y naranjas. Con una mano alzada y con un sonrisa muy agradable, la mujer guiaba la mirada de la audiencia a las imágenes de esplendor natural que se desarrollaban a su alrededor.

Dekien, la joya sin pulir del Borde Exterior. Aquí la naturaleza florecía. Los árboles joya, con sus hojas rosadas, se elevaban a gran altura en valles estrechos de piedra del color del amanecer y del anochecer. Había flores en todas las estaciones. Blancas en primavera, amarillas en verano, azules en otoño y de color lila en invierno. Los ríos corrían transparentes como el cristal y el océano brillaba con todos los colores conocidos por la vista. De verdad, era el pináculo de la belleza salvaje…

Ahora, el planeta Dekien lo han remodelado para satisfacerlos a ustedes. Visiten las casas de té de varios niveles desde las que se ven las montañas, los bosques y los desiertos que tan bien se han preservado. Disfruten de sorprendentes actuaciones teatrales en los escenarios de loto móviles que manipula la propia tierra. Prueben los más estupendos licores de la galaxia a medida que viajan en una barcaza de última generación que les permite disfrutar del cielo nocturno desde cualquier ángulo del globo.

Y ahora que todavía están conmigo y en nombre de Empresas Eternidad, quiero darles la bienvenida a Dekien.

A partir de ahí, el holograma se repetía. El ronin miraba a través de él el aparato que lo reproducía, un proyector que había en el techo de la cubierta principal de la barcaza recreativa. La nave, que tenía varios pisos, era impresionantemente grande, como casi todo en Dekien, con esas velas doradas e hinchadas, que parecían las aletas de una carpa, y con los laterales pintados de manera que evocaran grandes escamas blancas y carmesíes. Los invitados estaban todos reunidos en el salón de la cubierta más alta, que estaba rodeada por todos lados por un facsímil del cielo —pantallas que proyectaban las vistas desde fuera, mientras que dentro había un sistema que soplaba con sumo cuidado la brisa exterior sobre fuentes de frutas delicadas—.

Acababan de salir del puerto, así que en las pantallas el ronin veía varias de las atracciones de la compañía de recorridos turísticos: altísimas pagodas doradas, teatros pintados de forma extravagante y escenarios, casas de té, casinos, cantinas y todo tipo de distracciones imaginables separadas por un brillante festival de canales artificiales conectados por una interminable red de puentes lacados en rojo.

—¿De verdad será todo así? —musitó el ronin.

—¿Te refieres a si todo el planeta es así? —le preguntó le viajere mientras miraba una de las pantallas con aire contemplativo—. Más o menos.

—¿¡En veinte años!? —La última vez que él había visto Dekien no era sino una roca bonita.

—Ya sabes que al Imperio le encanta recordarte lo impresionante que es y, claro, por si eso fuera poco, el nuestro se acababa de quedar sin guerras con las que demostrar su majestuosidad. Ya sabes, es una celebración de su gloria durante la paz. O algo así.

El ronin arrugó el ceño y le viajere se echó a reír. Justo cuando la barcaza recreativa salía de Dazenma, la capital de Dekien, y se adentraba en mar abierto, empezó un nuevo segmento de la holografía.

Les doy la bienvenida. Acaban de embarcarse ustedes en el viaje de su vida. Ante ustedes enseguida aparecerán las celestiales Cavernas de Seikara, capaces de inspirar a cualquiera.

Este sin par sistema de cuevas se extiende durante diez kilómetros por las catedrales de solemne piedra flor y los valles subterráneos de exuberante follaje bioluminiscente. Los puentes artesanales con repulsores de Empresas Eternidad les permitirán explorar las cavernas de principio a fin y están situados de manera estratégica para que, paren donde paren, vayan a disfrutar ustedes de la magnificencia.

En aras de preservar los encantos de Seikara, nuestro sistema de selección solo permite el paso de un número concreto de personas cada mes. A cada uno de ustedes se le ha asignado un pase y, así, van a poder visitar un lugar por el que pocos han tenido el privilegio de aventurarse.

Busquen lo que busquen en Seikara, la barcaza de Empresas Eternidad está completamente equipada para permitir que alcancen ustedes su epifanía. Ya quieran hablar con un sacerdote o dejar aflorar sus dotes artísticas, permítannos que alimentemos su sueño.

Pocos de los demás turistas prestaban tanta atención al holograma. No había duda de que llevaban meses, incluso años, esperando para visitar Seikara, así que poco podía enseñarles el holograma. Dada la vestimenta y la actitud de estos turistas —uniformemente suntuosa y enfocada al ocio— al ronin le sorprendía lo rápido que los suyos habían obtenido un pase. Tenían que darle las gracias al contacto de Ekiya.

A su lado, B5-56 expresaba su opinión como solía hacer siempre, solo que con un sombrero de factura más intricada que los que había llevado hasta el momento.

—Como te oigan, te van a tirar por la borda —le dijo el ronin—. Hipócrita.

«Bueno, bueno… cálmate», le dijo la voz.

—Parezco idiota.

El ronin vestía una capa negra por encima de una toga, también negra, y más negro aún si tenemos en cuenta las botas. Y, lo peor de todo, media máscara que le tapaba la mitad inferior de la cara, estilizada, con una repugnante boca con largos colmillos, y todo para esconder su prótesis y que no resultara fácil reconocerlo. Tan solo le habían permitido quedarse con el kyber, que había rescatado del forro de su túnica y llevaba ahora en una bolsita bien guardada dentro de la toga.

La ropa se la había proporcionado el mismo contacto que les había conseguido el pase justo cuando *Cuervo Humilde* había aterrizado en Dazenma. Un joven delgado que tenía la misma mirada resuelta que Ekiya había subido a bordo con una caja de suministros. Se había marchado casi tan rápido como había llegado, pero, primero, como divertido, le había dado un repaso al grupo.

—Da gracias —le soltó Ekiya al ronin cuando vio la cara que ponía al mirarse en un espejo—. Nos ha hecho un descuento. Shogo me ha dicho que no se había reído tanto en años.

—Y, ¿qué se supone que soy?

—Un artista.

Le viajere no había tenido que sufrir tanto; pero, claro, es que elle ya vestía extravagante en su día a día. Seguía llevando la máscara, pero le habían hecho un recogido más elaborado en el pelo y su ropa de colores pálidos era ahora más clara y brillante, aunque no tan lujosa y exclusiva como la que llevaba la clientela de Empresas Eternidad. En esos momentos estaba hablando en voz baja —aunque no tan baja como para que no las oyeran aquellos que estaban escuchándolas disimuladamente— con una mujer que llevaba multitud de capas de seda y que no dejaba de mirar al ronin de manera intrigada.

—Es el protagonista más demandado en todo el sector Akeno —decía le viajere—. Ha rechazado una y otra vez, ¡categóricamente!, las ofertas que le llegan para las holorepresentaciones. ¡Sí, sí, ya lo sé! La cuestión es que no hay otro papel más exigente que este. No se había representado hasta ahora. Es una dramatización de una obra histórica, ¿sabe? De historia reciente… y yo diría que el reto le resulta de lo más satisfactorio. Aun así, ha dicho que solo aceptará el papel si… ¡si!… recibe la inspiración del espíritu de Seikara.

—Y, ¿cree que la recibirá? —le preguntó la mujer entre susurros, encantada de que acabaran de contarle un secreto.

—Yo no estaría aquí si no confiara en ello. ¡Si no acepta no me pagan!

—Y lo bien que se lo está pasando… —murmuró el ronin.

—Por qué no te relajas, ¿eh? —Ekiya se acercó al ronin con una bandeja de comidas de colores imposibles y vestida de pies a cabeza con uno de los anodinos uniformes de los empleados de la barcaza. Su amigo solo había podido conseguirle dos pases, por lo que el resto de la tripulación había tenido que buscarse la vida para subir a bordo—. Trágate tu congoja.

—¡Oh, no, eso no, que se desvanecería el misticismo! —Chie llegó por detrás de Ekiya vestida de igual manera—. Tiene que seguir con esa mirada amenazadora pero afable.

Aun con el comentario, la anciana inclinó la cabeza como para mostrarle simpatía antes de que Ekiya y ella se marcharan para hacer sitio al grupo de turistas que se acercaba.

—¿Es verdad? —Un kaminoano esbelto con una túnica vaporosa se había separado del rebaño para preguntárselo. Llevaba sus manos de estrechos dedos palma con palma y bajó su largo cuello para mostrar interés. Por desgracia, era imposible que estuviera hablando sino con el ronin (o con B5, claro, pero las probabilidades eran tremendamente bajas)—. ¿Vas a representarlo?

—¿A quién? —preguntó el ronin.

—¡Al Señor Oscuro! —El kaminoano estaba entusiasmado.

Por un instante, lo único que alcanzaba a oír el ronin era la voz en su cabeza, riéndose a carcajadas.

—Ay… no me digas que te vas a emocionar por una obra propagandística —le dijo su compañera, una aristócrata mon calamari que vestía una ropa con unos destacables patrones geométricos. La mujer respiró hondo y le aletearon las fosas nasales.

—¿¡Propagandística!? ¡Pero si es histórica! ¡Romántica! El Señor Oscuro y su bruja…

—Sí, la manera en que mataron a todos esos Jedi fue de lo más romántica. —La mon calamari miró al ronin con aire siniestro—. Dime, ¿quién financia la obra, eh?

—No seas así —le dijo el kaminoano.

—No soy de ninguna manera. Mi pregunta es muy relevante. Venga, dime, ¿qué príncipe cree que va a ganar la próxima guerra si nos cuenta cómo su padre ganó la anterior?

La conversación enseguida se convirtió en lo que, diplomáticamente, podría llamarse «un acalorado debate filosófico». Cada uno de los implicados quería superar a los demás por la profundidad y la agudeza de sus argumentos. Hablaban del calado moral de un príncipe o de las credenciales académicas de otro. Unos ofrecían a este o a aquel señor —siempre alguno que fuera popular— como mejor sustituto. Y, ¿qué había de los Jedi? Esos personajes elevados a la categoría de señores eran un magnífico ejemplo de fortaleza moral… ¡y ya no eran tan dados a los sermones como en su día!

«Están todos convencidos de que debería ganar uno de los príncipes», comentó la voz con ese tonito que empleaba cuando estaba deseando que alguien tuviera que tragarse sus palabras.

—Pero ¿qué pasa con los Jedi desaparecidos? —preguntó el kaminoano con cierta preocupación.

—¿Los qué? —preguntó el ronin a pesar de que no quisiera participar en la conversación.

—¡Si vamos a empezar con las teorías de la conspiración, voy a necesitar más vino! —soltó la mon calamari.

—Lo único que quiero hacer ver es que resulta preocupante. ¿O no? —El kaminoano se volvió hacia el ronin, seguramente como buscando apoyo—. Seguro que tú estás al tanto. Hay informes de Jedi que han muerto desempeñando sus

obligaciones… en los que se dice que nadie ha devuelto sus huesos aún a los clanes. Y se comenta… se comenta que es como cuando la bruja se quedaba con los muertos para convertirlos en demonios. A ver, no es que crea que eso es justo lo que ha sucedido, pero… es raro, ¿no te parece?

—En el mejor de los casos, política; en el peor, misticismo —insistía la mon calamari—. En realidad, nadie ha desaparecido de verdad. Os lo aseguro, los huesos de esos Jedi aparecerán en el santuario ancestral de alguno de los príncipes en cuestión de meses y seguro que este nos sale con eso de que todo era voluntad de los Cielos… y que eso le confiere el derecho divino a la herencia.

—¿Y por qué no puede tratarse de la bruja? —Al ronin le sorprendió oírse a sí mismo.

Todos se quedaron mirándolo. Se lo había ganado, pero es que debería haberse callado por el bien de su plan clandestino. Les devolvió la mirada con los brazos cruzados, a la espera.

—La bruja no puede ser porque la bruja está muerta —dijo la mon calamari.

—Estás ansiosa por creer que así es, ¿no? —le soltó el ronin.

—Espero que estés de broma.

La mon calamari lo miraba con desprecio. Prefería pensar que estaba loco a contemplar la más mínima posibilidad de que en sus palabras hubiera algo de verdad.

El kaminoano puso cara rara y dijo:

—Yo estoy medio convencido de que la bruja no existió, aunque, a decir verdad, me da igual. Le damos demasiada importancia cuando hacemos como que nos da miedo. Al fin y al cabo, solo mató Jedi. Cualquier buen guerrero podría hacerlo. Ella… los Sith… no fueron nada para el Imperio, que sigue en pie, como lo siguió entonces, inmune a conspiraciones de tres al cuarto.

El ronin sintió furia en el esternón. La reconoció, aunque hacía cosa de una semana que no lo visitaba. La había enterrado tan adentro… pero ahora, el anciano era todo fisuras por las que esta se filtraba con la forma de un fuego oscuro e incesante. Tenía que controlarse… o pasaría algo peor que lo de las cajas en la bodega. No debía volver a hablar.

Pero habló.

—Los Sith mataron y murieron. ¿Te parece eso un asunto de tres al cuarto? Yo no me atrevería a mirarme a la cara si pensara así.

La mon calamari aguantó el tipo, con las fosas nasales subiendo y bajando. Se sentía atacada… pero mejor así que físicamente.

—Somos artistas —comentó una pantorana vestida con los tonos rosados del atardecer, tonos que contrastaban con su piel azul. Hasta el momento había permanecido en silencio y ahora hablaba con tímida confianza—. No nos corresponde a nosotros determinar el destino de los Jedi o de la galaxia. Nosotros solo podemos ser testigos de lo sucedido y contárselo a quienes vengan después. Ese es nuestro papel: transmitir las visiones e inculcárselas a la gente. ¿Acaso no es por eso por lo que persigues el espíritu de Seikara? ¿Qué visión persigues tú?

El ronin no quería responder. O lo que era peor, cabía la posibilidad de que no pudiera responder. Se le había cerrado la garganta. La pantorana bajó la mirada, como

por timidez, como queriendo evitar la ira del ronin. Este aún seguía turbado y, frustrado, se dio cuenta de que necesitaba una salida o acabaría explotando.

Abruptamente, le viajere se deslizó entre el ronin y la mujer y, con tono conciliador, exclamó:

—¡Oh, no, no, no! ¡Discúlpame, señora, pero me temo que estamos a punto de interrumpir el proceso del maestro!

Después, se llevó a la gente de allí con suavidad, canturreando disculpas y mirando por encima del hombro al ronin mientras pedía más disculpas.

—Por favor, si tenéis alguna duda, preguntádmela a mí. No puedo garantizar que vaya a responder a todas… ¡Oh, no, señora, claro que no! Aunque…

El ronin apenas oyó nada de lo que vino después. Ya se había dado media vuelta y se alejaba, con B5 parloteando por detrás de él mientras salía del salón principal al pasillo. El droide prometía violencia u otras distracciones si su amo era tan tonto como para permitir que lo arrinconaran de nuevo. Aquello, probablemente, era broma. El ronin lo que quería eran respuestas.

¿Una visión? Con mucha suerte, jamás volvería a ver algo como aquello. De hecho, por eso había dejado la reliquia en Dekien.

Fue Ekiya quien lo encontró, junto a la barandilla de popa de la barcaza. La piloto aún llevaba la bandeja de exquisiteces. Allí quedaban, en cierto modo, ocultos por las voluminosas velas doradas de la nave. La barcaza se deslizaba por el mar mientras los repulsores daban forma a alborotadas olas cubiertas de espuma. Ekiya le acercó la bandeja para que comiera algo, pero el ronin declinó la oferta. La piloto tiro la bandeja por la borda. El ronin logró coger la bandeja, pero la comida se perdió toda.

—Habría sido mejor salvar la comida —comentó ella.

—Eres tú la que la ha tirado.

—Es que era lo peor de lo peor. —Se encogió de hombros—. Ya has visto a qué tipo de gente se le sirve. Lo único que saborean de la comida son los créditos que cuesta.

El ronin no entendía mucho de sabores. En su día, hacía tiempo, sus compañeros lo habían considerado un poco burro en lo que a paladar se refería. Él contraatacaba diciendo que era él quien les había dado la oportunidad a los Sith de darle a su espada láser la forma que quisieran y que eso también era una gratificación estética. Pero ellos le respondían que eso no contaba porque lo que había hecho con su propia espada láser era tremendamente pretencioso.

Años después, cuando estaba solo, había utilizado sus propios diseños para hacer una espada auxiliar como era debido. Aunque estaba seguro de que sus camaradas también tendrían mucho que decir al respecto. Al fin y al cabo, no la había construido a modo de declaración, sino para que cumpliera con un propósito.

Aún hoy en día era incapaz de decir qué era lo que había dañado la espada que le había robado la Sith muerta. Una pelea. Una maldición. Sus sentimientos de inquietud, la dañina voluntad de la Fuerza. Fuera por lo que fuera, había ardido y

ardido y, con el tiempo, el ronin había tenido menos interés por aplacar el fuego que por forjar la vaina, construida con componentes que había ido robándoles a los muertos.

La vaina había servido para lo que la quería una y otra vez: escondía lo que tenía que esconder y le había permitido poner en práctica su astucia. Ahora bien, siempre había sido fea.

«Yo diría que la que fabricaste primero demuestra lo dramático que eres», le dijo la voz. No era un cumplido.

—De todas maneras, no merece la pena escuchar a esta gente. —Ekiya cogió la bandeja de las manos del ronin y miró al salón con recelo—. A ver, sí, que el tema les preocupa. O, al menos, a algunos. Ahora bien, si es así como hablan de los muertos, ¿para qué queremos oírlos hablar de nada más?

Como el ronin no dijo nada, Ekiya suspiró y se apoyó en la barandilla.

—Ya lo pillo, estás triste o algo así… Pero ¿quién no lo está? Yo lo único que quiero es saber qué pasa con las cavernas esas. ¿De verdad es Seikara un lugar sagrado? Y, si lo es, ¿no vas a… no sé… a empezar a arder de súbito como entres en ellas?

—Eso no funciona así.

«¿¡Y tú qué sabrás!?».

—¿Entonces, están encantadas? ¿Están poseídas? —La piloto insistió, porque no estaba contenta con el ligero encogimiento de hombros del ronin—. ¡Venga ya! Tú eres… lo que sea que eres. La Fuerza te escucha. Espíritus, dioses… ¿no se supone que vosotros estáis en contacto con todo ese tipo de cosas?

Chie se unió a ellos en ese momento y rio. Llevaba las manos a la espalda.

—Se dice que, hace tiempo, los espíritus estaban más próximos a nosotros —comentó la anciana.

—¿No deberías estar trabajando? —le soltó el ronin.

B5 le golpeó en la rodilla: «Compórtate».

—¿No quieres compartir nada con nosotras? —le preguntó Chie con la cabeza ladeada.

El ronin agachó la cabeza para asentir. Ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Jamás me he encontrado con un espíritu, y mucho menos con un dios, pero tengo la sensación de que no les hizo la más mínima gracia que los Jedi se alejaran de ellos para servir al Imperio. Aunque se podría decir que todos hemos olvidado cómo tratarlos adecuadamente. A ellos no les importaría volver a hablarnos… pero a nosotros se nos ha olvidado su idioma.

—Yo rezo —dijo la piloto como a la defensiva.

—Yo también —apuntó el ronin.

Ekiya lo miró de reojo, pero era una mirada de aprobación.

—Y sé cosas de los fantasmas —comentó mientras se tiraba del puño—. De los de verdad, claro. No me refiero a la joven esa que estaba persiguiendo a Frunces en Genbara.

—Un fantasma que está fuera de lugar. Un espíritu al que se le ha obligado a convertirse en fantasma —dijo le viajere mientras se aproximaba. Llevaba un gesto

sombrío, algo nada habitual en elle. Por suerte, no le acompañaban más visionarios acaudalados. El ronin le hizo sitio junto a la barandilla y le viajere inclinó la cabeza para darle las gracias, aunque no sacó las manos de las mangas—. Por algo durante la guerra llamaron «demonios» a los que eran como ella.

—¿Conoces alguna historia al respecto? —le preguntó Chie.

Le viajere se quedó en silencio unos instantes, que se convirtieron en un momento, todo un contraste con la música que salía del salón principal. Hasta entonces, el ronin había sido muy consciente del sol del sistema Dekien. Era un diamante exagerado que caía por detrás de su nuca surcando el cerúleo cielo de Dekien y que le molestaba en los ojos al reflejarse en las ondeantes velas de la barcaza y en las radiantes aguas del planeta. Y la cosa se volvía peor debido a que lo habían vestido de negro de pies a cabeza, además de aquella máscara que gruñía y le condensaba y calentaba la respiración. Sin embargo, por un momento, no pensó en nada de eso; estaba esperando a que le viajere hablara.

La voz también estaba en silencio, pero el ronin era capaz de percibir su curiosidad. Quería saber qué tenía que decir le viajere. Puede que incluso tuviera más ganas que él. Nunca había visto que se interesara tanto por alguien que no fuera él.

—Todos hemos oído hablar de esos demonios —empezó a decir le viajere por fin—. Fantasmas encadenados a los que les obligaban a actuar en contra de su voluntad. Sin embargo, también hay otras historias. Fantasmas atados a la vida porque habían sido incapaces de cumplir con sus deseos. O fantasmas invocados y retenidos para que llevaran a cabo las necesidades de otros. Un caballero que permitió que su hermano lo matara… y que volvió para guiar al crío, que le traería la paz a su hermano. Un viejo maestro entregándose a las demandas del tiempo, pero que se quedaba para pedirles a sus discípulos que permanecieran tranquilos. —Dudó, con la cabeza gacha. Por debajo de su máscara asomó una sonrisa sardónica—. Me pregunto si vivimos en una época así, en la que los fantasmas podrían quedarse hasta que dieran forma al mundo que dejaron atrás… para llegar a ser más incluso de lo que fueron con el sedimento de carne. A mí, desde luego, me gustaría.

El ronin, perplejo, se dio cuenta de que su corazón ansiaba algo similar. Imaginaba que se debía a todos los fantasmas que había provocado en su día y a que, por egoísmo, preferiría que encontraran cualquier cosa a la que dedicarse en vez de atormentarlo a él.

O puede que se debiera a que se sentía como si estuviera muerto y que hubiera preferido otra explicación a por qué, contra todo pronóstico, seguía vivo.

«No eres como ellos», le siseó la voz.

Aquella lengua le picó en el oído y, sin darse cuenta, el ronin frunció el ceño.

—En cualquier caso —empezó a decir le viajere, que parecía más animade, más como siempre, no como se había comportado desde que habían salido del *Cuervo*—, sospecho que, sea lo que sea que ha estado produciendo visiones a los turistas de Seikara tiene más que ver con esa aterradora reliquia Sith que con algún gran espíritu del pasado.

—Pues qué suerte —dijo Ekiya.

¿Suerte? No. El ronin dudaba mucho que aquello tuviera que ver con la suerte.

CAPÍTULO TRECE

DEKIEN APESTABA. No había mejor palabra para ese tufo a excesos que asfixiaba las esquinas de cada calle y manchaba hasta la atmósfera. Kouru no había sentido nada tan desagradable en la piel en más de una década.

Al mismo tiempo, se sentía aliviada por pisar tierra firme. La llama blanca y la corriente negra de la Fuerza latían en su interior en igual medida, fluyendo a través de todo ser vivo del planeta hacia ella, a través de ella. Volvía a estar conectada… volvía a ser ella… y daba gracias por ello.

Lo que le preocupaba era su presa. El viejo y su grupo se habían trasladado a toda prisa desde el espaciopuerto de Dazenma —que era donde habían atracado con su nave de carga— a un puerto para realizar un viaje local. Allí habían embarcado en una barcaza recreativa que había salido de una pagoda dorada propiedad de Empresas Eternidad —una nave con mucho estilo decorada con reminiscencias artísticas de la espectacular y única flora del planeta—. Preciosas ilustraciones del lugar al que se dirigían adornaban el tablón del puerto del que había salido la nave: las Cavernas de Seikara.

A Kouru no le habría importado volar con la nave que había robado directa a las cavernas y haber emboscado allí al viejo, pero reconocía la riqueza en cuanto la veía y todo eso de las cavernas olía a créditos de lejos. Sin duda, las cavernas iban a estar tan protegidas como el tesoro del Emperador. Iba a ser contraproducente que fuera muy lanzada en esta parte de la cacería.

Así, tenía dos opciones: quedarse esperando o perseguirlos.

Kouru sabía en qué hangar se escondía el carguero del viejo y estaba segura de que podría colarse en él. Una vez dentro, solo tendría que esperar a que él volviera. La cuestión era que recordaba el momento en que había estado a punto de cogerlo en Genbara, antes de que hubiera saltado a la escalerilla del carguero, cuando la precisión de aquel empujón de corriente negra la había lanzado hasta el suelo del astillero.

Cuando el viejo se había enfrentado a ella en el pueblo de montaña y la había empujado en aquella plazucha, lo había hecho con una explosión de llama blanca, una explosión que en nada se parecía a la flecha de Fuerza negra que la había derribado después.

Conclusión: no estaba solo. Y aunque Kouru sabía que era fuerte, también sabía que el viejo ya la había matado en una ocasión y que, con un aliado, bien podría matarla de nuevo… y con mayor facilidad. Así que decidió no enfrentarse a él en un espacio tan cerrado como el *Cuervo Humilde*, donde era muy probable que acabara rodeada.

Así que iba a perseguirlo. Con un poco de suerte, si se enfrentaba a él en esas cuevas lejanas, lejos de la nave en la que había llegado a Dekien, el viejo no tendría adónde ir y ella podría darle alcance con sus propias piernas. Como se le presentara la

oportunidad, lo mataría allí mismo, en aquel planeta y, así, cuando volviera al espacio…

«¡Vete! ¡Que no te vean!».

A Kouru le inquietó por unos instantes otro de aquellos murmullos sin fuente, pero enseguida se fundió con la multitud vestida con ropajes coloridos que avanzaba por la calle convencida de que eso era lo que tenía que hacer, aunque no supiera por qué. No tardó en darse cuenta —¿o acaso lo esperaba?— de que era la sabia corriente negra de la Fuerza la que la había empujado a aquel estrecho callejón que daba al puerto de la empresa.

La multitud se apartó a toda prisa y entre susurros de deleite cuando pasó la comitiva de un señor, con el palanquín lacado flotando en el centro. Kouru había visto muchos palanquines por las calles de Dekien, pero este se anunciaba como ningún otro, y no por su grandeza, sino por quiénes eran sus asistentes: Jedi.

A Kouru le ardieron las tripas al ver las túnicas marrones y blancas de los Jedi… los orgullosos Caballeros, con su espada láser al cinto… Mientras el señor bajaba del palanquín, la Sith enseñó los dientes, escondida entre las sombras. Su túnica y su ceñidor eran de una manufactura que dejaba claro que se trataba de una persona muy importante, pero se comportaba como sus asistentes y también llevaba una espada láser a la cintura.

No solo era señor, sino que también era Jedi. Había oído contar que a algunos Caballeros los habían elevado a esa posición después de la rebelión de los Sith. A Kouru no le gustaban ni el Imperio ni los clanes Jedi, que no eran sino hipócritas hambrientos. No debería haberla pillado por sorpresa ver a uno de ellos. Puede que lo que sentía no fuera intranquilidad, sino repugnancia.

Observó con los ojos entronados cómo el señor Jedi guiaba a su séquito a la pagoda dorada de Empresas Eternidad y cómo los empleados de la empresa se apresuraban para seguirle el ritmo.

«Esta es tu oportunidad».

Kouru torció los labios, irritada, al tiempo que miraba hacia atrás… aunque no sabía a quién.

No le resultaba complicado pasar desapercibida a los ojos de los Jedi. Al fin y al cabo, nunca le había parecido que fueran muy observadores con lo que de verdad importa. Se preocupaban más por los que llevaban armas o por quienes mostraban la intención de empuñarlas. Eso era lo que había hecho que Kouru y los demás aprendices, aquellos a quienes habían considerado indignos de confianza —muchos de los cuales acabaron convirtiéndose en Sith—, estudiaran cómo parecer pequeños y vulnerables. Aunque a Kouru le irritaba adoptar aquella pose, ahora mismo había cosas más importantes que la dignidad.

Allí apiñada entre turistas, junto a la pagoda dorada, oyó lo que quería oír:

—Me temo que la barcaza que viaja a Seikara este mes ha salido hace dos horas, mi señor… —decía un empleado.

—No importa. Tomaremos una nave más rápida —respondía el señor—, pero, por favor, vamos a necesitar a uno de tus navegantes.

Kouru ponía mala cara a medida que escuchaba la conversación y analizó las ofrendas que había proyectadas en un quiosco. Aquel señor Jedi organizó el viaje con el tono casual de quien espera obediencia a cambio de cordialidad. Solo con oírlo, a Kouru le daban ganas de golpearlo. No obstante, se preguntó: ¿qué es lo que pretende encontrar ese señor en las cuevas esas? Dudaba mucho que se tratara del viaje de iluminación que anunciaba la empresa, y no porque pensara que los Jedi no buscaban la verdad con créditos, sino porque no creía en las coincidencias.

Si este señor Jedi perseguía a la misma presa que ella, Kouru iba a tener que llegar primero… o matarlo, si es que se interponía en su camino.

«No te distraigas».

Por supuesto que no, pero…

Por el rabillo del ojo, Kouru siguió a un par de Jedi jóvenes. No eran Caballeros, así que aún no llevaban espada láser. Pertenecían a la casta más baja de aprendices graduados, a quienes en los clanes se denominaba «guardianes». Se trataba de Jedi a los que aún no se les podía confiar una espada, pero en quienes se confiaba para que patrullasen, por ejemplo, cuando su señor se sumergía por entre una multitud como la que había frente a la pagoda dorada.

En ese momento, Kouru oyó cómo el señor Jedi daba órdenes a los suyos, indicando quién viajaría con él en la primera nave y quién lo seguiría en los esquifes tanto para vigilar como para protegerlo. No había ninguna duda de adónde iban a asignar a aquellos dos jóvenes Jedi, a aquellos dos guardianes débiles e idiotas.

Kouru sintió un pinchazo similar a la compasión en el pecho. Ya que había tenido tan mala suerte como para coincidir con este señor Jedi, cabía la posibilidad de que no le quedara otra que encomendarse a este pobre destino. Recordaba muy bien cómo era que la utilizaran, que la moldearan, que la dirigieran, que la convirtieran en la extensión de las necesidades de otra persona y que las suyas propias dejaran de importar.

Lo que acababa de pensar la llevó a hacer una pausa. Era como si, en parte, esperara que alguien hablara.

Como nadie lo hizo, inspiró despacio para reconocer el dolor y, a continuación, lo espiró todo.

Quizá aquellos guardianes no merecieran morir, pero todo combate que se preciara exigía un sacrificio.

Más tarde, se encontró mirando el cadáver de dos jóvenes guardianes Jedi en el esquife en el que se había escondido instantes antes de que estos partieran del puerto de Dazenma. Por lo menos habían muerto rápido, y uno de ellos ni siquiera había tenido la oportunidad de sentir miedo antes de que lo acuchillara. Ahora solo tenía que poner el esquife en marcha, antes de que en la nave del señor Jedi se dieran cuenta de que algo estaba pasando.

Se preparó para tirar los cadáveres al mar.

«No, que aún te pueden servir. Como tú».

Sí, ahí seguía.

Kouru no se giró para localizar la voz, pero la reconoció, y, al reconocerla, llamó su atención.

—¿Servirme? Sé clara o cállate.

Se oía el zumbido del esquife. El batir de las olas. El pitido de los oídos de Kouru.

Entonces: «Mira, Kouru, esto saldrá mejor si dejas que me ocupe de ti».

Luego: nada. Un silencio tan total que a la mujer le pareció una advertencia. Aquello hizo que Kouru sintiera un escalofrío bajo el sol y por encima del mar. Sin embargo, aquel silencio resultaba liberador y la joven estaba dispuesta a saborearlo.

Así, dejó los cadáveres en el interior del esquife, donde nadie los viera. Se dijo a sí misma que era ella la que había decidido hacerlo. Prefería creer que así había sido.

CAPÍTULO CATORCE

—ESOS SON MUCHOS JEDI. Ahí abajo hay toda un rebaño —comentó Ekiya antes de girarse hacia Chie—. ¿Una recua? ¿Una banda?

—Una manada —dijo Chie sabiamente y mirando a le viajere.

Le viajere suspiró imperceptiblemente y maldijo utilizando una palabra que hizo que hasta el ronin le mirase.

—Un dolor de cabeza —propuso elle—. No podemos dejar que nos vean.

Los Jedi habían llegado antes que la barcaza recreativa de Empresas Eternidad. Resulta que les habían dejado una nave especial y que al señor lo rodeaba un aire misterioso, mientras que los subordinados tenían aspecto de cansados. Ekiya había conseguido esta información de los cotilleos de los demás empleados. Excepto por los que estaban interesados en cotillear, los demás se habían retirado a sus camarotes.

La piloto arrugó la nariz y miró al ronin.

—Seguro que Frunces ha matado a un buen puñado de sus colegas, ¿no? —comentó—. Podríamos decir… que lo cogimos por su aspecto.

—Quizá —dijo le viajere—, pero, en este caso, me incluyo. A mí tampoco deberían verme.

La frase hizo que todo el grupo le mirara.

—¡Como si no fuera la persona más sospechosa que conocéis! No, en serio, esto podría salir muy mal si me vieran.

Chie se apartó de la ventana curvada por la que había estado observando lo que sucedía en el muelle. La anciana le estaba regañando con la mirada y le viajere levantó las manos como si se rindiera. La anciana le tocó en el hombro.

—Entiendo que conoces a ese señor. ¿Por qué dirías que ha venido?

Le viajere juntó las manos frente a la boca. Parecía que estuviera pensando profundamente.

—El señor Hanrai… es curioso. Es posible que esté intentando tener un encuentro con lo que sea que produce las visiones de Seikara.

—¿Dirías que cree en esas cosas? —le preguntó Ekiya.

—Lo que yo diría es que es demasiado inteligente como para dar por hecho que no es nada. —Las puntas de los dedos de las manos de le viajere estaban blancos por la presión. El tal Hanrai le preocupaba—. Yo creo que lo mejor sería que diéramos por hecho que viene a por esa reliquia tuya, ronin.

De una u otra forma, tampoco podían quedarse esperando. El ronin le puso una mano en la cabeza a B5-56. El droide trinó para confirmarlo: había conseguido y modificado un mapa de las Cavernas de Seikara que tenían en la base de datos de la barcaza y lo estaba proyectando en el centro de la estancia para que todo el grupo lo viera. La versión a todo color del mapa para turistas había quedado reducida a líneas azules, lo que les permitió determinar mejor el camino que debían seguir por las cavernas.

La estrecha playa en la que estaba amarrada la barcaza recreativa daba a una rampa empinada con gran cantidad de vegetación tropical. Empresas Eternidad había abierto un camino por entre el follaje hasta la boca de las cavernas, que se podía ver desde cualquier punto de la playa.

—Tenemos dos elecciones inmediatas —comentó el ronin—: por delante o… —El hombre hizo un gesto y B5 giró la holografía para mirar las cavernas desde arriba—. O por arriba.

—Es una cueva, Frunces —le soltó Ekiya—. Ya sabes, un lugar oscuro que está bajo tierra. «Arriba» solo hay roca. A menos que estés proponiendo que abramos un agujero con una bomba.

El ronin levantó una mano:

—Ya hay un agujero.

Desde la entrada que daba a la playa, el sistema de cuevas de Seikara se extendía como unos diez kilómetros al interior del planeta antes de que, debido a que se cruzaba con un río subterráneo, se volviera completamente intransitable excepto para aquellos que tuvieran el equipo adecuado. El ronin les indicó un punto, como a unos tres kilómetros de la entrada, donde la cueva se ensanchaba durante unos metros y daba forma a una tremenda cuenca, y, a continuación, llevó el dedo desde la cuenca hasta un hueco que había en las montañas. B5 destacó la brecha en el techo de la cueva.

—Llegamos hasta ahí y bajamos —explicó el ronin.

—¡Genial! —empezó a decir Ekiya—. Esprintas tres klicks colina arriba por una selva y te tiras por un agujero a una zona sin luz… y, todo esto, con la esperanza de haber adelantado a los Jedi.

—¡Eso es, tenemos que ralentizar el avance de los Jedi todo lo posible! —exclamó Chie. Ekiya la miró como si se hubiera vuelto loca. Chie se dirigió a le viajere—. Yo me colaré entre los asistentes del séquito del señor. Así podré ver cómo avanzan e intentar retenerlos tanto como sea posible.

—¿Y si alguno de ellos te reconoce? —le preguntó Ekiya como para desestimar el plan—. Si el tal Hanrai es tan curioso, puede que tu cara también la conozca.

Al oír aquello, le viajere apretó la boca imperceptiblemente. Parecía que estaba a punto de presentar alguna objeción justo cuando Chie chasqueó la lengua.

—No todos los Jedi me odian, ¿sabes? —dijo como regañándola—. Algunos aprecian que me deshiciera de sus rivales. Siempre que Hanrai no se muestre en contra, claro. Los problemas son problemas. Me las arreglaré. Por lo menos, estaréis advertidos. —Hizo una pausa para sonreír a le viajere—. No estés tan nerviose. ¿De verdad crees que tengo algo que temer de un Jedi que tiene la arrogancia de hacerse llamar «señor»?

Le viajere cogió la muñeca de Chie.

—No lo subestimes —le dijo—. Es un viejo muy listo.

—Y yo una anciana muy inteligente. Sé tú también inteligente, ¿vale?

Ekiya refunfuñó.

—Bueno, pues yo me encargaré de buscar una salida —dijo la piloto—. Al fin y al cabo, siempre que no nos maten a todos, vamos a necesitar una ruta de huida. ¿Te encargas tú conmigo, B?

B5 pio para mostrar que estaba de acuerdo y dejó de mostrar la holografía. Al hacerlo, el ronin se encontró mirando a le viajere.

—En ese caso, tú y yo vamos juntos. Yo diría que lo nuestro es lo fácil —comentó le viajere.

Aunque el tono con el que había dicho aquellas frases había sido muy ligero, le viajere no dijo nada más durante un buen rato.

* * *

A su favor sucedió que, nada más desembarcar de la barcaza recreativa, los turistas se mostraron emocionadísimos con el señor Jedi. Así, el ronin y le viajere no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para escabullirse por la popa de la barcaza hasta el muelle y, después, subir a toda prisa por la loma cubierta de una densa floresta, bordeando la entrada a las Cavernas de Seikara. El follaje subtropical era frondoso y exuberante y crecía desde el punto en el que acababa la playa de arena negra. Las diferentes plantas tenían mil y un tonos de verde diferentes y había hojas que superaban en anchura la altura del ronin.

Al ronin le irritó descubrir que el camino hasta la boca de la caverna estaba lleno de puertas de santuarios recién pintadas de rojo. Le viajere chasqueó la lengua al ver la duda en su compañero y le pidió que se apresurara hasta que quedaran ocultos por las sombras de la floresta. Mientras permanecieran cerca de la costa, se arriesgaban a que los vieran no solo los Jedi, sino los droides de seguridad de la empresa que organizaba los viajes.

El ronin ya había estado aquí, si bien la primera vez había ido por el interior de la caverna, no por encima de ella. Sin embargo, se hacía una idea de cómo llegar al derrumbamiento que había producido una gran dolina. Una vez allí, descenderían e irían tan rápido como pudieran hasta el final de la cueva, que era donde estaba la reliquia.

—¿No tienes ninguna habilidad que nos sea útil? —le preguntó el ronin a le viajere. Acababan de agacharse junto a un arbusto de flores amarillas para esconderse de un droide con muchas patas que pasaba por encima de las copas de los árboles—. Algo con lo que camuflarnos.

—Estoy haciendo lo que puedo. Conformémonos con ser disimulados, ¿eh?

«¿Qué respuesta es esa?», le preguntó la voz.

El ronin tuvo que esconder que se sentía aliviado. En la barcaza había temido que estuviera enfadada con él por haber estado hablando de fantasmas y demonios. Que siguiera con él a pesar de que estuviera yendo a por la reliquia le dio una falsa sensación de seguridad.

Por contra, le viajere hizo que el ronin se sintiera incómodo.

Mientras pasaban por debajo de árboles y por entre troncos larguiruchos con ramas delgadas, le viajere apenas habló, si es que dijo algo. Esto no debería haber

molestado al ronin, al fin y al cabo, el silencio es imprescindible para pasar desapercibido, pero es que se había dado cuenta de dos cosas. La primera, que nunca había estado completamente solo con elle y que se suponía que tenía que confiar en una persona que no había sido honesta respecto a sus habilidades. Y, la segunda, que no había imaginado que le viajere fuera capaz de permanecer tan en silencio.

«Si tantas ganas tienes de hablar, ¿por qué no le preguntas qué hizo para que los Jedi le odien tanto como los Sith?».

El ronin se apartó de la cara un insecto que pretendía picarle y miró con mala cara en dirección adonde sentía la voz. La voz siempre era más palpable cuanto más quisquillosa estaba.

«¿Acaso no deberías? —le dijo—. ¿Acaso no tienes derecho?».

De nuevo dos puntos. Primero: ¿debería hacerlo? Sí, sin lugar a duda. Desde luego, resultaría beneficioso que tuviera claro con qué tipo de persona había accedido a trabajar. Ahora bien, ¿tenía derecho a hacerlo? En eso no estaba de acuerdo. Puede que su respuesta hubiera sido diferente en caso de que le viajere le hubiera pedido que le contara historias de los días de la rebelión. Pero no lo había hecho. Por lo tanto, ¿cómo iba a pedirle nada él?

Y, aun así…

«Y, aun así…», murmuró ella.

Y, aun así, lo había encontrado. A él, que llevaba dos décadas vagando por los límites de la civilización, perdiéndose en las estaciones de mundos lejanos. Al principio se había conformado con hacer como que su encuentro se debía a su enfrentamiento con la bandida, a ese combate en el que habían quedado como idiotas delante de todos al intentar matarse como solo lo harían los Sith. Y, claro, todos aquellos que estuvieran buscando un Sith enseguida se harían eco de la desacertada explosión.

Y, a pesar de todo, le viajere había dado con él casi de inmediato. No había pasado ni un día desde que había dejado el pueblo y se encontró a le músique en la carretera, esperándolo.

Le viajere se fijó en él:

—Me estás mirando.

El ronin frunció el ceño:

—Estoy preocupado.

—¿Porque vaya a hacerte algo malo… o porque vaya a pasarme algo malo? —Le viajere se llevó la mano al pecho—. Qué enternecedor.

—Sé muy poco de ti.

—Es la idea.

—¿Y si quisiera saber más?

—Pues deberías preguntar —respondió, aunque su tono irónico sugería que era improbable que fuera a recompensarlo por sus esfuerzos.

Otra vez se vieron obligados a esperar. Un par de droides habían descendido para escanear el claro que había justo delante. Le viajere se tocó el hombro y señaló hacia arriba, a una maraña de ramas que tenían justo encima y que era, sin duda, el nido

abandonado de una enorme criatura voladora. Aquella especie de emparrado fue más que suficiente para esconderlos a ambos.

Mientras esperaban, el ronin aprovechó para quitarse la máscara infernal con la que habían completado su disfraz. La humedad de la selva casi consigue que se ahogue con su propia respiración. Luego, se masajeó la mandíbula. La cicatriz que la cubría le dolía debido al peso adicional que había tenido que llevar.

Le viajere se relajó, protegide por el nido. Observaba al ronin. Con cautela. O con curiosidad.

El ronin se señaló la prótesis.

—Te voy a contar por qué la llevo.

—¿Crees que me vas a impresionar?

—A modo de intercambio.

—Estás ansioso, ¿verdad? —Le viajere estiró las manos—. ¿Qué quieres que no te haya ofrecido aún?

El ronin estuvo a punto de echarse a reír. ¡Como si le hubiera ofrecido algo!

—No soy exigente.

Le viajere se llevó la palma de la mano a la barbilla y adoptó una postura de atención e intelectualidad. En ese instante, el ronin se dio cuenta de que acababa de prometerle hablar de él. Pues le iba a costar mucho, y no solo porque no estaba acostumbrado a contar sus historias, sino porque muchas de ellas ni siquiera las recordaba.

Sin embargo, ver al señor Jedi en la playa había hecho que sintiera un pinchazo en el corazón… y esas historias estaban ascendiendo a la superficie de su cerebro quisiera o no. Recordaba, envuelto por una oscuridad que latía en su mandíbula, la última vez que se había enfrentado a un señor. Ese señor no era Jedi, pero había sido maestro de Jedi. Hasta que murió, claro.

—Una estupidez —dijo el ronin por fin en voz baja, de manera que se oía el movimiento de los árboles y el zumbido de los drones—. Un hombre me golpeó y yo no reaccioné como debería.

Al ronin le pareció que le viajere veía a través de él. Su atención pasó de la prótesis a la piel arrugada y a la mandíbula deformada de la parte izquierda de la cara del ronin. Era como si fuera capaz de ver la herida negra que había sido en un principio, una marca quemada que le había dejado aquel disparo de bláster que no había podido evitar del todo.

—Tuvo que ser un golpe terrible… para que te dejara una cicatriz así.

—El hombre tenía mucho miedo.

—¿Por eso le perdonaste la vida?

—Ya estaba muerto.

El ronin había cogido el bláster de aquel hombre para asegurarse de que no volvía a suceder. Era el arma que llevaba ahora a la cintura además de su espada láser. Una cursilería ornamental modificada para que resultara más práctica.

Le viajere suspiró:

—No sé por qué me da la sensación de que te has dejado fuera del tintero todo lo más interesante.

A decir verdad, así era.

—Tú eres le narradore. Dime, ¿qué me he dejado?

—El motivo, por ejemplo.

—Traición.

—¿Por tu parte?

El ronin movió una mano como para afirmar.

—Aaah, ¿ves?, ahora me has contado su motivo: ¡un corazón herido! Pero ¿por qué lo heriste tú? ¿Por qué le diste la espalda sin defenderte? Es un rompecabezas muy interesante.

—Así que me he ganado tu atención.

Le viajere bajó la cabeza para reconocer la derrota. Luego la levantó y se puso de pie.

—Bueno, creo que ya podemos seguir adelante. Démonos prisa, no vaya a ser que nos veamos atrapados de nuevo y que tengamos que contarnos más secretos terribles.

El ronin había tenido la esperanza de sacar algo de aquella conversación, pero era verdad que los droides se habían marchado y que ya no estaban lejos de su objetivo. Al otro lado del claro se abría un barranco, un barranco que, cubierto de selva, descendía unos quinientos metros.

—¡Menuda cueva tienes aquí! —comentó le viajere cuando llegaron al borde.

—No es mía. —El ronin señaló la parte más alejada de la dolina, que estaba bordeada con otra de esas puertas de santuario rojas. Por encima del barranco había preciosos puentes o pasarelas de madera sin orden ni concierto y se extendían por la puerta hasta sumergirse en las oscuras cavernas—. Es por ahí.

—Me preguntó… —empezó a decir le viajere mientras estudiaban la dolina para ver cuál era la mejor manera de descender—. ¿No es posible que, con todas estas alteraciones que han hecho en el paisaje, los de Empresas Eternidad ya hayan encontrado esa reliquia tuya?

El ronin arrugó el ceño:

—Si los turistas aún tienen visiones…

—Bueno, pero visiones se pueden tener por muchas razones, la mayor parte de las cuales no tienen nada que ver con la Fuerza. Ahí tienes la sugestión, por ejemplo.

El ronin arrugó aún más el ceño:

—Hablas como si sospecharas que no va a estar.

Le viajere se enderezó un poco. Parecía que el ronin le acabara de sorprender.

—Pues… la verdad es que puede que esté buscando razones para no tirarme por un agujero enorme en mitad de la…

Se quedó callade. El ronin y elle oyeron ecos de voces, por debajo de sus pies, pero como por la costa.

Más turistas. Aunque puede que fueran los Jedi. Lo más inteligente sería adelantarse y, así, no tener que descubrir de quiénes se trataba.

Sin necesidad de hablarlo, el ronin y le viajere saltaron por el borde del agujero, hacia la selva que había más abajo, bajando y bajando… hacia delante…

Ekiya esperó a que la mayoría de los Jedi hubieran entrado con su señor en las cavernas para empezar a rebuscar en los esquifes. Los había vigilado todos con atención —con ayuda de B5-56— mientras a los pobres guardianes, los Jedi de segunda, les asignaban los turnos.

El séquito del señor había llegado con seis esquifes, todos ellos con cañones montados en la proa. Excesivo, la verdad. Cualquiera de aquellos Jedi era capaz de partirle el cuello a un civil con solo mirarlo, pero se arremolinaban alrededor de su señor como si necesitara que lo protegieran de una banda de asesinos… o de una manada de rancores que estuvieran echando los dientes.

Uno de los esquifes, no obstante, no estaba como los demás. Ekiya pensó que cabía la posibilidad de que no se hubiera fijado en los guardianes que habían bajado de él… o que hubieran sido víctimas de una de esas tonterías mentales de los Jedi. Fuera como fuera, aquel esquife era el objetivo más atrayente, por lo que empezaría por él. Así, cuando todos los turistas que viajaban en la barcaza recreativa habían entrado en la caverna, Ekiya se acercó a la cocina. Le pidió otra bandeja de comida al contacto que las había colado entre la tripulación a Chie y a ella y le pidió a B5 que estuviera atento.

En la playa solo quedaban unos pocos Jedi: dos en la cubierta de la nave que les habían dejado —elegante y diseñada para parecer un pájaro pescador— y otra pareja en el camino que llevaba a la entrada a las cavernas. No podían ser los mejores en lo suyo, teniendo en cuenta que aún no habían dado ni con Zorre ni con Frunces. Ekiya salió paseando del barco y se dirigió al esquife abandonado sin que ninguno de los Jedi se fijara siquiera en ella.

Primero tocó en el brillante panel lateral de la nave. Nada. Volvió a tocar y preguntó con suma educación:

—¿Comida?

Nada de nada.

Pues bueno.

Ekiya tocó el comunicador que compartía con B5, que empezó a bajar por la plancha de la barcaza recreativa con una bandeja en la que llevaba un juego de té con su tetera y todo. Cuando el droide llegó, la mujer le cogió la bandeja y se quedó esperando bajo el caluroso sol meridiano de Dekien a que B5 abriera la puerta.

Seguía sin pasar nada. Ekiya estaba de los nervios. Si no había nadie en el esquife, bien, solo quería decir que se le había pasado el momento en que salían. No obstante, como hubiera alguien, se daría cuenta de que B5 y ella estaban intentando entrar… y los estaría esperando.

B5 abrió la puerta y de inmediato salió por ella olor a muerto. Ekiya tosió y a punto estuvieron de caérsele las bandejas.

Un momento, dos opciones: gritar pidiendo ayuda, porque estaba claro que alguien había muerto en aquel esquife en el que habían llegado los Jedi, pero así sería muy posible que no salieran con vida de allí; o enfrentarse a lo que fuera que hubiera muerto… o hubieran asesinado… allí dentro.

Ekiya apretó los dientes. Tiró las bandejas con la comida y el té al agua igual que había hecho en la barcaza recreativa y, armada con dos bandejas de metal, se preparó para golpear a quienquiera que se moviera allí dentro.

A su lado, B5 pio.

—Sí, amiguito, dales con todo lo que tengas.

Entraron juntos.

Las luces del esquife estaban apagadas, pero la dura luz del sol se colaba por las ventanas.

Enseguida vio los cadáveres. El responsable no se había detenido a ocultarlos. Dos jóvenes —puede que de su edad—. Tirados en el suelo. Vestidos como los Jedi. Con los ojos vidriosos y la boca abierta.

Lo siguiente que vio fue a su asesina. B5 gruñó una advertencia electrónica. Ekiya se dio la vuelta a toda prisa mientras alguien cerraba la puerta, alguien que la miraba con unos ojos ambarinos llenos de fuego y cara de muy pocos amigos. La demonio Sith adelantó la mano hacia su garganta y Ekiya la atacó con las bandejas…

Hanrai se detuvo y se giró ligeramente para mirar hacia atrás. A su alrededor, las Cavernas de Seikara cantaban. La corriente negra de la Fuerza fluía en perfecta armonía con la centelleante llama blanca. Entre todos aquellos movimientos, sintió con gran certeza que algo, en algún lado, se había hecho un nudo, se había condensado… y había explotado. Y también tenía claro que no había sucedido por delante de ellos, sino por detrás.

Su presa estaba por delante de él. No le cabía duda. De ahí que se hiciera acompañar de tantos sirvientes, Caballeros y guardianes, con los que recorría el entramado de puentes y pasarelas colocadas por Empresas Eternidad en dirección al final de las cavernas.

Pero por detrás de él también hervía algo… o había hervido, porque ahora no notaba nada.

—¿Qué te preocupa, mi señor? —le preguntó la pulcra anciana que se había ofrecido a guiarlos.

—Nada, Chie —le respondió Hanrai mientras volvía a mirar hacia delante—. Nada de lo que tú y yo no podamos ocuparnos a la vuelta.

CAPÍTULO QUINCE

DABA IGUAL CUÁNTO se adentraran en la dolina, las cavernas no llegaban a oscurecerse. La luz provenía, principalmente, de las pasarelas, de los puentes de madera y de los caminos que había instalado Empresas Eternidad para los turistas. Una pálida línea de color dorado los guiaba por colosales catedrales de piedra donde jamás se había visto la luz del sol. La luz destellaba en el río subterráneo que partía en dos las cavernas justo por el centro y llegaba hasta las paredes, tan arriba como podía, hasta que la oscuridad natural consumía el techo. Aquí y allí, el techo también brillaba. Las colonias de bacterias luminiscentes daban forma a constelaciones en las estalactitas o florecían en las grietas del fitokarst producido por sus líquenes predecesores.

El ronin recordaba la primera vez que había recorrido aquel camino peor de lo que le hubiera gustado. El recuerdo lo oscurecían tanto el velo del tiempo como una cortina menos amable aún… la de la embriaguez, pues en ese estado era como había entrado en este profundo agujero esa primera vez.

Le viajere lo cogió por el codo. El ronin se detuvo. A punto estaba de saltar a la plataforma que tenían delante, que flotaba por encima del río gracias a los motores de repulsión. Debajo de la plataforma había un descomunal lomo escamoso y lleno de espinas oscuras que sobresalía de la superficie del río en una zona de rápidos que no estaba muy bien iluminada. La criatura a la que pertenecía era, sin duda, más ancha que la plataforma y más larga que diez de ellas puestas una detrás de la otra. Después de un minuto que duró un eón, la criatura se escondió debajo del agua, momento en que le viajere soltó al ronin.

—Parece que estés distraído —le dijo con tono divertido, aunque lo estaba regañando.

—Estoy concentrado.

Sin embargo, a partir de ese momento, el ronin permitió que le viajere fuera más cerca de él. El instinto de este últime para detectar la presencia de formas de vida era mejor que el suyo y habría sido una tontería que no lo hubiera tenido en cuenta.

La caverna iba descendiendo, adentrándose en las profundidades del planeta, y, cuanto más avanzaban, más rápido corría el agua. La textura del aire cambió, se condensó. Un deseo que le resultaba familiar, pero al que no podía poner nombre, hacía que el ronin cada vez avanzara más rápido.

Una última puerta los esperaba en lo alto de una cueva que se abría como una boca sobre un titánico lago negro. Las pasarelas de madera se extendían por los lados del espacio vacío e irregular. Estas pasarelas llevaban a una plataforma que se encontraba en la zona más alejada, en la que había espacio suficiente para que los turistas se sentaran y meditaran sobre la magnitud de aquel esplendor salvaje. A diferencia de la mayoría de las pasarelas, la plataforma estaba construida en un saliente de piedra que sobresalía de la pared de roca. Allí había un santuario, austero

pero agradable: un pilar de piedra que levantaría poco más de un metro del suelo y un tejado con el que proteger la casa del espíritu que allí viviera.

El ronin frunció el ceño a medida que se aproximaba al pilar.

—Así que ahora profanamos santuarios, ¿eh? —soltó le viajere—. Aunque supongo que no debería sorprenderme.

—No, esto es nuevo.

Cuando él había estado en las cavernas, aquí no había habido puerta de santuario alguna y el santuario tampoco estaba. Aunque le parecía apropiado. No había sido el primero en seguir la llamada hasta el corazón oscuro de Dekien.

—Bueno, dime, ¿qué estamos buscando? —preguntó le viajere, que se quedó callade de golpe cuando el ronin le cogió por el cuello de la túnica y le obligó a saltar de la plataforma.

El ronin había captado, como en lo más alejado de su atención, una presencia invasora. Le llamaba la atención que le viajere no la hubiera percibido, dada que su sensibilidad era mayor. Aunque quizá se debiera a esa manera jocosa que tenía de afrontarlo todo. Pero ahora no había tiempo para eso.

Se zambulleron en el penetrante frío del abismo acuático. El entrenamiento y la corriente negra de la Fuerza impidieron que se rompieran los huesos, pero el drástico cambio de temperatura hizo que el ronin empezara a temblar. Al mismo tiempo, esa curiosa ansia que había crecido en su interior desde que habían entrado en las cavernas floreció en su pecho y en sus extremidades y tiró de él hacia abajo. Hacia delante y hacia abajo.

Resultó que las corrientes del lago estaban hambrientas. Grandes sombras ondulaban lo suficientemente lejos como para que no pudieran verlas bien. El ronin seguía avanzando, siguiendo aquel recuerdo antiguo y cada vez más visceral. Le viajere lo seguía —o eso creía el ronin—, pero la oscuridad del agua hacía que fuera complicado saber por dónde iba. La llamada que sentía en su cabeza, en su corazón, en todo su cuerpo, le pedía que buceara más y más, hasta una fisura que había en la pared de roca que estaba debajo de la plataforma.

Cuanto más se acercaba, más evidente resultaba que los bordes de la fisura estaban alisados, tanto por el tiempo como por algún ser vivo. El ronin llegó a ella y la cruzó y, al hacerlo, se sumergió en un pasadizo completamente negro. A medida que avanzaba empezaban a quemarle los pulmones y tanto sus brazos como sus piernas se volvían lentos e incapaces de mover su propio peso. Aun así, siguió esforzándose… espoleado por aquella necesidad. Quería responder a la llamada. Fue entonces cuando lo recordó.

La luz descendía a por él desde arriba, pálida en aquella penumbra. La persiguió hacia lo alto. Pateaba, braceaba, y, cuando por fin emergió en el mundo de arriba, respiró agitadamente para volver a llenar sus pulmones de aire. Por un momento se quedó allí, con su cuerpo desesperado por hundirse de nuevo en el agua… pero es que estaba como en trance por lo que veía.

El hechizo no se rompió hasta que le viajere no salió del agua, jadeando y braceando. Ambos nadaron hacia la orilla. El suelo de la caverna iba ascendiendo

gradualmente y salieron andando del agua. Después de toser con fuerza, se dejaron caer de espaldas, resollando.

—¡Eres un idiota! —le soltó le viajere al ronin cuando este se le acercó—. ¡Ya no me caes bien!

El ronin se sintió tentado de tirar a le viajere al agua. Este se quitó la máscara para ver mejor y retrocedió.

En aquel momento no se le veía muy bien la cara, dado que allí no había pasarelas y, por tanto, no había luces industriales, sin embargo, el sitio tenía su propia iluminación. Una especie de hierba alta y luminiscente cubría la colina rodeada de agua. Sobre los plintos de piedra que había alineados por la cuesta había más líquenes formando constelaciones. Y, salidos de algún sitio, flotaban a su alrededor globos de luz gaseosa del tamaño de puños, unos globos que no se elevaban muy por encima de los plintos antes de explotar.

Así, el ronin era capaz de ver a le viajere más claramente que nunca. No era humane. Lo había sospechado. No le había visto comer, no le había visto dormir, solo le había visto beber un poco de té de vez en cuando. Sus ojos eran igual de blancos que su pelo, y aunque el ronin no sabía a qué especie pertenecía, si las arrugas que tenía en el rostro indicaban la edad, igual que pasa en los humanos, hacía tiempo que le viajere no era joven —aunque, muy probablemente, fuera más joven que Chie—. Era lo bastante mayor como para ser consciente de ello.

Por lo demás, le viajere no tenía en el rostro marcas distintivas: no tenía cicatrices y tampoco tenía rasgos que destacasen. El ronin le consideró atractive, algo que no solía pasarle con mucha gente. Sobre todo, al ronin le pareció que le viajere parecía cansade. Y lo entendía a la perfección.

Le viajere frunció el ceño, suspiró y levantó la máscara pintada en rojos.

—No, me temo que esta no es mi cara.

—¿Por qué la llevas?

—Y, ¿por qué no? —Le viajere se sentó con su semblante de Zorre en las manos—. Soy frívole… pero seguro que me entiendes. Al fin y al cabo, no utilizas tu verdadero nombre.

El ronin le permitió darse la vuelta para secarse la cara y volver a ponerse la máscara.

Cuando se levantó, se unió a él y subieron juntos la colina mientras elle se ponía bien el pelo.

—Menudo cementerio.

—Ya te digo.

El tirón que sentía el ronin en el pecho se había apaciguado hasta que le viajere había dicho claramente lo que era aquella cueva: un sitio para los muertos y para que los vivos los reconocieran. Ahora, volvía a sentir el tirón con fuerza y ascendió la colina pisando suelo ancestral. Los plintos junto a los que pasaba titilaban a su paso porque los líquenes habían crecido más profundamente en las letras talladas en ellos.

—Supongo que tiene sentido —musitó le viajere, que lo seguía de cerca, con los globos de luz explotando a sus pies—. El Imperio clasificó Dekien como un planeta sin civilizar… salvaje, listo para que se hiciera con él… pero no se puede vivir en esta

galaxia sin darse cuenta de lo poco adecuadas que son esas palabras. A diario pisamos los monumentos de aquellos que vivieron antes que nosotros. Vemos dónde vivía la gente, sitios en los que ya no vive… por una u otra razón. Porque se marcharon o porque los obligaron a marcharse. O murieron. O los mataron.

—Me atrajeron hasta aquí… la primera vez. Los muertos —comentó el ronin—. Yo solo quería silencio… o algo que se pareciera al silencio. Lo que fuera.

Mientras hablaba, el ronin se dio cuenta de que, hacía un día no habría admitido tanto… puede que ni hacía una hora o un minuto siquiera. Ahora, sin embargo, había visto la cara de le viajere y, juntos, habían llegado a un sitio encantado que recordaba como a través de una bruma. No podía describir lo que sentía con una sola palabra: no era pena, no era ira, no era desesperación. Era una desolación cálida y odiosa que amenazaba con quemarlo y reducirlo a cenizas a pesar de que el ronin hubiera rezado para que la oscuridad la extinguiera.

Él había vuelto de entre aquellas tumbas con vida. Maldecido, a su entender, como lo estaba la galaxia entera, que no podía terminar como era debido ni una sola cosa de las que se proponía. Por muerta que estuviera la gente que había en aquellas tumbas, se habían levantado para llamarle. Y él, al responderles, había evitado la muerte. Sin final, sin prórroga. Solo vida; vida terriblemente persistente.

—Esta reliquia que estamos buscando… está aquí porque tú la dejaste.

—Sí. Era lo único que quedaba de una decisión que tomé. Una decisión… que me gustaría olvidar.

El ronin hizo una pausa para darse la vuelta y mirar a le viajere, que estaba investigando un plinto especialmente bien conservado. Daba la impresión de que las luces móviles se sintieran muy atraídas por elle y se movían cerca de sus tobillos e incluso llegaban hasta sus mojadas mangas. Ver aquello hizo que algo se removiera en el pecho del ronin. Los viejos fantasmas que tanto adoraban esta gruta habían llamado a su casa al ronin en una ocasión, pero las luces nunca se habían acercado tanto a él.

Le viajere sonrió al percatarse de su presencia.

—Estás preocupado por mí, pero, a decir verdad, no me conoces. Podrías estar preocupándote por nada.

—Soy consciente de lo que no sé. ¿Acaso no te he estado haciendo preguntas?

Le viajere dejó de sonreír. Ahora estaba tense, como un extraño espejo frente al plinto que tanto le interesaba.

—Yo…

—Yo ya he contado dos cosas —le soltó el ronin.

—Lo estoy intentando —comentó le viajere, que sentía más calor del que parecía que debiera hacer allí. Ambos se enderezaron y se volvieron para mirar colina abajo, al agua de la que habían salido—. Lo… lo haré… quizá… cuando la situación no sea tan peligrosa. A mi entender, no es inteligente bajar la guardia mientras estamos buscando a una bruja Sith con el poder de resucitar a los muertos… ni cuando tiene une a tantos Jedi respirándole en el cuello…

—Pues cuando volvamos al *Cuervo*.

—¿¡Nada más volver!? —A le viajere le encantaba ser ambigüe—. No sabemos lo que nos va a estar…

El ronin le miraba fijamente y le viajere decidió callarse.

—Te he seguido hasta aquí. He sido paciente. Creo que me lo debes.

—¡Vale! —Le viajere levantó las manos—. ¡Te lo debo, oh, magnánimo señor! Bueno, venga, ¿dónde está el cacharro ese que dejaste aquí?

—No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer! —Ekiya sabía que se estaba quejando, pero eso no la detuvo—. ¿¡Qué es lo que quería hacer esta mañana!? Oh, nada entretenido, solo ponerles caritas a ricos de las narices para que pudiéramos deambular por una caverna aterradora y hacernos con una reliquia Sith poseída… ¡pero no! ¡Las cosas nunca son así de sencillas… siempre se tuercen!

—Sí… —entonó su nueva y terrible compañera— se tuercen.

Ekiya arrugó la frente cuando miró a la Sith, que enarcó una ceja. Aquel gesto acentuó su ojo morado, que era lo único que a Ekiya le gustaba de ella. En cualquier caso, la piloto ya se había dado cuenta: la Sith nunca apartaba la mano de la espada láser que llevaba a la cintura. De hecho, ya había demostrado que estaba ansiosa por activar aquel cacharro.

—¡Y no sabes cómo! —Ekiya se concentró en los controles del esquife para mantenerlo sobrevolando los árboles que había por encima de las Cavernas de Seikara—. ¿Sabes cuántas veces he deseado que me secuestrara una Sith asesina para que pilotara una nave en la que también había dos Jedi muertos? ¡Ni una!

—No te he secuestrado. Estamos colaborando.

—¡Ah, claro, es verdad, que así es como se llama a cuando alguien te amenaza con su espada láser para que hagas lo que quiere!

—Tú me has golpeado primero.

Ekiya había sido una idiota al pensar que iba a ser capaz de vencer al fantasma vengativo de una guerrera Sith con un par de bandejas. A ver, que era consciente de ello, pero había preferido morir habiendo dejado claro su punto de vista. A decir verdad, tenía que considerarse afortunada porque la demonio Sith no quisiera llamar la atención de los Jedi bajo ningún concepto —como le pasaba a ella—. La Sith no podía encargarse de Ekiya con la Fuerza a sabiendas de la gran cantidad de Jedi que había por la zona y que podían darse cuenta. Por su lado, la piloto no podía gritar para que los Jedi vinieran al rescate si quería que los suyos tuvieran alguna oportunidad de escapar.

Lo que no sabía era por qué la Sith no la había matado igual que a los Jedi. Al parecer, la demonio había llegado hasta allí en el esquife. En ese caso, ¿para qué quería una piloto?

Fuera por lo que fuera, allí estaban, chirriando juntas por los aires, deseando Ekiya con todas sus fuerzas que los suyos llegaran al final de la cueva antes que el escuadrón de Jedi.

Y luego, ¿qué?

—¿Qué va a pasar cuando aterricemos? —preguntó la piloto como si estuviera pensando en amotinarse—. ¿Cuando ya no me necesites más…? ¿Vas a asfixiarme, a cortarme en dos o, sencillamente, vas a apuñalarme?

—No te haré nada que no me obligues a hacer —respondió la Sith, como una buena mentirosa.

Ekiya torció el gesto.

—Sí, claro.

El truco consistía en desenfundar antes que ella. No era imposible.

Ekiya ya lo había hecho en una ocasión, cuando era mucho más joven y atolondrada —y desesperada—. Aunque había tenido ayuda. Cuando estaba junto con los demás reclutas en aquella cueva gélida, determinando quién de ellos envenenaría a su comandante Sith y quién empuñaría un bláster y quién un cuchillo. Diez lo probaron, seis lo consiguieron. Esta vez, solo estaban Ekiya y B5-56.

—No voy a matarte.

La Sith hablaba con una determinación que resultaba curiosa, sentada con las piernas cruzadas en el asiento que había al lado del de Ekiya. A decir verdad, lo decía como si ella misma se creyera sus palabras. O quisiera creérselas.

—Ya —soltó Ekiya, que, aunque sabía que no debería tensar la cuerda, preguntó—, y eso, ¿por qué?

—He tomado una decisión —respondió la Sith mecánicamente. Luego, se tocó la sien y miró a la piloto con aquellos ojos ambarinos—. Soy Kouru.

Ekiya no sabía qué decir, pero, como era evidente que Kouru estaba teniendo una especie de crisis típica de demonios Sith, y como ella tenía poco que hacer aparte de dar con la manera de que no la matase, se limitó a responder:

—Genial, yo soy Ekiya.

Kouru refunfuñó. Acto seguido, se llevó la palma de la mano a la frente, entrecerró los ojos e indicó un punto del mapa que estaba proyectado en la consola de navegación:

—Ve ahí.

—¿Qué hay ahí?

—¿¡Quieres reunirte con tus amigos, sí o no!?

—Si es algo relacionado con la Fuerza, tienes que decírmelo —murmuró Ekiya.

Kouru la miró como si la duda ofendiera.

Terrible.

Kouru era terrible, tanto como cualquier Sith que había habido antes que ella y como todo Jedi que Ekiya había conocido. Excepto por Zorre, la verdad; si bien sabía que se debía a que era crónica e irremediablemente blanda y a que le gustaba la amabilidad de Zorre y que se preocupara sinceramente por todos, aunque acabara de conocerlos. Le gustaba, a pesar de que le daba un poco de vergüenza admitirlo, que a Zorre no le gustase esa parte de sí misme que le hacía parecer Jedi.

Y, aunque sabía que no debería ser así, Frunces también le caía bien. O partes de él, al menos. Como eso de que se mostrara confuso cuando alguien le hacía un favor, por sencillo que fuera. Que fuera cortés… o que rezara. La parte que le gustaba a Zorre y que, por lo visto, B5-56 adoraba.

Porque B5 le gustaba. Le gustaba mucho. El droide era serio y se disculpaba, y siempre estaba dispuesto a sentarse a enseñarle lo que fuera que estuviera haciendo, por loco o complicado que pareciera. Así que, si a B5 le caía bien Frunces, a ella también.

Y aquello no le ayudaba a ver al pequeño astromecánico en una esquina del esquife, junto a los dos Jedi muertos.

Las luces del droide no dejaban de parpadear, se balanceaba, se quedaba quieto. Llevaba intentando ponerse en contacto con Frunces desde que habían salido del muelle de Seikara, pero aún no había recibido respuesta.

Ekiya miró su propio comunicador. Seguía a oscuras. Ni Chie ni le Zorre se habían puesto en contacto con ella. Algo estaba bloqueando sus señales. Puede que, sencillamente, fueran las cavernas. O puede que, por no ir más allá, eso fuera lo que Ekiya quería creer; porque una cosa era que los fantasmas irritados de una aterradora cueva de Sith quisieran mantenerlos incomunicados y otra muy diferente era que los Jedi estuvieran provocando interferencias. Porque, ¿y si Ekiya no sabía cómo matar a una persona que ya estaba muerta? A un Sith sabía cómo enfrentarse. A un Jedi…

La piloto sujetó con fuerza los controles. Si su suerte cambiaba, puede que consiguiera pisar tierra una vez más.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EN LO ALTO DE LA COLINA de la gruta había una serie de piedras agrietadas y erosionadas. En su día habían hecho las veces de algo parecido a un santuario, o lo que sea que la gente lo hubiera considerado. En su primera visita, el ronin había dejado la reliquia en una piedra plana que había en el centro de todas las demás. Se acuclilló para examinar mejor aquella piedra, pero, desde luego, encima no había nada.

—Dime, ¿qué estamos buscando? —le preguntó le viajere.

—Una esquirla de kyber. —El ronin hizo un gesto con los dedos para indicar su tamaño aproximado. Era bastante pequeña, como la que cabría en una espada láser—. Pertenecía… al espejo del templo Shinsui… que estaba en Rei'izu.

—Ah, ¿sí? —Le viajere no sabía si echarse a reír o a llorar—. Eso explica que Seikara sea tan famosa por sus visiones.

El ronin refunfuñó como mostrándose de acuerdo.

—Tendría sentido… si la esquirla estuviera aquí.

Le viajere había dejado que una de las luces gaseosas juguetease alrededor de su mano y descansara en la palma. Se quedó de piedra mientras formulaba la siguiente pregunta:

—¿De verdad crees que no está?

El ronin hizo un gesto con la mano para mostrar la piedra que tenía delante. Parecía que había una marca en los líquenes allí donde había dejado el cristal, pero aquella era la única prueba de que hubiera estado allí.

Le viajere bajó la mano. La luz que había estado flotando por encima de su palma titubeó y explotó mientras elle se acuclillaba junto al ronin.

—¡Oh!

Aquella sencilla muestra de desaliento fue peor que cualquier maldición. Hizo que ambos se quedaran suspendidos en el pavor que suponía ser conscientes de que, en efecto, el cristal no estaba. Aquello que habían venido a buscar había desaparecido.

¿Se lo habría llevado alguien? El ronin puso la palma en la piedra en busca de alguna pista que le indicara si así había sido. Alguna inteligencia. Algo que tuviera propósito y deseos. Aquellas cavernas rebosaban vida, bastaba con ver que había líquenes por todos lados, o las enormes serpientes del lago. Aunque la muerte también florecía allí en la forma de los fantasmas que había seguido hasta aquel oscuro agujero de la galaxia.

Estaban allí. El ronin los sentía.

Cerró la mandíbula con fuerza y un nervio de los dientes le envió una punzada fuerte. ¿Serían los fantasmas los ladrones? ¿Acaso los habían guiado hasta allí, podridos y olvidados, para robarle el cristal?

—Cuidado —dijo le viajere.

El ronin miró por encima del hombro. La piedra vibraba bajo su mano. Instantes después, crujió.

—Antes… antes de que hayamos entrado siquiera te preguntabas si seguiría aquí. ¿Qué te ha hecho pensar así?

Le viajere estaba tan quiete y ausente como la cueva. Luego, le puso una mano en el brazo. Tenía los dedos helados por culpa del agua y el puño de la manga seguía estando empapado. No es que el ronin estuviera más caliente o más seco, pero cuando le viajere lo tocó, se dio cuenta del terrible fuego en que se había convertido. En su interior solo había enfado, miedo… y sensaciones peores. Temblaba.

El tono de le viajere era suave y seguro. Pretendía ofrecerle un ancla.

—Me preguntaba si las ansias comerciales de Empresas Eternidad habrían dado con la reliquia, pero es que, claro, en ese momento no conocía este jardincito tan particular. Yo creo que podríamos decir, sin atisbo de duda, que no tienen ni idea de que este sitio existe. Si la tuvieran, ya te puedes imaginar qué tipo de cambios habrían realizado en él.

El ronin sonrió ante aquella ironía. Era lo máximo que le podía ofrecer a cambio. No le estaba echando nada en cara, y se lo agradecía. Incluso se sintió tan cómodo como para confesar:

—No sé qué hacer.

Le viajere se puso de pie y el ronin vio, por debajo de su máscara, que tenía los labios apretados en señal de tensión. Sin embargo, cuando habló, lo hizo convencide:

—Ya encontraremos otra manera.

«Deberíais marcharos», dijo la voz.

El ronin se sorprendió, y debió de resultar muy visible, porque le viajere frunció el ceño. El ronin no se había dado cuenta de que la voz se había quedado en silencio. Era como si su atención estuviera dividida, como si estuviera distraída con otra persona. Aquello hizo que el ronin se preocupara aún más, si bien lo que más le preocupaba era su advertencia. La voz siempre lo había instado a seguir adelante, ¿por qué quería ahora que se marchara? ¿Qué es lo que quería de él?

Pero el ronin no solía pasar por alto sus advertencias. Eran pocas y solían ser por motivos que le concernían a ella, sí, pero nunca le había mentido. Así que él también se puso de pie.

—No va a servir de nada que sigamos aquí.

Que se mostrara tan seguro hizo que le viajere dudase, pero se mostró de acuerdo.

—Creo que tienes razón, pero no pienso salir por donde hemos venido.

—Y, ¿qué te hace pensar que tenemos alternativa?

—¡Tiene que haberla! Es evidente que tiene que haberla. —Hizo un gesto que abarcaba todo el cementerio—. Alguien levantó estas tumbas y alguien cuidó de ellas… al menos, durante algún tiempo, y me niego a creer que nadie se lanzara a un abismo de agua lleno de serpientes gigantes para presentar sus respetos. ¿Imaginas alguna manera mejor de aumentar prematuramente la tasa de ocupación de este cementerio? No. Así que tiene que haber otra salida.

El ronin se mostró de acuerdo con esto y con su siguiente argumento:

—Además, esa brisa viene de alguna parte.

Esta búsqueda resultó más fructífera y también les llevó menos tiempo del que el ronin había imaginado. Se sintió mal al darse cuenta de que no era difícil dar con

aquel camino estrecho excavado en la roca de la gruta y que se abría paso alrededor de la circunferencia y llegaba hasta un saliente que quedaba por encima del laguito en el que habían aparecido.

—¿Cómo saliste la primera vez? —le preguntó le viajere mientras comprobaban lo sólido que era el camino—. No me digas que nadaste a contracorriente…

—Era más joven. ¡Venga, date prisa!

Las pequeñas luces gaseosas siguieron a le viajere durante un tiempo, a una altura superior incluso que la de la colina en la que estaban las tumbas, como si no quisieran que se fuera. Le viajere dudó unos instantes. ¿Iría a ponerse a rezar? Pero siguió adelante y el ronin se sintió aliviado. La llamada de los muertos, que lo había atraído hasta allí, se hacía más floja a medida que seguía a le viajere camino arriba. Los fantasmas que allí había confiaban en su habilidad para perdurar, para volver a llamarlo cuando se les antojase. Podía salir huyendo, pero nunca llegaría lo bastante lejos como para escapar de ellos.

El saliente desde el que se veía la gruta daba a un túnel que te llevaba de vuelta al gran lago de las cavernas. El túnel era más amplio que el pasadizo subacuático por el que habían llegado al cementerio, así que lo recorrieron a buen paso hasta que llegaron al otro lado. Allí había otro saliente que se encontraba como a unos veinte metros por encima del círculo de puentes dorados de Empresas Eternidad, así que el ronin y le viajere estaban como a unos treinta metros del lago negro.

El camino continuaba ascendiendo en forma de puente de piedra que seguía un arco imposible por el aire de un lado de la caverna al otro. No lo habían visto cuando habían llegado al lago, probablemente porque la estructura la escondían las sombras que producían las ondulaciones naturales del techo. Al ronin le parecía que aquellos que habían construido el puente habían querido que pareciera algo separado de todo lo demás, como si se tratase de un sendero que diera de un mundo a otro.

De hecho, convenientemente para ellos, estaba tan separado de todo lo demás que a los turistas ni siquiera se les ocurría levantar la vista en su busca. Los clientes de Empresas Eternidad ya habían llegado a la gran cámara del lago e iban acompañados de unos Jedi que vestían colores muy serios. Los turistas se asomaban por el círculo de puentes, observaban el lago o se acercaban al santuario con intención de pasar un rato en él. El murmullo tranquilo de fascinación al que daban forma con sus comentarios llegaba hasta donde estaban acuclillados el ronin y le viajere, al final del túnel, observando a los Jedi y sopesando si era seguro seguir avanzando por el puente.

Le viajere hizo un gesto con la cabeza para que siguieran adelante. El ronin no se mostró en desacuerdo, pero tenían que ir con cuidado. Caminaban el uno por detrás del otro, y no debido a la anchura del puente, sino para que hubiera menos posibilidades de que los vieran desde abajo. El ronin iba delante. Las sombras que escondían el puente también oscurecían el lado hacia el que avanzaban. Los viejos hábitos le hacían ir delante porque quería ser el primero en enfrentarse a lo que fuera que pudiera acechar más allá.

Así, fue el primero en ver lo que les esperaba: otro saliente que daba a una cámara muy poco iluminada. La poca luz llegaba de una chimenea natural que había en el

techo. El ronin no alcanzaba a ver tanto como le gustaría porque había un hombre en el paso, en la entrada de la cámara.

Un Jedi, no había duda. El señor que los Jedi de abajo estaban escoltando, con toda probabilidad, dado lo lujosas que eran sus ropas. Un señor que adoptaba la postura de los antiguos caballeros.

El señor —«Hanrai», lo había llamado le viajere— se hizo más presente de súbito al dar unos pasos adelante y llegar hasta la entrada del puente. Era un faro de llama blanca perfectamente situado en mitad de una agitada corriente negra. Hanrai se acercaba convencido, pero sin prisa.

El ronin dio un paso atrás y llevó la mano a la empuñadura de la espada láser que llevaba al cinto. Luego, llevó la otra mano a la empuñadura del bláster. El instinto le decía que estuviera preparado para enfrentarse a la espada de Hanrai con la suya, pero tenía que sopesar todas las opciones que tuviera; si bien no esperaba que un disparo fuera a suponer ningún problema para la espada de un Caballero Jedi.

Mientras Hanrai se acercaba, resultó evidente que estaba sonriendo. Cuando habló, lo hizo con calidez, como cuando hablas con un conocido:

—Vaya, mira tú por dónde. No imaginaba que fueras a entrar por el lado difícil. Por lo menos, has recordado el sencillo para salir.

El ronin rebuscó en su memoria el rostro del Jedi. Había conocido a varios cuando era joven. Caballeros que veían a los jóvenes motivados como a uno de los suyos, como a una persona que, en su día, le sucedería, si es que se dejaba enseñar.

No. A aquel hombre no lo conocía. Y se dio cuenta porque oyó que le viajere respiraba hondo.

—No desenvaines —le dijo le viajere por lo bajo al ronin—. Hanrai es… Digamos que no podemos ganar este combate.

El ronin bajó la mirada a la muñequera, que seguía a oscuras. B5-56 no le había advertido. Y la voz tampoco, o, por lo menos, después de la primera vez. Iba a tener que escapar por su cuenta. Con ayuda de le viajere.

—¿Tenemos alternativa? —peguntó el ronin sin apartar las manos de donde las tenía.

—¿Alternativa? Yo diría que ya tomaste una decisión hace mucho tiempo —le soltó Hanrai. Lo siguiente que dijo lo dijo en voz más alta y el eco recorrió la caverna del lago y le llegó a la multitud que había abajo—. Enfrentémonos en duelo. Algo limpio. El vencedor se marcha como quiera.

—No —insistió le viajere.

Hanrai respondió a le viajere activando su espada láser. El arma tenía un brillante color azul, como el agua a través del cristal, y cuando Hanrai arremetió contra ellos, el haz cortaba el aire con la suavidad y la certeza de una ola que se estrella contra las rocas.

La bandida Sith, dado que le faltaba experiencia, había sido todo potencia, sin ningún control. Allí, en el pequeño Genbara, nadie había supuesto un verdadero reto para ella, puesto que el suyo era el poder más grande que había. Hanrai, en cambio, era un curtido Caballero del Imperio y se movía con la sabiduría y la convicción de un

guerrero con años de sangriento servicio a sus espaldas. En este combate no iba a poder hacer lo de coger el haz de energía, ni con las manos ni con la Fuerza.

El ronin paró el golpe de Hanrai con su propia arma. La potencia que llevaba el ataque del señor Jedi hizo que el ronin saliera deslizándose hacia atrás. El táctico que llevaba en su interior quería que evitara el siguiente golpe, esperar a que el Jedi se equivocara con alguno de sus ataques, pero esa táctica solo funcionaba cuando uno no tenía que preocuparse por defender a alguien. El ronin iba a tener que mantener a Hanrai en el lado opuesto del puente. Aunque lo preferible sería que consiguiera tirarlo de este.

Mientras el ronin juzgaba a Hanrai, era consciente de que el Jedi también lo estaría juzgando a él. Ambos medían los riesgos que tenía cualquier movimiento, el coste de cada duda. Cuando llegó el nuevo ataque, era imposible determinar quién de los dos se había movido primero; quién atacaba y quién defendía.

Lo más preocupante era que daba igual cómo pusiera a prueba las defensas de Hanrai, ya fuese con golpes o chispazos de llama blanca o corriente negra porque el ronin era incapaz de dar con un punto débil. El Jedi se protegía bien, sujetaba bien la espada láser. Era evidente que tenía claro la predilección de los Sith por los trucos. Con agilidad, saltó por encima del intento del ronin de derribarlo con una extensión en forma de vara que había construido en su arma auxiliar, y esquivó el siguiente intento de apuñalarlo con el haz.

Estaba claro que era una persona que no había dejado de entrenar ni un solo día desde que acabó la guerra. Hanrai no perdía la concentración, y aunque el pulso de su llama blanca le hacía sospechar al ronin que el hombre se lo estaba pasando bien, lo miraba serio en todo momento.

Por su parte, el ronin se sentía seguro y atento, mucho más que los días en que se había enfrentado a la bandida o a Chie; puede que incluso más que en la época en que había traído aquella maldita esquirla de kyber a estas cavernas. Días en los que había tenido buena gente con la que entrenar y con la que había jugado a juegos de inteligencia, en los que comía y dormía bien, en los que disfrutaba de la camaradería y se sentía a gusto. Su lucha tenía un propósito en el que creía.

Al final, aquella había sido su debilidad.

No habría pasado más de un minuto de este combate cauteloso, de golpes dados y parados. El ronin empezó a pensar que quizá hubiera una posibilidad… que quizá lograra poner al señor Hanrai justo donde le viajere pudiera lanzarle una de esas precisas descargas de corriente negra suyas.

No obstante, cuando miró hacia atrás, se dio cuenta de que no iba a ser posible. Le viajere ya no estaba sole en el lado del puente que daba al cementerio.

Chie se había unido a ellos, pese a que el ronin no tuviera ni idea de cómo había llegado allí y por dónde. Ahora bien, tampoco era el momento para pararse a pensar en ello. Por un instante, Chie le puso una mano en el hombro a le viajere como si pretendiera confortarle y, después, lo apartó del combate, un combate que, claramente, no tenía voluntad para afrontar. A continuación, la anciana se acercó al borde del saliente, se sujetó a le viajere y se tiró.

Cayeron ambas. El ronin adelantó una mano, desesperado por evitar una caída tan peligrosa al lago desde aquella altura, pero enseguida le interrumpió otro de esos golpes fuertes como olas del señor Hanrai.

Esta vez, sus espadas láser se trabaron.

—Deja que Chie se encargue de mi estudiante nómada —comentó el señor Jedi como si estuviera diciendo dónde se tenía que sentar cada uno en la mesa antes de comer—. Ellas cuidarán la una de le otre. Yo lo que quiero es tomarte la medida, Sith. Enfréntate a mí tal y como eres. Sin distracciones.

El ronin le enseñó los dientes. ¿Sin distracciones? Este Jedi era idiota… como habían demostrado serlo todos los suyos. Daba igual cómo fuera el combate a partir de ese momento, el ronin jamás sería capaz de olvidar el miedo que sentía.

Ahora bien, lo utilizaría para que lo hiciera más fuerte.

Al ver a sus compañeras cayendo del saliente hacia el lago, Ekiya maldijo con todas sus fuerzas. Kouru le puso una mano en la boca y Ekiya se la mordió. La Sith le gruñó en voz baja:

—Si quieres que vivan, cállate.

Se agacharon pegadas a la pared de la sala de la que había salido el señor Jedi, con B5-56 volando a su lado. El viejo y su compañere de la máscara de zorro habían aparecido por un túnel que había en el saliente opuesto al que ellas ocupaban, pero el señor Jedi enseguida había ido a por ellos y le había robado la presa a Kouru.

«Sí, es tu oportunidad, ataca ahora que está vulnerable».

Kouru sacudió la cabeza para ver si así conseguía deshacerse de la presión que sentía entre los ojos. Ahora oía la voz, ese susurro que buscaba controlarla, con gran claridad. Aquella sensación nubosa que le había susurrado al oído por primera vez mientras se ponía de pie en el templo desolado de Genbara, ese picor tenaz como el hambre, un fantasma detrás de su mente. Pero ¿qué tipo de fantasma te perseguía cuando ya estabas muerta?

No era un fantasma. Kouru tenía un nombre para una energía capaz de encadenar a los muertos y convertirlos en armas… en demonios… Bruja. Sin embargo, aquello tenía muchas más implicaciones de las que Kouru tenía fuerzas o paciencia para desentrañar en aquellos instantes. Mientras Ekiya pilotaba el esquife por la selva, Kouru había intentado comprender qué significaba que la bruja estuviera viva. Si es que lo estaba. Porque Kouru no lo estaba. Aunque eso no le había impedido hacer nada, sencillamente, se había vuelto vulnerable a las exigencias de la bruja.

Aquello era demasiado. Lo único que Kouru creía tener claro era que la bruja quería que matara al viejo. Y, a ver, eso no le importaba. Si el viejo era el traidor que parecía ser —y la espada que le había robado hacía que así lo creyera—, ella también quería que muriera y, al ser posible, que fuera ella quien lo matara.

La cuestión es que quería elegir cómo hacerlo.

«No deberías resistirte, Kouru. Tan solo quiero ayudarte».

Kouru apretó los dientes. Ya se había dado por vencida y había aceptado la guía de la bruja. Había ordenado a Ekiya que se dirigiera a un claro cubierto de rocío que había en una colina que quedaba en mitad de la montañosa y húmeda jungla. Luego, habían bajado del esquife y había llevado a la piloto hasta un velo de lianas enmarañadas que había cortado con la espada láser. Al otro lado había encontrado un pasadizo de piedra corto que daba a una cámara con las paredes llenas de murales tallados, una cámara que daba a un puente que se elevaba por encima de la cámara del enorme lago negro. Y allí, delante de ellas, había visto a su presa.

La necesidad que sentía de matar al viejo la espoleaba, pero ella intentaba concentrarse en cómo se defendía del señor Jedi. Ansiaba meterse en el duelo, vengarse del viejo mientras estaba distraído.

Pero el impulso se había encontrado con una resistencia inesperada en su interior: el recuerdo claro de lo que había sucedido cada vez que se había enfrentado al viejo. Aquel ronin luchaba con la determinación y la astucia de un guerrero al que no le importaba lo más mínimo su dignidad porque lo único que quería era ganar. Kouru jamás lo vencería a menos que jugara a aquel juego mejor que él…

«Ahora tienes ventaja. De verdad, Kouru, te sentirás mejor cuando te dejes llevar».

Kouru apretó los puños. La joven maldijo por instinto aquella propuesta de docilidad, por mucho que ansiara lo mismo que quien la impulsaba a atacar. Vivir así le parecía horrible… un caos… pero se aferraba a ello. Daba igual lo deliciosamente obediente que se hubiera mostrado ante las órdenes de la bruja hasta el momento, ahora veía lo que era la sumisión y le amargaba el alma. Se pinzó la parte superior de la nariz, con ferocidad, clavándose casi las uñas…

—Oye… —Ekiya le tocó en el brazo con suavidad, como el que se atreve a tocar un químico inestable—. Oye, ¿qué te pasa?

Kouru le enseñó los dientes.

—Nada.

—Pues no lo parece. —Ekiya señaló el resplandor—. Seguro que es algo de la Fuerza, pero me da igual. Yo solo quiero…

Pero, claro, Ekiya no sabía lo que quería. Miraba tanto la arcada que tenían por encima como los puentes que había por debajo, incapaz de decidirse. De lo uno y lo otro, lo segundo era lo que menos le gustaba.

Abajo, en la caverna, en los puentes dorados que rodeaban el lago, protegidos por los Jedi, se arremolinaban los turistas consentidos. En aquel rebaño estaba ese a le que Ekiya llamaba «Zorre», ese que era mitad Jedi, mitad no-Jedi y a quien Kouru creía responsable del golpe decisivo que había recibido en el espaciopuerto de Genbara.

Zorre había aterrizado en la plataforma principal, en la parte más alejada de donde estaban la Sith y la piloto agachadas. Su caída del puente de piedra la habían ralentizado. Kouru estaba segura porque no parecía que Zorre estuviera magullade siquiera y, desde luego, el blanco de su vestimenta seguía impoluto. Parte de esa redirección de la Fuerza había sido obra de Zorre —al fin y al cabo, era casi todo corriente negra—, pero varios de los Jedi que acompañaban al señor también habían evitado que la anciana y elle se estrellasen contra el suelo.

La manera en que los Jedi maniobraban alrededor del lago dejaba claro qué era lo que pretendían realmente. Algunos guiaban a los turistas a la puerta roja del santuario que llevaba de vuelta a la entrada de las cavernas y otros avanzaban en la dirección contraria para tomar posiciones que bloquearan todas las posibles vías de escape. Querían capturar a Zorre con vida.

—¿Qué está haciendo? —susurró Ekiya mientas cogía con fuerza un comunicador. Ella también estaba mirando a Zorre, y a la anciana, que estaba a su lado. Aquella era la mujer a la que Ekiya llamaba Chie, y era ella la que hacía que la piloto se mostrara molesta. Aún quería confiar en la anciana, por mucho que sus ojos le dijeran que no podía permitírselo.

Chie, que ya estaba de pie, se encontraba en la plataforma del santuario, mientras que Zorre acababa de ponerse de rodillas.

—Van a luchar —apuntó Kouru.

Aunque era obvio, Ekiya necesitaba oírlo y aceptarlo o no tardaría en ponerse insoportable.

—Pero ¿por qué? —Ekiya abrió la boca de par en par—. Esto no tiene ningún sentido…

—Déjate de porqués. —Kouru le cogió la mano, que tenía los nudillos blancos de hacer fuerza—. Déjate de razones. Tienes que decidir lo que quieres y perseguirlo. Las preguntas vienen después. Si es que todavía quieres hacerlas.

A Ekiya, furiosa, le brillaban los ojos, pero no volvió a hacer ninguna pregunta. Nada de por qué me estás ayudando o por qué debería hacerte caso. Estaba concentrada. Pragmática a pesar de las quejas. A Kouru le había fascinado aquello de ella. Era por lo que había decidido, a pesar de la insistencia de la bruja, que, cuando todo pasara, no quería arrepentirse de haberla matado. Las almas prácticas le hacen bien a la galaxia y, desde luego, Ekiya era muy práctica.

En ese instante, la piloto dijo:

—Has dicho «con vida».

—¿Qué?

—De mi gente, antes… Has dicho algo así como que, si quería que volvieran con vida. ¿Acaso tú no pretendes matarlos? Porque, en Genbara era lo que parecía.

Kouru abrió la boca para decir: «Solo quiero matar a uno», pero apretó los dientes con fuerza cuando la bruja volvió a la carga.

«¡Déjate llevar!».

—¡Cállate! —rugió Kouru—. ¡No es a ti! —le soltó a Ekiya, que tenía cara de ofendida. Por fin se rehízo—. ¿De… de qué sirve la victoria si la mitad la obtiene otro?

Ni siquiera mientras pronunciaba aquellas palabras se las creía. Sin embargo, tenían sentido. ¿Cómo iba a considerar que se había vengado del viejo si no era ella quien le arrebataba la vida?

La presión que estaba sufriendo podía explotar en cualquier dirección.

Kouru se quedó ligeramente desconcertada al ver que Ekiya asentía mientras la miraba no con respeto, pero tampoco con desprecio. ¿La habría comprendido?

Esperaba que no. Kouru a duras penas entendía lo que sentía o pensaba… y mucho menos aún lo que decía o hacía.

Por lo menos, ahora tenía un objetivo, algo que Kouru podría perseguir hasta que su cabeza recuperara la cordura.

Volvió a mirar hacia abajo, a la plataforma principal, y, luego, al puente que había justo por encima. Había un par de oponentes a cada lado. Carecía de la capacidad para detener el duelo del viejo y el señor Jedi, y tampoco iba a llegar al otro a tiempo para marcar la diferencia… a menos que… Miró el techo de la caverna.

«¿Ahora quieres mi ayuda? Muy bien, pero es lo único que te he pedido, Kouru, que te dejes ayudar».

Kouru se tocó la frente, pero decidió aceptar, al menos de momento, que la bruja no era un problema a secas.

Encima de la caverna, en la densa jungla, estaba el esquife… y la promesa que encerraba.

«¿Acaso no te he dicho que tenían un propósito? Libéralos. Están a tus órdenes».

Dos Jedi muertos que aún podían ser de utilidad.

CAPÍTULO DIECISIETE

O ERA RÁPIDO Y REPENTINO, o no serviría de nada. Que hubiera tantos Jedi en un sitio tan pequeño —«¿Te parece pequeño esto?», le había preguntado Ekiya señalando la caverna, de cientos de metros de largo— iba a ser su perdición.

Kouru le dijo a Ekiya que se marchase, que volviera al esquife, y que destacara al droide del viejo donde más le convenía, es decir, a salvo en la entrada de la cámara, donde tenía una buena vista de una sección muy específica del techo del descomunal lago cavernoso. Luego, saltó.

Patinó, resbaló, pared abajo, ajustando cada dos por tres la caída con la corriente negra de la Fuerza. Cuando cayó en el puente que había justo debajo de dónde había estado hasta hacía unos instantes, aterrizó con la presión de la llama blanca, con tanta fuerza que hizo que los motores repulsores de la plataforma se vieran obligados a equilibrarla. Los turistas que había en el puente salieron corriendo hacia los bordes dorados de la estructura, chillando. Y volvieron a gritar cuando Kouru cortó el puente con la espada láser de haz rojo e hizo que todos cayeran al lago.

Kouru saltó a la siguiente pasarela flotante. Allí se encontró con un par de guardianes Jedi. Los jóvenes pasaron por su lado corriendo en dirección a las resbaladizas paredes de la caverna. Seguro que iban camino del lago para rescatar a los indefensos ciudadanos que se habían caído. Era el comportamiento que cabía esperar de ellos, como de Kouru cabía esperar que cortara la pasarela en la que se encontraba al tiempo que saltaba a la siguiente. La media pasarela se escoró. La Sith iba a hacer que estuvieran tan ocupados como fuera posible.

Se topó con el primer Caballero en el siguiente puente. Se trataba de un ser enorme con pezuñas negras que, allí plantado, con sus cuernos y su melena blanca, parecía una pared. Tenía la espada láser activada, una espada láser con el haz de color verde esmeralda. Era una pena que no dispusiera de tiempo para disfrutar de él.

En la arcada de lo alto, el enfrentamiento entre aquellos dos viejos hambrientos por morir continuaba. El uno y el otro luchaban cada vez con más fervor. Ante ella, en la plataforma del santuario, se encontraba su objetivo, una danza frenética entre la traidora y le traicionade. Ninguno de los dos combates iba a esperar a que Kouru se encargase de este Jedi.

El Caballero cargó valiéndose de su gran corpulencia. Estaba claro que era una persona acostumbrada a que su intimidante tamaño hiciera la mitad del trabajo en un duelo. Kouru se deslizó hacia un lado, saltó por encima de la barandilla y se encontró en la parte inferior de la pasarela.

La Sith había actuado más por impulso que de manera premeditada, pero enseguida se dio cuenta de que sabía, exactamente, qué tenía que hacer. Rápida como un líquido, cortó un panel en concreto de debajo de la pasarela y metió la mano para arrancar una pieza también muy concreta de un mecanismo. La tiró. Ni siquiera sabía cómo se llamaba aquella pieza, pero la pasarela empezó a caerse. No había tiempo para preguntarse el porqué. Se propulsó hacia arriba mientras la pasarela empezaba a

girarse hasta que quedaba en perpendicular a como había estado hasta hacía unos instantes. Saltó hacia el siguiente puente.

Se agarró con los dedos a la parte de debajo de este y se subió a él dando una voltereta por los aires. Una vez allí, se detuvo, a propósito, por mucho que la presión la instara a seguir y seguir.

—¡No vuelvas a hacer eso! —refunfuñó con un puño pegado al pecho—. No quiero que me trates como si fuera una marioneta.

«Ay Kouru… sería tan sencillo si te dejases…».

Kouru apretó los dientes, como si estuviera sintiendo un dolor muy grande. Como imitando su frustración, la caverna tembló. Empezaron a oírse gritos de miedo. Los turistas estaban a salvo en una de las orillas del lago negro, que ahora estaba aún más a oscuras. Chillaban, horrorizados, porque una de las espirales negras que habían visto en el agua salía ahora de esta y se les acercaba reptando por la orilla.

La criatura tenía un cuello largo y resplandeciente cubierto de espinas y escamas negras que acababa en una boca llena de colmillos puntiagudos como agujas. De pronto, el reptil soltó un chillido penetrante y abrió una amenazante gorguera plateada.

La caverna volvió a temblar. Otra serpiente apareció en el lado opuesto del lago y se tiró contra la pared en un intento de derribar de un coletazo las pasarelas que había encima.

Parecía que las serpientes pretendieran ayudarle, si bien Kouru carecía de facilidad para llamar a los seres vivos.

«Considéralo un gesto de buena voluntad. Tengo más de una manera de ayudarte, Kouru».

A la Sith se le puso la carne de gallina. Que la bruja trabajara a través de un demonio al que controlaba era una cosa… pero que pudiera manipular el mundo que rodeaba al demonio… No, tenía que concentrarse.

Los Caballeros Jedi a los que tendría que haberse enfrentado Kouru a continuación ni siquiera se fijaron en ella mientras saltaban de las pasarelas que quedaban en pie a la playa o en la dirección contraria, pero todos ellos centrados en ayudar a las víctimas de las serpientes. Los que pasaron por su lado la esquivaron, como si pensaran que iba a intentar detenerlos. Para nada. Lo único que ella necesitaba era apartarlos de su camino.

«No malgastes mi don. Date prisa».

Kouru sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos. No, ya no quedaba nadie en su camino. No iba a tener que seguir perdiendo tiempo. Ya se encargaría de la bruja más tarde.

En la plataforma que había junto al santuario, Zorre bailaba para ponerse fuera del alcance de Chie. A una parte de Kouru la enfurecía ver aquello, pensar en enfrentarse a un oponente tan débil. Por lo menos, el viejo había considerado adecuado activar la espada para pelear con ella. Zorre aún no estaba utilizando ningún arma. De hecho, Kouru ni siquiera tenía claro que llevase espada láser.

Al parecer, Chie no compartía la irritación de Kouru. Sencillamente, cuando su oponente intentaba escapar, ella se lo impedía. Era tan constante como la propia

corriente, aunque Kouru no percibía nada en particular que denotara que era sensible a la Fuerza. Eso reforzó el interés de Kouru. Siempre había admirado a esos guerreros capaces de ser letales sin necesidad de manipular la corriente o la llama.

El combate tenía un patrón, si es que se podía considerar tal. Chie atacaba, Zorre la esquivaba y Chie decía algo. Zorre flaqueaba, se recuperaba, esquivaba. A cada segundo que pasaba, los movimientos de Zorre se volvían más rígidos, mientras que los de Chie resultaban más fluidos. La anciana, además, ni siquiera se detenía para hablar.

Kouru oyó las palabras «traidore», «perdide» e «ingenue». Un poco después: «alma delicada» y «alumne aventajade». Cada palabra iba atemorizando un poco más a Zorre. Pero lo peor fue cuando la anciana le dijo: «Quiere que vuelvas a casa».

«Pues claro que quiere que vuelva. Viejo idiota».

—Cállate, que me has dicho que me concentre —le soltó Kouru a la voz.

Chie tenía arrinconade a Zorre contra la pared del pequeño santuario. A Kouru le parecía que la anciana le había alanceado, y aquello le hizo infravalorar la ferocidad de lo que vino después.

Zorre sacó una empuñadura de la manga, la activó y se lanzó hacia delante dando espadazos. Sí, era una espada láser, una espada láser con el haz tan blanco como el cielo de invierno y que ardía como la llama de la Fuerza. Zorre cortó la electrovara de Chie por la mitad y envió la punta volando por los aires.

Chie se puso fuera de su alcance, pero Zorre no se movió. Se limitó a quedarse allí, jadeando, con los hombros subiendo y bajando, con la espada activada, temblando. Era como si la luz de la espada latiese y chisporrotease. Kouru consideró que su fabricación no debía de ser muy estable. Una tara en el cristal…, o en quien empuñaba el arma. La Sith había visto algo similar hacía unos días, cuando había desmontado el arma del viejo. Pero la cuestión es que Zorre tenía una espada láser y que eso respondía a la pregunta de si era une verdadere Jedi. O si lo había sido.

Chie adoptó una posición de combate y estudió a Zorre. Ni levantó lo que quedaba de su arma ni avanzó. Tan solo abrió la boca para hablar. Nunca había sido tan peligrosa.

Así que Kouru la lanzó por los aires.

No fue un lanzamiento muy elegante, tenía que admitirlo, pero fue efectivo. La Sith bajó la mano cuando la anciana aterrizó al final de la plataforma y con una oleada de corriente negra la empujó por el borde.

Zorre reaccionó un poco tarde. Corrió hacia la anciana con la intención de agarrarla y evitar que cayera, sin duda, ayudándose de una magistral manipulación de la Fuerza. Daba igual lo que Zorre hubiera conseguido en esos segundos, porque Kouru le cogió por el brazo y tiró de elle hacia arriba, lo que interrumpió lo que fuera que estaba haciendo.

Justo a tiempo. La Sith oyó sobre su cabeza el eco de los disparos de bláster de B5… el retumbar y el crujido de la piedra al ceder… y el atronador rugir de los motores del esquife con Ekiya a los mandos. El techo de la caverna se derrumbaba.

Hanrai no era capaz de recordar la última vez que se había sorprendido realmente. Así, en parte, le resultó maravillosa la sensación que sintió al darse cuenta de que el techo de la cueva se desmoronaba.

Todo el escenario se mostró de repente en su consciencia mientras él, reflexivamente, se expandía para convertirse en algo más que la punta afilada que había pasado a ser para el duelo.

Su oponente le había exigido toda su atención. El Sith tenía un poder más puro y refinado de lo que Hanrai había imaginado. Era normal, su antigüe estudiante era capaz de dar con aquello que fuera más allá de todo lo imaginable. Siempre se le había dado bien exceder las expectativas.

Pero esta explosión de piedra, este cisma de piedra… esto no era culpa suya. Esto tenía que ver con el esquife robado que aparecía chirriando por entre la lluvia de destrucción y con las dos figuras que viajaban en él, mirando como si nada lo que estaba sucediendo.

Hanrai se dio cuenta de que los conocía a ambos y sintió una punzada de pena. Aquellos dos individuos habían hecho añicos el techo con una cruel utilización de la corriente negra mezclada con una pizca de llama blanca. Jóvenes guardianes. Parte de su escolta.

O, al menos, lo habían sido… hasta que los habían matado. Las marionetas de la nave, meras siluetas por efecto del sol, que miraban los daños que habían provocado, ya no eran Jedi de su clan. Lo único que Hanrai podía hacer ahora por ellos era rezar para que algún día recuperara sus huesos.

Al fin y al cabo, no es que los hubiera motivado una sorprendente indiferencia por lo que sus actos pudieran ocasionar en Seikara, a la gente que había dentro o a las frágiles historias que se romperían en pedazos o que quedarían enterradas, no. Esa indiferencia se debía, sencillamente, al poder que había robado ya a tantos y tantos de los muertos de Hanrai.

Su atención fue más allá, cortando como un cuchillo, dejando atrás al pequeño astromecánico que se escondía en la cámara que había al final del puente, y se centró en la carnicería de abajo.

Allí, en aquel caos de cadáveres y piedra que había junto al lago, identificó a Chie; caída, pero viva. Había muchos más heridos, muchos de ellos de gravedad. Sus Jedi habían actuado bien al proteger a todos aquellos que habían podido, al olvidar toda persecución en aras de proteger a los inocentes y a sí mismos. Aun así, algunos no tardarían en morir.

De hecho, uno de ellos ya había muerto, una joven… pero esto no la había detenido. Un furioso demonio Sith con el pelo blanco y en forma de llamas. La joven había cogido a le antigüe estudiante de Hanrai —que, por suerte, también estaba vive— y le arrastraba hasta el esquife, que las estaba esperando.

La piloto del esquife volvía a por la Sith. Hanrai lo tenía tan claro como que todo sol se pone. No podía permitir que aquello sucediera.

Se había mantenido calmado para luchar con el Sith incluso mientras intentaba ser consciente del mundo que lo rodeaba. El anciano había demostrado ser un gran espadachín con unas abismales reservas de sentimientos afilados. Solo se movía

cuando era necesario y, además, en todo momento tenía muy claro el propósito con que lo hacía. Ahora estaba completamente quieto y Hanrai esperaba que su próximo ataque fuera muy rápido y despiadado. No podía bajar la guardia.

Pero el golpe no llegaba y el Sith seguía muy quieto. Ni siquiera se movió cuando el esquife se acercó al arco de piedra. Seguía con la mirada fija en el punto que había por encima de la caverna en el que Hanrai había fijado su atención la primera vez, en los dos jóvenes que habían sido Jedi y que lo miraban, sin pestañear, sin moverse, con la misión cumplida. Tanto el Sith como aquellos demonios parecían espejos. Vacíos.

Qué afortunados. Chie le había contado cuáles eran los puntos débiles del anciano. Le había contado que era inestable y peligroso. Lo que Chie no había imaginado es que esto podía darle una oportunidad. Al menos durante aquellos preciados segundos, Hanrai estaba seguro de que el anciano no iba a ser capaz de interferir.

El esquife se acercaba más y más. Hanrai cerró los ojos. Extendió su intención… y estableció contacto.

No fue más allá. Su antigüe estudiante no iba a permitirlo y rechazó su intento. Sucediera lo que sucediera a continuación en el esquife, hizo que toda la nave cambiara de rumbo y saliera de la caverna, abandonando al Sith allí mismo.

Hanrai abrió los ojos y se quedó mirando la nave. Era justo lo que había temido, aunque no le pillaba por sorpresa. Desde luego, no se podía decir que su antigüe estudiante lo considerara un aliado.

—Qué pena —comentó.

El Sith estaba demasiado centrado en su mente fracturada como para responder. Mejor. Dentro de poco tendrían tiempo para hablar.

CAPÍTULO DIECIOCHO

DEJARON LAS CAVERNAS DE SEIKARA envueltas por un frenético chillido mecánico. Ekiya había decidido que no iba a volver a por Chie, que se había lanzado por un puente junto con Zorre. Pero a B5-56 y a Frunces… a ellos no había querido abandonarlos. Zorre, a le que Kouru había metido en el esquife a rastras, había mirado por la ventana de la cabina y, nada más ver al anciano señor Jedi, había perdido aquella cabeza suya.

Sí, es verdad, daba miedo cómo parecía que el tal Hanrai los había mirado directamente, a través de la ventana, como si fuera capaz de mirar a los ojos a alguien que viajara en una nave a aquella velocidad y mientras caían rocas a su alrededor. Pero eso no era excusa para que Zorre se valiera de la Fuerza para hacer que el esquife ascendiera y avanzara a una velocidad que excedía los parámetros de acuerdo con los que se había construido el casco de aquella pobre nave.

Salieron como un cohete de la caverna. Ekiya a punto estuvo de perder el control de los mandos. Para cuando volvió a hacerse por completo con el esquife, la única razón que podía tener para dar la vuelta habría sido que quisiera que la atraparan. Y aunque era consciente de que en aquel momento no estaba en completa posesión de sus facultades mentales, tenía muy claro que eso no lo quería.

Así que siguieron volando, con el esquife recorriendo la jungla a toda velocidad, esquivando árboles y droides vigías, hasta que llegaron al mar blanquiazul de Dekien.

Los habían perseguido durante un rato, pero Ekiya sabía muy bien cómo quitarse a un Jedi de encima, además de que Kouru la había guiado en su recorrido por el bosque. Ahora estaba sentada, con las piernas cruzadas, en el asiento del copiloto, a la derecha de Ekiya, con los ojos cerrados y la frente arrugada, ofreciéndole, de vez en cuando, posibles rutas a seguir. En los sensores del esquife enseguida dejó de haber toda señal de que las estuvieran persiguiendo. Ya solo estaban ellas y las centelleantes aguas, que se extendían hasta el horizonte.

En el fondo, Ekiya quería volver. Sin embargo, la profesional que llevaba dentro la mantenía en el curso actual. Concentrada. Navegando hacia delante.

Ojalá Kouru hubiera tenido un instinto similar, porque, en un momento dado, empezó a volverse para mirar con mala cara a Zorre, que estaba sentade en el suelo, más o menos donde habían estado tirados los dos guardianes Jedi. Para ser justos, a Ekiya la atemorizaba verle así. Había visto a Zorre comportarse de muchas maneras, incluso le había visto callade… pero nunca había visto que se mantuviera indiferente a todo.

—¡Levántate! —le ladró la Sith.

—No le molestes —le siseó Ekiya.

Kouru apretó los labios.

—No malgastes tu compasión con este.

La Sith adelantó la mano y, por un instante, Ekiya, a quien se le hizo un nudo en el estómago, pensó que la joven iba a hacer algo realmente malvado.

Zorre se giró un poco y se miró el pecho. De entre los pliegues de su túnica blanca, que volvía a estar completamente empapada, sacó una forma como alargada que vibraba ligeramente… hasta que voló a la mano de Kouru. De cerca, Ekiya se dio cuenta de que se parecía a la empuñadura de una espada láser, solo que era más bonita. Estaba envuelta con finas tiras de cuero teñido de negro y ornamentada con unas formas metálicas muy brillantes.

—Es una herencia… —dijo Kouru bufando—. Este es el tipo de espada láser que lleva un heredero de sangre. Las buenas personas no llevan espadas como esta.

A Ekiya le pareció raro que Zorre no intentase recuperar la espada, teniendo en cuenta la facilidad con la que le había visto manipular el mundo físico con la Fuerza. Seguía allí sentade, con la barbilla apoyada en las manos, pensative.

—Así que buenas personas, ¿eh? —dijo de repente—. ¿Tú vas a hablar de buenas personas, señora bandida?

Kouru le miró con desdén.

—¿¡Cómo que «bandida»!? —preguntó Ekiya sorprendida.

Kouru tuvo el descaro de lanzarle una mirada paternalista, como si sintiera pena por ella, Como si fuera idiota por no haberlo sabido. Ekiya pensó en pegarle un mordisco y, por alguna razón, Kouru puso cara como si, en efecto, hubiera llegado a morderla y estuviera claramente molesta por ello. La joven se levantó y Ekiya se dio cuenta, presa del miedo, de que acababa de molestar de verdad a una guerrera Sith que había vuelto de la muerte…

Una guerrera Sith que, de pronto, estaba de puntillas, graznando, con la barbilla levantada. Su brazo se retorció, como si pretendiera moverlo, pero permaneció rígido junto al cuerpo. Ekiya miró a Zorre, que no se había movido. Sin embargo, mantenía su mirada enmascarada fija en Kouru, que temblaba en el esquife como si este se tratara de una aterradora prisión de Fuerza.

Ekiya odiaba aquello.

Zorre inclinó la cabeza para mirarla y Ekiya sintió como si este fuera capaz de ver tanto su miedo como su odio —y eso la repugnó muchísimo—, pero Zorre dejó de mirarla de inmediato. Kouru jadeaba y, de pronto, se llevó la mano al cuello.

—No digo que no entienda por qué te metiste en ese negocio, señora bandida —comentó Zorre con tono afable—. Aplastaron vuestra rebelión y, claro, querías un bálsamo para la herida… dar con la manera de volver a sentirte poderosa. Y qué mejor manera de sentirse poderoso que atormentando a víctimas que no son capaces de responder a los ataques, ¿verdad?

—¿Tú vas a darme charlas morales, asquerose heredere? —pronunció Kouru a duras penas, resollando, pero impávida—. Los tuyos se me llevaron de mi hogar e intentaron convertirme en una marioneta de su poder. No sé qué es lo que te da tanto miedo de los Jedi, pero estás tan perdide como ellos. Si mis «víctimas» te importaran lo más mínimo habrías hecho algo aparte de… de lo que sea que estás haciendo. Perseguir Sith por el Borde Exterior y hurgar en trampas para turistas.

Ekiya tenía que mantener la atención en los controles, pero le estaba resultando muy complicado, aterrada como estaba pensando en que aquellas dos piradas

sensibles a la Fuerza que llevaba en el esquife podían liarse a golpes místicos de un momento a otro.

Entonces, Zorre se rio, pero no era exactamente la risa que Ekiya conocía. Era más aguda. Kouru esbozó una mueca y Ekiya sintió que iba a ser la joven la que se pusiera a dar mordiscos de un momento a otro.

—¡Por favor! —les imploró Ekiya—. ¡Estoy intentando pilotar esta nave… idiotas!

Kouru se giró hacia Ekiya, que pensó que la Sith la iba a tomar con ella, pero algo hizo que el demonio Sith se detuviera, y no fue Zorre. Fue como si Kouru se suavizara. Abrió la boca como si fuera a… vete tú a saber. ¡A quién le importaba!

—No. Cállate —le soltó la piloto—. Vamos a llegar al puerto, vamos a subir al *Cuervo* y, entonces, pensaremos qué vamos a hacer… con todo. Hasta ese momento, no quiero oír ni una palabra más de ninguna de las dos.

Fue un viaje de vuelta largo y silencioso.

Lo cierto es que Ekiya lo único que quería era volver a su nave. El *Cuervo Humilde* le transmitía la seguridad, la libertad y la comodidad que proporcionan un buen té y poder dormir en una cama. Una vez en el *Cuervo*, podría superar no haber sabido en ningún momento quién era Chie realmente, el sentimiento de culpabilidad que tenía por haber abandonado a B5-56 y lo que fuera que sintiera por Frunces.

Y estaría con las reliquias… todos los fantasmas que mantenía a salvo en su bodega. Siempre se sentía más a gusto cuando tenía algo de lo que cuidar.

Así que, claro, cómo no, teniendo en cuenta que si algo se puede decir de la galaxia es que es vengativa, resultó que el *Cuervo* no estaba en el hangar en el que Ekiya lo había dejado.

Kouru no estaba molesta. Eso habría sido infantil. Zorre solo estaba meditando, en una postura de lo más tranquila, en el centro del suelo del esquife. Sin embargo, se merecía tan poco aquella tranquilidad que la Sith ansiaba hacer un agujero en el casco de la nave para que se ahogasen allí mismo, envueltos en combustible.

Habían tenido que quedarse solas en el esquife en el puerto principal de Dazenma mientras Ekiya iba a por su nave. Los trabajadores del puerto ignoraban el esquife deliberadamente, un golpe de suerte propiciado por Zorre; y, si bien Kouru lo agradecía, le daba mil patadas en la boca del estómago reconocérselo. Ella, desde luego, no estaba haciendo nada para ponérselo fácil.

Aunque tampoco es que estuviera haciéndolo a propósito. Era posible que, una vez más, la bruja le estuviera ofreciendo su ayuda por mucho que no se la hubiera pedido.

Kouru arrugó el ceño al pensar en ello y se frotó la frente. La presión que le provocaba la bruja… Aunque hacía un tiempo que no le hablaba, como si la presencia de Zorre tuviera algo que ver.

—Si piensas que no me he fijado en ti, te equivocas de cabo a rabo —comentó Zorre, aunque no volvió la cabeza en dirección a ella para decirlo.

—¿A qué te refieres?

—A tu amiga, señora bandida.

—No es mi amiga.

A Kouru le sorprendió su vehemencia. Zorre inclinó la cabeza y la Sith casi podía sentir su confusión, como si acabara de hablarle en un idioma que no comprendía.

—En realidad no sabes lo que estamos buscando, ¿verdad? —murmuró elle.

—Y no me importa en absoluto —respondió de malas formas la joven.

No era verdad, pero prefería que le cortaran la lengua a que aquelle cretine pensara que tenía el más mínimo interés en elle.

Kouru levantó la cabeza y se olvidaron de lo que estaban hablando. Zorre la levantó casi al mismo tiempo que ella. Ambas habían sentido una presencia al otro lado de la puerta. No era un trabajador del puerto. Era Ekiya. Estaba enfadada.

Zorre habló antes de que se abriera la puerta del esquife:

—Como vuelva a sospechar siquiera que intentas hacerle algo malo, te meteré el brazo con el que intentes hacerlo por donde jamás habrías pensado que cabría. —El tono era ligero.

Kouru se quedó mirándole mientras Ekiya entraba por la puerta. La Sith estaba sorprendida, pero no por la amenaza de Zorre. Le preocupaba que fueran a empezar a caerle bien.

Ekiya entró, pero no dijo nada hasta que la puerta no se cerró. Luego, las señaló a ambas, llevando el dedo acusador de la una a le otre.

—No, todavía no podéis hablar —dijo a pesar de que ninguna de las dos hubiera hecho ademán de abrir la boca—. Ya he oído vuestra voz mucho más de lo que habría querido oírla en toda mi vida.

La piloto fue hasta el final del esquife maldiciendo y se puso frente al naviordenador planetario. Kouru y Zorre la siguieron con atención; ninguna de las dos quería moverse porque hacerlo habría supuesto tener que acercase mucho la una a le otre. Ekiya las ignoró a ambas y buscó un mapa de Dazenma y lo centró en la sección del puerto en la que se suponía que acababa de estar.

—Alguien se ha llevado el *Cuervo* y quiero recuperarlo. Bueno, «quiero» no, «queremos». No es que necesite la nave para lo que sea que queríamos hacer… No es por mí. Es por lo que hay en esa nave, que no nos pertenece a ninguna de nosotras y que, desde luego, no es de los *Jedi*.

Pronunció la palabra como si fuera una maldición.

—¿Qué es eso tan valioso que, no obstante, llevas sin protección en ese montón de chatarra? —le preguntó Kouru.

La Sith esperó que Ekiya se volviera furiosa, pero al ver que no era así, que seguía de espaldas a ella, frunció los labios.

—Cosas. No son más que cosas —respondió la piloto como si no importara—. Da lo mismo. Al menos, seguro que a ti te da lo mismo. No obstante, quiero recuperarlas y vais a ayudarme porque…

—Te lo debo —dijo Zorre, sentade aún en el suelo.

Ekiya se volvió y las señaló. No les dijo nada, pero era una clara advertencia.

Zorre se puso de pie y se estiró:

—En realidad, te lo *debemos*… aunque no debería hablar por ti, señora bandida. —Y miró a Kouru.

La Sith hizo un esfuerzo para no mirarle con cara de pocos amigos.

—Sí, yo también te lo debo —le dijo la Sith a Ekiya.

Y así era, se lo debía. La piloto podía haber puesto punto final a la caza de la Sith con que hubiera gritado pidiendo ayuda a los Jedi que había en la playa de Seikara, pero no lo había hecho. Es más, le había dado un respiro, aunque puede que no intencionadamente, cuando había sentido que no era ella misma. Kouru sabía reconocer el valor de los demás. También sabía reconocer cuándo iban a dar problemas, que es por lo que le soltó a Zorre:

—Como vuelvas a llamarme «señora bandida», tendrás que investigar la manera de coser las extremidades al cuerpo. Tengo un nombre y te vas a dirigir a mí por él.

Kouru aún tenía la espada láser de Zorre, así que este iba a tener que comportarse si quería que se la devolviera.

Ekiya llevó el esquife hasta la realidad de aquel planeta. Se trataba de un sitio maravillosamente mugriento y que olía a aceite de motor. El Pico de la Alimaña era la parte sórdida de la enjoyada Dazenma. No es que fuera el típico barrio al que los turistas van a sentir el peligro, donde esperan que les roben la cartera para sufrir una descarga de adrenalina, no, aquel era un distrito en el que las autoridades, directamente, no les permitían el paso. Aquellos turistas que creían que sabían más que nadie y que se las ingeniaban para entrar —y alguno lo lograba de vez en cuando— jamás salían de allí.

El muelle en el que se encontraban formaba parte de un almacén hecho con los sobrantes de obra de los proyectos de construcción principales de Dekien. Era un nexo por el que pasaban los placeres ilícitos y se filtraban antes de llegar a la gente guapa que vivía en los climas ricos y al que gente como Ekiya se acercaba cuando quería esconder algo. La mayoría de las naves resultaban anodinas, barcos de pesca y remolcadores de carga, y el esquife encajaba allí a la perfección, excepto por el cañón, que destacaba muchísimo.

La gente resultaba real, lo que era de agradecer. Ekiya reconocía a algunas especies y a otras no, gente que llevaba ropa de diario y que habla de temas reales, como si ya era la hora de comer y dónde iban a encontrar algo que llevarse a la boca.

La anciana que dirigía el muelle era una hutt que tenía tanto músculo como grasa y que se movía con la gracia de quien tiene experiencia en lo que hace. En ese momento estaba hablando con un hombre delgaducho justo delante de su oficina.

Cuando vio que Ekiya llegaba y entornó los ojos, el delgaducho se volvió. El hombre se rascó la nuca, le dio las gracias a la anciana con una reverencia y se acercó a la piloto con una sonrisa lánguida.

—¡Kiya, cuánto tiempo sin verte! Sigues persiguiendo sueños imposibles, ¿eh?

La piloto lo cogió de la barba.

—Pues como siempre. Necesito ropa, Shogo… e información.

Había algo revelador en su tono. Shogo le pasó un brazo por el hombro y se la llevó con él, pero con una sonrisa demasiado amplia como para ser sincera.

Fueron hasta el muelle donde estaba la casa flotante de Shogo, que era desde donde este operaba. Por un lado, a Ekiya no le gustaba dejar el esquife tan lejos; por el otro, ¿qué iba a hacer ella si una sanguinaria ex-Sith —«ex» porque estaba muerta— y une emocional ex-Jedi —«ex» porque no tenía ni idea de qué pasaba con eso— decidían atacarse? ¿Gritar? Sí, bueno. Desde luego, esperaba que se agotaran le une a la otra.

El equipo que Shogo utilizaba para piratear no había cambiado mucho desde la última vez que Ekiya lo había visto, pero es que a él siempre le había gustado la sencillez. Tenía unos cuantos datapads y cachivaches por el estilo apilados en una mesa, junto al equipo que utilizaba para pasar desapercibido cuando trabajaba fuera de casa. Para entrar, salir y hacer su trabajo se aprovechaba, además, de que su cara era de lo más anodina.

Ekiya había conocido piratas informáticos más ambiciosos, qué duda cabe, pero también eran ellos los que acababan cayéndose con todo el equipo. Shogo se tiraba años trabajando en lo mismo, desarrollando cien maneras inapreciables de que el sistema bancario de un planeta se colapsara, o de que una flota Jedi se quedara a oscuras, o cualquier otra locura de las suyas. Y era él quien la llamaba soñadora.

Aunque puede que lo fuera. En cierta medida.

—Vengo por el *Cuervo*. Ha desaparecido.

Shogo puso cara de dolor, como si ya lo sospechara, y fue a por una consola de comunicaciones mientras ella se cambiaba. Ekiya no se molestó en buscar algún sitio en el que cambiarse —un pantalón, un kimono y un chaleco de trabajo, todo ello limpio, pero manchado como si se hubiera trabajado con ello—. Shogo y ella habían pasado mucho juntos a lo largo de los años como para que a Ekiya le preocupase que la viera desnuda. Además, ahora mismo necesitaba sentir esa familiaridad.

Shogo no paraba de cotillear mientras trabajaba y la puso al día acerca de su viejo pelotón. Sae y Haba estaban en el Borde Exterior ayudando a montar una red de comunicaciones independiente… y volvían a acostarse juntos, aunque Shogo dudaba mucho que fuera a durar, porque nunca duraba. Kabeji estaba en el Núcleo, esforzándose por eliminar esos préstamos explotadores… haciendo que los banqueros que los habían dado… desaparecieran… y la mujer le había enviado, al parecer, unos riquísimos caramelos de arroz, y, si Ekiya quería probarlos, estaban en aquella esquina de allí. De Unsuke llevaba meses sin saber nada, pero así era Unsuke, y, claro, algún día aparecería con una nueva pista de las armas auxiliares de los Sith o con algún botín para el que necesitara que Shogo le encontrara un comprador.

En ese momento, sin dejar de mirar la consola, Shogo puso aún más cara de dolor.

—Kiya… no me digas que tenías las reliquias en el *Cuervo*…

—¿Y dónde crees que iba a llevarlas, Sho? —le respondió molesta.

Shogo le enseñó el informe. Requisición. Imperial. Ekiya se sentó en el suelo de la pequeña casa flotante e intentó concentrarse, con todas sus fuerzas, en no empezar a chillar como una loca. Se sentía vacía. No podía ser por la impresión. Al fin y al cabo, se lo esperaba, por mucho que hubiera rezado para que la desaparición del *Cuervo* se hubiera debido a cualquier otra complicación imprevista. En ese caso, ¿por qué hacía que se sintiera tan vacía el mero hecho de tener la confirmación de quién se había llevado la nave?

Shogo suspiró y se sentó en el suelo al lado de ella. Lo hizo poco a poco porque aún le dolía la rodilla —porque la articulación nunca volvería a ser la misma después de que su comandante se la hubiera hecho pedazos en aquella primera y horripilante misión—. Para cuando los demás habían podido permitirse pagar una prótesis, él le tenía demasiado miedo a las piezas patentadas como para dejar que le metieran en el cuerpo la tecnología de otro. Así que se había hecho una rodillera a medida.

Esa era la razón por la que ella le había encargado una nueva prótesis cuando aún venían de camino. Ekiya la vio encima de la mesa de trabajo. Brillante y duradera. Casera. Perfecta para una mandíbula taciturna. Siempre y cuando Frunces no estuviera muerto para cuando se la llevara.

Ekiya se miró las palmas de las manos y refunfuño:

—¿Ya haces tus ejercicios?

—Sigues sin ser capaz de pensar en ti, ¿eh? —Shogo le acercó la bolsa de caramelos de arroz.

Ekiya cogió uno porque sabía que eso era lo que se esperaba que hiciera, pero ni siquiera desenvolvió el envoltorio de colores brillantes.

Shogo tenía esa mirada extraña de la gente que no sabe qué hacer con los sentimientos de los demás. A ver, que no es que Ekiya lo supiera, así que tampoco podía culparle por todo el tiempo que tardó en volver a hablar.

—Sé que no vas a querer oír esto, pero tengo que decírtelo. Esta misión tuya… lo de Rei'izu, lo de las reliquias, lo de la mística, lo que sea que estuvieras haciendo aquí con ese tipo enorme que recogiste en Genbara… es una causa perdida. Lo era antes incluso de que los imperiales se llevaran el *Cuervo*. Eso lo entiendes, ¿verdad? —Shogo se inclinó hacia ella en busca de algo en su rostro—. Vamos, Kiya… tú eras la que siempre nos conseguía comida. Agua. Todo lo que necesitábamos para seguir con vida para que, más adelante, pudiéramos soñar. ¿Por qué no puedes dejar de hacerlo? ¿Qué puedo hacer para que vuelvas de allí?

Ekiya tenía una decena de formas de acabar con aquella conversación. Todas tenían que ver con asentarse y encontrar la paz allí donde lo hubieras hecho, dejándote de fantasías… o ayudando a las personas que tenías a tu lado, no a los fantasmas que habías perdido. Entonces, ¿por qué no ponía en práctica alguna de ellas?

—No lo sé —respondió con voz plana—. No puedo justificarlo. Es como si hubiera pasado a ser parte de mí.

Puede que hubiera sido Zorre le que le había hecho querer lo de Rei'izu, pero toda fe que hubiera tenido en el proyecto se había derrumbado cuando se había

derrumbado Seikara. A Ekiya le molestaba lo rápido que Zorre había enfocado su energía en Kouru. Daba igual que Kouru fuera una bandida, o una Sith, o lo que fuera, no le parecía bien. Así que no era Zorre le que hacía que Ekiya quisiera ahora lo de Rei'izu.

Porque ella todavía lo quería.

Ekiya se tumbó en el suelo.

—¿Qué otra cosa voy a hacer? —le preguntó al techo, que estaba a oscuras—. No puedo pasar de todo… cuando es posible que haya una posibilidad.

Los demonios de la bruja Sith no eran los únicos que se sentían perdidos. Los fantasmas que descansaban en linternas y espejos y en muchas otras preciosas reliquias en las que estaban guardados aquellas esquirlas de kyber necesitaban Rei'izu. Necesitaban un hogar. Si Ekiya lograba conseguírselo, por los muertos y los vivos que se las habían confiado, serviría para compensar todo lo horripilante, los heridos y los corazones rotos. Lucharía para recuperar Rei'izu o moriría en el intento, porque había a quien le importaba Rei'izu… por mucho que a ella no siempre le hubiera importado.

Shogo le pegó una patada suave en la bota y suspiró:

—Tiene que haber algo para ti, Kiya… No sé, puede que sea esto. —Le pasó una tarjeta de datos—. Con esto podrás cruzar la puerta principal del astillero del gran señor. Tienes que ir a por el *Cuervo* antes de que lo envíen fuera de la atmósfera. Eso sí, a partir de la puerta principal, estás sola.

Ekiya cogió la tarjeta y la levantó como para darle las gracias. No podía pedirle más. Para el resto, iba a tener que confiar en Zorre. Y confiaba en elle. Lo que le preocupaba, y mucho, era que tanta confianza fuera a acabar con ella.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LOS HANGARES DE DAZENMA se elevaban hacia el cielo en forma de pagodas lacadas y barnizadas. Estandartes de colores colgaban de los tejados, majestuosos. Toda nave ascendía y descendía tejiendo un tapiz estricto y coordinada por los directores de vuelo municipales de Dekien. Al aterrizar, al *Cuervo Humilde* lo habían relegado a los pisos inferiores, a los humildes hangares de los suburbios del Pico de la Alimaña. Ahora, las esperaba en la torre más alta de una desconcertante monstruosidad palaciega.

Kouru no podía esconder su desagrado. Ekiya le dio un codazo.

—Como pongas esa cara delante de un Jedi, te la cortará.

—No si se la corto yo primero —musitó la Sith.

Pero eso resultaría muy evidente y lo que les había quedado muy claro a todas durante la charla era hasta qué punto tenían que evitar llamar la atención.

En mitad de la charla, Kouru le había lanzado a Zorre su mirada más desdeñosa antes de preguntarle:

«¿Acaso no va a delatarnos tu máscara?».

«Oh, no te preocupes por mí, que esto se me da mucho mejor que a ti».

Era irritante. Cuando Zorre pasó por las ornamentadas puertas de madera que daban a los hangares del gran señor, nadie se fijó en elle.

Cuando Kouru y Ekiya pasaron tras ella, tampoco les prestaron mucha atención. En un primer momento atrajeron miradas de incredulidad, pero en cuestión de instantes se olvidaron de ellas.

Tampoco las miraron cuando cruzaron el patio de piedra que separaba la puerta principal del primer piso de hangares. Pasaron más puestos de control de uno y otro tipo, pero ni los guardias con cara adusta y uniforme oscuro, ni las guapas asistentes con kimonos de patrones amplios, ni siquiera los Jedi, que patrullaban por las instalaciones atentos y en pareja, las miraban más de unos segundos. A nadie le llamaba la más mínima atención ninguna de las tres infiltradas.

Daba rabia. Aquello no se debía a la incompetencia imperial, sino a que Zorre era une maestre alardeando de su control. Zorre entró en el corazón de los Jedi sin que nadie se fijara en elle y ni siquiera le resultó complicado.

Cuando llegaron al hangar, Zorre las llevó a un ascensor de invitados —hecho por completo de madera olorosa— y ahuyentó a la pareja vestida majestuosamente que intentó entrar con ellas. Hasta que no pulsó el botón del piso al que iban, no se volvió hacia sus compañeras:

—Me haríais un gran favor si os relajaseis.

—Lo tendré en cuenta —respondió Ekiya con los brazos cruzados.

La piloto no dejaba de mirar el patio, visible a través de la celosía del ascensor, que iba quedando abajo.

Zorre se volvió hacia Kouru y la Sith le enseñó los dientes.

—Estoy relajada —le dijo.

—Soy consciente de ello. Pero ¿podrías controlarlo? Aunque sea un poco.

Kouru se molestó. No iba a preguntarle a qué se refería. Era evidente. Mientras que Zorre, como si fuera una espiral de corriente negra, manipulaba el pensamiento de todo el mundo con la misma pericia que Ekiya pilotaba un deslizador, Kouru era como una llama blanca que jamás se hubiera extinguido y amenazaba la labor de Zorre por el mero hecho de estar a su lado.

A decir verdad, le gustaba ser consciente de que podía alterar a une maestre como elle con tan poco esfuerzo. En cualquier caso, aquella necesidad de sutileza no tardaría en pasar. Ahora, Kouru llevaba dos espadas láser, la que le había quitado al viejo y la de Zorre. En cuanto llegaran al piso en el que estaba anclado el *Cuervo Humilde*…

«No seas idiota. Tú síguele la corriente».

Kouru frunció el ceño y se dio la vuelta. Ansiaba responder a la bruja, pero la mera idea de hacerlo delante de Zorre le parecía una tontería… puede que incluso pudiera ser peligroso. Zorre mantenía su atención centrada en ella, como sus expectativas. La Sith sentía un hormigueo. La cuestión es que no podía darle lo que quería… porque no sabía cómo.

«Tu educación la cortaron trágicamente. Ahí lo tienes».

Kouru arrugó aún más el entrecejo. Abrió y cerró las manos para estirarlas y con cada flexión se sintió más próxima a sí misma. Era como si, de pronto, fuera consciente de otra dimensión de su ser. Cuando contraía la palma, su luz se doblaba en ella, dejando de mostrarse fracturada y difusa; mostrándose recogida e intensa.

Zorre se inclinó ligeramente hacia delante, sorprendide, al parecer:

—¡Vaya, podrías haberlo hecho antes!

Kouru sabía que no habría podido, no, al menos, sin ayuda de la bruja… Y lo que era peor, Zorre siguió mirándola mientras el ascensor ascendía, como si dudara de que lo hubiera hecho. O de que lo hubiera hecho, ahora, ella sola. Y no lo había hecho sola, no, y le resultaba odioso, si bien no tanto como Zorre. Al fin y al cabo, era mucho más sencillo odiarle a elle que a alguien a quien no podía pegar.

—¿No se supone que deberías estar concentrándote? —le soltó de malos modos.

Zorre se llevó las manos a la espalda y se volvió, con aire benevolente, hacia delante. Kouru ansiaba sacarle de allí a patadas. Ekiya la regañó sin ganas, por lo bajo. Las tres pasaron el resto del ascenso en un silencio que podía cortarse con un cuchillo.

Kouru se dio cuenta de que necesitaba que tanto Zorre como Ekiya, si no ya felices, estuvieran, al menos, contentas con su presencia. Sin ellas, la voz la obligaría a ir a por el viejo cuanto antes. Si a la voz no le importaba que primero rescatara la nave y el cargamento de Ekiya, pues mejor. De hecho, aquello lo estaba haciendo más por ella misma que por…

Aparcó el pensamiento. Bastaba con decir que carecía de la soberbia necesaria para considerar que, ahora mismo, estaba mejor sola. Aun así, empezaba a preguntarse si era posible confiar en Zorre y, sobre todo, si merecía la pena.

Porque Zorre irradiaba amenaza. Si era capaz de borrar el interés de un cerebro con solo mirar a su víctima, quién sabe lo que podría hacer si se concentrara.

Sin ir más lejos, Zorre salió del ascensor envuelte en la gran confianza que tenía en su habilidad. Ekiya se mantuvo cerca de elle y Kouru no tardó en salir, poniéndoles caras a todos los que se volvieran para mirarlas.

Y fueron decenas. El *Cuervo Humilde* estaba en el piso más alto de la gran pagoda y resulta que era la atracción principal y que estaba rodeado de técnicos… y de todo un escuadrón de soldados. Había otros que también atendían la nave, además de droides y mecánicos, y de los Jedi vestidos de piloto que se encargaban de acompañar a las naves. Porque el carguero de Ekiya iría acompañado de una escolta.

Cuando llegaron a la rampa de acceso del *Cuervo*, un Jedi que bajaba por ella se detuvo de golpe y se quedó mirando a Zorre un instante más que nadie hasta el momento. Era un Caballero, humano, resuelto y muy experimentado a ojos vista.

Frunció el ceño. Zorre chasqueó la lengua e hizo un movimiento con la mano como si le ordenara que se marchara y el Jedi sacudió la cabeza, pero acabó de bajar la rampa y salió del hangar como si estuviera convencido de que tenía que llegar a algún lado.

—¡Por poco! —exclamó Ekiya.

—Ya te digo —convino Kouru.

—Es un viejo amigo —les explicó Zorre con tono desdeñoso, como si considerase la amistad poco más interesante que las pelusas—. Venga, no os entretengáis.

Ekiya y Kouru se miraron. La piloto tenía cara de preocupación. Kouru empezó a sentirla un rato después. Ekiya se preocupaba por Zorre y, probablemente, hasta cierto punto, por los Jedi. A Kouru lo que le preocupaba era que, de todos los tipos de Jedi que conocía, Zorre pertenecía a aquel en que menos se podía confiar.

Kouru consideraba que su desagrado por la corriente negra se debía, en parte, a que esta se resistía a su control. También consideraba que cada vez que la veía deslizarse en el cerebro de un ser y redirigir su pensamiento, sentía una sensación fría en los dientes, como si estuviera comiendo hielo. Pensar en un control así no le gustaba… la asqueaba. Prefería ser una muerta. No. Prefería matar a quien penetrara en ella de esa manera.

Tenía un recuerdo… uno que en raras ocasiones traía de vuelta. Era muy joven, los Jedi acababan de llevársela y siempre estaba agitada. Lloraba, gritaba o se peleaba. Por aquel entonces, había una maestra que se acercaba a ella, le daba las manos y la empujaba a la tranquilidad. No recordaba ni su nombre ni su cara, solo el murmullo de su voz y el sutil latido de la corriente negra mientras la sumergía en ella.

Hasta que los Sith no la rescataron, nadie le permitió que gritara.

Kouru se tocó la nuca, con el ceño fruncido. Esperaba sentir un peso. Oír una voz. Pero solo había silencio.

Junto a ella, Ekiya había superado su incomodidad espoleada por la urgencia que sentía por recuperar su nave. Una vez en el *Cuervo*, pasó por delante de Zorre mientras Kouru preguntaba:

—Y ahora, ¿qué?

Zorre hizo un gesto para que la Sith apartara la mano de la espada láser.

—Nos llevamos aquello a por lo que hemos venido.

Se refería al carguero, ¿no? Kouru arrugó la frente mientras se cruzaban con uno… dos… y tres… trabajadores del espaciopuerto que aún seguían en la nave. En la sala de motores había un par de ingenieros. En la entrada de la cocina, un guardián Jedi. Ekiya les iba ordenando a todos que se fueran mientras se dirigían a la bodega de carga, que estaba en las tripas de la nave.

La puerta estaba abierta, así que lo vieron desde la escalera que bajaba a la zona de carga. La primera que bajaba, Ekiya, redujo el ritmo a medida que se acercaba, si bien Kouru no fue capaz de interpretar por qué en un primer momento.

La bodega estaba completamente vacía. Resultaba impresionante.

Ekiya se había quedado muda. Kouru vio devastación en su quietud e ira en la tensión de sus hombros. La Sith enseguida se dio cuenta de que el problema era que algo había desaparecido del *Cuervo*.

Zorre se atrevió a tocar a Ekiya. Le puso una mano en el brazo. La mujer estaba tan furiosa que ni siquiera se la sacudió.

—Se lo habrán llevado todo al acorazado imperial de Hanrai. Supongo que lo habrán considerado todo objetos valiosos recuperados. Seguro que pretenden mandarlos a un museo o…

—O que los guardan para regalarlos y que la gente sepa a quiénes pertenecían. —Ekiya se tapó la boca mientras maldecía—. Lo sé. Lo sé. Los odio.

—Los recuperaremos —le aseguró Zorre.

—Ah, ¿sí? ¿Del acorazado imperial de un señor Jedi?

—Lo más probable es que vayan a llevar allí el *Cuervo*. Lo único que tenemos que hacer es entrar con él.

Kouru se mofó:

—¿Lo dices en serio? ¿Vamos a meternos en las tripas de una bestia así?

—¿Preferirías que te aplastaran como si no fueras más que un insecto molesto? —le preguntó Zorre—. ¿O es que posees algún talento Sith del que no nos has hablado?

Kouru le miró con desdén y Zorre ladeó la cabeza.

Ekiya gruñó y les apartó la cara con la mano.

—Por lo que más quieras, consigue que entremos.

Se escondieron, pero a la vista. Ekiya no paraba de dar vueltas por la bodega, neurótica, y Zorre montaba guardia junto a la escalera que llevaba a esta mientras el *Cuervo* volaba. Kouru se fue a la cabina del artillero, que estaba en el ala izquierda. Estaba convencida de que, como hubiera tenido que pasar más tiempo con Zorre, habría acabado intentando arrancarle la máscara y, luego, los ojos.

Desde allí, Kouru tuvo la oportunidad de ver cómo el *Cuervo Humilde* dejaba la gran pagoda escoltado por seis cazas. Los encargados del tráfico aéreo de Dekien los dejaron salir al mismo tiempo que un escuadrón que había en la otra punta de Dazenma, y ambos grupos acabaron reuniéndose en su camino por salir de la atmósfera. Kouru imaginó, por entretenerse un poco, que las naves chocaban las unas con las otras y que sobre el barrio del placer de Dazenma llovía fuego.

No hubo suerte. El *Cuervo* y su escolta de Jedi se sumergieron grácilmente en la negrura. Habían dejado atrás un templo a la decadencia imperial y ahora se dirigían a otro.

Alguien se había atrevido a llamar al acorazado *Reverente*. La nave era como una enorme y devastadora cuchillada en mitad del espacio, completamente blanca, con decoraciones doradas y verdes. La cubierta de mando estaba acentuada, por una serie de columnas rojas. La enorme nave era una representación del imperio. Un Imperio que se consideraba intocable y vasto. De hecho, Kouru no alcanzaba a ver de un solo vistazo el *Reverente* en toda su extensión. Sintió un vacío en las tripas al pensar que era posible que jamás fuera a poder herir a aquel gigante. ¿Cómo iba a hacerlo? Se clavó las uñas en las muñecas y se dejó unas pequeñas marcas con forma de media luna.

«Te estás expandiendo. Cálmate».

—Sé lo que me hago —refunfuñó Kouru mientras apretaba los puños y cerraba los ojos con fuerza. Las marcas de la muñeca le latían mientras encerraba la llama blanca en su interior una vez más. Control. Más control. Respiró por la boca y soltó el aire por la nariz. Abrió los ojos y se concentró en la realidad que tenía delante; aquello que podía sujetar razonablemente y, por lo tanto, contener.

El *Cuervo* había cambiado de rumbo durante el tiempo que había permanecido con los ojos cerrados. Kouru no veía ni Dekien ni el *Reverente*. Mejor, porque ninguno de los dos le gustaba. Por el contrario, ante ella no había más que la hambrienta negrura y el parpadeante brillo del espacio. Un espacio inabarcable.

Kouru notó que se le hacía un nudo en el estómago. No obstante, mientras respiraba de nuevo, sintió… nada. No sintió ni terror ni rabia. No sintió ese pánico que te avergüenza. Solo aquella negrura y su cuerpo, una intensidad de Fuerza blanca condensada en ella. Estaba viva… o algo que se le parecía. No tenía miedo.

¿De verdad?

La joven frunció el ceño y, con las manos abiertas en las rodillas, rebuscó su viejo instinto en aquella nueva dimensión de sí misma que acababa de descubrir. Sabía que odiaba el espacio, su enormidad, la soledad, la amenaza que suponía… pero, por alguna razón, sentía como si ese miedo hubiera quedado atrás, guardado en una caja que alcanzaba a imaginar pero que no parecía que fuera capaz de encontrar…

«¿Qué bien te ha hecho el miedo en la vida? ¿Acaso no te lo había dicho? Déjate llevar».

Kouru se frotó la nunca con fuerza. Como si eso fuera a servir de algo. Lo que necesitaba era… estar en otra parte. Con gente. A la bruja no le gustaba presentarse cuando había más gente, y Kouru no quería oírla, aunque para ello tuviera que aguantar el descontento de Ekiya y las insípidas burlas de Zorre.

Salió de la cabina del artillero y se encontró con una persona en el pasillo. Por suerte, no era nadie de aquellos de quienes debían esconderse. Pero era Zorre, lo que le resultaba desagradable, por decirlo bonito.

Zorre ni siquiera le ofreció la mano para ayudarla a salir mientras subía por la escalerilla, pero tampoco es que se la hubiera aceptado. La cuestión era la manera en

que la miraba; porque, a pesar de esa estúpida máscara que llevaba, era evidente que la miraba. Kouru se sentía un sujeto de estudio al que examinaban al microscopio.

—Parece que estés distraída.

—¡Porque no dejas de distraerme!

—Tú sí que distraes. —Zorre miró un momento hacia abajo. En el estrecho pasillo de aquel carguero ligero no había nada interesante que ver excepto sus sandalias—. Supongo… que tampoco tú pediste esto.

Kouru, que había estado valorando la idea de arrojar a Zorre a la cabina del artillero, se quedó pasmada.

—No sé a qué te refieres.

—Sí, sí que lo sabes. La resurrección. Lo de estar encadenada a la bruja y todo eso.

Kouru se encogió de miedo, pero se odió inmediatamente por haberlo hecho. Lo sabía. ¡Lo sabía! Ahora bien… admitirlo… oírse a sí misma diciendo lo de la bruja… era demasiado. Era muy peligroso. Muy…

—Es que… bueno, por experiencia, lo que he visto es que sus demonios no suelen ser… tan dueños de sí mismos.

Y ahí estaban. Los aterradores pensamientos que no se había permitido tener. Kouru ya había visto crear demonios a la bruja, durante el gran reclutamiento final, cuando los Sith tomaron Rei'izu. Pero no duraron. Aunque tampoco estaban pensados para ello. Nunca habían sido mucho más que sombras… coaguladas en propósito puro.

¿Qué era entonces Kouru? No se atrevía a preguntarlo… por miedo a lo que podría perder si lo hacía.

«Déjate llevar», oyó, pero esta vez no era un murmullo, sino algo peor, un recuerdo. Déjate llevar. Déjate llevar.

—¡Calla! —ladró Kouru con una mano en la nuca.

Zorre se envaró y se retiró un poco. A Kouru le encantó que se mostrase cautelose, ese miedo precipitado, aunque la Sith no tenía claro si el ladrido había sido para elle o para lo que fuera que tenía dentro de la cabeza. Zorre tenía miedo y a Kouru le gustaba y le disgustaba a partes iguales; porque, si iba a tener miedo, quería que fuera ella quien se lo transmitiera.

Además, prefería no ser ella quien se echase a temblar.

Kouru se lanzó hacia delante y Zorre se apartó. El sonido de pasos que se acercaban hizo que se quedaran quietas.

Un Jedi dobló la esquina del pasillo, concretamente, el Caballero que conocía a Zorre y al que este le había ordenado que se fuera en la rampa del *Cuervo* una hora antes. Zorre y Kouru se apartaron por instinto. Zorre les había dejado caer a Ekiya y a ella que rozarse con la gente, tocarla, podría poner en peligro el control que ejercía sobre ella, pero Kouru tampoco tenía claro que esta vez fuera a salir bien aquello del control.

El Caballero redujo el paso y se puso de lado para pasar entre ellas. Con el ceño fruncido, miró hacia un lado… a Zorre.

—Oye…

Zorre dio otro paso atrás, inquiete. El Jedi seguía atento a ella. Kouru aguardó un frío segundo a que Zorre hiciera algo. Lo que fuera. Que acallara el cerebro del Jedi con la corriente negra —¡o que lo empujase a la cabina del artillero!—, pero no se movió.

Así que Kouru le pegó un puñetazo directamente en la mandíbula al Jedi y este se desplomó como una piedra.

Zorre se adelantó para cogerlo y evitar que se golpeara contra el suelo, pero no consiguió cogerlo antes de que el Jedi se diera con la cabeza en el borde de la cabina del artillero; aunque sí que consiguió evitar que se cayera por el hueco. Cuando levantó la vista, sujetando el gran peso de aquel cuerpo inerte, resulta que Kouru estaba justo a su lado.

—¡Genial! ¡Menos mal que no lo has matado!

—No es lo que pretendía.

Luego, Kouru señaló la cabina con la cabeza.

De mala gana, Zorre dejó que la Sith le ayudara a bajar al Jedi y a ponerlo en el asiento del artillero. Luego, cerraron la escotilla y Kouru la soldó con la espada láser del viejo. Zorre puso mala cara, así que la mujer hizo un agujero candente y brillante en la escotilla con el arma.

—¡Hala, ya está! ¡Ya tiene ventilación!

Zorre sacudió la cabeza como si estuviera moleste, pero, cuando habló, quedó claro que con quien de verdad estaba enfadade era con elle:

—He sido injuste contigo. He expresado algunas de mis frustraciones como si fueran culpa tuya.

Kouru puso mala cara para ocultar su confusión.

—No creas que porque te hayas disculpado vas a quedar por encima de mí.

—Como si te importara lo más mínimo… —Zorre respiró hondo y se arregló el pelo—. Lo que te ha pasado a ti… es profundo y, como es probable que hayas adivinado ya… tengo cierta familiaridad con el fenómeno.

—¿Me estás ofreciendo ayuda, Jedi?

A Zorre no le gustaba que le llamaran así. Hasta con la máscara se notaba que estaba mirando mal a la Sith.

—Siempre que la aceptes con humildad.

La risa empezó a ascender por la garganta de Kouru, pero esta la detuvo allí. Había algo más que latía en su interior, bajo la piel. Estaba infestada. Era como si desease ser capaz de olvidar lo que era. El pensamiento le dio tanto asco como la carne podrida.

«No deberías tener miedo de sus intenciones. No te odia».

Kouru miró por encima del hombro. El *Cuervo* zumbaba a su alrededor, Zorre respiraba delante de ella y el metal hacía ruido al enfriarse.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo a la bruja. Era una amenaza, pero se dio cuenta de que estaba vacía porque, en caso de futuras transgresiones, ¿contra quién iba a tomar represalias?

—Entonces la oyes… y con claridad.

Kouru no se atrevía a mirar a Zorre. Daba igual que la bruja se mantuviera callada, cuanto más consciente era la Sith del peso de su atención, más le pesaba. Como sujetar una piedra hasta que se convertía en un ancla.

—Es por ella por lo que estamos «hurgando en trampas para turistas», no sé si lo sabías. Nos gustaría dar con ella, así que, por un lado, te pido que te plantees permitirme que le haga unas preguntas.

Kouru puso mala cara porque no sabía qué más hacer. Quería que Zorre se callara, porque se mostraba igual de insensible que siempre hacia los deseos de los demás.

—Por otro lado, deberías saber que es más que improbable que nuestra conversación sea amistosa. De uno u otro modo… —Bajó la cabeza, pensative—. La verdad es que no te culpo porque estés enfadada con nuestro grande y melancólico amigo… pero te animo a que pienses en quién podrías ser si te deshicieras de su influencia. Y no me refiero a quién eres en tu interior. Esa no es una pregunta que se le haga a una muerta… si quiere ser algo más que una muerta. Dime, Kouru, por tu propio bien… ¿qué crees que estás haciendo? ¿Quién estás intentando ser? Y, ¿para quién?

—¿¡Y quién eres tú!? —Kouru sabía que estaba siendo petulante.

Sorprendida, la joven se dio cuenta de que Zorre estaba pensando la respuesta:

—Podría decirte quién creo que soy… y quién me gustaría ser. Alguien capaz de corregir sus errores. Alguien que intenta asegurarse de que el mundo no sufra demasiado por los errores que ha cometido. —Zorre sonrió—: ¡Venga, te toca!

—No es asunto tuyo.

—Pues a mí me parece que sí, desde el momento en que estás tan interesada en destripar a mis compañeros.

—Solo a uno de ellos… ¡y a ti!

Después de decir aquello, Kouru se quedó callada. No se lo podía creer, pero estaba dándole vueltas a lo que le había dicho Zorre. La verdad es que no tenía una respuesta rápida que darle… pero, desde luego, quería dar con una.

Zorre asintió, pensative, lo que irritó a la Sith.

—Bueno, pues piensa en ello. Yo diría que, cuando menos, será más satisfactorio matar a alguien porque tú quieres que porque alguien te haya dicho que es buena idea.

Kouru la miró con recelo.

—Eres le peor Jedi que he conocido.

Con gracia, Zorre se llevó una mano al pecho y aceptó la frase como un cumplido, que es lo que era.

CAPÍTULO VEINTE

EL RONIN SABÍA que era imposible que estuviera oliendo aquello, pero no podía quitarse de la nariz el empalagoso olor de la primavera. Sin embargo, el espacio no olía a primavera. El espacio era una ausencia monumental, un lugar que lo borraba todo. A menudo había deseado encontrar solaz en él, pero no podía evitar distraerse con lo que fuera que lo hubiera sumido en aquella oscuridad en cada momento. En esta ocasión, un acorazado Jedi llamado *Reverente*.

La nave era un palacio con forma de cuchillo, tan blanco y moteado de oro que resultaba majestuoso. Al ronin le resultaba imposible no admirar la depurada complejidad de su interior, aunque conocía muy bien el coste de mantener un navío de un tamaño tan abrumador. Se necesitaban personas. Se necesitaban planetas. Vidas y hogares remodelados al servicio del Imperio.

Los adornos del *Reverente* no eran menos impresionantes. El ronin estaba de rodillas en una alfombra tejida y tenía delante una puerta corredera, de celosía toda ella. Al otro lado oía gritos, pero no por miedo, sino en mitad de unos ejercicios; y también, si no se equivocaba, agua corriendo. Lo más extraño, no obstante, era aquel incontenible olor a osmanto que se mezclaba con otras fragancias vegetales. Al señor de este barco le iban los excesos.

Aunque también debía de ser precavido, si bien aquellos que se quedan en la superficie nunca se habrían dado cuenta. Al ronin le habían permitido que siguiera consciente y no lo habían atado, le habían permitido quedarse ambas armas, con lo que habían mantenido intacta su dignidad. Ahora bien, la bolsita de kyber se la habían quitado. Parecía una contradicción que le permitieran quedarse la espada láser, dado que se trataba de su posesión más peligrosa. También le habían dejado la muñequera, aunque esta permanecía a oscuras desde hacía mucho. El ronin no sabía qué habría sido de B5-56.

En cualquier caso, una persona cuerda y en su lugar no podía esperar ni que lo rescataran ni liberarse. El ronin era consciente de que al menos siempre había un guardia arrodillado al otro lado de la puerta y sentía la presencia de otros en el pasillo. Su presencia le resultaba consistentemente opresiva en una u otra dirección. Unas eran afiladas y blancas; otras, negras y desafiantes. En cualquier caso, unas se complementaban con las otras, con su opuesto. A estos guardianes los habrían entrenado juntos para cultivar sus aptitudes para contrarrestar los tirones, los empujones y el fluir de otro usuario de la Fuerza. Una dudosa habilidad en el campo de batalla, puesto que requería una concentración total y, por lo tanto, dejaba al Jedi completamente indefenso. Era bastante útil, no obstante, a la hora de encargarse de prisioneros capaces de utilizar la Fuerza.

Aunque ya había habido tres turnos, el ronin no les había dado a sus guardias razones para actuar. Permanecía en silencio, quieto, desde hacía horas, desde que había vuelto a ser él mismo. Para ese momento ya lo habían aislado en esta estancia. Para estar seguro del tiempo que había pasado, tenía que pensar.

«Yo diría que hace tiempo que no piensas, como para empezar ahora».

El ronin respiró despacio, como si así pudiera hacer que la voz estuviera más cerca, pero esta se negó. Claro que se negó. No le gustaba la debilidad del ronin.

Para empezar, ¿cómo había acabado allí?

Hacía mucho tiempo que no se dejaba llevar hasta tal punto por el desorden crónico de su cabeza. Había pasado por alto todas las señales de advertencia después de su primera experiencia en la bodega de carga del *Cuervo*, cuando Chie lo había desequilibrado con tanta pericia. ¿Cuántas señales más habría pasado por alto?

Las pérdidas de conciencia se habían apoderado de él más habitualmente los años después de la caída de la rebelión. Habían caído sobre él con mayor virulencia cuando era testigo de las sombras de sus pecados, porque, ¿de qué otra manera podía llamar a esos dos jóvenes demonios que habían hecho que la caverna se derrumbase?

Dos guardianes Jedi a los que habían traído de vuelta de la muerte y a los que habían obligado a actuar en contra de su voluntad. Ver a la bandida no le había dolido de igual manera. Esa mujer era Sith. Era cruel. Había intentado matarlo. Ahora bien, dos jóvenes Jedi con los ojos en blanco… aquello le había sorprendido. Aquello le daba razones para tener miedo.

—¿Es verdad? ¿Te has apoderado de otros?

«¿Acaso dudas de mí?».

El ronin supuso que se merecía aquella respuesta. Desde luego, era evidente que algo estaba tramando. Al fin y al cabo, en una semana había visto tres demonios, más que en los veinte años anteriores.

La pregunta era: ¿por qué ahora? La voz se había resignado a la oscuridad, casi como si se conformarse con atormentarlo a él. ¿Qué la había llevado a actuar?

O, ¿qué la había liberado?

Oyó un ruido en la puerta. El guardia, que se movía un poco y tosía ligeramente. Luego, el guardia habló y su voz, clara, tenía un tono tentativo.

—Señor.

El ronin frunció el ceño.

—¿Estás hablando conmigo?

Por un instante, el guardia no tuvo coraje para responder.

—Has dicho algo.

—No iba contigo.

Aquello desconcertó al guardia, que guardó silencio. El ronin trazó su silueta con la vista gracias a la sombra de la puerta. Un twi’lek joven, bien recto, que iba ladeando la cabeza hacia la puerta cada vez más.

—Señor…

—No sé si es adecuado que me llames así.

—No sé cómo te llamas. —El guardia dudó—. Nadie sabe cómo te llamas.

—Pero sí que sabes una cosa.

El ronin captó reconocimiento en el tono del guardia cuando volvió a hablar. La voz también lo captó y fijó su atención en el guardia con una curiosidad vacía que se podía permitir para un memo atrevido como aquel.

—Tu cara… —dijo el guardia por fin—. De cuando eras joven. Te vi. Bueno, creo que te vi. En una lista antigua.

«Es un chico listo. Y mentiroso».

Era una aseveración insensible, aunque cierta. Si el guardia había visto la cara del ronin cuando era décadas más joven en el listado de una nave, también había visto el nombre que tenía en aquel tiempo. Y eso significaba que sabía perfectamente a quién tenía su señor metido en prisión en el *Reverente*… y que le daba miedo admitirlo. Aunque tampoco había podido resistirse a decirle que lo sabía.

Qué desafortunado. Entre los Jedi, los chiquillos curiosos nunca llegaban lejos. Si lograban hacerse útiles en la práctica de la estrategia o del espionaje, quizá consiguieran seguir siendo guardianes. En cambio, si se mostraban dados a cuestionar a su señor…

—Deberías andarte con cuidado —le dijo el ronin.

No sabía de qué otra manera advertir al joven.

—Tan solo quiero saber —insistió el guardia—. ¿Por qué los vuestros están volviendo a atacar a los nuestros?

El ronin esbozó una mueca.

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—Si soy quien crees que soy, ¿qué te hace pensar que debería saberlo?

La risotada de la voz resonó en sus oídos.

El guardia, que no podía oír la voz, permaneció en silencio.

—Entonces… ¿es cierto? ¿También los has traicionado a ellos? Porque, en ese caso… ¿qué haces aquí?

—Eso se lo tendrás que preguntar a tu señor.

Los pasos interrumpieron los pensamientos del joven, que se puso recto y miró hacia delante. Cuando alguien descorrió la puerta, él permaneció en silencio, diligente.

Fue Chie quien entró. Tenía mal aspecto, como encorvada de un lado. Llevaba un brazo en cabestrillo y un bastón en la otra mano. ¿Por qué iba a soportar nadie unas heridas así en una nave con instalaciones de bacta lo bastante grandes como para curar a todo un ejército? Por entre su frustración, el ronin se dio cuenta de que, en realidad, quería que la mujer se sintiera mal… incluso que tuviera dolores. Hacía mucho tiempo que no le deseaba un mal a nadie.

«Supongo que todavía consideras que trae mala suerte. Supersticioso hasta el fin».

—Bueno, aquí estás —comentó la anciana como si el ronin no llevara confinado allí por lo menos un día. No se podría decir que a alguien que estaba aliada con los Jedi fuera a resultarle difícil dar con él—. Venga, levántate y estira esas piernas viejas que tienes.

El aprendiz twi’lek mantuvo la vista fija en el suelo mientras el ronin cruzaba el umbral por detrás de Chie, pero la levantó después de que la anciana se diera la vuelta y enfilara el pasillo. El ronin se despidió de él bajando la cabeza. El guardia se envaró, pero no dejó de mirarlo en ningún momento, con la boca abierta, presa de la más tozuda de las curiosidades.

La sala estaba construida con los mismos materiales orgánicos, lujosos, que la celda del ronin: papel y madera. Daba a un jardín. Había árboles jóvenes en cada esquina y ellos eran la fuente del olor que le llegaba en la celda. Un riachuelo poco profundo recorría el jardín plácidamente por el centro y los peces de colores brillantes que había en él nadaban por sus aguas claras. Incluso el techo estaba vestido con luces y hologramas que evocaban el ilimitado cielo de otoño, aunque la sensibilidad innata del ronin para las dimensiones de estructura mecánica le decía que el sitio tenía la altura estándar de los hangares de un acorazado.

Había visto lujo en las naves capitanas de otros señores: salas del trono doradas, comedores construidos de arriba abajo con maderas olorosas, sedas maravillosas en dormitorios muy espaciosos. Aquella representación de normalidad planetaria, sencillamente, dejaba pequeño todo lo que había visto hasta entonces.

Sin embargo, era Chie, que llevaba una ropa que recordaba a la de los guardianes Jedi —marrones sobre blanco—, la que llamaba más poderosamente su atención. Aunque se esforzaba, el ronin no percibía diferencia alguna en ella; la anciana era igual que cuando se habían conocido en el *Cuervo Humilde*. Vamos, que no era Jedi. Ni tampoco era Sith. No era más que una persona segura de sí misma que se alegraba de serlo.

—Habla —le dijo Chie—, que esa mirada tuya me va a hacer un agujero en la espalda como no dejes escapar algo de presión.

El ronin sintió dolor en la sienes.

—Para hablar tan mal de los Jedi, te encuentras muy cómoda entre ellos.

Chie volvió la cabeza y sonrió con ironía.

—Y tú te llevas bien con ese aprendiz. Todos tenemos grises.

La anciana se detuvo cuando llegaron a la fuente de los gritos que el ronin había oído desde la celda. En un salón descubierto con suelo de madera, decenas de aprendices con ropa sencilla practicaban oleadas de golpes y barridos sincronizados. Se detuvieron cuando su maestro, un Caballero Jedi con una espada láser al cinto, se lo ordenó. Dos aprendices se adelantaron cuando él se lo pidió y se pusieron en posición para entrenar con espadas de madera.

—Se acerca una guerra. Todos los príncipes y señores quieren lo que quieren y no se apiadarán de nadie. Yo soy vieja ya. —Chie hizo un gesto amargo para señalar el bastón con el brazo herido—. Cuando me puse a pensar en qué beneficio podía suponerle yo a la galaxia… nunca pensé que acabaría en el Borde Exterior. Nunca. —Sonrió—. El señor Hanrai me tiene enseñando a los críos todo tipo de herejías.

El ronin no fue capaz de devolverle la sonrisa.

Chie suspiró.

—¿Sigues enfadado por lo del puente?

—Podrías haberte tirado tú sola.

—Yo me llevé la peor parte, te lo aseguro. —El ronin la miró mal y ella chasqueó la lengua—. No vas a tardar en darte cuenta de que tenemos en común mucho más de lo que imaginas.

El ronin sospechaba que él había matado a más amigos que ella. Aunque, claro, ella también se había mostrado dispuesta a herir a sus camaradas. En cualquier caso, permaneció callado y volvió a mirarse la muñequera, pero intentando que Chie no se diera cuenta.

La muñequera parpadeó brevemente, tanto, que bien podrían haber sido imaginaciones suyas. Pero el ronin era dado al optimismo, por lo que dio por hecho que era real.

Sin embargo, un solo parpadeo no implicaba que hubiera habido comunicación alguna. De lo único que podía estar seguro era de que B5 se las había ingeniado, con algún truco, para subir a bordo del *Reverente* y que quería que el ronin lo supiera.

Cruzó los brazos para ocultar su respuesta. Iba a presionar la muñequera para enviarle una confirmación al droide… pero su pulgar se quedó inmóvil frente al círculo.

Estaba vivo. Pero ¿para qué? No había pensado en ello en muchos años, muchísimos, igual que no había pensado en sus objetivos o en sus acciones en nombre de ellos. Él solo tenía un propósito: acabar con todos los Sith. Así que, cuando la bruja le había impedido que matara a nadie más, las reglas del juego habían cambiado. Sí, se había dedicado a perseguirla, igual que había perseguido a todo Sith antes. Lo que no había hecho era pararse a pensar en qué supondría para él el final de ella. Porque sabía que pensar en ello amenazaría con consumirlo y superarlo, tal y como había pasado en Seikara.

Tuvo que bajar la mano de la muñequera antes de asegurarse de si, en efecto, le había enviado el mensaje a B5. Chie había llamado su atención.

El ronin abandonó su ensimismamiento y se dio cuenta de que la anciana lo había guiado más allá de la sala de entrenamiento y que iban por un pasillo cubierto que separaba el patio de un segundo jardín. Este, a su vez, daba a un pequeño edificio de madera con un tejado oscuro e inclinado. Su soledad lo hacía bello. Delante de la puerta había un viejo tooka y, al otro lado del umbral, el ronin alcanzaba a ver una figura de hombros anchos sentada frente a una mesa baja, esperándolo.

El ronin no quería reunirse con esa figura, pero, sobre todo, lo que no quería era seguir estando a solas consigo mismo.

El ronin cruzó la pasarela que daba al edificio en solitario. El tooka abrió un solo ojo cuando lo vio llegar y cambió de postura. Le crujieron los huesos. Enseguida retomó el sueño. La persona que había dentro tenía una tetera y un tablero de shogi preparados en la mesa. La última vez que el ronin se había topado con él había sido en el puente de piedra que había sobre el lago negro de Seikara.

El señor Hanrai le hizo un gesto para que se sentara frente a él.

—Me alegro de volver a verte. ¿Te parece que juguemos la segunda ronda?

CAPÍTULO VEINTIUNO

EMPEZARON A JUGAR EN SILENCIO. Hanrai estudiaba la estrategia de su oponente con interés. El Sith demostraba una habilidad nacida con la práctica. Sus movimientos iniciales le recordaban a Hanrai los que él mismo había aprendido en su juventud, si bien el Sith ponía en práctica estrategias nuevas y arriesgadas en cuanto tenía oportunidad. El ronin permaneció inexpresivo hasta que Hanrai utilizó una de sus nuevas maniobras. El Sith mantuvo la mano flotando sobre sus piezas el tiempo suficiente como para que pareciera que dudaba.

—¿Reconoces la táctica? —le preguntó Hanrai.

El gesto facial del Sith le indicó que, en efecto, así era.

—Eso quiere decir que has jugado con mi antigüe aprendiz. Si es que a eso puede llamársele jugar. Porque doy por hecho que sigue haciendo trampas.

El Sith volvió a mostrarse inexpresivo.

—No creo que me hayas traído aquí para hablar de eso.

—Ahora mismo estamos jugando.

Hanrai apartó las manos del tablero para beber té y estudiar el paisaje por la ventana. Una tapia de piedra seca separaba esta zona del jardín de un salón en el que los aprendices practicaban, aunque sus gritos se oían más apagados gracias a un aparatito que había disimulado en la tapia. Hanrai había pensado en desactivarlo en muchas ocasiones. Dejó a un lado aquellas distracciones y volvió al tablero, a la partida, al hombre que tenía sentado enfrente, que aún miraba el tablero con el ceño fruncido.

—Jugar no consiste, ni mucho menos, en ganar —comentó el señor Jedi—. Jugar es como completar la esquina de un rompecabezas mucho más grande; es decir, el juego en sí mismo, su historia, su potencial. No te he pedido que juegues conmigo para ganarte, sino para entender algo que es mucho más importante y complejo.

—Nunca se me ha dado bien la filosofía. —El Sith seguía mirando el tablero.

—En ese caso, voy a empezar con algo más sencillo: con la verdad.

El Sith resopló. Hanrai sonrió. Así que no le iba la filosofía, ¿eh? Pues él no tenía tan claro lo que a otras personas podía parecerles obvio.

—No hace mucho tiempo había un Jedi —empezó a narrar Hanrai mientras jugaba—. Un Caballero llegado de entre las filas de los niños a uno de nuestros apreciados clanes. Se podría decir que tenía un don. Que los dioses lo habían favorecido, si lo prefieres. O, sencillamente, que se le daba muy bien seguir órdenes como sus señores consideraban que debía seguirlas. Sin embargo, se trataba de la persona que, después, se volvió contra los Jedi. A menudo me he preguntado por qué lo haría.

El Sith ni se detenía, ni hacía ningún gesto o se ponía tenso, por mucho que Hanrai supiera que reconocía la historia. Aunque, claro, por grande que fuera la galaxia, ¿quién no la conocía?

—¿Te gustaría saber a qué creo que se debió?

—No lo sé.

—Tengo una opinión muy particular al respecto. —El señor Jedi se echó un poco hacia atrás con los ojos cerrados. La corriente negra le traía imágenes a la memoria a medida que hablaba, además de colores y sonidos: los pergaminos pesados en los que se escribían, por tradición, los informes que se enviaban al Emperador; los susurros de un oficial que no se atrevía a hablar con franqueza; la aromática sopa que compartía con su informante cada vez que se reunían—. He estudiado los informes, tantos como he encontrado. Varían dependiendo de quién los escriba o los grabe. Juntos, no obstante, me han mostrado, sin duda, a una persona con un gran talento. Ambiciosa. Protectora. Leal. Mucho, tanto a su señor como a los suyos… es decir, a las personas que, al igual que a él, había adoptado el clan. Cuando lo nombraron Caballero, esas personas se convirtieron en su guardianes, pero él protegía su vida con la misma ferocidad con la que ellos protegían la suya.

»Pero raras veces favorece la galaxia a alguien tan puro de espíritu. Tuvo que elegir. Llegó el día en que, en un campo de batalla, se encontró solo entre su señor y la muerte. Y dejó que su señor muriera. Algunos pensaron que había sido por cobardía. Otros pensaron cosas mucho peores. Porque el Caballero sobrevivió, igual que sus guardianes. Por el bien del honor, del orden natural y del Imperio, aquello no se podía permitir.

»Sin embargo, el hombre se negó a aceptar su sentencia. Aquello enfureció a todos, menos a los suyos. Doy por hecho que entiendes por qué. Al definir su posición, puso bajo amenaza los mismísimos cimientos del Imperio, Así que los acusaron de rebeldía, tanto a él como a sus guardianes. Era gente peligrosa a la que había que matar como fuera.

Por fin, el Sith miró a Hanrai. Era una mirada implacable.

—¿Saben tus iguales que eres tan sedicioso?

Hanrai se echó a reír.

—Saben que soy Jedi. Así que dime, ¿por qué crees que esa persona hizo lo que hizo?

El Sith se puso a pensar. Concentró su atención en la tapia de piedra seca y en los gritos apagados de los aprendices que había al otro lado.

—Yo diría que eres capaz de ver cómo jugaba.

—¡Gracias! Me alegro de que no parezca que me he vuelto loco. Aunque te voy a decir qué es lo que sigo sin entender. Mucho se ha debatido sobre por qué se disolvió la rebelión, sí, pero tengo razones para pensar que esos que dicen que fue el mismísimo Señor Oscuro el que se encargó de que así fuera… están en lo cierto. Aun así, tengo que preguntarte lo siguiente… ¿qué llevaría a una persona que fue tan lejos para proteger a los suyos a volverse luego contra ellos? ¿Cómo lo explicarías?

El Sith no respondió, pero siguió jugando. Ambos movían sus piezas. Hanrai sirvió más té. En dos ocasiones dio la sensación de que el Sith estaba a punto de decir algo, pero no lo hizo hasta el tercer ademán:

—¿Llegaste a ver el espejo del templo de Shinsui?

—¿El que estaba en Rei'izu? No tuve esa suerte. Me nombraron señor después de que el planeta hubiera desaparecido.

—Era espléndido. Aterrador. Tenía la altura de diez personas y era circular, completamente circular. Inmaculadamente liso y brillante. Era suficiente con mirarlo una vez para saber por qué decían que era sagrado.

—Concedía visiones. De kyber incluso.

—Sí, visiones de posibilidades. Razones para luchar por el futuro de tus deseos y de la manera de conseguirlos. —El Sith se llevó la mano a la mandíbula. Hanrai ya había notado que tenía tendencia a tocar la prótesis cuando lo atormentaban pensamientos oscuros—. Los Sith tomaron Rei'izu porque buscaban un camino así. Que llevara a la victoria.

—Pues no les fue muy bien.

—No. Hay visiones que es mejor no ver.

—¿Hay visiones tan terribles como para que una persona se vuelva contra los suyos?

El Sith volvió a quedarse en silencio.

—Puede que tengamos que dar gracias porque el espejo se perdiera junto con su hogar —comentó al cabo de un momento.

Hanrai se quedó mirándolo un buen rato. No utilizaba la corriente negra de la Fuerza para determinar la diferencia entre una verdad y una mentira, prefería discernirlas por sí mismo. En el Sith detectaba un completo desinterés por los dramatismos: o decía lo que pensaba o permanecía callado. Eso iba a resultar crucial en los próximos minutos.

—Puede que se perdiera… —comentó Hanrai—, pero no del todo.

El Sith no dijo nada y tampoco tocó el tablero. No bebió té y no dejó de mirar el borde de la mesa. Estaba pensando.

—Las Cavernas de Seikara. Hasta hace unos diez años albergaban una esquirla del espejo, aunque no tengo ni idea de cómo pudo llegar allí.

—Tampoco puedo imaginar yo cómo diste con ella —soltó el Sith con tono gélido.

Hanrai se dio unos golpecitos en la frente con el dedo.

—¡Ya te he dicho que tengo una manera de pensar muy particular! Te diría que la Fuerza me acompañó, pero supongo que ambos sabemos que no ayuda más a los Jedi que a otras personas. Bueno, al grano. La cuestión es que estábamos intentando dar con una manera de regresar a Rei'izu.

Aquello llevó al Sith a fruncir la frente una vez más. Al fin y al cabo, él había ido a las cavernas por la misma razón.

—Recuperamos la esquirla y se la confié a mi mejor estudiante. En aquel momento, me pareció lo más inteligente.

Aquello hizo que el Sith enarcara las cejas. Hanrai se preguntó si aquella muestra de preocupación se debería a lo que acababa de decir él o a algo que hubiera dicho su estudiante.

—Se marchó poco después, junto con los guardianes en los que más confiaba —comentó Hanrai—. No volvieron. No volvimos a saber nada de ellos. Yo no supe nada… Sin embargo, ahora ha reaparecido… y en compañía de… bueno, en tu compañía.

El Sith dejó en su sitio la pieza que acababa de coger y apartó las manos del tablero.

—Preferiría que fueras más honesto.

—¿En qué sentido?

—¿Cuánto tiempo lleva Chie siendo tu espía?

—No mucho. Idzuna la reclutó primero. No obstante, cuando me puse en contacto con ella, la mujer descubrió que tenemos un sentimiento en común. —Hanrai se detuvo ahí. El Sith aún fruncía el ceño, pero aquello que lo preocupaba se había vuelto más complicado—. Perdona, ¿no sabías cómo se llama?

—Evita decirlo.

—Creo que entiendo por qué. Ha dejado atrás casi tantas cosas como tú. —Hanrai puso las manos en la mesa, abiertas, como suplicantes—. Me gustaría que volviera.

—En ese caso, no deberías haberle pedido a Chie que le tirare desde el puente.

El Sith había hablado con cierto humor e ironía. Con enfado. En parte honesto, en parte de manera inapropiada.

—Y, ¿cómo iba a arrinconarte si no?

El Sith cada vez estaba más tenso, como si esperase que, de un momento a otro, fueran a enfrentarse en duelo. Hanrai seguía teniendo las manos sobre la mesa, bien a la vista.

—Voy a serte más directo.

Al Sith se le había agotado la paciencia. Miraba al señor Jedi en un silencio amenazador. Hanrai temía que, como no le diera una razón extraordinaria para seguir hablando, el Sith no volviera a decir nada.

—Doy por hecho que has oído que la guerra es inminente. La cuestión es que, para cuando la gente empieza a hablar de guerra, es que esta ya ha empezado. El Emperador no tardará en dejarnos y, cuando lo haga, ningún príncipe se va a rendir. Media decena de señores consideran que un momento así es más una oportunidad que una amenaza. Todo aquel que se presente en el campo de batalla ansiará que la galaxia se parezca a lo que él considera que debería parecerse; que es, como quien dice, lo que tú hiciste hace tantos años. La cuestión es que, ahora, todos los demás debemos encontrar nuestro lugar en la partida.

El Sith apretó los labios y arrugó el ceño. Cuando habló, lo hizo como si bajo ningún concepto quisiera hacerlo:

—Ves un sitio para mí… a tu lado.

—Así es. Como líder. Líder de los Jedi. Tú querías cambiar la galaxia. Fracasaste. Pero no tienes por qué fracasar de nuevo. Y yo necesito gente capaz de entender nuestros fallos… los de los clanes. —Hanrai abrió los brazos como para abarcar la casa de té, el jardín, el patio que había más allá, el enorme espacio en el que estaban—. El Imperio está deseoso por recompensar a aquellos que jueguen de acuerdo con sus reglas. Sigue mis pasos. Demuestra que eres digno de su confianza y, así, cuando vuelvan a considerarte uno de los suyos, toma su poder para construir lo que querías construir.

—Creo que no te haces a la idea de a cuánta gente he matado. Ni de cuánta de ella confiaba en mí cuando lo hice.

El Sith no daba crédito. A Hanrai le pareció justo.

—Soy consciente de que tus convicciones chocaron con tus acciones, pero te lo aseguro, he pensado mucho en ti y creo que eres una persona en la que merece la pena creer. Un hombre cuyas elecciones podrían llevarnos a una victoria como ni siquiera somos capaces de imaginar.

Al Sith le preocupaba oír aquello. Frunció el ceño.

—¿Acaso buscas un motivo más adecuado? Porque también lo tengo. —El señor Jedi le pasó un datapad deslizándolo por la mesa, junto al tablero de shogi—. Yo solo soy incapaz de apreciarlo todo.

En las imágenes del datapad se veía a dos guardianes muertos a los que, por varias razones, aún no les habían dado descanso eterno. Aquellas caras absorbieron la atención del Sith mucho más que nada de lo que Hanrai le había dicho. Tendría que haberlo imaginado, después de todo, había sido la presencia de estos demonios en las cavernas lo que había conseguido que el Sith se quedara lo bastante inmóvil como para que lo arrestaran. Hanrai archivó lo que veía en su cerebro —que existía una manera de activar las debilidades del Sith— y habló sin rodeos:

—Esa bruja tuya lleva meses poseyendo gente. Para poder hacer algo al respecto necesito entender qué está tramando y, para eso, necesito tu ayuda.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

HABÍA DOS JEDI EN DOS CELDAS, solos y meditabundos. El ronin los estudió desde arriba. La cubierta de observación se encontraba encima de las celdas y el espejo unidireccional permitía a los guardias ver la celda sin que los vieran a ellos. Esta barrera artificial lo separaba de unas estancias pequeñas y sencillas muy parecidas a la celda en la que lo habían tenido a él hasta hacía unas horas. Los demonios que tenía debajo también se sentaban muy parecido a como se había sentado él.

El ronin estaba solo excepto por un guardia. El señor Hanrai lo había acompañado hasta allí y habían ido hablando.

«Él sí que ha hablado. Dudo mucho que se pueda decir que tú hayas hablado».

Mientras caminaban, Hanrai le había dicho:

«Claro que queremos contar con tu experiencia tratando con la bruja. Tengo entendido que la mujer era uno de los guardianes del Señor Oscuro cuando este aún era Caballero… antes de que traicionara a su señor».

«Carezco de pretensiones», había respondido el ronin.

«Dime, ¿cómo la llamabas?».

El ronin no quería decirlo. Sentía como si careciera de permiso para nombrarla.

Hanrai consideró su silencio como resistencia.

«Que no tenga que sacártelo. Ve al grano: qué habilidades trabajaba. Me atrevería a decir que vuestra rebelión habría terminado mucho antes de no ser por ella. No es por desmerecer a los demás guerreros a los que entrenaste. Vosotros, los Sith, os agarráis a algo que los Jedi hace tiempo que han dejado atrás. Le dais mucha importancia al talento individual, lo cultiváis, lo presentáis en el campo de batalla… y a menudo nos disteis palizas. —Había utilizado un eufemismo para evitar tener que decir "matasteis"—. Nunca llegué a descubrir quién era el que diseñaba esas armas auxiliares para vuestra espada láser. Son objetos magistrales. He ido coleccionando todas aquellas con las que me he encontrado. Van directas a la cámara acorazada de mi casa. Algún día… —el señor había sonreído como con desdén, o con humildad afectada—. Los míos siguen diciendo que las tácticas de los Sith son deshonrosas. Puede que lo fueran… pero también eran brillantes».

Hanrai consideraba que le estaba haciendo un cumplido. Puede que, de hecho, aquella fuera la razón por la que había permitido que el Sith se quedara sus dos armas.

«Lo bien que os conocíais… la maestría que alcanzabais… todo eso me llevó a entender mejor mis propias habilidades. Mi maestro… que era mi padre… vio mi don cuando aún era muy pequeño. Yo tenía gran sensibilidad para concentrarme y era muy perspicaz. Se alegró. Pensó que serían buenas habilidades a la hora de manejar la espada. Nunca habría pensado yo que servía para algo más si no me hubieras puesto tú a prueba. Desde entonces, me esfuerzo porque mis estudiantes también quieran llegar más lejos».

Y, ¿qué habría enseñado aquel señor al estudiante que mejor conocía el ronin?

«Pero la bruja… las cosas que era capaz de hacer… resultan increíbles. Y lo de ahora…».

«Lo de ahora», porque era imposible negar las pruebas de que estaba utilizando sus habilidades y, al mismo tiempo, era la mejor manera de aceptar lo que esta había hecho. Los dos jóvenes Jedi. La joven guerrera Sith. Y el señor Hanrai le había hablado de varios más, lo que confirmaba los rumores que el ronin había oído de camino al espaciopuerto de Osou, en Genbara, y entre los turistas de Dekien. Estos guardianes eran, sencillamente, los primeros demonios que los Jedi habían conseguido capturar.

Cuando se había marchado, Hanrai también le había dejado el datapad, donde se detallaban las demás desapariciones. El ronin aún no lo había consultado. Esperaba que el señor creyera que aquello que veía no le importaba más que a un Jedi, que aquellos demonios vivientes eran el único argumento que necesitaba para presentar su caso. «Abandona esta herejía —le había dicho Hanrai—. Únete a los Jedi y rehazlos a tu imagen y semejanza».

«¿Está funcionando? ¿Es esto lo que quieres?».

—No lo sé.

—¿Cómo dices, señor? —le preguntó el guardia preocupado.

—¿No te han dado una nueva asignación?

Aquel era el mismo guardia que se había atrevido a hablar con él cuando aún estaba en la celda. El turno del joven había empezado hacía pocas horas, así que el ronin suponía que no habría terminado.

—Creo que piensan que yo podría hacerte cambiar de opinión —respondió el guardia.

—Tu señor es astuto.

Por el rabillo del ojo, el ronin vio que el guardia inclinaba la cabeza. Entendió perfectamente lo que quería decirle: «Deberías tener en cuenta que es muy probable que estén escuchando lo que hablamos».

Por supuesto. Él habría hecho lo mismo.

—No se puede culpar a tu señor por ello.

«Entonces, ¿de qué lo culpas?».

El ronin deseó, por primera vez en mucho tiempo, que la voz dejara de hacer aquello. Hacía un tiempo que había dejado de desearlo, cuando se dio cuenta de que no servía para nada, que era una frivolidad desear que las cosas fueran diferentes. No podía pararla. Sospechaba que, en realidad, no quería que sucediera, de igual manera que le costaba imaginarse quitándole la vida.

Le resultaba difícil apartar la vista de los demonios, que descansaban en sus celdas, inmóviles. Respiraban minuciosamente, pero ¿con qué fin?

—¿Los conocías?

—Sí, señor. Ogara dirigía mi cohorte durante nuestro tercer curso. Tsuden dirigía la meditación.

—¿Qué crees que habría que hacer con ellos?

—No lo sé. —El ronin captó duda en el tono del joven, y reprimenda, pero controlada—. Parecen ellos mismos, pero…

—Están muertos. Y no murieron por una buena causa.

«Y, ¿qué causa te satisface a ti?», se burló la voz.

«Tú —pensó el ronin—. En su día no necesité más».

La voz retrocedió. No le creía. Y no debería. Porque al final la había traicionado terriblemente.

Allí estaba la podredumbre: aquellos dos fantasmas, porque cualquier otra palabra no alcanzaba a describirlos, habían muertos a manos de otra… que lo perseguía porque él se había atrevido a perseguirla a ella primero. Porque el ronin llevaba mucho tiempo dedicándose a lo único que podía hacer con honor: dar caza a los Sith y matarlos y, durante veinte años, con aquello había tenido suficiente. No podía dedicarse a nada más. No, al menos, si la bruja había decidido contraatacar. No si pretendía que los Jedi tuvieran algo que decir. Y, si lo tenía todo en cuenta, ¿acaso no se convertía este terrible caos en un espantoso reflejo de lo que lo había llevado a actuar hacía tanto tiempo?

El ronin por fin miró al guardia. El joven no se movió, con los ojos bien abiertos y la barbilla alta. Ansiaba que su prisionero le diera alguna lección que mereciera la pena.

—Tu señor piensa que no creo en la verdad. Dile que es un idiota, que *conozco* la verdad.

Mientras hablaba, su mente se llenó con un espejo gigantesco, una divinidad con la altura de diez personas que reflejaba la oscuridad en la luz y la luz en la oscuridad. Solo de pensar en él se mareaba hasta el punto de sentir que iba a caerse.

—La verdad es sufrimiento. Es violencia sin justicia. Es el dolor inevitable de un mal que no se puede deshacer. Es la gente y el Imperio. Son los muertos. Ellos son la verdad. —Miró a los fantasmas, a los demonios de la bruja, que habían levantado la cabeza para mirarle, sin pestañear—. Yo soy la verdad.

En ese momento, resopló. Por él. Por todo.

—Aquí tienes otra verdad: no pienso servir a tu señor.

Hanrai había dejado claro que consideraba que tenía derecho a cambiar la galaxia al tiempo que acusaba a aquellos que tenían la misma ambición que él. Las personas así eran monstruos. El ronin lo sabía… porque él había sido así. Pero ya no. Ella también lo era, ahora que había elegido echar estos fantasmas a la pujante hoguera de la guerra.

Así que el ronin iba a seguir dedicándose, únicamente, a lo único que podía hacer y que le parecía justo: matar Sith.

El ronin adelantó la mano y dio como un tirón, como si hubiera en ella una tela que quisiera rasgar. El movimiento era innecesario, pero resultaba satisfactorio.

El *Reverente* chilló bajo sus pies. El ronin se quedó observando a través del cristal supertemplado que lo separaba de las celdas de abajo mientras el suelo en el que los fantasmas estaban arrodillados temblaba, se partía y estallaba. El suelo se abrió por debajo de ellos y el metal reforzado dio paso al espacio negro y a Dekien, que brillaba por debajo. Los fantasmas se desvanecieron por la brecha abierta en la nave y se perdieron allí donde no le servirían de nada a nadie.

El ronin se volvió hacia su guardia. El joven miraba por el cristal que los protegía de que el vacío se los tragara con la boca abierta, maravillado, sensación a la que no le había dado tiempo aún de convertirse en miedo.

—Yo llevaba un saquito. Me lo han quitado —le dijo el ronin—. ¿Sabes dónde está?

El guardia miró al Sith al que no había sido capaz de controlar y le preguntó:

—¿Por qué?

—Lo necesito para recordar.

Esa bolsita, con el kyber arrebatado, era su memoria de lo que había hecho y de por qué iba a continuar haciéndolo. No se podía permitir ni dudar ni olvidar. Esa era la raíz de la fragilidad que lo había llevado a la prisión de Hanrai. No podía comprometerse con nada excepto con cobrarse las muertes que les debía a los diferentes planetas, porque, si no se comprometía, ¿qué propósito tenía en la vida?

El joven le contó al ronin lo que sabía. A cambio, este le aconsejó que huyera. Resultó que el joven era sabio.

B5-56 seguía escondido, a la espera de que su señor le dijera qué tenía que hacer. El droide tenía fe tanto en su señor, como en los planetas y en la Fuerza, y muchas veces durante los últimos veinte años, el ronin había considerado esperanzadora su actitud.

Ahora, en cambio, era una dificultad. Cuando le contó a B5 adónde pretendía ir y por qué, el droide imaginó cómo pretendía hacerlo y se mostró en contra. Aunque no por mucho tiempo, porque el ronin le prometió que tenía la sana intención de sobrevivir y, después, le pidió que lo ayudara a conseguir que así fuera.

Era justo lo que tenía que decir, porque B5 se preocupaba por él. Aunque tampoco es que el ronin le hubiera mentido. Pretendía dejar el *Reverente* sin tener que dejar de respirar para ello. Porque, ¿en quién podía confiar para que acabara con la bruja si no en él?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

EKIYA CONSIDERABA que podía perder la cabeza en cualquier momento en las próximas… en las horas que tardasen en recuperar el cargamento y escapar del acorazado. Siempre y cuando lo consiguieran y no acabaran churruscados en la espada láser de algún Jedi diligente.

Tampoco es que tuviera mucha alternativa, teniendo en cuenta lo que había permitido que le arrebatasen. Ella era la que había pedido cargar con el peso de los fantasmas de Rei'izu. Ella era quien tenía que recuperarlos.

Por lo menos, Zorre y Kouru habían llegado a una especie de acuerdo. Ninguna se comportaba como si hubiera ganado la discusión y habían permanecido calladas incluso cuando habían llegado al hangar del *Reverente*, que las esperaba como una gran boca abierta. Pero pronto iban a tener que hablar, porque, desde luego, ella no iba a salir al parque de atracciones de unos Jedi si no trazaban algún plan.

—Para empezar, lo que deberíamos hacer es apartarnos de la vista —comentó Zorre.

Al parecer, con eso no quería decir «a salvo en la bodega de carga del *Cuervo Humilde*». En cuanto la tripulación autorizada empezó a bajar por la rampa de salida, Zorre apremió a Ekiya y a Kouru para que salieran todas justo por detrás.

Ekiya se dio cuenta de que el caballero Jedi no había bajado —¿no era ese el que había reconocido a Zorre?— justo cuando el hangar del *Reverente* se quedó a oscuras.

Completamente a oscuras. Excepto por la luz que daban las centelleantes estrellas que relucían a través de la entrada del hangar, que seguía abierta. Por un momento, Ekiya pensó que quizá se estuviera disociando. Fue entonces cuando se encendieron las luces de emergencia en la zona baja de las paredes. Unas tiras rojas finísimas identificaban las tripas de los cazas perfectamente alineados que las habían escoltado desde Dekien, y, por todos lados, siluetas con forma de personas se movían como a cámara lenta, llamándose las unas a las otras.

Kouru, como si fuera idiota, empuñó una de sus espadas láser. Ekiya le pegó un golpe en la mano antes de que a la Sith le diera tiempo a activarla y sacó una pequeña vara de luz del chaleco. Cuando la encendió, Kouru puso mala cara, pero, por suerte, permaneció callada.

El radio de acción de la luz de Ekiya también dejó a la vista, a pesar de la máscara, que Zorre estaba frunciendo el ceño.

—Yo diría que esto se debe a que a *alguien* le está dando otra pataleta —soltó Zorre con tono jocoso.

—¿Esto lo ha hecho el viejo? —preguntó Kouru.

A modo de respuesta, de pronto se desactivaron los generadores de gravedad. Aunque solo durante unos instantes. Ekiya se dio cuenta porque, durante un escaso y emocionante segundo, sintió como si no pesara nada y, de pronto, un brusco tirón la llevó a que sus pies cayeran sobre la cubierta con fuerza. Se equilibró para no caerse

y, teniendo en cuenta la cantidad de gritos y maldiciones que se oyeron a continuación por todo el hangar, le pareció que había salido con bien de lo sucedido.

—Deberíamos considerarnos afortunadas de que el *Reverente* sea demasiado grande como para que lo ponga completamente patas arriba —comentó Zorre—. Seguidme, que la bodega principal tiene que estar por aquí.

Se unieron al personal que escapaba del hangar para buscar refugio en los pasillos del *Reverente*, que, al parecer, consideraban más seguros. En parte, Ekiya esperaba que Kouru se rebelase y se fuera por su lado, pero la Sith se mantuvo con ellas. Eso sí, con el ceño fruncido y la boca cerrada.

Habían hablado al respecto. Que, por mucho que Kouru fuera a querer desmarcarse, sin la influencia de la magia mental de Zorre —o lo que fuera— no tardarían ni cinco segundos en descubrirla y detenerla.

En un momento dado, mientras se apresuraban por un pasillo cuyas luces no dejaban de parpadear, Ekiya cruzó la mirada con la Sith. La Sith torció la boca incluso más de lo habitual. Ella también se había fijado.

El personal del *Reverente* las miraba de vez en cuando, pero nunca durante mucho rato. Normal, estaban teniendo una emergencia. En cualquier caso, cada vez que las miraban, lo hacían durante un instante más que en Dekien, cuando iban por el espaciopuerto del gran señor.

De momento, la influencia de Zorre seguía resultando eficaz, pero pronto tendrían que dejar de confiar en ella.

Uno de los Jedi que iba en mitad del grupo en el que corrían, uno de los guardianes que había venido en uno de los cazas de escolta, se fue quedando atrás poco a poco. Se llevó un comunicador al oído y dijo algo a toda prisa por él. Zorre bajó el ritmo para quedarse a su altura y se acercó lo suficiente como para ponerle una mano en el hombro:

—¿Qué dicen?

—Que el maestro Sith ha escapado. En cuanto a los demonios…

Se quedó callado de golpe debido a una explosión. No había manera de saber de qué se trataba ni dónde había sido, pero Ekiya reconoció el sonido percutor y el eco que viajaba por toda la cubierta metálica del *Reverente* y que notaba en sus pies.

En el pasillo empezaron a sonar la sirenas, escandalosas, y las luces no tardaron en parpadear, vivas ahora, ahora no. Otra explosión hizo que se estremeciera el suelo.

Zorre apretó el hombro del guardián:

—Ve a ayudar.

El guardián asintió. Dio una voz y un grupo de gente giró con él en la siguiente intersección, corriendo a toda prisa. Zorre les hizo señas a Ekiya y a Kouru, y se quedaron atrás mientras el resto del personal seguía corriendo hacia delante.

En cuestión de segundos, allí solo quedaban ellas y esa oscuridad que solo lo era a medias.

Zorre señaló un panel en la pared en el que había una cerradura disimulada.

—Es una conserjería —les explicó—. Aquí debería haber una terminal. Con ella podremos confirmar la situación de los cambios recientes en el manifiesto de carga y,

con un poco de suerte, también descubriremos qué está haciendo nuestro amigo del ceño fruncido. Ya sabéis, el grandote.

Kouru enseñó los dientes.

—¿Y eso? —Ekiya señaló la cerradura.

—¿¡Eso!? —le soltó Zorre—. ¿Acaso no puedes…?

—¿¡Acaso tengo pinta de pirata informática!? —comentó Ekiya justo en el momento en que Kouru activaba la espada láser del haz rojo y la clavaba en la puerta.

—¿¡Qué!? ¡Tenemos prisa, ¿no?! —contestó la Sith a sus miradas antes de pegarle una patada al panel.

A los lados de la conserjería había productos de limpieza y, por suerte, la terminal, que estaba al final del puesto, despertó en cuanto Zorre empezó a toquetear su teclado.

Pero no todo iba a ser buena suerte. Después de que Zorre llevara un minuto peleándose con el teclado y hubieran empezado todas a sudar, Ekiya le preguntó:

—¿La has bloqueado?

—No, no es eso. Es que la interfaz es… ¡es nueva!

—¡Serás vieje! —Ekiya le empujó a un lado—. Dime qué es lo que tengo que buscar.

La piloto le pidió a Kouru que montara guardia en la puerta por miedo a que la Sith también fuera a intentar resolver aquel problema con una espada láser. Zorre miraba por encima del hombro de Ekiya, dándole las palabras clave que necesitaba a medida que esta avanzaba por entre los datos.

Era una labor meticulosa e imprevisible. De vez en cuando, las luces se apagaban y la terminal se quedaba a oscuras. En una ocasión, la terminal se reinició y tuvieron que esperar, presa de los nervios, completamente a oscuras, antes de que volviera a estar operativa.

Mientras Ekiya desechaba otro manifiesto, otra detonación hizo temblar el suelo. ¿Más cerca esta vez? Era incapaz de dar con pista alguna de sus reliquias en la bodega principal del *Reverente*… pero es que tampoco las encontraba en los almacenes secundarios, ni en los terciarios… Estaba peleándose con los permisos para acceder a unos informes de almacenaje de la tripulación cuando Kouru empezó a maldecir y entró de un salto a la conserjería.

Ekiya se volvió a toda prisa justo cuando una figura tocada con un sombrero que le resultaba familiar y que le llegaba por la cadera se detuvo frente a la conserjería y empezó a murmurar insistentemente al ver las marcas de la puerta.

—Pero… ¡B5, ¿eres tú?! —exclamó Ekiya desde la consola—. ¿¡Dónde te habías metido!? ¡Corre, entra!

B5-56 no dejaba de disculparse.

—¿Cómo que has estado «ocupado»?

B5 soltó un silbido inocente, inocuo.

—¿¡Destruyendo qué!? ¿¡Por qué!?

—Una distracción —comentó Zorre—. Entiendo. Entonces, ¿qué es lo que está buscando nuestro amigo?

B5 empezó a deslizarse mientras seguía disculpándose, pero Kouru adelantó una mano de golpe y levantó el astromecánico medio metro del suelo.

—¡Maleducada! —le gritó Zorre.

—¡No! —le respondió la Sith de malas maneras—. Dime, ¿dónde está el viejo?

La respuesta de B5 hizo que a Ekiya se le escapara la risa.

—¿¡Quién es ahora la maleducada!?

Mientras se maldecía, Ekiya pensó que aquella no era la cuestión. La cuestión era que estaban atrapadas en aquel acorazado imperial, independientemente de lo que le estuviera sucediendo —independientemente de lo que B y Frunces le estuvieran haciendo—, y que, en parte, era culpa de ella.

Podría haberlo dejado estar y haberles pedido a Zorre y a Kouru que esperaran en Dekien, por lo menos hasta que encontraran una decena de maneras menos peligrosas de recuperar las reliquias —y puede que al ronin—. Pero no, ella tenía que hacerlo ya. Bueno, pues ahora no les quedaba otra que seguir adelante.

—B, por favor… —le dijo con el tono más sincero que fue capaz de poner.

El ojo azul del droide parpadeó a toda velocidad una, dos veces, y, por un instante, mientras el *Reverente* se sacudía de nuevo, fue la única luz que había en su mundo.

Luego, miró a Kouru y se quejó. Por orden de la piloto, la Sith dejó en el suelo al astromecánico y este proyectó un mapa parpadeante del *Reverente*. En él aparecía indicada con un punto intermitente cuál era su situación actual y cuál era el punto que representaba a Frunces, su destino.

—¿¡Un almacén privado!? —exclamó Ekiya—. Y, ¿le habrán quitado la espada láser?

—Quizá —respondió Zorre como si, en realidad, quisiera decir «lo más probable es que no»—. En cualquier caso, eso simplifica un poco las cosas. Dado el valor de tu cargamento, Ekiya, seguro que el buen señor Hanrai ha guardado su botín en el mismo sitio. B5, ¿podrías decirle a tu señor que queremos reunirnos con…?

La petición de Zorre la ahogó un estruendo. Por debajo de ellas, la nave chillaba, se quejaba. Las luces se apagaron y no volvieron a encenderse. En el pasillo se encendieron las luces amarillas de emergencia. Durante un oscurísimo minuto, lo único que oyeron fue el horripilante y lejano crujido del metal.

—Está haciéndolo una vez más —dijo Kouru.

Por primera vez desde que Ekiya la conocía, no parecía que la Sith hablara enfadada.

—¿Qué está haciendo una vez más? —preguntó la piloto a pesar de que le diera miedo lo que pudiera responderle la joven.

En aquel tenue resplandor amarillento, Kouru miraba como al vacío, fascinada y aterrada al mismo tiempo.

—Está haciendo trizas la nave.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

KOURU OYÓ QUE EKIYA maldecía y que Zorre también decía algo similarmente duro —«¿¡Que está haciendo trizas… la nave!?». Sin embargo, había momentos en los que su enfado y su miedo se desvanecían y volvían a utilizar el lenguaje de la estrategia y la supervivencia, —«¡Tus fantasmas, Ekiya…!», «¡No me vengas con eso de "fantasmas", Zorre, son personas! ¡Ante todo son personas!»—.

Kouru quería participar. Aquel silencio la avergonzaba, pero el mecanismo de sus pensamientos se había sumido en un estado en el que apenas se movía. Así que, cuando por fin habló, las palabras le salieron como una explosión de sonido mortificadora que tenía mucho menos que ver con el lenguaje que con la sorpresa.

Zorre le había puesto la mano en el brazo. Siempre había pensado que era muy probable que no le gustase que elle la tocase. E, igual que no había dicho nada durante un buen rato, tampoco hizo nada para que Zorre apartara la mano.

—La clásica táctica de los Sith, ¿eh? —comentó elle. Su tono no era ni jocoso ni lisonjero y Kouru se dio cuenta de que esa era la razón por la que no estaba enfadada con elle—. Poner en peligro a tantos inocentes como sea posible para mantener a los Jedi, que solo obedecen a su moral, ocupados de manera que solo los más audaces te persigan. Supongo que por algo se habrá convertido en un clásico. Menos mal que nosotras estamos advertidas.

—¿¡Qué!? —Kouru estaba tan contenta de que su lengua hubiera funcionado que ni siquiera se paró a pensar en lo que había dicho.

—Nuestra diligente Ekiya quiere volver al hangar para ayudar en las labores de evacuación…

—No intentes zafarte de esto, porque tú también vas a venir —le soltó la piloto a Zorre.

Zorre apretó un poco más el brazo de Kouru.

—Me ha convencido de que esta habilidad mía nos va a ser beneficiosa en esta situación.

Kouru torció la boca, molesta. Entendía lo esencial, que el control que Zorre tenía de la corriente negra le pedía que guiara a la gente asustada hacia un lugar más seguro, pero cada vez que pensaba en esos zarcillos negros colándose en los cerebros más desprevenidos…

«Concéntrate».

La voz de la bruja fue como un rayo gélido dirigido al corazón de la Sith. La joven se envaró al notar la mano de Zorre. Poco después, la soltó.

—No eres tú —musitó.

Se arrepintió de inmediato.

—Disculpa —le dijo Zorre—, pero, si se mete tan insistentemente en tus asuntos… puede que te resulte liberador hacer lo que ella preferiría que no hicieras. Quiere que mates a nuestro amigo. No estoy diciendo que tú no lo quieras, solo que ella también lo quiere, y mucho, y que quizá pudieras hacer… que se esperase.

—Tú lo que quieres es que sea yo la que vaya a por él.

—Y que esté vivo cuando nos lo traigas. Considéralo una prueba de libre albedrío.

Kouru sacudió la cabeza antes de ponerse a pensar más profundamente en el asunto.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En el hangar, si puedes. Si no… —Zorre tocó el sombrero de B5 y en un lateral del droide se abrió un compartimento en el que había una muñequera que se parecía a la del anciano—. Nosotres daremos contigo.

Kouru se puso la muñequera antes de que nadie se lo dijera. Zorre le tradujo lo que decía B5 mientras se la ponía. La luz azul de la muñequera parpadeó ligeramente. Estaba conectada con la del ronin y, cuanto más cerca estuviera de él, más parpadearía. E iba a tener que marcharse cuanto antes si quería llevar a cabo su búsqueda en una nave capaz de navegar. Ekiya metió baza para sugerirle que siguiera las arterias principales a pesar de que fuera a encontrar más tráfico por ellas. La mayoría de las personas solo pensarían en escapar, como para preocuparse por una mujer que avanzaba en dirección contraria.

La bruja permaneció en silencio, aunque puede que, de no haber sido así, Kouru hubiera intentado sacarse la voz por las orejas.

Aquello le dio que pensar, pero antes de ponerse con su misión, se llevó la mano al cinto y le lanzó a Zorre su espada láser. Este se mostró tan sorprendide que el arma se le cayó. No obstante, cuando la recogió, sujetó la empuñadura de cuero con fuerza. Kouru dejó la conserjería.

Al hacerlo, entró en un mundo definido por aterradores intervalos entre desgarros salvajes y silencios llenos de crujidos. Resultaba inquietante lo vacíos que estaban los pasillos, excepto en los cruces, que se encontraban llenos de gente que pretendía escapar —tanto personal uniformado, como personal vestido de civil y Jedi—. Kouru se pegaba a los lados para dejar que estas masas vociferantes pasaran. En una ocasión, un oficial que iba solo intentó obligarla a que diera la vuelta. Kouru le pegó un empujón y siguió corriendo.

El primer obstáculo que encontró fue una gigantesca brecha cuando la cubierta que tenía justo encima se derrumbó sobre la cubierta por la que ella iba. La Sith oyó gritos que resonaron en la parte trasera de su cráneo… convertidos en compañeros de un recuerdo vago de otra nave que se había roto. Apretó los dientes al notar que le temblaban los brazos y las piernas y siguió adelante. Sin parar.

La cubierta superior se había roto de tal manera que se había caído hasta encontrarse con la de abajo. Algunas personas se habían precipitado desde arriba. A otras las arrollaban soportes que se caían. Otras se esforzaban por sacar de entre los escombros a sus camaradas atrapados, que no dejaban de dolerse y lamentarse. Kouru los dejó a todos atrás y consultó la muñequera mientras ascendía. El aparato parpadeaba un poco más rápido que antes. Siguió recto.

Aquello no duró mucho. Al final de un pasillo en el que había una luz intermitente, la joven se topó con unas puertas cerradas. Kouru no conseguía abrirlas y el teclado que había a un lado tenía una brillante luz roja de advertencia. La Sith no oía nada a través de las gruesas capas de duracero y no tenía ni idea de cómo saber

qué podía haber al otro lado. ¿Un montón de escombros y cadáveres? Los muertos no le daban miedo. Ahora bien, si era una parte del casco rota que daba al vacío… Kouru sintió un escalofrío.

El parpadeo de la muñequera —cuya utilidad era un mero supuesto— iba a menos cuantos más caminos iba teniendo que dejar. Pero es que era imposible moverse con seguridad por un acorazado imperial que se estaba desintegrando. Había pocos ramales y pasillos y nunca sabía si había elegido bien hasta que no se encontraba en un callejón sin salida.

«Vuelve a la última intersección y gira a la derecha. Allí hay un pasillo de mantenimiento que lleva a una terminal de transporte».

El propio cuerpo de Kouru corcoveaba por efecto del desagrado.

—¡Cállate! —Al mismo tiempo, miró la muñequera, que, si bien seguía parpadeando, era imposible determinar si lo hacía más rápido o más despacio que un minuto antes—. Genial —dijo refunfuñando.

La bruja no dijo nada mientras Kouru daba la vuelta y, además, a entender de la Sith, su presión se volvió ligeramente más suave, como un muelle que ha saltado. ¿Se sentiría aliviada la bruja? Kouru puso mala cara. Eso tampoco le gustaba.

En cualquier caso, ella tenía que seguir. Giró a la derecha en la intersección que le había dicho y siguió el pasillo hasta que se encontró frente a otra puerta cerrada, esta, al parecer, porque no funcionaba bien. La bruja la dirigió de nuevo. La llevo adelante, siempre adelante, hasta que llegó un momento en que, cada vez que Kouru comprobaba la muñequera, se daba cuenta de que la luz cada vez se mostraba más fija.

A medida que avanzaba se topaba con menos personas y los sonidos se volvían menos frecuentes. Ahora, cuando oía algo, su inmensidad la atontaba y le robaba el aliento durante unos segundos.

Adelante.

Por fin, se encontró en un puente cerrado desde el que se veía un muelle con toda una armada de vehículos terrestres entre los que había, aproximadamente, una decena de caminantes de cuatro patas con la forma de bueyes, jabalíes y otras bestias enormes. Los demás estaban adornados con las galas típicas del Imperio: cuerdas y borlas sagradas, banderines bendecidos y otras que Kouru no veía desde el gran reclutamiento de Rei'izu.

Cuando iba, más o menos, por la mitad del puente, Kouru vio un destello en el muelle y se vio atraída por él. Resulta que el muelle tenía una gran grieta.

El muelle empezó a ceder casi de inmediato y el vacío empezó a tragarse todo lo que no estuviera amarrado. La oscuridad tiraba de todo con fuerza, incluso de aquello que estaba atado, que se esforzaba por liberarse mientras el muelle se iba rompiendo en pedazos. De los mamparos salían chorros de fuego y la gravedad estaba ausente.

Kouru se quedó mirando tan fijamente la escena que, en un momento dado, notó que le dolían los ojos. Tan solo escuchaba su respiración. Su campo de visión se redujo, se centró en un transporte equino que salía disparado hacia la negrura y, después, en un vehículo de mantenimiento que se agitaba como una cometa al final de su cuerda.

Ver aquello la sumió en una pesadilla. Se desataron en su cerebro unos recuerdos de caras constreñidas por el miedo que desaparecían en pasillos oscuros, de horripilantes chillidos inorgánicos, de su maestra, que la guiaba hacia delante, del miedo que la anulaba, porque, de lo contrario, se habría dado cuenta de que no estaban persiguiendo a ningún saboteador, sino huyendo de lo que este estaba haciendo. Pero ahora no había nada.

Tendría que haber sentido mucho más que eso. Horror. Pavor. Alguna especie de dolor. No era la primera vez que era testigo de este tipo de destrucción… y aquella vez había sido el terrible final de la vida que conocía, de ella misma.

Kouru odiaba el descomunal espacio, siempre al acecho, con su insensible voracidad. No, no es que lo odiara, lo temía. Sin embargo, en esta ocasión, a pesar de ser consciente de que ya había vivido este miedo durante la caída de los Sith… nada. No sentía nada.

¿También le habría robado esto la maldita bruja?

—Pero ¿por qué? —le siseó Kouru a la vacía oscuridad. Porque, si no era capaz de sentir miedo, la ira la volvería avara… siempre que siguiera siendo ella misma—. ¿Qué quieres, que te resulte más útil? ¿Que sea más obediente?

La bruja no paraba de decirle que se dejase llevar. «Déjate llevar». La Sith estaba dudando.

«Yo lo único que quiero es que recibas lo que se te debe. Si te pido que te dejes llevar es para dártelo».

Kouru se giró como si la bruja estuviera allí y fuera a poder responderle a la cara, pero no, no estaba allí. Nunca estaba allí.

Kouru, no obstante, no estaba sola. La luz de la muñequera parpadeó y destelló.

El viejo había entrado en el pasillo en el que estaba Kouru. No lo había visto acercarse y solo fue consciente de él cuando pasó por su lado. El pasillo era lo bastante ancho como para que no se tocasen. Iba a tener que echar a correr para alcanzarlo. Estaba preparada.

Él no la había visto.

En un instante, Kouru olvidó por completo lo que le había pedido Zorre —que desafiara a la bruja salvando al viejo—. Porque ella lo que ansiaba con todas sus fuerzas era acabar con su vida. La Sith no tenía rehenes, no tenía ventajas, pero anhelaba con cada pedazo de su ser que el ronin muriera… y ser ella quien le arrebatara el último aliento.

Pero permaneció quieta, mientras pasaban los segundos, con la mano agarrando con fuerza la empuñadura que le había robado al viejo.

Kouru conocía bien los puntos fuertes del ronin. Sus movimientos eran sensatos, y él era astuto y siempre estaba atento. Se había anticipado a ella en sus dos combates, observando con gran atención cada uno de los movimientos de la Sith a pesar de que pareciera que estaba concentrado en otra cosa.

Al pasar por su lado, ni había bajado la velocidad ni se había vuelto; en todo momento había seguido mirando hacia delante. Kouru no quería pensar que esto pudiera deberse a que tenía ventaja. Sabía que no tenía que infravalorarlo, teniendo en cuenta que ya la había matado.

Aun así, y si bien no lo comprendía, se sentía como si la hubiera ignorado. No, ignorado no… como si no la hubiera visto. Como si fuera un fantasma en el más amplio sentido de la palabra.

Tanta duda tuvo un precio. El viejo salía ya del puente y entraba en la siguiente sección del *Reverente*. Acto seguido, el puente empezó a retorcerse mientras crujía haciendo un ruido aterrador.

«¡Arriba!».

Kouru solo tenía tiempo para obedecer. Por encima de ella había una ventanilla de ventilación. La cortó con la espada láser a toda velocidad y subió de un salto y entró por el agujero tan rápido que se quemó las palmas con el borde al rojo mientras se aupaba.

«¡Hacia delante!», le urgió la bruja.

Kouru estaba confundida. Por debajo de ella, el metal gritaba. Se imaginaba el puente cayéndose. Enseguida sería presa de las mismas distorsiones que habían sufrido los vehículos del muelle minutos antes. Apoyándose en la necesidad de gritar, siguió adelante, adelante, hasta que llegó adonde el conducto de ventilación se juntaba con la red de ventilación del resto de la nave.

Una luz de advertencia parpadeaba ansiosamente en la parte superior y era la única iluminación de la Sith, su estrella guía.

«¡Más rápido —le siseó la bruja—, que ya han activado los protocolos de emergencia y pronto cerrarán el punto de ruptura!».

Kouru no podía malgastar aliento maldiciendo. Corrió, se deslizó por la cubierta, empujada por las oleadas de corriente negra que alcanzaba a sentir…

… Y se detuvo, derrapando, a dos metros de la puerta de seguridad que acababa de cerrarse por detrás de ella.

Kouru temblaba mientras respiraba hondo y se arrodillaba en la oscuridad en la que estaba encerrada. El latente aire del sistema de ventilación le congeló el sudor en el cuello y sintió un frío tremendo en las tripas. Quería dejar en blanco la mente, vaciarla de todo menos de la llama blanca que vivía en su interior.

No podía dejar de pensar en el viejo, en cómo había pasado por su lado, completamente insensible a su presencia. Tan solo le había visto el rostro durante una fracción de segundo. ¿Qué estaría sintiendo, que hacía que pareciera tan vacío por dentro? Como una marioneta tirada por cuerdas… o un demonio de los de la bruja…

Corría hacia delante. Hacia delante. Igual que había hecho ella. Igual que seguía haciendo, persiguiendo lo que la bruja quería… por mucho que hubiera decidido que iba a oponerse a su manipulación. ¿Qué lo movía a él? ¿Qué quería él?

Kouru lo entendía en parte, pero solo porque Zorre se lo había contado. Ella tampoco había dejado de pensar en ello después de que, en Genbara, se hubiera dado cuenta de que el viejo quería matarla. Y la había matado. Y, ¿después?

Después, lo había perseguido, sin pensar o imaginar otra cosa que no fuera cómo lo mataba; y, ahora, consciente de lo que él pretendía, tenía incluso más ganas de matarlo. Si el viejo estaba buscando a esa que le había devuelto la vida a ella, iba a tener que protegerla. Pura y dura supervivencia.

Pero es que odiaba esa voz que le susurraba por dentro y que hacía que se moviera en contra de su voluntad. ¿Merecía la pena persistir si lo único que se le permitía hacer era eso, persistir?

Kouru resopló despacio en aquel estrecho borrón de oscuridad que era aquella diminuta esquina de la nave que se desintegraba. No se engañaba acerca de cuál era su lugar en la galaxia. Había sido una hija deseada, pero a sus padres no les habían permitido quedársela porque la Fuerza decía que les pertenecía a los Jedi y, claro, los Jedi eran propiedad de los señores.

Hasta que los Sith no decidieron que estaban interesados en pertenecerse a sí mismos, Kouru no probó la libertad… un sabor que siempre había estado teñido de sangre, de sudor y de la muerte de aquellos que no soportaban que no quisiera pedirle permiso a nadie para respirar. Aunque tampoco había durado.

Después, ella había querido seguir perteneciéndose a sí misma, y lo había intentado. Ahora bien, con la perspectiva que proporcionaba la muerte, podía decir que, en realidad, era al dolor y a la furia a quienes había pertenecido realmente. Y, ¿ahora? Kouru apretó los puños para sentirse dentro de sí misma. ¿Ahora?

Ahora Zorre, a quien odiaba, le había pedido que salvara a un hombre que ella odiaba para desafiar a una bruja que desdeñaba. No tenía respuesta. No tenía un deseo que mereciera la pena. No había salida.

Mareada por aquel ensimismamiento cíclico, fue culpa de Kouru que, cuando el conducto en el que estaba se inclinó en un ángulo muy agudo, se cayera por él.

Se aferró a la corriente negra para ralentizar la caída, e iba ralentizándola poco a poco hasta que chocó con una rejilla y se quedó sin aire.

Kouru resolló, molesta durante unos instantes porque tuviera que seguir presente en un cuerpo que tenía que soportar dolores tan innecesarios y frustrantes.

La llama blanca avivaba esa frustración mientras se esforzaba por girarse y golpeaba la rejilla con la mano. El metal se retorció por el golpe. Cuando volvió a golpearlo, la rejilla cayó al suelo traqueteando.

O puede que fuera una pared. Cuando Kouru salió del conducto de ventilación, apareció cerca del suelo de un pasillo escorado. Por lo menos, podía cruzar la empinada rampa hasta donde llegaba el pasillo y seguir hacia su ostensible objetivo. Por el final, el pasillo estaba roto y había quedado colgando de una serie de cables ahora deshilachados. Kouru se dejó caer al suelo con cautela y se balanceó ligeramente.

Mientras se ponía de pie en equilibrio, se dio cuenta de que no estaba sola. Durante un tiempo no había visto más que al viejo. Esta persona, en cambio, la estaba mirando directamente a los ojos, así que estaba claro que el viejo no era. Kouru enseguida la reconoció y ella reconoció a Kouru también enseguida.

En lo alto de la rampa en que se había convertido el pasillo roto estaba la anciana que Kouru había tirado de la plataforma del santuario en las Cavernas de Seikara. Recordaba que se llamaba Chie. Chie llevaba un brazo en cabestrillo y, cuando adoptó una posición de combate, Kouru notó que le temblaba la pierna que había dejado atrás. Aun así, en su mano buena la anciana llevaba un bastón cuya punta brillaba. El remplazo de la electrovara que Zorre le había cortado en dos en Seikara.

Kouru torció la boca. Chie no era rival para ella, pero le iba a quitar un tiempo precioso.

—Anciana, no. —Una interrupción. Un twi'lek con ropa de aprendiz apareció por detrás de la mujer. El joven no quitaba ojo a Kouru y la Sith veía convicción en su postura. Le irritó darse cuenta de que le agradaba—. Por favor, llévate a los otros…

Chie chasqueó la lengua.

—Yuehiro.

Yuehiro, el aprendiz, sacudió la cabeza con la atención aún puesta en la Sith.

—No, anciana.

—No ¿qué? —Chie le golpeó con la vara en el tobillo y se puso por delante de él. No se molestó en esconder su cojera. En cambio, la mirada con la que se enfrentaba a Kouru parecía de acero—. Sith, no es a nosotros a quienes buscas. Sigamos cada una por nuestro camino y no nos hagamos perder el tiempo.

Kouru se dio cuenta de que había más aprendices. Cinco más, por lo menos, todos ellos jóvenes, más incluso que Yuehiro. Aunque no es que el fiel fuera mayor. Eran todos, prácticamente, niños. Aun así, más de uno estaba deseando enfrentarse a Kouru, si esta los atacaba. La Sith vio la desesperación y la ferocidad en sus ojos, relucientes, mientras la miraban.

Y la reconoció. La reconoció como reconocía que el estruendo que se oía por encima de todos ellos era otro pedazo del *Reverente* que quedaba flotando en el vacío, sobre Dekien. Lo reconoció como reconocía el ángulo amplio de la postura de Chie mientras la anciana se ponía entre los niños y lo que pensaba que podría matarlos. Y lo pensaba porque Kouru le recordaba —debido a su fea disonancia— al último de los suyos que había visto antes de que su nave empezara a descoserse poco a poco, destruida por el hombre que había traicionado a los Sith.

No, su problema no iba con Chie y un puñado de niños. Aunque quizá tuviera que ver con ellos.

Kouru se dio la vuelta. Señaló con la cabeza el pasillo que había por encima de ella:

—Por ahí.

Yuehiro miró a Chie, que no se movió. El joven decidió no moverse tampoco. Los demás aprendices se pusieron tensos.

—Si quisiera mataros, ya lo habría hecho —soltó Kouru—. Venga, que sé por dónde ir.

Chie ladeó la cabeza, pensativa. Luego, les hizo un gesto a los aprendices para que fueran hacia donde decía la Sith. La miraron con expresiones que denotaban diferentes grados de miedo y confianza, pero todos la obedecieron.

Yuehiro iba el primero y se puso en la punta del pasillo, justo enfrente de Kouru. A Kouru le sorprendió que más de uno de los aprendices necesitara ayuda para bajar la rampa y para que los pasaran al siguiente nivel. Yuehiro los empujaba hasta la plataforma o los sujetaba con la corriente negra de aquellos a los que les costaba descender por la rampa, guiándolos poco a poco hacia él.

Chie bajó sola, apoyando una mano en la pared.

—Qué situación tan interesante —señaló cuando se detuvo junto a Kouru.

—¿Qué les pasa? —le preguntó la Sith—. ¿Están heridos?

Chie le hizo un gesto con la mano, como si la reprendiera.

—No todos los niños saben correr. Venga, ayúdame a subir.

Kouru se dio cuenta de que la anciana decía la verdad. Un niño podía tener facilidad con la Fuerza, pero que le faltaran las aptitudes físicas que los señores querían ver en sus Caballeros. Todo niño que tuviera esta tara estaba condenado a ser un guardián, si es que sobrevivía hasta entonces. Kouru había conocido a muchos aprendices como sus compañeros —los niños que habían rescatado los Sith—.

Aquel recuerdo la llevó a enseñar los dientes, pero ayudó a Chie a auparse hasta el siguiente nivel. Solo quedaban Yuehiro y ella. El joven miraba a Kouru con bravura, con la barbilla levantada.

—Eres una Sith. Dime, ¿eres como él?

—¡A mí no me insultes!

Curiosamente, Kouru notó que la tensión desaparecía de los hombros del muchacho, que asintió y saltó hasta el siguiente nivel y permitió que la Sith lo ayudase.

Chie y los niños ya iban por la mitad del pasillo en dirección a la siguiente intersección. Kouru miró por encima del hombro, al camino por el que habían venido… el corazón de las estancias de los Jedi, adonde B5 aseguraba que iba el viejo.

La bruja no dijo nada, pero Kouru sintió su deseo. Deseaba que Kouru lo persiguiera.

Kouru se dio la vuelta.

Tenía más de una manera de vengarse de todos ellos: del traidor, de la bruja y de los demás. Una cosa sería matar al viejo, que no descartaba hacerlo, si es que este arranque de locura no acababa con él, y otra cosa sería negarle —y a *ella*— la gasolina que alimentaba sus fuegos.

Estos niños iban a vivir. No iba a darle más fantasmas a él… ni iba a darle más demonios a ella.

Si Zorre se mostraba en desacuerdo con su elección, bueno, pues que fuera elle misme a rescatar a aquel hombre execrable.

CAPÍTULO VEINTICINCO

EL *REVERENTE* ESTABA PERDIDO y Hanrai no podía salvar más que una parte de él. Sin embargo, el conocimiento era su vicio, Su manera de tener el control, así que, mientras se sumergía en las profundidades de su nave en ruinas, dejó que su atención se fijara en multitudes.

Observó la evacuación del acorazado. El personal rescataba a sus compañeros, y se preguntaba dónde podían estar los que faltaban y los buscaban. Sentía un tremendo orgullo al ver hasta dónde eran capaces de llegar por salvar todas y cada una de las vidas, de las valiosísimas vidas.

Había ordenado a sus Caballeros y a sus guardianes que ayudaran en todo lo que pudieran. Que recogieran a los que se hubieran perdido o, si su don era lo bastante grande, que se esforzaran por mantener unidas las secciones de la nave hasta que todos lograran escapar y ponerse a salvo. Trabajaron incansablemente y de manera desinteresada en nombre de su gente y eso hacía que estuviera tranquilo.

Justificaba la mentira que les había dicho para que se marcharan. Porque les había dicho que él iba a tomar una cápsula de escape que lo llevaría a Dekien.

«¡Te olvidas de ti mismo, señor! —lo había regañado un guardián la primera vez que había intentado quedarse—. ¡Tienes que marcharte! ¡Tienes que sobrevivir!».

Hanrai no se podía ir. Había sido él quien había cometido el error de llevar al Sith al *Reverente* y, por lo tanto, que todas aquellas vidas estuvieran en peligro era culpa suya. No podía enviar a nadie más a que se enfrentara a aquel hombre, tenía que hacerlo él.

Hanrai daba por hecho que iba a morir. Haber llegado a aquella conclusión hacía que se sintiera en paz. El sagrado quehacer de un Jedi consistía en morir al servicio de su señor. Pero, claro, si Hanrai era la persona por la que morían los demás, ¿cómo podía considerarse él honorable? Los otros señores le habrían respondido que sirviendo al Imperio y Hanrai habría asentido y se habría reído, pero solo por no discutir porque, en realidad, no habría estado para nada de acuerdo. Lo único que podía hacer Hanrai era dar la vida por sí mismo.

El Jedi que fue en su día le habría dicho que era un egoísta, pero aquella persona no había entendido todavía lo diferente que es un nombre cuando le pertenece a alguien a quien los demás juran lealtad. Ahora, Hanrai representaba mucho más que el cuerpo que ocupaba; y significaría algo para la galaxia que muriera por ella.

Era lo mismo que había hecho el Sith —el Señor Oscuro, el rebelde, el traidor, el meditativo, el atormentado— cuando se había negado a salvar a su señor para salvar a sus guardianes. ¿Se habría dado él cuenta en aquel momento de lo que estaba haciendo? ¿O, sencillamente, había dejado que su instinto protector se apoderara de su sentido de las consecuencias?

¿Qué estaría pensando mientras desguazaba el *Reverente*?

El tiempo de hacer esas preguntas había pasado. Hanrai había cometido un error. El Sith estaba demasiado roto como para reconstruirlo y Hanrai iba a tener que

matarlo. Si no lo hacía… De nada servía pensar en ello. Mataría al Sith y moriría por ello, y, a pesar de sus propias reprimendas, aquello sería tremendamente dulce.

Aunque, claro, habría sido mejor tener una razón para vivir.

En el momento en que pensó eso, la galaxia satisfizo su deseo. La galaxia era mucho más generosa de lo que la mayoría creía. Hanrai se dio cuenta de que no cazaba solo.

A medida que se internaba por las profundidades del *Reverente*, vio otra figura que se separaba de las frenéticas labores de rescate. En un primer momento, dicha figura dudó, porque su labor la interrumpió un pensamiento que hizo que desviara su atención. Entonces, hizo caso de aquel silencio que le había llamado.

La figura se escabulló del hangar y se sumergió en la nave quebrada. Nadie le seguía, en parte, porque era incomparablemente buene yendo adonde se suponía que no tenía que ir y en que le ignorasen mientras lo hacía. Hanrai también se sintió orgulloso de esto. Al fin y al cabo, había sido él quien le había enseñado todo lo que sabía sobre la sutileza.

Elle se abrió camino por los pasillos destrozados del *Reverente*, como un espectro que ondeaba por el rabillo de su atención hasta que tomó, por fin, una trayectoria que le llevaría a cruzarse con él. Aquello no era lo que Hanrai había pretendido, sencillamente, compartían destino. En cualquier caso, Hanrai estaba deseando reunirse con elle y no podía descartar la posibilidad de que sus anhelantes pies estuvieran acercándolos. Al fin y al cabo, el señor Jedi había albergado la esperanza de volver a verle durante mucho tiempo. Desde que se había enterado de que seguía vive.

Llegó justo después que elle. Idzuna estaba en la terraza más alta del jardín del imponente edificio de planta circular de ocho pisos en el que hacían vida los oficiales. Cada terraza, también había ocho, era un círculo, y sobre cada una de ellas brillaba una luz solar artificial. En aquel momento, los jardines estaban diseñados para que evocaran la sensación del otoño, que era la actual estación en el territorio de Watoru, el hogar de Hanrai.

En la más alta de las terrazas había un puente que llevaba directamente a la zona en la que se encontraba la casa de madera y papel en la que vivía el señor del *Reverente*. Fue en este puente donde Hanrai se encontró con su antigüe estudiante. Las luces artificiales parpadeaban allí tanto como en cualquier otro punto de la nave, lo que provocaba que el puente, la casa y el jardín estuvieran bañados por estériles sombras intermitentes. Hanrai llegó hasta donde estaba elle en uno de los escasos momentos en los que la iluminación se mantenía estable.

Idzuna hizo una pausa, se arrodilló y abrió los brazos. Una figura pequeña salió de la casa, cruzó el patio y bajó por el puente antes de lanzarse a los brazos de Idzuna. Le Jedi abrazó al tooka y este le devolvió la muestra de cariño con ronroneos tristones.

—¡Kyuu, tontuelillo mío! —murmuró Idzuna mientras se ponía de pie—. ¡Pero ¿qué haces aquí?!

—Lo he alimentado con pescado y grillos —dijo Hanrai mientras se aproximaba por el jardín—. Y de ti tampoco me he olvidado.

Idzuna seguía de espaldas. Aunque no del todo, sus hombros estaban prácticamente relajados. Seguía teniendo un control impecable sobre sí misme.

—La traición de Chie me dejó bien claro cuál era tu interés.

—Lo siento. —Hanrai se detuvo junto al arce enrojecido cuyas ramas crecían por encima del estanque. Las aguas del estanque se agitaban, excitadas, con cada vibración del *Reverente*—. Estabas tan interesade en esconderte… Concretamente, de mí. Como si me considerases una amenaza.

Fue entonces cuando Idzuna se volvió hacia él.

—Y es que lo eres.

—Te confieso… que me da miedo preguntarte por qué. Cuando desapareciste… tuve… tuve que decirles a tus padres que te había perdido.

Lo que Idzuna pensara de aquello, lo que sintiera, lo mantuvo contenido detrás de aquella máscara de teatro que llevaba. Sujetaba a Kyuu con cuidado, pero Hanrai se fijó en que era una postura forzada.

La cubierta se estremeció bajo sus pies. El propio jardín gimió al sentir que, pronto, todo él podía quedar destruido.

—Me temo que no tengo tiempo para que nos pongamos al día —comentó Idzuna.

Empezaron a bajar por el puente.

—Tienes razón. —Hanrai retomó la conversación—. Aun así, no te parecerá mal que diga lo que tengo que decir mientras nos dirigimos hacia nuestro objetivo.

Hanrai, diligente, se quedó un paso por detrás de su antigüe estudiante mientras este cruzaba el puente y el patio. Aquel jardín tan personal, diseñado para que el señor Jedi se relajase, había sido, en otra época, lugar de reunión de sus estudiantes. A menudo habían ido allí a debatir, bajo los árboles, o para competir y determinar quién era el que mejores habilidades acrobáticas tenía. Las ramas, cuidadosamente podadas para que el lugar pareciera una arboleda resguardada en mitad de un bosque más grande, temblaban. Al mamparo que tenían a la derecha lo recorría una grieta de un centímetro de grosor y por la fisura salían chispas azuladas. Era cuestión de tiempo que el jardín se incendiara.

Idzuna avanzaba sin prisa, a pesar de que un olor dulzón a quemado indicaba que había algún mecanismo debajo, detrás o dentro de la casa de Hanrai que se había roto. El tooka soltó un gruñido grave, molesto, e Idzuna le acarició la mejilla.

—¿Podrías decirme qué es lo que quieres?

—Lo que quiero… lo que quiero es que vuelvas a casa. Que sirvas al Imperio… a la galaxia… como hiciste en su día.

Esto le tocó una fibra sensible. Idzuna bajó el ritmo, pero poco. O puede que se hubiera parado del todo y que hubiera empezado a caminar de nuevo. Su silencio era la respuesta: no.

—No voy a preguntarte qué te pasó —dijo Hanrai— y no quiero que me lo cuentes si no quieres hacerlo, si no puedes hacerlo aún… o nunca, pero perdimos demasiado cuando te perdimos. La galaxia se empobreció. Y yo. Tenías mucho que dar y aún sigues teniéndolo.

Idzuna subió en silencio los bajos escalones que daban a la casa de Hanrai. Esta vez no bajó el ritmo.

Hanrai persistía. Veía cómo su antigüe estudiante caminaba por un estrecho camino en dirección a un precipicio. Una vez hubiera llegado allí, saltaría, o se caería, y al señor Jedi le daba miedo tanto lo uno como lo otro.

—Ahora tengo un jovencito. Yuehiro se llama. Es inquisitivo, inclinado a la filosofía. Tiene un don con la corriente. Es curioso. Me recuerda mucho a ti. Imagina adónde podría llegar si fueras tú quien le enseñase.

Por fin, Idzuna se detuvo. Estaba en la veranda y esperó a que Hanrai se le uniera. Estudió a su antiguo maestro como si aún no lo hubiera visto. Incluso se dignó a quitarse la máscara. Su rostro era más agradable de lo que Hanrai esperaba, porque seguía siendo tal y como lo recordaba. Aunque la edad hubiera empezado a hacer mella en las líneas de sus ojos y de su boca, seguía pareciendo muy joven. O puede que fuera él quien había envejecido.

—Siempre fuiste muy agradable con tus palabras —dijo elle—. Ahora bien, lo que me pedías que hiciera…

—Yo no me arrepiento. ¿Tú sí?

—Sí.

—No sabes cuánto lo siento. —Hanrai inclinó la cabeza. Llevaba las manos a la espalda—. Siempre me pareciste admirable. Leal, resuelte. No me gustaría pensar que te pedía algo que no estaba bien.

Idzuna se rio de buena gana.

—¿Así es como tú lo llamas, «algo que no estaba bien»?

En contadas ocasiones se había encontrado Hanrai en silencio, mientras pensaba cuáles eran las mejores palabras que decir, las más agradables o las más útiles. Incluso en este momento tenía decenas de cosas que decir que quería que Idzuna escuchara. Justo entonces, un inquietante silencio los envolvió a ambos, a la casa, al jardín. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ofrecerle la oportunidad de elegir la respuesta que transmitiera paz a su antigüe estudiante, que los uniera tal y como lo habían estado en su día.

Sin embargo, ninguna de las respuestas que se le ocurrían le parecían válidas. Encontraba las palabras que satisfarían su sensación de culpa, su pena, su frustración… pero todo eso era secundario.

—¿Qué me pedirías tú a mí? —le dijo por fin—. Los niños te necesitan. El Imperio te necesita. Daría lo que fuera porque volvieras.

Idzuna sonrió. Parecía que lo dijera de verdad.

—No es eso lo que quieres.

—¡Claro que sí! Eras una parte vital de un futuro que perdí. Si volvieras…

—¡No, no es eso lo que quieres! —le soltó elle. Aquello también parecía real… y le dolía.

—¿Cómo que no?

Idzuna se apartó de él.

—No es para lo que me hiciste.

El golpe llegó por detrás. Cortó a Hanrai desde el hombro hasta la cintura. Una línea limpia y brillante. El señor Jedi se dio cuenta de que iba a morir inmediatamente.

Se cayó sobre la veranda sin sentir apenas dolor —gracias a la sorpresa o a que le habían cortado la médula espinal… o, sencillamente, a que se estaba muriendo—. Esto le permitió pensar, con poca perspectiva, en que no había visto qué lo había matado. Tan solo veía a Idzuna, que lo miraba, inmóvil, con el tooka aún en los brazos. Le parecía que había una fina muestra de pena en sus frágiles labios, pero puede que no fueran sino sus ganas de sentir esperanza. En cualquier caso, el sentimiento no tardó en extinguirse.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA ÚLTIMA VEZ QUE EL RONIN había matado con sus manos, la víctima había sido una joven en un templo olvidado que quedaba por detrás de una cascada. Después, había rezado. Solo.

Su nueva víctima era un anciano, que yacía muerto en el suelo de un santuario a su arrogancia. El ronin lo había partido en dos con fuego, un fuego que aún ardía a sus pies. Hacía tiempo que había pasado la hora de rezar.

Tampoco parecía que le viajere fuera a rezar. Se encontraba frente al ronin, con el tooka en los brazos, a la altura del pecho, mirando el cadáver que tenía a los pies. Luego, miró a los ojos al ronin y esbozó esa sonrisa suya de cristal. Aunque su máscara de madera colgaba de uno de sus dedos, seguía siendo imposible determinar qué pensaba en realidad.

—¿Has conseguido eso a por lo que has venido? —le preguntó le viajere.

El ronin inclinó la cabeza. En su túnica tenía un peso que le resultaba familiar. Aun así, no lo confortaba.

Había encontrado la bolsita con el kyber en la caja de un rompecabezas, escondido en un baúl del humilde dormitorio del señor Hanrai. El baúl era sencillo y no estaba cerrado con llave. La caja, en cambio, estaba cubierta por una decena de formas geométricas que se repetían de manera que escondieran los paneles móviles de la caja, que solo se abriría si los paneles se movían en el orden adecuado. No solo era la obra maestra de un maestro artesano, sino que el ronin había detectado una protección adicional en los laterales. Un solo movimiento incorrecto detonaría el artefacto explosivo que había dentro, lo que destruiría la caja, su contenido y las manos del idiota que hubiera intentado abrirla.

Así que se la había llevado.

Y, después, se había quedado parado, como si no pudiera mover ni los brazos ni las piernas, como con el cerebro embotado por una especie de niebla. Era incapaz de decir cuánto tiempo había permanecido sin moverse en las tripas de aquella bestia que se estaba rompiendo en pedazos, empapado por un sentimiento indescriptible que le disgustaba a todos los niveles.

Sin embargo, su consciencia volaba, dispersa por la anatomía de la nave que había abierto de par en par, que había convertido en fuego, derrames y escapes, y metal que lloraba. Poseído por un feroz egoísmo, deseaba estar en cualquier sitio menos en su cuerpo, que había alcanzado su objetivo temporal y no sabía qué otra cosa hacer.

Quería matar a la bruja.

Es lo que quería. Estaba seguro.

Pero, si tan seguro estaba, ¿por qué no podía moverse?

Había recuperado la movilidad como si acabara de sufrir una descarga al oír dos voces por el aire estancado del patio. Ambas le resultaban familiares: la de le viajere y la del señor Hanrai. Ninguno de los dos había notado su presencia. Eso le resultaba muy extraño.

«¿Crees que es así como se hacen las cosas?».

—No.

Hacía un tiempo que la voz no hablaba con él. O puede que sí que lo hubiera hecho, pero que él hubiera decidido ignorarla. En cualquier caso, se dio cuenta de que tenía razón. Estaba escondido, pero no porque él se hubiera escondido. Era uno de aquellos dos visitantes el que le había escondido su presencia al otro.

«Ni que fuera un misterio».

En esto también tenía razón la voz. El señor Hanrai era muchas cosas: manipulador, artero y presumido, pero no mentía —o no exactamente, al menos— a las personas cuya lealtad quería obtener. Ahora bien, engañaba de muchas otras maneras.

Le viajere, mientras tanto, era tanto une mentirose como une adepte de la corriente negra, que se podía utilizar para enmascarar todo tipo de cosas.

La cuestión, ahora que el señor Hanrai yacía muerto a los pies del ronin y de le viajere, era: ¿había cubierto con un velo los sentidos de su antiguo maestro para que el ronin escapara o… o para que hiciera esto? Seguro que había sido consciente de que existía la posibilidad de que lo matara. ¿Habría decidido jugársela?

Le viajere, desde luego, no parecía sorprendide por su presencia. Ni lo había parecido cuando el ronin había matado a Hanrai. Sí que parecía moleste. Sus rasgos eran demasiado frágiles como para mostrar alegría y, al mismo tiempo, tenía los dedos demasiado hundidos en el pelo del tooka.

Sin embargo, también parecía moleste cuando el señor Jedi había estado vivo, con aquella cara suya retorcida por el dolor que le producía que el hombre tocara sus viejas cicatrices.

No obstante… Habría sido reconfortante pensar que había matado al señor Jedi por la necesidad de alguien. Porque, aunque le viajere también lo desease, dudaba mucho que lo hubiera hecho por elle. Atrapado en su interior, había estado luchando por encontrar la razón del acto y de la intención, y matar a un hombre que quería todo lo que él no quería le había parecido la manera de conseguirlo. Pero no había sido así. No sentía que su propósito estuviera más claro que antes.

Le viajere se puso bien el tooka en los brazos.

—Bueno, pues ya está. ¿Nos vamos?

El ronin no se movió. Tenía la espada láser en la mano, desactivada. Inexorablemente presente.

—¿Por qué has venido a por mí?

Le viajere sonrió de nuevo. No parecía más honeste que antes.

—La última vez que te dejé solo, te secuestraron. Te arrestaron. Llámalo como quieras. Había enviado a alguien para que te rescatara… —Frunció el ceño unos instantes, como si estuviera acordándose de otro quehacer—. Pero parece que se ha distraído. ¡Así que aquí estoy!, y ahora tenemos que irnos. Tenemos que volver a la nave que nos sacará, sanos y salvos, de este caos.

Lo más probable era que le estuviera mintiendo. Lo que el ronin no sabía era respecto a qué. Con cada una de sus palabras, le viajere dejaba tres más sin decir. Quería que matase a un señor, a una bruja… ¿y qué más? Y, ¿por qué? Daba igual

cuándo o qué le hubiera preguntado el ronin, elle nunca se había explicado del todo. Y dudaba que nunca fuera a hacerlo. No a menos que le presionara para que lo hiciera.

El ronin no podía seguir de esta manera, sin saber hacia dónde caminaba, sin saber si tenía algún sentido siquiera que caminara. Activó la espada láser. El haz fue creciendo hasta quedarse apenas a unos centímetros de la garganta de le viajere. Aquella era la luz más fija que había en una nave prácticamente a oscuras.

—Tengo un tooka en las manos.

—Pues deja que se vaya. Dime, ¿por qué debería confiar en ti?

—Pensaba que te caía bien.

—Eso no tiene nada que ver.

Le viajere no se apartó del haz ardiente.

—Supongo que tu historia habla por sí misma.

El ronin esperaba que la voz tuviera algo que decir, pero permaneció callada. Al fin y al cabo, no necesitaba recordarle algo que el ronin recordaba por sí mismo. Ella también le había caído bien… de hecho, la había amado… y, aun así destruyó su mundo.

Llevaba pagando desde entonces con aquella penitencia, si bien todavía se esforzaba por descubrir con claridad cuál había sido su verdadero pecado; porque era inmenso como para describirlo sucintamente. En cualquier caso, conocía los rasgos de su gran error: camaradería y ambición, algo a lo que también llaman «esperanza».

Aquello era lo que lo inmovilizaba en esos instantes y lo que había impedido que se moviera un rato antes. Querer que la bruja muriera era querer tanto… además de que era peligroso, extremadamente peligroso. Pensaba que se había curado de la tentación de los ideales, pero aquella era una intención cobarde que se hacía añicos bajo el más mínimo escrutinio. Daba igual cuánto se escondiera, cuánto corriera, tanto del deseo como de las creencias. Mientras estuviera vivo, la galaxia formaría ondas a su alrededor, igual que hacía con todos los seres, y cada una de esas ondas se alimentaba de la siguiente hasta que daban forma a olas, hasta que se convertían en una tempestad.

En su día, inocente de él, había creído que sería capaz de calmar las aguas… o secarlas, si era necesario. Qué idiota. Si había conseguido algún respiro, desde luego, había sido demasiado fugaz como para que se le pudiera dar el nombre de «paz». En cambio, el precio…

Le temblaba un poco la mano. El haz rojo avanzó una micra hacia la garganta de le viajere. Este respiró levemente. Tenía miedo.

Pero no de él.

En el suelo, el cadáver del señor Hanrai se movió. Primero fueron los hombros; luego, los codos. Hanrai se estaba incorporando.

—¡Ah! —exclamó el señor Jedi con voz animada, como si no acabara de volver de entre los muertos—. ¡Muy inteligente!

CAPÍTULO VEINTISIETE

EKIYA ESTABA SOLA y darse cuenta de ello fue como que le pegaran un puñetazo. Desde el vacío *Cuervo*, desconcertada, se quedó mirando el hangar del *Reverente*, también vacío, sin naves, ni personal, ni aquellos objetos, máquinas y demás que no habían estado sujetos.

Aunque tampoco era justo que considerase que estaba sola, porque estaba con B5-56. Pero Zorre no estaba. Y tampoco sabía cuándo se había marchado.

A ver, podía haber pasado en cualquier momento de aquel caos en el que se habían visto inmersas mientras unos y otros intentaban dirigir a la gente a cualquier nave en la que cupieran. Sin embargo, la piloto tenía la sensación de que Zorre no solo se había escabullido aprovechando todo aquel jaleo, sino de que se había colado en su cerebro y le había toqueteado los cables. Y eso era una mezquindad. Una traición. Y, lo peor de todo: que no se explicaba por qué lo habría hecho.

B5 le dio un golpe en la pierna al tiempo que soltaba como un trino contrito. El droide sabía lo que estaba pensando Ekiya y confesó: «He visto que se marchaba».

—¿¡Y por qué no me lo has dicho!?

B5 soltó otro ruidito de arrepentimiento. Tenía miedo de que a su amo le sucediera algo. Quería que el ronin tuviera toda la ayuda que fuera posible y, claro…

Zorre no parecía le misme cuando había desaparecido en la oscuridad.

—¡Oh, genial! ¡Me encanta!

¿Cómo se suponía que iba a enfadarse con alguien que bastantes agujeros tenía ya en el cerebro?

Y la compasión no iba a arreglar el problema fundamental, que era que, aunque Ekiya hubiera recuperado su nave, seguía sin tener nada que meter en ella. ¿Acaso merecía la pena partir cuando lo único que había sido capaz de recuperar había sido a B5 y a ella?

El *Reverente* chirriaba bajo sus pies y la piloto notaba estas roturas en modo de escalofríos que le empezaban en los pies, a través de las botas, y le subían por la espalda. Si no tomaba una decisión ya, sería el *Reverente* el que la tomara por ella.

—¡Ekiya!

La llamada sonaba frenética y provenía de una boca que la piloto jamás había pensado que volvería a pronunciar su nombre. Chie apareció cojeando en el hangar a oscuras con un grupo de aprendices Jedi por delante de ella, todos con los ojos abiertos como platos e iluminados únicamente por las luces rojas de emergencia. Detrás del todo, aunque parecía imposible, iba Kouru. La Sith miró por encima del hombro en una ocasión y, después, apremió a los niños y a Chie, y casi cogió a la anciana en brazos para llegar antes al *Cuervo Humilde*.

—¡Venga, rápido! —les dijo Chie a los niños mientras los dirigía hacia la rampa del *Cuervo*, como si hubiera concertado aquel transporte con Ekiya. Aunque, claro, ¿cómo iba a oponerse la piloto? ¿Qué otra nave quedaba para salvar a aquella gente

del *Reverente*? Y, a decir verdad, si bien poner a salvo a Chie y a un montón de niños no la iba a acercar a Rei'izu, por lo menos la ayudaría a dormir bien.

El pensamiento siguió sin llenar el vacío que sentía en el pecho cuando se dio cuenta de que Kouru volvía sin aquel a por quien había ido. Pensó que parecía cruel que se sintiera decepcionada, en especial, porque Zorre había enviado a la Sith a rescatar a Frunces, no reliquias. Ekiya se aseguró de contar los niños mientras entraban en la nave a todo correr para asegurarse de que no se dejaban a ninguno. Sin embargo, ser consciente de todo aquello sin lo que regresaba Kouru le impidió sentir alivio o algo parecido.

Kouru, que estaba al otro lado de la rampa, la miró y le aguantó la mirada. Apretó los dientes. La joven dijo algo que se tragaron la oscuridad del hangar y los alaridos del *Reverente*. Ekiya pensó que quizá hubiera sido un «Lo siento».

Así que, mientras subían por la rampa, junto con un nervioso B5, Ekiya miró a Kouru y le dijo: «Gracias».

¿Una disculpa por haber dado prioridad a los vivos frente a los muertos? Ekiya no era capaz de desentrañar el pensamiento, pero lo agradecía; en especial, teniendo en cuenta que iban a dejar más muertos a su paso.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

HANRAI SE SENTÓ, con las piernas cruzadas, y levantó los brazos como para que lo tuvieran en cuenta.

Le viajere tenía la mirada fija en su antiguo maestro. El miedo le atenazaba las comisuras de los ojos y de los labios.

El ronin deseaba poder sentirse de una manera parecida. Lo habría preferido a la ira desatada que se apoderaba de su esternón y de sus brazos y de sus piernas hasta tal punto… que se movió antes incluso de saber que iba a hacerlo.

El haz escarlata de su espada láser bajó de la garganta de le viajere hacia el odiado fantasma de una persona que despreciaba.

Sí, la despreciaba. La odiaba. Ahora se daba cuenta. Sentía la cristalización de la furia, un faro con el que guiar el torbellino que había en su interior. El ronin odiaba a Hanrai, a él y a todo señor que hubiera y hubiera habido, que se vestían lujosamente para justificar las muertes que exigían. Era por eso por lo que había matado al hombre. Y volvería a matarlo si era necesario. No se sentiría bien, porque no le satisfaría, pero merecería la pena.

Y sería mucho más fácil matarlo que pensar en…

Pero, claro, Hanrai se negó a morir fácilmente. El demonio del señor se echó hacia atrás y se apartó con celeridad y agilidad. Se hizo a un lado y se enderezó en las temblorosas piedras del patio. Allí estaba, recto, con las manos adelantadas, abiertas.

—Espera, tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado suficiente.

—Pero no estando yo así.

El ronin se lanzó a por él desde la veranda. Hanrai se preparó.

Cuando se enfrentaron, envueltos en una tempestad de piedras y fuerza física, recibió la espada del ronin con la suya, cuyo haz era de un brillante color azul.

La espada láser del señor Jedi cedió. Este se había retirado de nuevo, camino del puente que daba a las terrazas. El ronin no se paró a pensar por qué. Daba lo mismo, siempre que lo matara cuanto antes.

Tenía que hacerlo. Lo necesitaba. No soportaba que aquel hombre siguiera con vida ni un segundo más, hablando sin cesar, como si eso fuera a cambiar su destino.

—No tenemos mucho tiempo, así que voy a ser sincero. —Hanrai rechazó el primer golpe del ronin en el puente—. Me ha enseñado multitudes. Ella. No había imaginado que tendría tantos.

El ronin se echó hacia atrás y giró para coger al señor por la espalda. Hanrai logró contener el movimiento circular. Las espadas siseaban la una contra la otra.

—Es una invitación. —Hanrai se esforzaba por captar la mirada del ronin—. A Rei'izu.

La furia del ronin explotó. Empujó al señor Jedi hacia atrás con el poder de su cuerpo y el que emanaba de este; una intensa y calurosísima llama blanca de la Fuerza. Aquello empujó a Hanrai casi hasta las terrazas, pero enseguida se rehízo,

como si hubiera saltado hacia atrás a propósito. Cuando levantó la cabeza, frunció el ceño a modo de advertencia.

El resentimiento martilleaba el pecho del ronin mientras adoptaba otra posición de combate. Así que una invitación, ¿eh? Y, ¿tenía que hacérsela a través de bocas robadas? Que se lo dijera dentro de su propia mente. ¿Por qué lo hacía así? ¿Por odio? ¿Por crueldad?

Era imposible saberlo. Y ella no se lo iba a decir. Ahora ya casi no la sentía. Ahora ya solo notaba un peso, cada vez menor, en el pecho. Estaba tan acostumbrado a que pesase mucho más, a sentir presión también en los pulmones, por todo su ser, que podría haber estado imaginando que seguía ahí dentro, constriñéndole, haciendo que cada vez le costase más respirar.

Se esforzó por oír su voz. Un susurro, una de sus risitas irrespetuosas, lo que fuera. Pero no dijo nada. Nada de nada.

Él también preferiría no haber dicho nada, pero las palabras salieron de su boca tremendamente amargas:

—¿También va a abrir un camino?

—Tienes lo que necesitas, ¿no es así? —le dijo Hanrai con el mismo tono despreocupado que había utilizado para preguntarle si quería té—. La esquirla del espejo.

Necio. El ronin respondió con un giro de muñeca. Una serie de piedras del tamaño de puños se elevaron desde la terraza del estanque y salieron zumbando hacia Hanrai por el aire. El señor las cortó con su espada láser. Entretanto, el ronin desenfundó el bláster y le disparó dos veces.

Hanrai evitó ambos disparos con dos saltos, uno hacia arriba y otro hacia delante. El ronin paró por los pelos el golpe que Hanrai le lanzó al caer. No obstante, aunque Hanrai hubiera sido el agresor, miraba, preocupado, por encima del hombro del ronin, hacia el puente, por encima del haz azul de su espada.

—Ah, pero si te lo di, ¿no es así, Idzuna? —comentó Hanrai.

Habría sido una tontería, de principiante, apartar la mirada del señor Jedi. Al ronin debería haberle avergonzado tener ganas de hacerlo. Pero ansiaba hacerlo. Aunque también deseaba que aquel impulso desapareciera de su cuerpo.

Si se daba la vuelta, si miraba, vería la verdad más real en la cara de le viajere.

El problema era que seguía pensando que Hanrai no había mentido.

Así que no iba a volverse. No podía permitirse dudar. El único precio que estaba dispuesto a pagar en ese momento era el segundo final de un Jedi que ya había decidido matar.

Resultaba terrible, por lo tanto, que Hanrai fuera intocable. Que fuera la ola que una espada cortaba sin efecto alguno. El ronin estaba seguro de sus golpes, pero ninguno alcanzaba al señor Jedi. Daba igual lo preciso que fuera, nada tocaba a Hanrai si él no decidía que así fuera. La expresión del Jedi, inquebrantable, era de compasión por todo el que decidiese intentarlo.

Hasta que, acompañado de un horrible sonido metálico, el suelo de la terraza se abrió bajo los pies de Hanrai y el señor Jedi cayó como cae una piedra en un pozo.

El ronin se detuvo en mitad del golpe que estaba a punto de darle. Seguía concentrado a pesar de que su pecho tenía que esforzarse por respirar. No se había dado cuenta de que estuviera tan cansado.

Oyó el sonido de unos pies que corrían. Le viajere llegó a su lado, con el viejo y gordo tooka aún en los brazos, pegado al pecho. La criatura miraba con los ojos muy abiertos por la grieta por la que acababa de caer su dueño. Le viajere ni siquiera se molestó en mirar. Cogió al ronin por el codo.

—Vámonos —le dijo.

—No está muerto —le respondió el ronin.

—Lo está.

La curiosa urgencia de su insistencia perturbó al ronin, que, no obstante, dejó la inquietud a un lado. Los impulsos de advertencia que había en el tono de le viajere —culpabilidad y odio, esperanza y miedo— le llegaban con fuerza. El ronin ansiaba ver con claridad el camino que debía tomar, aunque sabía que estaba pidiendo algo infantil. Ahora bien, sin claridad, se quedaría inmóvil, se fracturaría, como le había pasado antes y, esta vez…

En cierto modo, obtuvo lo que quería. La terraza también se hundió bajo sus pies. La estructura se inclinó y los dos se cayeron, intentando agarrarse el uno a le otre o al pavimento; le viajere con una sola mano porque con la otra sujetaba al tooka, que no dejaba de bufar; y el ronin también impedido, teniendo que esforzarse por no cortar a nadie con la espada.

El ronin vio lo que había sucedido mientras caían hacia la terraza de abajo. Hanrai había caído, sí, pero se había cogido a los soportes que había por debajo de la terraza agrietada, o había pegado un salto y estaba ascendiendo hasta donde habían estado ellos. Luego, había cortado las tripas mecánicas que hacían que los motores repulsores siguieran funcionando, pero solo en un lado, que era por lo que la terraza se había inclinado hacia un lado y caían ellos.

Hanrai se dejó caer por detrás de ellos, con la espada láser activada. Estaba claro que tenía ventaja táctica. Desde luego, la gravedad jugaba a su favor.

El ronin intercambió una breve mirada con le viajere y señaló con la cabeza a Hanrai. Elle lo miró como si lo considerase idiota, pero hizo un barrido con la mano.

Aterrizaron juntos a una velocidad de vértigo y la corriente negra con que le viajere había intentado protegerlos apenas mitigó el impacto. El ronin volvió a pegar un salto, impulsado hacia delante por esa misma energía.

Hanrai esperaba valerse de la gravedad, y así fue. Cayó al suelo de la séptima terraza con fuerza, justo donde el ronin acababa de estar un instante antes. Se volvió justo en el momento en que el ronin se lanzaba de nuevo contra él, dirigido por la llama blanca. Pero no lo hizo lo bastante rápido. El alcance del ronin había aumentado porque había extendido la vara de su espada láser auxiliar, y el haz que había en la punta de aquella especie de lanza alcanzó a Hanrai en el brazo y le quemó la ropa y el músculo.

La carne quemada de un demonio olía como la de cualquier otra persona. Hacía mucho que el ronin había descubierto aquello.

Hanrai se alejó sacudiendo el brazo herido mientras el ronin se situaba frente a él, con la vara lista. Iba a tener que andarse con cuidado en los próximos ataques, porque, si bien una empuñadura más larga le daba ventaja, también era un objetivo mayor para una espada láser. En cualquier caso, entre la vara y el bláster, era el ronin quien contaba con cierta superioridad.

Puede que Hanrai también se hubiera dado cuenta, porque frunció el ceño y suspiró. Su siguiente movimiento lo acercó tan rápidamente a le viajere, que este no pudo sino agacharse para evitar la espada de su antiguo maestro. Luego, intentó alejarse de él, pero no lo consiguió. Hanrai se mostraba implacable, incluso a pesar de la pedrada que le pegó le viajere en el costado con una roca ornamental que le lanzó con la corriente negra.

Solo el ronin pudo detenerlo, y apenas durante un momento. Hanrai rechazó el disparo del bláster con suma facilidad, pero tampoco se quedó esperando al siguiente. Si antes había sido una ola a la que no podía tocar, ahora se había convertido en obstinados rápidos.

Aun así, el ronin no veía malicia en él. Hanrai no mostraba enfado, ni acaloramiento, ni signos de que algo hubiera cambiado —excepto el hecho de que su antigüe estudiante se había atrevido a levantar la mano contra él—. A pesar de ello, y aunque las evasiones de le viajere eran cada vez más frenéticas, Hanrai le miraba con una ternura comparable a la ferocidad de sus ataques.

—Tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó mientras intentaba darle un espadazo en la cabeza con un golpe de arriba abajo y del que le viajere se libró porque se movió a un lado en el último instante gracias a un empujón del ronin—. ¿A qué pensabas que le pondrías fin matándome? ¿Por qué has querido matarme?

Le viajere se negó a contestar. Se limitaba a alejarse y se subió a una roca que había en el borde de un estanque y que evocaba una montaña junto al mar, y allí permaneció, inquiete y desarmade. Tenía que deshacerse de aquel maldito tooka. Tenía que luchar.

—No quiero ser cruel —le dijo Hanrai—. Lo que quiero es entender. Me lo debes, ¿no te parece?

—A ti lo único que se te debe es muerte —le soltó el ronin mientras las espadas de ambos volvían a entrechocar—, por toda la muerte que tú has exigido.

En ese instante, algo cambió en Hanrai. Era como si se hubiera resignado. Desactivó el haz azul de su arma y se echó hacia atrás. Escapó por los pelos de que el ronin lo cortara en dos y a punto estuvo de caerse de la terraza. Luego, permaneció quieto y esperó.

El ronin avanzó.

—Los Jedi… los señores… hambrientos de guerras, siempre dispuestos a segar a los hijos de los demás… con la misma ansia con la que enviáis a los vuestros a que otros los sieguen. Incapaces de soñar con un mundo en el que nadie tenga que sangrar por vosotros… que matar por vosotros… que morir por vosotros.

Era consciente, ligeramente, de que le viajere seguía terriblemente quiete en la roca, donde permanecía observando la escena, pero sin hacer nada.

—Y, ¿por eso me has matado? —Había desactivado la espada láser, sí, pero seguía teniéndola en la mano—. Qué ironía.

—Te lo has ganado.

—Y, ¿lo de la nave? Soy su comandante, debo hacerme cargo de lo que me achacas, vale… pero… ¿mi tripulación? ¿Mis aprendices? A ellos también los has matado.

Había algo dentro del ronin que quería decir que sí. «Sí, los he matado». «Y he matado a otros». «¿Crees que me arrepiento?».

Daba igual que él nunca se hubiera puesto de rodillas delante de Hanrai y le hubiera jurado lealtad, él también era una criatura del señor Jedi, tanto como cualquier niño creado a imagen y semejanza de los Jedi. Un asesino, aunque solo se sirviera a sí mismo. Lo mejor que había hecho el ronin en la vida era huir de la sangre que había derramado. Sin embargo, nunca había corrido lo bastante rápido o había llegado lo bastante lejos como para escapar realmente de ella.

El ronin dejó escapar el aire temblando, cobardemente, antes de prepararse para combatir una vez más. Qué idiota era anhelando claridad. La visión más clara que había tenido nunca le había enseñado su propia imagen, la verdadera, y la había odiado hasta tal punto que había hecho todo lo que estaba en su mano para destruirla. Ahora, volvía a enfrentarse a aquella imagen, así que volvería a cortarla en dos, como ya había hecho en su día, por mucho que sujetara su arma con furia y con miedo.

Iba a matar a Hanrai, o puede que no. Si fracasaba, moriría. Después de eso, no obstante, ya no tendría ninguna carga que llevar sobre los hombros. A menos que ella lo reclamara, claro.

Puede que aquel fuera el pensamiento que lo desancló. O puede que jamás hubiera tenido que imaginar su muerte. O puede que, sencillamente, fuera un error, ese viejo amigo que tanto le iba a costar en esta ocasión.

El ronin atacó a Hanrai, pero este no devolvió el golpe. El señor Jedi se agachó, se hizo a un lado, se giró y lanzó una estocada. La espada del Jedi era muy precisa y bastaba con que te alcanzara una vez. Perforó una de las manos del ronin primero y la otra después, además de la empuñadura que este sujetaba entre ambas. El haz rojo chisporroteó y murió cuando el azul quemó la carne del ronin.

En vez de destrozar las palmas del ronin con su espada láser, que es lo que un Sith habría hecho, Hanrai desactivó el arma. El ronin se quedó con dos agujeros negros en las manos que le dolían como si las estuviera metiendo en fuego y, al mismo tiempo, las sentía como si nada. Eso sí, le temblaban mientras la empuñadura rota de su espada láser se le caía.

Tenía que moverse. Aunque se le pasaba por la cabeza el perverso pensamiento de no hacerlo. Por el rabillo del ojo vio cómo Hanrai fruncía el ceño; como si pensara que no iba a salir con bien de aquella maniobra. De todos modos, volvió a lanzarle un golpe, un corte mortal, y cortó el lateral del ronin.

Pero no llegó lo suficientemente lejos.

Había, como había habido en aquel frío y húmedo templo detrás de la catarata, una tercera espada láser con la que no habían contado. Resultó ser blanca como el

invierno y volátil. El haz asomaba por el pecho de Hanrai, igual que la del ronin cuando había matado a la bandida Sith.

Hanrai, no obstante, ya estaba muerto. Cuando la espada láser salió de su pecho, el señor Jedi cayó de rodillas. Le viajere estaba detrás de él, sujetando su arma con rigidez.

Por alguna razón, el ronin siguió de pie. Le costaba respirar más que nunca. Le temblaban las piernas. Aun así, quería ver morir a Hanrai y no iba a rendirse hasta que lo consiguiera.

—Admirable, como siempre —graznó el señor Jedi mientras le viajere se ponía a su lado.

—Tranquilo, que lo superarás. —Se agachó para recoger la espada láser de su antiguo maestro, que había caído traqueteando a su lado—. ¿No se supone que tienes que dejar que nos vayamos, si es verdad que ella nos está llamando?

La expresión de Hanrai, tensa debido a diferentes dolores, desafiaba toda posible interpretación.

—Lo sabríais.

Le viajere negaba con la cabeza mientras se enderezaba. Miraba hacia otro lado, confundide, presa del conflicto.

Hanrai le miró con amabilidad.

—Tienes razón, deberíais marcharos.

Le viajere no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Nunca he querido que esto acabara así.

—Que al menos quisieras algo para mí…

Le viajere se volvió y no dijo nada más. Se acercó al ronin, que flaqueó cuando le tocó el brazo… el costado… La aflicción de elle era evidente y lo anclaba a él. Y aunque eso le avergonzaba, no le importaba. Así que permitió que lo tocara y que lo ayudara, cosa que le viajere hizo pasándole un brazo por sus estrechos hombros.

Con el tooka siguiéndole de cerca, le viajere guio al ronin con su brazo libre a la cintura de este, pero situado con cuidado, por encima del corte. Miraba hacia delante. Solo el ronin volvió la cabeza.

Hanrai también miraba hacia delante, siguiendo su huida de la terraza hasta un pasillo que no dejaba de gruñir y de agitarse. Siguió de rodillas, con los puños sobre ellas. El agujero que tenía en el pecho era tan fino, tan preciso, que, a cada paso que daban el ronin y le viajere, tambaleándose, más posible parecía imaginar su ausencia.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El *Reverente* ya no necesitaba ayuda para morir. No había ninguna entidad capaz de revertir aquel desastre. El ronin lo había pensado para trascender la singularidad, y así lo había hecho. Y, ahora, él, singular también, era incapaz de concebir hasta dónde alcanzaba lo que había provocado.

Ni siquiera la rara habilidad que tenía su compañere con la corriente negra serviría de mucho para salvarlos en aquella ocasión. Cada vez que pasaban por una nueva estancia, le viajere conectaba con el tembloroso casco del *Reverente* y le pedía que aguantara, al menos, hasta que ellos hubieran encontrado otro sitio en el que respirar.

El ronin era consciente de ello porque le viajere murmuraba cada petición, cada ruego y cada mensaje de gratitud a medida que arrastraba a un anciano medio muerto por unos pasillos que gemían y le pedía a un tooka asustado que no se quedara atrás.

El ronin tenía la sensación de que iban hacia estribor; puede que hacia alguna de las lanzaderas privadas de la nave. Más probablemente hacia una cápsula de escape, si es que quedaba alguna. En cualquier caso, avanzaban hacia algo que le viajere esperaba encontrar allí. Era evidente que conocía bien la nave y, si no esta, otra similar. Otro modelo, de otra época.

—¿Dónde estabas durante la guerra? —le preguntó el ronin con tono áspero.

Le viajere lo miró, pero solo unos instantes. Luego, oscureció sus sentimientos con su conducta y con la corriente negra, en la que era como un pez nadando en aguas oscuras. La cuestión era que le viajere había perdido la máscara en algún punto entre el momento en que el ronin había matado a Hanrai y el momento en que elle lo había rematado; y, claro, ya no podía esconderse del ronin tan bien. Él ya había visto mucho de elle, tanto durante los días en los que habían estado jugando al shogi, como ahora, mientras, juntos, avanzaban a trompicones por los restos de la vida que elle había dejado atrás en su día. Le viajere no podía esconder las arrugas de cansancio en la frente o el gran miedo que transmitía su silencio.

—¿No deberías mantenerme entretenido? —le preguntó el ronin resollando—. Soy un herido grave.

—Podríamos jugar al shogi. El cuarto soldado de infantería una casilla hacia delante.

—Qué aburrido.

—Serás crío… —Le viajere persuadió a una puerta para que se abriera y aupó al ronin para pasarlo por ella. Luego, le hizo un gesto al tooka para que le siguiera—. Y, dime, ¿qué guerra? Porque supongo que eres consciente de que los señores no han dejado las armas, de que, hoy en día, lo que hacen es matarse más sutilmente.

—La guerra que importó.

—A ti.

—¿A quién si no?

Le viajere se mantuvo un rato en silencio, mientras se acercaba a un mamparo con el ronin y le pedía a este que se apoyara en él. El ronin enseguida tuvo la necesidad de

dejarse resbalar para sentarse en el suelo. Sentía dolor… de alguna manera… en los momentos en que su cuerpo se movía; en cuanto tenía la oportunidad de estar quieto, solo se sentía cansado. Cansado… y como si se desvaneciera.

De hecho, resultaba egoísta al requerir la atención de le viajere. Este se estaba esforzando muchísimo para asegurarse de que el casco del *Reverente* no se desgajaba del todo con ellos dentro, lo que acabaría con sus posibilidades de huir con alarmante celeridad.

El problema era que el ronin estaba bastante mareado. Y que la voz seguía en silencio.

—Siendo negligente con mis tareas —comentó le viajere, una luz entre tanta niebla—. En eso es en lo que estaba.

—¿¡Tú!? —musitó él.

Elle chasqueó la lengua.

—Aunque está claro que lo superé.

—¿Mataste a alguno de los míos? ¿Mataste a algún Sith?

Silencio. El ronin estaba tan nervioso que sentía dolores.

—No.

—Y, ¿por qué?

—¡Ni que te molestara!

El ronin era incapaz de entender lo que estaba haciendo le viajere. Estaba a su lado, de pie, con el tooka parpadeante a los pies y la atención puesta en una especie de consola. Si estaba nerviose, desde luego, no dejaba que se notara. No quería que él se asustara. Como si el ronin fuera una persona que conociera el miedo, más allá del miedo a sí mismo.

Él le daba la bienvenida a la muerte. O, al menos, se la había dado cuando había creído que todo lo que le aguardaba era el olvido de sí mismo y de las consecuencias. Ahora se preguntaba si la voz iba a dejarlo descansar alguna vez. Había encadenado ya a tantos… ¿Lo convertiría también a él en un demonio? ¿O de él solo quería que muriera? Resultaba fácil imaginar que la bruja no fuera a querer tener nada que ver con su fantasma.

La voz seguía sin hablarle. Lo había dejado solo con el mundo, en el que no estaban sino él y su cuerpo, destruido, destruyéndose, y, de alguna manera, por alguna razón, alguien más. Alguien que se negaba a abandonarlo. Une compañere de viaje.

Ojalá pudiera mostrarle su agradecimiento por mostrarse tan persistente. No obstante, un pensamiento que no quería tener latía en sus sienes junto con el dolor; un pensamiento que Hanrai había metido ahí mientras jugaban al shogi y que el ronin había esperado poder hacer añicos y quemar.

Si, en efecto, el señor Jedi le había dado la esquirla de kyber que había encontrado en Dekien a le que fuera su mejor estudiante por aquel entonces y este había desaparecido en busca de Rei'izu… Bueno. Puede que le viajere ya no la tuviera. Puede que la esquirla se hubiera perdido o que la hubieran descartado, pero le había pertenecido a elle en algún momento, para que la llevase y la utilizase, y había conocido su procedencia.

Entonces, ¿por qué le viajere no había dicho nada al respecto? ¿Por qué había actuado como si todo aquello: Dekien, Seikara, la propia esquirla… no fuera sino una magnífica revelación a la que les había conducido el ronin?

La respuesta no era un misterio, pero era repugnante… e iba más allá… le resultaba familiar. Le viajere era une mentirose, sí, pero eso ya lo sabía. Lo que no sabía todavía era por qué. Y, aunque le daba miedo descubrirlo, tenía que hacerlo.

—Te estás esforzando mucho por mantenerme con vida —empezó a decir el ronin con sus manos, inútiles y ennegrecidas, en el regazo—, pero, a decir verdad, no entiendo por qué lo haces.

—¿A qué viene eso?

—Sabes matar.

Decir aquello era cruel. El ronin había visto cómo le viajere se alejaba de toda señal de violencia. Sin embargo, al mismo tiempo, había visto cómo, con gran habilidad, empuñaba la corriente negra de la Fuerza y la utilizaba contra sus enemigos. Pero también había visto su miedo cuando arrancaba la carne y rompía los huesos, un miedo que provenía, al parecer, de que era consciente de que podía hacerlo.

Hanrai había dicho que habían estado muy unidos. Que confiaba en elle. Puede que fuera él quien le había enseñado a contar historias. A tocar la flauta no le había enseñado. Qué otras habilidades le había enseñado quedaba claro en la muerte tan limpia que le había dado… cuando por fin se había convencido de que tenía que hacerlo.

Asesinar. Para le viajere no era cuestión de si podría, sino de si debería y, hasta hace unos minutos, no había debido. Ahora sí. Y no solo eso, sino que lo había hecho. Había matado a Hanrai con su espada láser. ¿Para qué quería elle a un anciano desafortunado con las manos inservibles?

—No puede ser tan difícil entenderlo —le soltó le viajere—. Pedí una muerte, pero eso no quiere decir que quiera ensuciarme las manos con ella.

—No. —El ronin se dio cuenta de que había planteado mal el asunto. No había caído en la cuenta de lo que él quería de elle. Ahora lo entendía.

Necesitaba que lo necesitaran. En su día, la necesidad había cortado toda complicación que lo atormentara. La necesidad de los suyos porque los protegieran… su necesidad de servirles… Y aquello había dado pie a un mundo tremendamente grande y complejo que era muy difícil llegar a comprender. Ellos habían hecho que la vida fuera soportable y que mereciera la pena.

—Dime, ¿por qué me has elegido a mí? —le preguntó el ronin.

¿Por qué quería salvarlo? ¿Por qué seguía vivo?

—Lo siento —le respondió sin mirarlo. Luego, dijo más, y cada confesión fue como una piedra que caía rodando por una montaña—. Lo siento. Intenté matarla… pero no pude. Ojalá hubiera podido. Me siento fatal… teniendo que pedírtelo a ti. Tienes que enfrentarte a ella. Tienes que hacerlo tú.

El ronin se levantó con mucho dolor y cada vez que respiraba sentía agudas punzadas que lo obligaban a esforzase para oír. Deseaba coger aquellas piedras y que

alguna de ellas tuviera el peso adecuado. Sin embargo, todas pasaban de largo… o a través de él… y seguían su camino.

Oyó, muy débil, el sonido de una puerta que se deslizaba para abrirse y tuvo la sensación de que elle volvía a cogerlo y lo pasaba por la puerta. Lo sentó en un banco. Podría haberlo imaginado, pero estaba demasiado concentrado en un problema como para prestarle atención a esto otro.

Había implorado obtener una respuesta y, por fin, le viajere le había dado una, por mucho que le doliera ser tan honeste. Había venido a decir que el ronin, él, era de vital importancia.

Pero no se sentía satisfecho. Lo requerían. ¿Por qué no le bastaba con eso?

Una mano le acarició la frente. La palma era demasiado suave como para que estuviera acostumbrada a empuñar una espada láser, pero los dedos tenían los callos que deja la flauta. Aquello no impidió que el ronin cayera en un profundo y negro pozo en el que dejó de ser.

CAPÍTULO TREINTA

EL RONIN SE DESPERTÓ la primera vez bañado por una penumbra, como envuelto en una neblina. Estaba tumbado, como sin fuerzas, como si yaciese en un campo desolado junto con otros objetos rotos. Por encima de él y a los lados veía flotar formas imposibles, imposibles porque estaban enteras y le resultaban familiares, y porque, si eran quién él creía, no podían estar enteras… y porque nunca habrían perdido la oportunidad de matarlo. Y no se sentía como si estuviera muerto.

Despertó de nuevo bajo una luz hormigueante, en una habitación que estaba seguro de que debería haber reconocido. El sitio parecía una enfermería y, desde luego, olía como tal —a antiséptico intentando ocultar el olor de la sangre y del sudor—. El parche de bacta que tenía en el costado le picaba. El respirador que tenía fijado a la cara le tapaba desde la nariz a la mandíbula, incluida la prótesis. Los vendajes que tenía en ambas manos hacían que se sintiera como lejos del mundo.

Vacilante, presionó una palma contra la otra. Parecía que estuviera entero. Podía mover los dedos, aunque los notaba agarrotados ahora, entumecidos al cabo de un rato. Cuando intentó levantarse de la cama, sus músculos se sacudieron como si fueran nuevos y estuvieran sin probar.

Lo habían curado, pero solo hasta cierto punto. Sus salvadores debían de andar justos de recursos. O tenían razones para mantenerlo débil.

De una u otra manera, no iba a seguir esperando. Puso una mano en la pared y se obligó a levantarse. Ignoró el pinchazo que sintió en el costado y la presión del pecho. Aquello lo ancló a la nave y la nave le diría todo lo que merecía la pena saber.

Su cabeza seguía como nublada y no podía hacer nada para evitarlo. Daba igual cuánto intentara comprender la sensación que le transmitía la latente nave, no podía delinearla, así que no alcanzaba a entender. Tenía que concentrarse, saber…

Se abrió la puerta corredera de la entrada. Al otro lado había una figura, delgada, alta, acentuado todo ello por sus botas con tacón y la capa negra que llevaba. La bandida tenía un aspecto muy parecido al que había tenido el día en que se habían conocido, con aquella mirada afilada como el pedernal y la boca torcida, como si quisiera hacerle una invitación.

El ronin se movió el primero. Era la única cosa que podía hacer si quería seguir con vida. Se lanzó contra ella. Aunque estuviera débil, era más grande que ella y, a veces, el tamaño lograba aquello que no se podía conseguir con habilidad.

Ella reaccionó como él esperaba, se apartó a un lado e hizo ademán de atacarlo. En aquel espacio tan estrecho era imposible evitarla. Pero tampoco ella iba a poder evitarlo a él.

El ronin adelantó las manos. Con un tirón de corriente negra, la espada láser que la joven le había robado en Genbara —y que llevaba al cinto— voló hasta la mano del ronin. Este tembló al sujetarla, pero agarró con fuerza la empuñadura cubierta de cuero y se la llevó al pecho antes de esquivar a la bandida y salir por la puerta a toda velocidad.

La Sith salió tras él, intentando agarrarlo. Pero no la espada láser, que el ronin llevaba protegida. Más arriba. La cara. Sus dedos buscaron el respirador y se lo arrancaron, con prótesis y todo. Se llevó algo de piel, pero el arañazo no le dolió más de lo que le dolían muchas otras partes de su cuerpo.

Daba igual, seguía en pie y respiraba —sí, le costaba mucho, pero respiraba— y consiguió dar tres pasos por el pasillo mal iluminado antes de tambalearse.

La bandida lo seguía, con la prótesis en la mano. Él miró hacia atrás con cautela, aferrando la espada láser con unos dedos que no sentía. Corriendo, desde luego, no iba a escapar.

Nada más pensar aquello —aunque recordaba que la falta de oxígeno te impide pensar racionalmente—, le temblaron las piernas y se tuvo que apoyar en un mamparo, resollando con fuerza, con un temblor en el pecho. La Sith seguía avanzando. Activó la espada láser y el haz vaciló entre ambos.

Veía tan borroso que ya no distinguía bien la cara de la Sith. Lo único que tenía claro era que aquella sonrisa de medio lado no era miedo. Reconoció la expresión, no era la primera vez que la veía en aquellos cuya ira se había ganado con muerte. Disgusto.

Un ladrido electrónico le cortó de golpe los pensamientos. Su visión iba y venía cuando, de pronto, una forma familiar dobló la esquina y se encaminó hacia él. La bandida se hizo a un lado para que B5-56 pasara y le siseó cuando el droide le quitó la prótesis de la mano.

«Salvado», pensó el ronin, hasta que B5 le dio un golpe en la palma con el que le tiró la espada láser. B5 cogió el arma con un brazo articulado y volvió a hablarle mal. El droide le dijo que estaba herido y que era idiota.

El ronin abrió la boca para regañarlo. Sí, estaba herido, y ¿qué? Tenía que… Tosió y se dobló de dolor y se deslizó aún más por la pared mientras resollaba.

B5 le puso la prótesis en la mano. El ronin sé la colocó a tientas y se puso también el respirador. A pesar de tener la mente embotada, se dio cuenta de que la prótesis era nueva. Encajaba mejor. ¿De dónde habría salido?

Durante un insoportable minuto siguió haciendo respiraciones cortas. La bandida se acercó. Daba la impresión de que fuera a arrebatarle la espada a B5, pero el droide guardó la elegante empuñadura en un compartimento interior mientras le hablaba irritado a la joven. Al ver que el haz se desactivaba, se dio cuenta de que la Sith había reparado la espada. Ahora estaba como al principio.

—E Idzuna pensaba que los problemas los iba a dar yo —musitó la bandida.

—¿Y acaso no va a ser así? —Le preguntó resollando el ronin, con el respirador puesto.

B5 le dio un golpe en la rodilla y murmuró una riña.

—¿Qué niños?

Demasiado tarde. El pasillo tenía otras puertas y dos de ellas ya estaban medio abiertas.

Por ellas salieron unos chavales —demasiado mayores como para que nadie los considerase «niños»— que se le acercaron. El ronin no los reconoció por su vestimenta, puesto que se habían cambiado y se habían puesto ropa prestada, sino por

la manera en que se comportaban: atentos y preparados, listos para convertirse en una espada o en un escudo. Aquellos eran aprendices Jedi.

La bandida se dirigió a ellos:

—¡Aquí no hay nada que ver! ¡Venga, a dormir!

—No podemos dormir —respondió uno de ellos, un joven twi'lek.

El ronin lo conocía. Era el guardián con el que había estado hablando en el *Reverente*. Cuando el chico miró al ronin, adelantó un brazo como para proteger a los demás.

—Pues id a dar vueltas por la bodega. —La bandida le hizo un gesto al joven para que se fueran—. ¡Pero marchaos!

Dos de los aprendices salieron de su dormitorio y se perdieron por el pasillo, mientras que el resto se reunió en el dormitorio del twi'lek y se quedaron viendo cómo la Sith ayudaba al ronin a incorporarse.

A este, el instinto le decía que la cortase en pedazos, pero su cuerpo no se mostraba de acuerdo, así que dejó que lo ayudara sin ofrecer resistencia.

—Así que no vas a matarme —dijo el ronin.

La bandida se mofó:

—Claro que pienso matarte, pero cuando merezca la pena hacerlo.

B5 había localizado la cápsula de escape desde el *Cuervo Humilde* y Ekiya seguía sin ser capaz de explicar por qué se había mostrado de acuerdo con rescatarla.

No, sí que era capaz de explicarlo, el problema era que no le hacía gracia. Aunque no le hubiera importado que Frunces se desangrara en el frío espacio, no podía abandonar a Zorre —por mucho que hubiera estado trasteando en su cabeza y la hubiera amueblado a su gusto—.

Cuando los recibió a bordo, el uno y le otre tuvieron la audacia de poner cara de alivio.

—Por favor, me vais a ayudar —les había dicho—. Tenéis que aseguraros de que Chie no está jaleando a esos chiquillos para que se amotinen.

Los aprendices habían tenido razones para desconfiar de los ocupantes del *Cuervo Humilde* incluso antes de que Ekiya hubiera recogido a la persona que había destruido el *Reverente*. Sí, Kouru los había salvado, pero también la reconocían por los informes en los que se decía que era quien había provocado la catástrofe de las Cavernas de Seikara. Además, como Chie estaba al tanto de todo, había respondido todas las preguntas que le habían hecho por mucho que dejara en mal lugar a los ocupantes de la nave.

Chie también les había dicho, por activa y por pasiva, que no debían informar al Imperio de que Kouru estaba en el *Cuervo,* ¡y ni qué decir ya de Frunces! Pero Chie había jurado muchas cosas antes de tirarse junto con Zorre del puente de Seikara. Ekiya ya no confiaba en su palabra.

Y, a decir verdad, en la palabra de Zorre tampoco podía confiar. Aunque tenía que reconocer que, en cuanto Zorre salió de la cápsula de escape, con aquel quejicoso y viejo tooka en un brazo, le extendió la otra mano para ofrecerle una caja.

Era pequeña; le cabía en la palma. Tenía numerosas formas geométricas pulidas y unidas entre sí intricadamente. Estaba muy bien cerrada y Zorre le advirtió de que no debía intentar abrirla. Ya lo haría Frunces, pero cuando se recuperara. Hasta ese momento, se la entregaba a ella para que la mantuviera a salvo.

No había tenido que preguntar qué había dentro. La cajita contenía sus fantasmas. No sabía cómo, pero lo sabía. Puede que recordara el kyber de todo el tiempo que había pasado protegiéndolo en la bodega de su nave, o puede que fuera este el que se acordaba de ella. En cuanto a las casas que habían protegido las esquirlas… aquellas preciosas linternas, peines y amuletos donde estaban guardadas… habían desaparecido.

A ver, que los Jedi jamás les habrían devuelto las reliquias a los refugiados de Rei'izu. Ekiya había sido un poco inocente al pensar que no iban a quedarse con el kyber. Habían roto sus fantasmas para quedarse con lo que a ellos les importaba y, ahora, los restos de las reliquias estaban diseminadas y perdidas… como el *Reverente*.

Ekiya miraba los restos de la capitana del señor Hanrai por la ventana de la cabina del *Cuervo* y lo que veía hacía que se sintiera indispuesta. Las naves de exploración y una miríada de naves más pequeñas se movían por entre los restos del *Reverente*. Buscaban supervivientes o bien ponerse a salvo. Eran como moscas relucientes sobre un cadáver brillante.

Ekiya se llevó la caja al pecho. Pesaba muy poco. Tenía que alegrarse de que algo se hubiera salvado. Tenía que alegrarse.

Daba igual lo que quedase por rescatar del *Reverente*, a lo largo de la siguiente hora, el número de carroñeros fue disminuyendo. Ya no había tanto que ganar, no, pero es que, además, antes o después llegarían los hermanos del gigante muerto. Más acorazados. Más señores. Y más Jedi.

En todos los canales de la holored se repetía la misma amenaza, pero con diferente vestido. Los informes se mezclaban los unos con los otros mientras Chie entresacaba lo importante sentada frente a la consola de comunicaciones.

«Hace unos instantes, el príncipe coronado ha hablado en el canal imperial principal para denunciar…».

«Una misiva contraria del segundo príncipe, declarando que el incidente ha sido un horrendo ataque perpetrado nada más y nada menos que por…».

«Una declaración conjunta promulgada por los señores que representan la Alianza del Borde Medio asegura que van a enviar un contingente de Jedi a Dekien para eliminar esta amenaza de una vez por…».

Y así, sin parar. Los dos príncipes, media docena de señores, todos ellos pronunciándose sobre la clara agresión Sith que había puesto fin a la vida del señor Hanrai.

Pero nada de todo aquello les importaba. Ellos, sencillamente, habían estado esperando una excusa para movilizarse. Lo único que faltaba por determinar era si

iban a pasar días u horas antes de que empezaran a dispararse los unos a los otros con la excusa de dar con los Sith.

—¿Tienes que hacer eso? —le preguntó Ekiya—. ¿Qué pretendes descubrir en las noticias que no conozcas de primera mano?

—No veo las noticias en busca de datos, querida, sino en busca de sentimientos. Nos vendría bien saber lo que piensa la gente y lo que le han dicho que piense.

—No creo que a nadie le vayamos a caer muy bien.

Ekiya supuso que la mirada que le estaba echando Chie pretendía tranquilizarla.

—Estás enfadada conmigo.

—Anciana, por favor… ¿¡cómo voy a estar enfadada contigo!? Si estuviera enfadada contigo querría que te largaras de mi nave, pero si te largaras de mi nave, irías corriendo adonde los Jedi, que acabarían con esta última oportunidad que tenemos de resolver el problema de la bruja y los demonios… que, por si se te ha olvidado, ahora también sufro en mi nave… y no poder resolver el problema me estropearía este día tan maravilloso.

Chie lucía una nueva expresión: exasperación, y parecía que estuviera a punto de entonar una disculpa. Aunque, a decir verdad, Ekiya no creía que fuera a soportarlo.

Por suerte, antes de que Chie dijera nada, Kouru las llamó por el sistema de comunicación desde el dormitorio de Frunces.

—El viejo está despierto —les dijo—. ¿Qué… qué hago con él?

Ekiya abrió la boca y negó con la cabeza, con las manos una vez más en la caja rompecabezas. Conocía el plan: tenía que darle la caja a Frunces, dejar que la abriera y dar con el cristal a por el que habían ido a Dekien, un cristal que Zorre estaba segure de que se encontraba allí dentro… y, luego, muy probablemente, salir a toda velocidad del sistema Dekien.

Ekiya lo único que tenía que hacer era darle a Frunces la caja del rompecabezas… y olvidar que acababa de ver cómo hacía pedazos con sus manos un acorazado imperial desde dentro a pesar de que este estuviera abarrotado de gente; parte de la cual no había conseguido escapar…

Chie se adelantó:

—Enseguida voy —le respondió a Kouru.

Ekiya lo que oyó fue: «Asegurémonos de que está completamente despierto, de que no va a estarlo solo durante media hora. Si abrir esa caja es tan complicado como quiere hacernos creer Zorre, va a ser mejor que esté tan alerta como sea posible».

Ekiya se alegró de que Chie se fuera. Era consciente de que la anciana estaba dándole tiempo para que lo asimilara todo. Así era la anciana y Ekiya lo respetaba. Chie también estaba en lo cierto con Frunces. Lo necesitaban recuperado del todo si iba a tener que poner las manos en aquella reliquia. Aquello era, en parte, por lo que la piloto lo había dejado subir a bordo del *Cuervo*, por lo que había ayudado a Zorre a ponerle una ropa que no estuviera manchada de sangre; por lo que le había hecho una nueva prótesis —aunque no se la mereciera—. Ekiya no se habría sentido bien si no hubiera hecho todo aquello.

Aun así, no le gustaba.

No le gustaba, pero estaba bien. Porque ella necesitaba sentirse bien… o acabaría llevando el *Cuervo* hasta el centelleante sol de Dekien sin mirar atrás.

Ekiya estaba sentada en la cabina, quieta, mirando el espacio, intentando no ponerse nerviosa por cualquiera de los ruiditos que oía. Por detrás, Chie cruzó la cocina. Zorre habló y su tooka maulló una queja. Un par de aprendices le acompañaban. Ekiya intentó sacar todo aquello de su cabeza. Aunque intentaba dejar fuera todas aquellas palabras, cada una que oía hacía que su corazón latiera más deprisa, presa de algún miedo al que no podía ponerle nombre.

Unos pasos la desconcentraron. La piloto se frotó la cara para sacudirse la tensión y se volvió.

Era uno de los aprendices. El twi’lek. Ekiya había llegado a la conclusión de que era el cabecilla. Yuehiro. Parecía decidido, pero cauteloso. Llevaba un bol de sopa.

—Si quieres lavarlo, es por allí —le dijo Ekiya moviendo la cabeza en la dirección opuesta.

—Gracias. —El joven se sentó en el asiento del copiloto—. Deberías comer algo. —Y le tendió el bol.

—Sí, dentro de un rato.

Yuehiro no se marchaba. Ekiya suspiró por lo bajo y escondió la caja. Luego, cogió el bol. Era una sopa sencilla —pasta de miso mezclada con dashi y con verduras rehidratadas—, pero estaba buena. Yuehiro no dejaba de mirar los restos del gran barco de su señor, y lo hacía cada vez con el ceño más fruncido.

—¿Están asustados los niños? —le preguntó Ekiya—. Estad tranquilos… que Chie está con vosotros.

—No creo que sigamos siendo niños.

Desde luego, él hablaba como si lo fuera.

—Que os hayáis visto obligados a lidiar con esto… —Ekiya no tenía claro cómo acabar la frase y esbozó una mueca—. Esto que ha pasado no significa que no seáis niños.

—Ah, ¿no? —Yuehiro estudió las luces que parpadeaban por encima de Dekien con una concentración que Ekiya era incapaz de comprender. Los ojos del joven saltaban de un sitio a otro y seguían el curso ahora de esta nave, ahora de aquella otra. Tenía la atención fija en un extraño punto que había en mitad del espacio. Entre una respiración y la otra, apareció, deslizándose por el espacio como un cuchillo entre las costillas, saliendo del hiperespacio, una elegante fragata imperial de color blanco. Aquella era la primera de las muchas cuchilladas que iban a llegar—. Le maestre Idzuna nos ha contado que los Sith te obligaron a luchar en la última guerra.

—Le *maestre Idzuna* está compartiendo los datos de mi vida con mucha libertad.

Yuehiro no se disculpó, pero tampoco se atrevía a mirarla a los ojos.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

Ekiya resopló.

—¿Te da la impresión de que esté cualificada para responder a eso? Soy la persona de la nave que menos idea tiene de Jedi. Hasta B sabe más… —Hizo un gesto vago por encima de la cabeza—. Que yo.

Yuehiro cerró las manos y las apoyó en las rodillas. Su cara transmitía que se sentía culpable.

—Por eso te lo pregunto. Creo que entiendo lo que estás intentando hacer. Nadie me lo ha dicho abiertamente, pero he visto los demonios de Seikara. Y leí al respecto en la biblioteca personal del señor… de Hanrai. —Se armó de valor y la miró—. Queremos ayudar. Todos. No somos los mejores. Ninguno de nosotros habría llegado jamás a Caballero. No tenemos la fuerza necesaria… ni el temperamento… pero aquí estamos. ¿En qué podemos ayudarte?

—¿Cómo dices? A mí no me vengas con esas. ¿Qué tienes, doce años?

—Catorce —comentó el joven como si hubiera gran diferencia—. ¿Qué edad tenías tú cuando te raptaron los Sith?

—Oye… —le dijo Ekiya. Ella también tenía catorce años cuando los Sith se la habían llevado. Parecía como si Yuehiro considerase que había ganado, porque se le iluminó la cara. Ekiya chasqueó la lengua—. No empieces. Tú… tú vive, que es lo más importante. Ahora mismo nadie puede garantizar tu seguridad, ¿entiendes? El *Cuervo* está lleno de gente rara y apenas confío en que ninguna de estas personas sea capaz de cuidar de sí misma, así que dudo mucho que vayan a ser capaces de cuidar de un rebaño de niños.

No parecía que a Yuehiro le hubieran satisfecho aquellas palabras. Ekiya quería sacudirlo. Entonces, se fijó en el bol que le había traído. Hacía mucho tiempo que nadie le traía comida, hacía mucho tiempo que era ella quien se la llevaba a los demás. Aquello no era obligación del niño.

—Sois niños. —La piloto le puso una mano en el hombro a Yuehiro y lo miró a los ojos—. Eso no es malo. Y podéis ayudar. ¿O es que piensas que puedo echarle un ojo a toda esa gente rara de la que te he hablado yo sola? Ahora bien, necesito que tengáis presente que no sois los adultos, ¿vale?

El muchacho volvió a fruncir el ceño, pero asintió.

Ekiya le devolvió el bol y le pidió que regresara con sus amigos. Le explicó dónde guardaba los suministros médicos por si acaso alguno de ellos necesitaba algo; había oído resollar a uno de los más pequeños y visto cojear a otro y, cuando le había preguntado dubitativo si tenía hormonas, había compartido con él esas que le proporcionaba Shogo.

Luego, Ekiya llamó a B5-56 por el comunicador. Estaba cansada de ser la única adulta de la cabina.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

EL RONIN COMIÓ lo que le sirvieron bajo la atenta mirada de la bandida y de Chie. Era muy probable que las dos mujeres quisieran asegurarse de que se centraba en comerse las gachas de arroz. No podía culparlas porque no confiaran en él, y él, por su lado, intentó no pensar en que, de las dos, era Chie la que más le perturbaba. No tendría por qué haber sido así, y, no obstante… La anciana demostraba una confianza inusual, teniendo en cuenta a cuántos pasajeros del *Cuervo* había intentado matar o traicionar recientemente. La bandida, por lo menos, estaba tensa.

Justo cuando acabó de comer, B5-56 se pasó para anunciar que Ekiya quería que se presentaran en la cabina. El ronin se dirigió allí tan rápido como se lo permitía la respiración. Le viajere ya había llegado y su tooka movía la cola nervioso a sus pies.

Ekiya hizo un gesto y B5-56 cerró la puerta con el seguro. El ronin frunció el ceño, pero Ekiya enseguida le puso la caja rompecabezas en las manos.

—Tú sabes qué es lo que necesitamos de aquí, ¿verdad? —le preguntó.

Sí, ya se lo habían dicho. El *Cuervo* necesitaba combustible, y la creciente presencia imperial había dejado claro que iban a seguir a todas las naves que abandonaran el sistema Dekien. Las oportunidades de huir que tenía el *Cuervo* eran escasas, así que no deberían intentarlo hasta que no estuvieran seguros de que podían lograrlo. La reliquia, la esquirla de kyber del templo Shinsui, los ayudaría a salir de allí. O eso esperaban. Si alguien conseguía seguir al *Cuervo* hasta Rei'izu, cabía pensar que estaría tan sorprendido por haber dado con el planeta natal del Imperio que tanto tiempo llevaba perdido que dejaría de interesarse por su presa original.

El ronin no dijo nada de todo aquello, solo asintió, porque, de pronto, hablar después de haber tenido que caminar hasta allí, le resultaba complicado.

—Bien, pues ponte con ello. La verdad es que, ahora mismo, me da igual lo que tengas que decir.

—Es justo —resolló.

Las pruebas de por qué Ekiya tenía derecho a rechazar su opinión yacían extendidas por todo el espacio delante del *Cuervo*, los restos del *Reverente*, diseminados por el sistema Dekien y la flota de naves imperiales, cada vez mayor, que estaba empezando a reunirse alrededor de estos.

La piloto puso mala cara:

—Deja de mostrarte razonable. No me gusta cuando eres razonable. —A las demás les dijo—: No me gusta cuando *él* es más razonable que vosotras. Tenemos que hablar.

Solo había otros dos asientos. Chie se sentó en el del copiloto, como si tuviera derecho a hacerlo, y le viajere se sentó en el que quedaba libre porque la bandida no quiso sentarse.

No, «la bandida» no. Los demás la llamaban Kouru. Al ronin le daba igual lo que la joven hubiera sido antes —una guerrera, una ladrona, un demonio—, en gran parte, era culpa suya que la joven se hubiera vuelto lo que era ahora. Además, cuando la

había matado no había disfrutado de ello. Por lo menos, le debía el llamarla por su nombre.

Kouru lo miraba con la frente arrugada, desde la puerta, como si fuera capaz de leerle el pensamiento. Aquella mirada lo llevó a considerar que era mejor que guardara sus opiniones en algún lugar donde ella no fuera a saber siquiera que existían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Idzuna, que hablaba más suave que nunca.

Sin embargo, el pozo negro que era su presencia en la Fuerza se agitaba descontrolado y siguió haciéndolo incluso cuando el tooka se le subió al regazo de un salto. ¿Qué se podía esperar de elle? Al fin y al cabo, acababa de matar a su antiguo maestro.

Idzuna lo miró por un instante y el ronin sintió una presión en el pecho, como si quisiera hablar. Sin embargo, no sabía qué decir y, además, le habían pedido que no dijera nada. Se centró en la caja rompecabezas.

—Ese es el problema, ¿verdad? —Ekiya señaló lo que había más allá de la ventana—. Que ha pasado todo de golpe, ¿no? ¿Seguimos, siquiera, queriendo lo mismo? Porque yo tengo la sensación de que no.

Kouru tenía cara de preocupación, si tenemos en cuenta que no había estado aliada con ellos. Al ronin, desde luego, le costaba entender la presencia de la joven en el *Cuervo*, excepto por el hecho de que era muy probable que ella tampoco quisiera que los Jedi la atraparan.

Chie giró la cabeza, intrigada.

—Mis intenciones no han cambiado —aseguró le viajere.

—¿Y las tuyas, Ekiya? —le preguntó Chie.

La piloto levantó la barbilla.

—Responde tú primero.

La anciana le dio un sorbo a un termo de té sin prisa alguna.

—Yo no creo que nada haya cambiado. Más bien diría que, ahora, tengo mis opiniones más claras. Ahora bien, si estás sugiriendo que mi respuesta va a condicionar la tuya…

—¿En serio, Chie? —le preguntó le viajere—. Pensaba que ya habíamos hablado de eso.

—Suponía que habrías dado por hecho que daba por pospuesta la conversación cuando resultó que teníamos que darle prioridad a intentar sobrevivir. Ahora bien, si lo que nos estamos preguntando es si seguimos comprometidos con dar con Rei'izu…

—¿Por qué íbamos a preguntárnoslo? —soltó Idzuna.

Chie le miraba con ese aire compasivo con el que mira una anciana a un joven del que sabe que podría dar más.

—Te pone en la tesitura de tener que confiar en gente en la que, en otras circunstancias, no confiarías.

—Parece una acusación.

—Y es que lo es. No voy a ir tan lejos como para culparte de haber iniciado las agresiones, pero lo que está claro es que tu elección de aliados tampoco ha servido para evitarlas.

Era evidente lo que quería decir. Puede que no hubiera sido le viajere le que había destruido el *Reverente*, pero también estaba claro que la nave no estaría rota en pedazos si hubiera dejado al ronin con sus cacharritos en un rincón alejado de la galaxia.

—No digas tonterías —soltó Kouru mientras hacía un gesto con la mano para señalar la brillante carcasa que flotaba a la deriva por delante de ellos—. Vuestros señores querían la guerra de todas formas. Esto solo es una excusa, no una causa.

—Yo no lo tendría tan claro —comentó la anciana.

—Culpas con mucha ligereza.

—Es que me gustaría que aceptáramos parte de la responsabilidad.

—¿¡Aceptar la responsabilidad!? —Ekiya resopló—. ¿Es eso lo que creías que estabas haciendo cuando te chivaste a los Jedi? Ahora ya sabes a lo que nos enfrentamos. Habías visto los demonios… y, aun así, los ayudaste a que dieran con nosotros.

Por mucho que la piloto la mirara con mala cara, Chie la miró a los ojos impávida.

—¿Tan segura estás de que elegí mal?

—Sí.

Después de decir aquello, Ekiya se sumió en un silencio gélido que complicaba sus demandas. Se estaba cuestionando a sí misma, y es posible que incluso estuviera yendo más lejos. Iba a ser difícil no dudar, con la consecuencia de sus alegaciones dispersas por el espacio entre Dekien y ella.

Le viajere dejó escapar un sonido que podría haber sido una risa si el contexto hubiera sido más animado.

—Si tenías dudas, Chie, preferiría que lo hubieras hablado conmigo.

—No dudo de ti. —La anciana le señaló con una mano—. Ekiya tiene razón. He visto lo que he visto. Y yo diría que he visto más que ninguno de vosotros. Hanrai me enseñó los informes. Multitud de Jedi muertos o desaparecidos. Vuestra bruja Sith está trabajando muy duro para crear un ejército de marionetas. Pero ¿para qué?

—Y, aun así, ¿priorizas la política? —Le viajere no podía seguir hablando con tono neutro—. Chie, ¿qué crees que va a pasarle a la galaxia cuando los Jedi empiecen a matarse unos a otros con saña? ¿Cuando la bruja tenga incluso más fantasmas de los que necesita?

Chie se acercó para tocarle la rodilla a le viajere con más dulzura de lo que nadie hubiera esperado. El ronin, por su lado, estaba tenso en su asiento; no creía que pudiera confiar en ella. Pero Chie también fue dulce cuando habló:

—Entiendo que tengas miedo, Idzuna. Yo también lo tengo. Ahora bien, jamás en la vida he oído que una guerra la detuviera una única actuación, por importante que fuera.

—Ah, ¿no? —saltó el ronin.

Todo lo miraron, pero él volvió a concentrarse en la caja rompecabezas. Tan solo había sido una bravuconada para recordarles qué había hecho él para detener la última guerra. En cierto modo, era irónico que hubiera empezado la siguiente de una manera muy similar.

—Supongo que no debería sorprendernos que el Señor Oscuro siga pensando de manera tan simplista —dijo Chie.

—No lo adules dándole un título —soltó Kouru—. Desde luego, no es mi señor.

—¿¡Que es quién!? —preguntó Ekiya. El tono era curiosamente plano. El ronin habría esperado que llevara más enfado. Puede que no fuera capaz de mostrarlo, dado el odio tan profundo que ya sentía por él. Ekiya miró a le viajere—. ¿Tú lo sabías?

El gesto de Idzuna hizo que sus palabras parecieran mentira:

—No puedo decir que estuviera segure. Lo sospechaba. Había señales, sí. Sugerencias…

Idzuna se quedó callade porque parecía que Ekiya estuviera a punto de gritarle. No obstante, lo que hizo la piloto fue hundirse en su asiento y llevarse la mano a la frente.

El ronin frunció el ceño. Se le había pasado por la cabeza que le viajere supiera quién había sido; al fin y al cabo, sabía muchas historias y, además, era le discípule de Hanrai. Sin embargo, su expresión actual, inquieta, hizo que empezara a albergar ciertas sospechas.

—Idzuna —empezó a decir Chie. ¿Se habría dado cuenta la anciana de cómo se estremecía elle cada vez que decían su nombre? Se oyó el eco de cómo su mano se crispaba en el parpadeo de la llama blanca escondida en su corriente negra—, no te voy a pedir que abandones a aquellos de quienes te compadeces. De este hombre. De esta joven. Cuidaremos de ellos como es menester, en parte, para asegurarnos de que no le hacen daño a nadie. Ahora bien, tienes que darte cuenta de que estás persiguiendo una fantasía. Los príncipes no van a firmar la paz a cambio de la cabeza de una Sith, por mucho miedo que les dé. Nuestro trabajo está aquí.

—No es eso —insistió le viajere—. Esto nada tiene que ver con príncipes y los señores, Chie. Esto… esto es mucho peor.

Kouru se mofó:

—No hay nada peor que los príncipes.

—Los Jedi —sugirió el ronin.

—Los Sith —contraatacó Chie.

—¡Ya basta! —exclamó Ekiya—. Ninguno de los dos servisteis de ayuda.

Le viajere puso mala cara y empezó a decir:

—Ekiya…

—No, cállate, que tú eres le peor de todos. —Ekiya se puso de pie, con las manos en la consola de mandos, sin mirarlos a ninguno—. Maldita sea, por esto es por lo que tenemos que hablar. Llevamos dando caza a la bruja desde que te conocí… aunque nunca has dicho por qué sabes que anda por ahí. Supuse… no sé… que eres Jedi o algo así. Tenías que serlo… pero como no quieres hablar del tema porque dices que los Jedi te gustan tan poco como a nosotros… pues vale. —Ekiya apretó las manos—. De lo que nunca habías dicho nada era de que el señor Jedi te perseguía y de que te pisaba los talones. No nos habías avisado. No habías dicho nada al respecto. No me extraña que Chie se lo contase todo en cuanto el otro le ofreció un gramo de sinceridad. Aunque no creas que te estoy eximiendo, anciana, lo único que digo es que lo comprendo. —Entonces se volvió y señaló al ronin—. Y, claro, después de que

recogieras al mismísimo Señor Oscuro, que va matando gente a diestro y siniestro… No te ofendas, Frunces.

—No te preocupes.

La piloto puso cara rara, luego recordó que ahora lo despreciaba y pareció que estuviera asqueada de él y de ella misma. Miró hacia otro lado.

—Zorre, escúchame. Me lo juego todo por esto. Por ti. Ahora bien, ¿cómo quieres que confíe en ti? ¿Cómo quieres que piense que estás en lo cierto?

—Confieso que esperaba que los aires de misticismo sirvieran para aliviar algunas de esas preocupaciones —dijo le viajere.

—Pues no —soltó el ronin justo en el momento en que abría la caja.

El grupo se quedó en silencio una vez más, mientras observaba el botín que el ronin acababa de descubrir. La caja cabía en su palma, pero estaba abarrotada de cristales. Emitían una luz refractante que bailoteaba en muchos colores en sus caras y en la ventana. Los rojos que él llevaba tanto tiempo coleccionando, acompañados por azules y verdes que él no reconocía, y una multitud incolora que había estado alojada en los artefactos que Ekiya había llevado de un lado para el otro en el *Cuervo*.

El ronin cogió un cristal trasparente y lo sostuvo entre los dedos un momento, antes dejarlo y coger otro. Las demás lo miraban entre fascinadas y horrorizadas. El segundo cristal también volvió a dejarlo en la caja.

—No me has contado qué le sucedió a la esquirla que encontraste en Dekien —le soltó el ronin a le viajere mientras le miraba a los ojos. Este se mostró nerviose ante su mirada, como si temiese que se la pudiera clavar—. En cualquier caso, aquí no está. Es improbable que resolvamos el problema a menos que seas algo más sincere con nosotros.

Idzuna se removió en el asiento. Si salía corriendo, el ronin no podría detenerle. No solo estaba demasiado débil, sino que, además, por mucho que las otras no confiaran en elle, dudaba mucho que fueran a preferir ayudarlo a él a protegerle a elle. Así que el ronin hizo lo único que podía hacer, imploró:

—Por favor, yo también necesito una respuesta.

Le viajere abrió la boca y la cerró. Cuando sonrió, el ronin pensó que había perdido. Sin embargo, después de unos instantes, habló. Y su confesión los dejó fríos:

—La cuestión es que… no lo recuerdo.

* * *

«¿Que qué recuerdo? Ya sabéis, lo importante. Mi té preferido. Las plegarias. Algo de aritmética. Todo lo demás… viene y va.

»La esquirla de kyber que ha estado conmigo. Una astilla, un cielo de invierno… clara excepto por la zona en que tenía una fractura que nublaba el centro. Era una maravilla. Me la confiaron para que consiguiera llegar hasta una terrible amenaza Sith.

»Ahí es cuando todo se vuelve un poco… ¿Cómo decirlo? Impreciso. Recuerdo la esquirla. Recuerdo la necesidad. Y también recuerdo Rei'izu.

»Intenté matarla. A la bruja. Sé que lo hice. Lo siento en los dedos… en el pecho… Porque fracasé. Dudé. Ahora mismo no sé por qué. No era la primera vez que mataba… por mucho que duela.

»Vamos, que no lo hice. Así que, ¿qué les pasaría a los ineficaces Jedi? Pues no lo sé. Pero no me marché de allí. Estuve años, diría yo. ¿Os lo imagináis? Suelo preguntarme si conocía la manera de salir… o si la ignoraba.

»Las cosas que recuerdo, como veis, son dulces… en parte. La luz del fuego. Una escena que veía por una ventana que daba a un patio sumido en el frío del invierno. Una especie de desolación en el silencio… pero que se rompía una y otra vez. A mí me agradaba aquel sonido. Risas, diría que eran. O una canción. Una mota de esperanza… enterrada bajo la nieve.

»El resto, sin embargo… Miedo. El mío, ¿no? Puede que en parte. Una ira dolorosa que me apenaba. Pérdida y tristeza… fusionándose… calcificándose… Dolía estar cerca. Aun así, no me marché. Me lleva a pensar que no podía.

»Entonces, ¿cómo lo logré? ¡Quién sabe! Me gusta pensar que es por algo que yo hice. Que encontré una llave… o que decidí que ya era la hora… O quizá lo pedí. Aunque no creo que ese fuera el caso.

»Recuerdo un combate. Recuerdo haber sangrado y haber hecho que otros sangraran. Y recuerdo que el mundo se rompía en pedazos hasta, que, de repente, cambiaba. Y entonces era libre. Quizá.

»Yo creo que la bruja creyó que había muerto. No puedo imaginar por qué otra razón iba a haberme liberado. Volvía a estar en el mundo, pero ya no pertenecía a él. Me refiero… me refiero a que era como si ya no encajase en el agujero que me correspondía. Temí volver a aquella vida porque había fracasado… y porque…

»No, no puedo decir nada más… de lo que esté segure. Y si lo que queréis es que os cuente la verdad, vamos a tener que poner el punto final aquí».

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—PERO ¿DE VERDAD podéis tomarme en serio? —preguntó Zorre mientras acariciaba la oreja del tooka—. Es decir, ¿cómo se sabe por qué recuerdo lo que recuerdo y por qué he olvidado el resto? Puede que esté llene de agujeros provocados por la corriente negra. O quizá solo esté traumatizade. De una u otra manera, no se puede confiar mucho en mí.

Hablaba con una calma que daba miedo. Kouru buscó en elle alguna señal de aflicción, de incomodidad. Nada. Y no podía apartar la vista de elle, por mucho que desease con todas sus fuerzas mirar cualquier otra cosa.

Por mucho que la Sith despreciara la capacidad de Idzuna para hacer agujeros en la mente de los demás, estaba claro que a elle le habían hecho lo mismo. Idzuna era arquitecte y edificio del mismo arte putrefacto. Hacía que resultara escalofriante y, al mismo tiempo, digne de compasión.

De nuevo, la Sith oyó el eco de la bruja: «Déjate llevar. Déjate llevar». ¿A qué le habría obligado a renunciar la bruja a Idzuna mientras le vaciaba la cabeza?

Kouru sentía la necesidad de saberlo. Pensaba, aunque puede que fuera una tontería, que saberlo le permitiría protegerse. La Sith podría resguardar mejor aquello que tenía que defender… si sabía lo que era.

La duda le pesaba en el pecho. Cruzó los brazos. ¿Cómo podía saber si no había perdido ya aquello que la bruja había querido coger? Últimamente, su voz había estado terriblemente callada.

—Pero ¿por qué no dijiste nada? —le preguntó Ekiya como demandándole una respuesta. Ahora, la joven era todo compasión. Su furia la había diluido el sufrimiento de Zorre.

Este miraba contemplativamente hacia arriba.

—¿Por vergüenza? ¿Por paranoia? ¿Por algún otro de los retoños de una mente estropeada? O por nada de lo anterior. No lo sé. A veces pienso que no sucedió. —Se rio—. Resulta horripilante, ¿verdad? Quizá tuvierais que encerrarme en la cabina del artillero.

—¿Que deberíamos hacer qué? —preguntó Ekiya.

Kouru maldijo y se dio la vuelta. Por dentro, se sintió agradecida por la distracción.

En un primer momento, Kouru quiso matar al Jedi y acabar de una vez por todas con aquello, pero Ekiya no quería ni oír hablar del tema.

—¿¡Crees que quiero otro demonio en mi nave!? ¡Con uno como tú ya tengo más que suficiente!

—No tiene por qué quedarse en la nave —apuntó Kouru.

La malinterpretaron. Kouru habría matado al hombre y lo habría lanzado por la escotilla del *Cuervo*. Por el contrario, el grupo tomó la diligente decisión de llevar al anciano a la cápsula de escape que seguía fijada al abdomen del *Cuervo* para que recableara su sistema de comunicación y también el de navegación. Se aseguraría de

que el Jedi llegara a salvo a Dekien, pero fuera incapaz de comunicarse hasta que llegara, momento para el que ellos ya tendrían que estar fuera del sistema o estarían perdidos.

Entretanto, Kouru y Ekiya fueron a montar guardia a la cabina del artillero mientras Chie iba a la bodega de carga.

«Seguro que los niños ya saben algo de él —había comentado la anciana entre suspiros—. Vamos a tener que convencerlos de que no merece la pena salvarlo».

Kouru no quería ni imaginar cómo habría ido esa convencerlos. Los engendros Jedi eran gente orgullosa, pero también temerosa. Entendía que creyeran que, en compañía de Sith y traidores, un Jedi sería su salvador.

Pero Ekiya y ella no estaban lejos de la bodega de carga y apenas habían oído ruidos allí, por lo que, bien los niños habían matado a Chie en silencio, bien la anciana los había convencido milagrosamente.

Eso, o les había prometido que podrían matar a alguien… De ser así, aún no habían ido a por ninguno de los objetivos más probables —es decir: el viejo, Idzuna o ella misma—. Kouru aún sentía la llama rabiosa del viejo en una punta de la nave y la sombra plateada de Idzuna en la otra.

En un momento dado se dio cuenta de que estaba prestando tanta atención a Idzuna que bien podría haber llegado a olvidarse incluso de la escotilla soldada de la cabina del artillero. Se había quedado en la cocina con la caja rompecabezas y el kyber cuando todos los demás habían ido a hacer algo útil.

«Pensaba que habías dicho que la esquirla no estaba aquí», le había dicho Idzuna al viejo cuando le había puesto la caja en las manos.

«Tu maestro dijo que te la había dado a ti —le había respondido este—. ¿Mintió?».

Ahí. Ahí había sido cuando Kouru había visto la primera y única grieta en su semblante. La pregunta había partido en dos la sonrisa de Idzuna por un instante, como si le hubieran hecho un corte, pero lo hubiera olvidado de inmediato.

«No acostumbraba a hacerlo», había respondido Idzuna, rindiéndose.

Desde entonces, Kouru no había detectado ninguna perturbación más. Aunque, claro, no es que darse cuenta de aquellas cosas fuera, precisamente, su fuerte. De hecho, si atendía a lo que decían sus maestros, era una debilidad; aunque siempre había preferido juzgar a aquellos a quienes conocía por sus palabras y su postura que por las sutilizas de su presencia en la Fuerza. Idzuna le daba poco trabajo en lo uno y en lo otro, pero, aun así, le estudiaba con una obsesión de la que preferiría haber podido librarse.

Si supiera ponerle nombre a lo que veía en elle… y a lo que quería ver. Sabía que, en parte, le atormentaban la oferta y las preguntas que le había hecho. En ese momento, la Sith le había considerado une entrometide y une sofiste a le que le movían la sensación de culpa o alguna otra enfermedad. Ahora, en cambio, entendía la legitimidad con la que Idzuna podía hablar de la situación de la Sith.

En el tiempo que Idzuna había pasado en Rei'izu, atrapade con la bruja, seguro que había visto a alguien como Kouru. Puede que incluso decenas. Tuvo que…

Ekiya tocó a Kouru en el costado. El pomposo B5-56 acababa de llegar para decirles que la cápsula de escape estaba preparada.

Sacaron al Jedi sin apenas dificultad, porque seguía inconsciente, pero Ekiya insistió en encargarse ella de la mayor parte del trabajo.

—A vosotras se os caería de nuevo… y no quiero que se haga otra herida en la cabeza.

—Había pensado romperle las piernas —comentó Kouru.

Un brazo y una pierna, para ser más exactos. Si, por la razón que fuera, necesitabas a un Jedi con vida, tenías que debilitarlo físicamente cuanto pudieras, o hacer que sintiera tanto dolor que no pudiera concentrarse.

—Eso que has dicho es terrible —le dijo la piloto mientras llevaban al hombre por el pasillo.

Kouru resopló.

—Lo que es terrible es que te preocupes tanto.

—¿Por el Caballero Jedi que se ha estado cociendo en mi nave sin que yo supiera nada al respecto? Pues sí, mi problema es que me preocupo demasiado.

—Lo es. O habrías dejado que fuera yo quien me encargara de esto.

Ekiya echaba chispas por los ojos.

Kouru también la miró mal.

—Nada te parece bien. Lo estamos haciendo a tu manera. ¿Qué más quieres?

La Sith se sorprendió cuando la mujer suspiró profundamente, como si se estuviera disculpando.

—Pues no lo sé. Que Zorre fuera un bicho raro. Que Frunces fuera más odioso. Que Chie estuviera equivocada. Que tú no estuvieras aquí. Que yo no hubiera sido tan idiota con la muerte de algunas personas… Que nada de esto hubiera sucedido tal y como ha sucedido.

Kouru la miró pensativa.

—Son todos ellos deseos sin sentido.

—Y tú eres una idiota, ¿lo sabías?

El ronin sacó la cabeza por la escotilla de la cápsula de escape mientras se acercaban.

—Podríamos haberte traído un taburete, Frunces —se mofó Ekiya.

El ronin asintió y se marchó. Kouru sospechaba que no la había oído, que el viejo estaba regodeándose en sus fragilidades o en las medias verdades de su supueste aliade. O pensando en esa bruja a la que no sabía cómo encontrar y a la que, por lo tanto, no podía matar. Kouru no lo sabía… y no quería saberlo. Deseó que le satisficiera más verlo tan abatido. Pero no, no le satisfacía.

Ekiya bajó al Jedi al banco de la cápsula con un cuidado que Kouru no estaba teniendo.

—Hipócrita.

Kouru tardó un momento en darse cuenta de que iba por ella.

—¿A qué te refieres?

—¿Deseos sin sentido? —La piloto sacó la cabeza por la escotilla y la inclinó hacia la dirección por la que se había ido el ronin—. Veo la cara con que lo miras, pero ni siquiera estás convencida de si quieres matarlo. Estás enfadada, nada más.

Kouru sintió aquella acusación como si le hubieran pegado un puñetazo en el esternón, porque hizo realidad un pensamiento que, hasta ese momento, había querido creer que no era sino una sensación, un peso que tiraba de ella. Abrió la boca. Iba a escupirle en la cara: «Pues claro que quiero matarlo… pero la bruja también y a esa pienso negarle todo lo que pueda».

Sin embargo, otras palabras competían por dar con el espacio necesario en la boca: «¿Es que no lo ves? Es patético. ¿Qué sentido tiene matar un gusano?».

Le habría gustado que, sencillamente, el viejo estuviera muerto, sin más; que fuera alguien de quien ya no se tenía que preocupar. Kouru se mordió la lengua y se dio la vuelta. ¿Acaso no era ese también un deseo sin sentido? Además… ojalá pudiera asegurar que los deseos que tenía… era ella quien los tenía realmente.

—Disculpa —le dijo Ekiya mientras estaba de espaldas.

Aquello cogió por sorpresa a Kouru. No lo comprendía.

—¿Por qué?

—Chie me lo ha contado. Los niños y ella no habrían conseguido salir del *Reverente* sin tu ayuda. Así que no sé… Está claro que no eres la peor persona que he conocido en la vida. A decir verdad, ni siquiera puedo decir si querer que Frunces muera es peor que desear que siga con vida, al menos, para la galaxia. Así que, ¿tengo derecho a meterme contigo por ello?

Ekiya se sentó de golpe al lado del Jedi inconsciente y sacó el botiquín de debajo de los asientos. Comprobó su contenido. La mayoría ya lo había cogido para tratar a sus heridos. La mujer sacó dos preciados parches de bacta de su chaleco, los metió en el botiquín y dejó el botiquín en su sitio. Cuando levantó la vista, Kouru la miraba como preocupada. La piloto se frotó la nuca y miró para otro lado.

—A lo que me refiero… es a que entiendo que no es lo único que eres. Yo tampoco quiero ser una única cosa. Estoy trabajando en ello.

A Kouru no se le ocurría qué decir. Esperaba a Ekiya al otro lado de la escotilla, a que dijera algo más, o a que tuviera una revelación y se diera cuenta de que acababa de decirle una tontería a una muerta. No pasó ni lo uno ni lo otro.

Kouru se obligó a observar en silencio cómo Ekiya tecleaba la secuencia de lanzamiento y lanzaba la cápsula hacia la órbita de Dekien.

¿No era eso lo único que era? Kouru no sabía qué otra cosa podía ser, además de la furia, la frustración y la necesidad de ir hacia delante, siempre hacia delante. Pero no podía decir que aquello fuera suyo. ¿Con qué otra cosa podía soñar un demonio… cuya existencia se regía por los caprichos de una bruja cuya voluntad se atrevía a desafiar una y otra vez?

Idzuna ya le había hecho esa pregunta cuando entraban por la garganta del *Reverente*. «¿Quién estás intentando ser? Y, ¿para quién?».

Teniendo en cuenta todo lo que la bruja le había arrebatado a Idzuna, este sabía quién y qué quería ser. Kouru, en cambio… estaba incluso más lejos de tener una respuesta ahora que antes.

Ekiya puso mala cara al ver que el comunicador de su muñeca parpadeaba.

—Me llama Shogo. No puede ser nada bueno. ¿Puedes encargarte tú de echar una ojeada en la cabina del artillero mientras yo me entero de cuál es el próximo problema que vamos a tener que resolver?

Kouru se mostró de acuerdo sin argumentos, tanto porque la tarea le daría tiempo para pensar, como porque prefería creer que así estaba haciendo algo por Ekiya, en vez de estar haciéndolo por ninguna otra persona, en especial por ella misma, en quien no se podía confiar.

El ronin sabía que no estaba bien escuchar las conversaciones de los demás, que era algo que había que evitar cuando compartías un espacio pequeño con más gente. En sitios como este, uno aprendía a oír sin escuchar, y a que parte de lo que sabías se quedara sin decir.

En este caso hizo una excepción porque no iba a hablar de nada de lo que le había oído decir a Ekiya, por no mencionar lo de Kouru. Por el contrario, se llevó aquellas palabras con él a la mesa de la cocina, donde estaba trabajando le viajere, con el tooka acomodado en el regazo. El animal abrió uno de esos ojos amarillos suyos y se quedó mirando cómo llegaba el ronin. Le viajere no levantó la vista y tampoco le ofreció una taza de té. Del suyo no había bebido. Tenías las manos ocupadas con el tooka y el kyber.

—Sales de la nada —comentó le viajere—. ¿Vas a amenazarme otra vez?

—No me gustaría tener que hacerlo.

—Eso no es un «no».

El ronin se sentó a la mesa y el suelo crujió.

—¿Por qué tienes que hacerlo siempre tan difícil?

—¿Te puedes creer que es crónico?

Mientras el ronin se servía un té —estaba templado y muy fuerte—, le viajere continuó haciendo como que trabajaba. Cogió un cristal de color azul oscuro y le dio la vuelta, le pasó el pulgar todo a lo largo y lo dejó en el pedazo de tela cuadrado que tenía delante antes de coger el siguiente. Uno tras otro, cada uno con un tono diferente, rojos como el sol, verdes como la primavera o blancos como nubes.

Fabricar una espada láser era un proyecto que requería paciencia y estar dispuesto a que el kyber definiera su propio propósito. A un cristal no podías obligarlo a funcionar a un impulso diferente del suyo ni ibas a conseguir que fuera perfecto. Las espadas construidas por los maestros de la antigüedad no estaban pensadas para adaptarse a un único Jedi, sino a un linaje, y eran armas exquisitas.

No era de extrañar que los clanes Jedi consideraran que el haz rojo de los cristales robados de los Sith era una maldición. Los rebeldes habían cogido kyber de los Jedi para dar energía a sus espadas y, al hacerlo, habían pervertido el propósito de los cristales de manera que sirvieran para sus sangrientos fines.

El ronin no sabía si eso era verdad. Había fabricado decenas de espadas y nunca le había parecido que el kyber que utilizaba se mostrase desafiante o estuviera aterrado;

de hecho, nunca le había parecido nada en concreto. Al menos, hasta que cayó en manos de los Sith y se convirtió en el canal de su necesidad. Ese era el momento en que el cristal se tornaba rojo, cuando el kyber se afinaba con el Sith que lo empuñaba y decidía dejar de servir a un linaje y servir a una persona tremendamente singular. Sangre sí, pero no una maldición.

La siguiente esquirla que cogió le viajere era de un color rojo muy profundo, tanto que parecía púrpura. Era uno de aquellos cristales que los Sith les habían robado a los Jedi y que habían conservado durante los años que había durado la rebelión, hasta que los Jedi se habían hecho de nuevo con él. El ronin lo recordaba por la espada del hombre al que había matado para conseguirlo… un Sith que se había escondido en las ardientes arenas del desierto. Teniendo en cuenta todas las veces que había habido que repararla y remodelarla con hueso y cuero teñido, la empuñadura había sido un artefacto maravilloso.

—¿Sabes por qué los colecciono? —le preguntó el ronin.

—Nunca se me habría ocurrido pararme a pensarlo. —Le viajere dejó el cristal con los demás—. Y tú nunca me lo has dicho.

—Te dije que fui a Dekien a morir.

Idzuna hizo una pausa.

—No fueron tus palabras exactas.

El ronin inclinó la cabeza. Le viajere no lo miraba a los ojos.

—Además, no has muerto.

—No, porque di con… con el camino.

—Pero ¿no con el propósito?

—Eso son palabras mayores. —Notaba el amargor del té en la lengua—. Lo único que sabía era que estaba equivocado… y que no sabía si alguna vez iba a llegar a estar en lo cierto.

Le viajere cerró la mano y abrió la boca. El ronin casi alcanzaba a oír su objeción: que había hecho algo bien, en algún momento, como, por ejemplo, cuando había abandonado a su señor para proteger a sus guardianes, o cuando les había dado un nuevo hogar a aquellos niños Jedi a los que habían apartado de sus familias para modelarlos a imagen y semejanza del Imperio. Idzuna quería decir que las intenciones del ronin habían sido honorables a pesar de las consecuencias que habían tenido.

¿Cómo era posible que Idzuna, une Jedi, hubiera acabado sintiendo tal compasión por los Sith? ¿A cuántos de los suyos les había arrebatado la vida la bruja? Y, ¿cómo había que interpretar tanta bondad? ¿Hasta qué punto era realmente algo innato en elle?

No, una compasión así no podía provenir de la bruja. Y tampoco era un regalo que le hubiera hecho al ronin. Daba igual que este hubiera sido su espada y su escudo durante todos los años en los que, a su vez, ella lo había protegido a él, o que se hubieran amado con todas sus fuerzas, ella nunca se había mostrado amable o dulce, al menos, con él. Aunque hubiera algo que le hacía dudar de le viajere, desde luego, aquella ternura era suya.

Y por eso podía sentarse frente a elle a pesar de que se sintiera incómodo. Pocos habían sido amables con el ronin, a menudo porque él lo había evitado. En su

juventud había sido raro que la amabilidad estuviera presente en su vida y, después, no se había considerado digno de ella. Incluso ahora, se sentía como un ladrón cuando la recibía. Había sido más sencillo estar enfadado con elle, como en el *Reverente*, cuando había sido consciente de sus engaños. Pero la ira que sentía ahora no era ninguna novedad y solo estaba al rojo en lo más profundo de su ser, donde había ardido así desde que era un muchacho, y donde seguiría rugiendo hasta que no quedaran de él sino cenizas.

—Cuando la bruja se hizo con Rei’izu —empezó a decir el ronin—, me dio la sensación de que lo hacía con prisa. Como si pretendiera impedirme que le arrancara el corazón a aquello que había creado, le costase lo que le costase. No sé cómo lo hizo. No creo ni que ella misma supiera lo que hacía. Lo único que me quedó fue la esquirla… y el odio. La odié. Odié que me llevara a cuestionarme la decisión que había tomado.

El ronin se fijó en los cristales que quedaban en la caja y sobre los que flotaba la mano de le viajere.

—Creo que la esquirla podría haberme llevado allí de vuelta si así lo hubiera deseado.

—Pero no lo deseaste.

La mano de Idzuna estaba quieta. ¿Estaría intentando proteger los cristales del ronin o sería justo al revés?

—No, no lo desee. Por eso la dejé en Dekien. Sabía que era una… oportunidad… una invitación… y que, si la aceptaba… nos mataríamos el uno al otro. —El ronin pensó que podría esbozar una sonrisa amarga, pero, no fue capaz—. Aun así, yo seguí matando a los demás. No podía deshacer lo que había hecho. Consideré que, si dejaba que los Sith siguieran adelante, mis remordimientos aumentarían. Así que decidí darles caza.

—Y, ¿crees que se merecían que les dieras caza?

—Puede que no. Al principio ni me lo planteé y, para cuando lo hice… De hecho, creo que, si lo hice, fue porque cada vez me costaba más dar con ellos. Fue entonces cuando ella se puso en contacto conmigo. Ahí empezó a guiarme hacia aquellos que consideraba que podrían matarme antes de que yo los matara a ellos.

Durante un rato, le viajere no se movió. El ronin no se dio cuenta de que lo había entendido hasta que puso la mano encima de la caja. Mientras lo hacía, Idzuna estudió al ronin con intensidad renovada. Había comprendido la implicación de sus palabras, que, aunque la bruja estuviera aislada allí adondequiera que hubiera llevado Rei’izu, de alguna manera, había seguido hablando con él, el señor que había expulsado del planeta.

El ronin se preguntaba si la bruja también habría hablado con elle. Si seguiría haciéndolo.

A él lo había abandonado después de que hubiera encadenado al fantasma de Hanrai. Aunque, para ser sinceros, a él solo se le metía en la cabeza para hacer que cayera en sus trampas. El ronin empezó a sospechar que lo más útil para ella era murmurarle a su última víctima.

—Eso parece… maleducado por su parte —comentó le viajere.

—Nunca me han molestado sus intentos. Al fin y al cabo, nunca le han funcionado. Al menos, de momento.

—Ah, o sea que es eso. —Parecía que Idzuna quisiera echarse a reír y, cuando miró las esquirlas, desde luego, sonrió—. Crees que te llevó hasta mí con la misma intención. O que fue a mí a quien empujó hacia ti. Que pensó: «Si todos esos Sith han fallado, ¿por qué no intentarlo con une Jedi?».

—Se me pasó por la cabeza, sí, pero, desde luego, si has estado intentando matarme, de momento no se te ha dado muy bien.

—Puede que me resultes encantador.

Desde luego, le viajere no dijo que no le hubiera enviado. El ronin apuntó esto junto al intento de elle por esconder su consternación.

—O puede que te haya enviado por otra razón —comentó el ronin.

Idzuna arrugó el ceño.

—Qué agorero.

—¿Tú crees? —El ronin inclinó la cabeza como teniendo en consideración el comentario—. Tu antiguo maestro… Hanrai… —Se corrigió al ver que Idzuna se envaraba por algún recuerdo venenoso que debía de haber provocado con sus palabras.

—Lo recuerdo. —Su tono era duro, afilado. No quería que le hablaran del señor Jedi a menos que fuere elle quien controlara la manera en que se hacía. Hizo un gesto con la mano por encima de los cristales—. Ha dicho que yo había tenido la esquirla… y ha hecho ver que seguía teniéndola. A decir verdad, estoy segure de que así lo creía. Siempre tuvo mucha seguridad en sí mismo. Ahora bien, la esquirla no está aquí.

—Te creo.

El gesto de le viajere se suavizó un poco, pero, antes de que esa suavidad se ranciase y se convirtiera en culpabilidad, el ronin siguió:

—Tenemos más kyber que el que conseguimos de él.

El ronin puso la mano en la mesa, con la palma hacia arriba. Se había quitado los vendajes de las manos para trabajar en la cápsula de escape y la carne del centro de la palma estaba pálida y más suave que cuando era niño. Le viajere observó la mano en silencio. No le preguntó lo que quería porque no era necesario. En ese instante, ambos comprendieron algo, algo que nacía de un propósito común. La resonancia de un deseo transportado por la Fuerza en corriente negra y reflejado en llama blanca.

Idzuna sacó su espada láser de entre los pliegues de su túnica. La cogía de tal manera que le traspasaba al arma el peso de la historia. Daba igual cuánto le desagradase empuñar el arma o lo compleja que fuera la relación que tenía con su herencia, porque le viajere cargaba con el peso como si se tratase de un regalo. La sujetaba con solemnidad.

El ronin inclinó la cabeza. Idzuna torció la boca y apartó la mano. La empuñadura se quedó allí, sobre la mesa, sujeta por la corriente negra.

—No se me dan bien estas cosas —dijo le viajere—. No tienes que fabricar la tuya propia cuando eres le heredere.

Idzuna frunció el ceño. El ronin entendió sus razones. Si estaban a punto de encontrar aquello que estaban buscando, en algún momento habría tenido que abrir le viajere la empuñadura. Elle… u otro.

El ronin inclinó la cabeza. Era una promesa: que él llenaría el vacío de su habilidad y su memoria con su propia experiencia. Elle aceptó la oferta con la mano dada la vuelta. Así es como empezaron a trabajar juntos, guiándose el uno a le otre.

Desmontaron la espada pieza a pieza. Desataron la oscura tira de cuero y la ornamentación de las partes de metal. Liberaron los ganchos de madera que aseguraban la empuñadura. Giraron, sacudieron y separaron el núcleo de duracero con cuidado dada la edad que tenía el arma y la maestría con la que la habían fabricado.

Habría sido mucho más sencillo romperla, quemarla, que era lo que el ronin había hecho con muchas otras. No obstante, esta era preciosa, una reliquia de cuando los clanes Jedi juraron no servir a nadie más que a sus señores, que eran, a su vez, la voluntad del pueblo. Una época en la que servían a algo más que al Imperio. Y aunque el ronin pensaba que el Imperio no merecía, ni de lejos, lo que los Jedi le habían dedicado, consideraba que aquella arma había que honrarla por las esperanzas que le habían dado forma.

Al final, el arma flotaba en pedazos entre ambos, como el *Reverente* justo enfrente del *Cuervo*. En el corazón de la espada láser desmontada había un cristal. Era pequeño, carecía de color y era claro como el invierno, a excepción de una fractura que tenía de arriba abajo y que lo nublaba.

Le viajere no respiraba. El ronin tampoco. No obstante, este había buscado la esquirla con tal ahínco que sabía muy bien qué hacer cuando la encontrara. Así que adelantó la mano y la cogió con el pulgar y el índice, sin gran cosa en la cabeza excepto por lo que tenía que hacer.

Nada más cogerla, la esquirla del espejo lo consumió, igual que su versión gigante había hecho hacía tantos años.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

ANTES DE NADA, el ronin fue consciente de ella. Una cara que no había visto desde que se fue de Rei'izu. Sí, ella: la bruja. Estaba sentada de rodillas frente a él, sola en un vasto vacío.

Después, de la misma manera que uno sabe que existen el sol y el cielo, fue consciente de que, alrededor de ellos, la llama blanca brillaba oscura y la corriente negra ardía brillante, hasta que cada una de ellas se convirtió en la otra y, al hacerlo, se aniquilaron. Un exasperante colapso de la sustancia y de la verdad que encendió un viejo miedo en el interior del ronin.

Así que se agarró a la desesperada a lo único fijo que allí había, el rostro y la actitud de la bruja. Mientras lo hacía, descubrió que no parecía que la mujer hubiera envejecido ni un solo día desde que se fue de su lado. Una mujer atractiva, todo largura y ángulos, con el pelo largo, recogido en un moño y con mechones sueltos, vestida con un kimono y unos pantalones negros sin dibujo, que eran sus preferidos.

Por un instante, pensó que quería acariciarla. En el mismo instante, en su fuero interno supo que jamás se lo iba a permitir ella. No había nada más a lo que echar mano. Este mundo que ella ocupaba y en el que el ronin se había colado no parecía un mundo como tal.

—No, es mucho más que un mundo —le dijo ella.

—Ya sabes que no me gustan las adivinanzas —le respondió él.

—Tan impaciente como siempre.

Al ronin le pareció que la mujer quería sonreír, como había hecho en su día cuando le pinchaba con sus juegos. Ahora no iba a hacerlo. Levantó la barbilla mientras lo miraba, su edad, su debilitamiento. Lo valoró.

—¿Qué es lo que buscas? —le preguntó al cabo de un rato.

El ronin abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. ¿Por qué se lo preguntaba? Era ella la que lo había guiado hasta allí. Sabía muy bien lo que buscaba. ¿Acaso necesitaba oírlo?

El ronin descubrió de inmediato que el mundo hablaba por él, que tomaba forma ante sus ojos y bajo sus pies, y enseguida se encontró en la famosísima y amplísima veranda de madera que daba al salón principal del templo de Shinsui, siempre cubierto de nieve. Madera ancestral, barnizada y bien cuidada, conectada de manera muy elaborada para que se alzase desde la falda de la montaña. Cuando dio el primer paso, el ronin vio a lo lejos un abismo y, más allá, Yojou, la ciudad sagrada, la vieja capital imperial de Rei'izu. A simple vista, veía calles ordenadas interrumpidas únicamente aquí y allí por el humo.

Entonces se dio cuenta de que no estaba viendo Rei'izu como era ahora, sino como había sido en su día. Como si necesitara confirmación, levantó la vista. En un cielo sin nubes, vio una flota heterogénea que volaba sin orden ni concierto. Recordaba aquel día.

Los Sith habían tomado Rei'izu como lo tomaban todo: con el salvaje fuego de la devoción. Y lo habían tomado porque tenían que hacerlo, porque su señor y la bruja se lo habían ordenado y, claro, confiaban en ellos. Si Rei'izu tenía que caer, sabían que era por su bien, así que se aseguraron de que se rendía. Así, habían perdido muchas naves y muchas más vidas aún; más, de hecho, en esta batalla, que en todo el resto de la rebelión junta.

—Creímos que merecía la pena, ¿no es así? —comentó la bruja. Estaba al lado del ronin, como lo había estado aquel día. Miraba al horizonte, a la ciudad, a las montañas, al cielo. Ella, sin embargo, veía mucho más que eso, mucho más allá, con mucha más profundidad, hasta alcanzar aquello que mantiene unidos los diferentes mundos—. Tenía que merecerla.

El ronin respiró el olor del frío mezclado con el del sudor que produce el miedo, el olor fuerte de la sangre y el del incienso.

—Sí.

El ronin frunció el ceño. Se parecía tanto a la mujer para la que había conquistado Rei'izu… y que, a su vez, había conquistado Rei'izu para él, tejiendo fantasmas que se enfrentaran a sus camaradas vivos, para que se levantaran de nuevo y mataran en su nombre. Pero, aunque esta mujer había sido aquella bruja, ya no lo era, igual que él no era el hombre por el que ella había matado. Ese jovencito, tan arrogante como para pensar no solo que era posible alcanzar una victoria que se extendiera a todos los planetas y estrellas, sino que eso era lo que en realidad quería.

La bruja torció los labios de una manera indescifrable mientras lo estudiaba. ¿Vería ella más al hombre que había sido o al que era ahora? ¿A cuál prefería? ¿Quién quería que le respondiera?

—Eso depende de cuál de los dos quiera volver.

—No es que quiera volver, es que tengo que hacerlo.

—Nunca has *tenido* que hacer nada.

La mirada de la bruja se volvió más dura y la mujer se dio la vuelta en dirección al complejo del templo.

Mientras lo hacía, aquel vacío blanquinegro que conformaba su mundo de la Fuerza creció para abarcar no solo la veranda y sus vistas de Rei'izu, sino la zona que rodeaba el templo de Shinsui, en el que no había nadie. Sus guerreros habían enviado a los monjes y a las monjas a la ciudad, abajo, para que se resguardaran. En la montaña no quedaba nadie exceptuando al señor, a la bruja y a los suyos —los rebeldes, los herejes—.

Esa era la razón de que los cielos se fueran a oscurecer de un momento a otro por la llegada de más naves, inmaculadas, los cuchillos imperiales que cortaban las vidas y las estrellas con la misma facilidad. Porque, hasta aquel día, a ojos del Imperio, los Sith no habían sido más que barro en el zapato. Sin embargo, ahora se habían atrevido a tomar el corazón del Imperio, su planeta natal, un lugar que había que mantener sin tacha porque era querido por todos. Ahora, en cambio, los Sith eran veneno y, como el Imperio no se deshiciera de todos ellos, supondrían su final, porque eran la prueba viviente de que el Imperio podía ser algo que no fuera el Imperio. Algo que podía enfermar. Que podía morir.

—Pero, entonces, si no era necesario, ¿por qué pusimos a prueba aquella ira? —le preguntó la bruja a pesar de que el ronin no creía que realmente quisiera una respuesta. Al menos, no hasta que volvió la vista para mirarlo y sus labios se convirtieron en un dedo acusador—. Supongo que nos gustaría. Que nos gustaría saber que nosotros éramos la medida que el Imperio necesitaba para ponerse a prueba. Que veía en nosotros la pregunta que no se atrevía a hacerse: ¿Qué derecho tenéis a considerarnos de vuestra propiedad? ¿Qué derecho tenéis para existir?

El ronin sintió un dolor sordo y le dijo:

—No es esa la razón de que lo hiciéramos.

La bruja se volvió hacia el templo.

—No, no lo es.

La bruja se quedó mirando lo último que ambos habían querido… que habían necesitado… el templo y lo que había en él.

El ronin deseaba que hubiera alguna manera de que viera su rostro tal y como era entonces para buscar algún atisbo de duda en él. El miedo, porque a pesar de que tanto él como sus guardianes hubieran luchado, luchado y luchado… porque a pesar de que sus filas crecieran a diario con los guerreros que huían de los clanes y con otros a los que no les gustaba el sueño del Imperio o que incluso lo despreciaban… estaban muriendo y no iba a tardar en llegar el día en que no quedara ni uno solo de ellos.

Así que tenían que ir a Rei’izu. El ronin había ido a por una respuesta, y en busca de fe, como ella. Ni siquiera hoy era capaz de determinar si había sido ella la que había propuesto tomar Rei’izu o si había sido él. Habían ido a todas partes juntos, habían compartido todos los triunfos, los sinsabores, las esperanzas y el miedo. Igual que ahora, cuando entraron juntos al gran salón a oscuras. Sus pasos producían el inquietante eco sincopado de los pasos que habían dado hacía veinte años.

Llegaron al fondo del salón principal del templo de Shinsui. Estaban solos. Se habían deshecho de todos los que se dejaban pastorear; habían considerado necesaria la inevitable resistencia y las manchas de sangre en los suelos de madera barnizados eran un recuerdo tan crudo en su mente… si bien en aquel entonces no les había prestado atención.

—¿Qué sentiste cuando lo viste? —le preguntó ella.

No se refería al suelo y a las manchas. Mientras el ronin levantaba la vista y la llevaba al espejo, se dio cuenta de que de eso también se había olvidado en su día.

—Esperanza —respondió, porque no soportaba mentir.

El espejo de kyber estaba apoyado en una tarima de madera manchada, una tarima que era, a su vez, su altar. Habían oído historias de su creación: que lo habían encontrado… o fabricado… o que nos lo habían entregado los dioses… o que era una divinidad en sí mismo. Pero todo aquello se borró de su mente en cuanto se miró en él.

Era tan tremendo lo que se veía… que excedía la capacidad de la mente para captarlo todo a un tiempo. Representaba un lago vertical de oscuridad en las sombras del salón. Las linternas monolíticas que colgaban de las vigas para que el espejo resultara brillante estaban apagadas. La única luz provenía de velas gemelas situadas

en postes esbeltos que había a los lados de la tarima, que fueron iluminando el rostro de la bruja mientras se aproximaba.

Pero las historias no solo hablaban del origen del espejo. Se decía de él que les había proporcionado el dominio a muchos señores, emperadores y Jedi. El ronin y la bruja, no obstante, lo primero que querían era que se cumpliera el sueño de estar a salvo, de que hubiera una paz verdadera para los suyos, que, hasta entonces, solo habían conocido unos breves momentos de respiro para los que habían tenido que luchar mucho. Se atrevieron a desear un final para aquel conflicto y creyeron que estaban dispuestos a pagar el precio que hubiera que pagar por él, siempre que se les permitiera ver qué iban a conseguir.

La cara de ella, reflejada en el arrollador pozo del espejo, era lo que había hecho que él creyera que era posible.

—Si no te conociera mejor, me sentiría halagada. —Lo que de verdad quería decir era: «Si no supiera lo que vino a continuación».

El ronin quería dar media vuelta, pero no podía. Ella se arrodilló frente a la tarima, sobre unas tablas pulidas por el paso de muchos otros suplicantes, y empezó a rezar, igual que había hecho veinte años antes. Era como si el homenaje de ella al pasado lo atrapase a él también. El ronin permaneció detrás, de guardia. Y esperó…

La bruja rezó durante horas. Y siguió haciéndolo por la noche y cuando llegó el día. Y un día más.

Llegaron sus compañeros en silenciosa veneración. Creían a pies juntillas, pero no en el espejo y en sus secretos, sino en aquellos que los habían llevado hasta allí. Él comió y bebió lo que le traían y alimentó la convicción de los suyos porque la suya empezaba a decaer.

Ella seguía sin comer. No dormía. No se movía. Estaba en trance y, si bien no era la primera vez, el ronin nunca la había visto llegar tan lejos.

Los suyos lo necesitaban. El Imperio se cernía sobre ellos. Se habían visto naves de exploración y drones en el linde del sistema, cada vez más cerca. Y les habían llegado rumores de sus propios exploradores y de sus aliados más lejanos de que el Imperio había reunido una flota descomunal que estaba lista para atacar, una nueva alianza de los señores. El ronin les dijo a sus lugartenientes que organizaran la defensa y que estuvieran preparados para luchar por su derecho a respirar. Él, de pie, se tambaleó, sumido en sueños en los que se veía obligado a ensangrentar las tablas del templo una vez más para que ella pudiera seguir meditando hasta que encontrara la verdad.

Ella seguía con los ojos cerrados y su respiración era constante. El ronin empezó a temer que fuera a morir allí mismo.

—¿Cuándo perdiste la paciencia? —le preguntó ella sin apartar la mirada del espejo. El ronin no habría podido asegurar que la mujer hubiera abierto la boca.

—¿Así es como funciona? —le preguntó él entre dientes. Quería moverse, marcharse, pero ella lo obligó a permanecer quieto—. ¿Hay un momento escueto y obvio en el que uno se rompe?

—En tu caso sí.

—No es verdad. Tan… tan solo tuve miedo. Miedo del Imperio. Miedo de ti. Miedo de lo que habías visto… o de que no hubieras visto nada.

—No confiabas en mí.

—Claro que confiaba en ti —insistió—. Sé que querías una respuesta, tanto o más que yo. —Se estremeció. Su cuerpo aún quería moverse, pero tenía miedo a hacerlo—. Pero con quererlo no es suficiente.

El ronin dio un paso adelante. Tenía dormidos músculos y articulaciones de haber estado tanto tiempo de pie —siempre de pie—, pero abandonó su puesto por detrás de ella y se dirigió a la tarima, subió las escaleras y se acercó al espejo como se habría acercado a cualquier objeto que le resultara familiar en el día a día. De igual manera, puso la palma de la mano en el kyber.

El espejo se lo tragó. Y lo consumió de una manera tan total que, durante unos instantes, el ronin dejó de existir.

Él quería un final, una respuesta y recibió…

—¿¡Qué has visto!? —le preguntó la bruja.

Ya no podía verla. Y tampoco se veía a sí mismo. Se esforzaba por responder, aferrándose a las palabras como el que se aferra a la madera que flota en una riada.

—¿No lo has visto tú? ¿Acaso no es por eso por lo que estás ahí sentada, en silencio, ocultándomelo? Porque necesitabas otra respuesta… algo mejor que la verdad.

Porque la bruja había considerado que la verdad lo destruiría.

Volvió a él una vez más, como lo había hecho entonces, todo lo que ambos habían visto: un ascenso y un descenso, un conflicto interminable, con cada lucha marcada por el nacimiento de la siguiente, sin final, solo consecuencias y más consecuencias, violencia y más violencia. Eones de ella, planetas enteros rotos por el dolor y la necesidad. Los suyos habían obtenido la libertad a costa de otros y protegían a los suyos matando.

Ambos sabían aquello, y había merecido la pena mientras estaban solos y lo hacían por ellos mismos, dos que habían sido Jedi y ahora eran Sith, que se atrevían a creer que eran capaces de resistir la corriente que pretendía ahogarlos manteniéndolos a flote.

Pero, en el espejo, el yo se desintegraba y en su lugar aparecía una visión.

El ronin había sentido sobre los hombros, de repente, todo el peso de las decisiones que había tomado. Las amistades y la familia alejadas del corazón y del hogar, y lo que había sido el hogar era ahora una sombra desgarrada, apenas un recuerdo amargo de todas las almas que aullaban y lloraban.

Pensó: «No quiero nada de esto, quiero que termine, quiero el silencio de la dulce noche y de los brazos cálidos, y el derecho a morir porque, sencillamente, mis huesos ya no pueden conmigo. Y lo quiero para ellos también porque juré que los protegería y porque he renunciado a todo lo demás por ello. Quiero, quiero, quiero…».

—Querer… —murmuró ella—. Sí, yo diría que es en eso en lo que nos equivocamos. Queríamos muchas cosas… y ninguna de ellas la queríamos bien.

El ronin se separó del espejo como el que sale de las profundidades de un aire tan frío que te asfixia. Un frío acabó con el otro. La bruja lo había cogido por los brazos para apartarlo del espejo, y había tenido que tirar con fuerza porque el hombre se resistía.

Las historias sobre el espejo decían que revelaba cosas, que su claridad era inflexible, que en él se podría ver el camino que llevaba a una victoria absoluta.

Sin embargo, lo que le había enseñado a él no era el éxito, sino muerte, sufrimiento y congoja. Y el ronin no iba a tolerarlo. No podía tolerarlo.

Se soltó de la bruja, que lo sujetaba con fuerza, y se lanzó contra el espejo y lo golpeó con el puño, encendido por la furia y la llama, guiado por una corriente despiadada.

El espejo crujió y, a partir de donde lo había golpeado el ronin, empezó a surgir una grieta. Con aquello no era suficiente. El ronin recordaba horrorizado cada una de las imágenes que le había mostrado el espejo, cada dolor que había derramado en él… y lo único que quería era que desaparecieran por ese mismo canal por el que habían salido.

Junto con su deseo, la fractura se hizo más ancha. Aumentó. Se expandió. Se convirtió en una telaraña de grietas cuyo centro era el punto en que el espejo había recibido la herida; una telaraña que se fue haciendo más y más grande, hasta que en el espejo ya no se veía nada con claridad. Dio la impresión de que el kyber se estremecía y suspiraba antes de hacerse añicos.

El espejo cayó en mil y un pedazos, pero uno se le quedó clavado en los nudillos al ronin. Hasta mucho después no se lo quitaría, cuando ya estaba lejos del lugar.

En aquel momento, lo único que podía hacer era mirar el espejo, igual que ella. El ronin se quedó observando la ausencia de la divinidad hasta que se dio la vuelta, antes de que fuera capaz de entender lo que había hecho… pero no al espejo, sino a ella. La mujer tenía los ojos fijos en lo que él acababa de destruir, en el brillo desgarrado extendido por el suelo.

El ronin sabía lo que venía a continuación. Se fue del templo, sin decir palabra. En parte había pensado que sus pies se moverían solos, pero el hechizo que lo había convertido en el hombre que había sido se había disuelto, igual que el recuerdo del mundo que los rodeaba. Fracturado y desvaído, hasta que se quedó a solas con ella y consigo mismo. Él y ella en mitad de todo y de nada.

La bruja lo obligó a mirarla a los ojos, la suya una mirada impávida, y le preguntó:

—¿Cuándo supiste que ibas a matarnos?

El ronin quería mirar hacia otro lado, pero no podía. Sencillamente, no había ningún otro lugar al que mirar.

—En ese momento no —confesó.

—Pues ¿cuándo?

—Cuando empecé a hacerlo. No… no era un ser racional. Me estaba rompiendo. Estaba roto. Por alguna razón, pensé que lo adecuado era que yo mismo curase la enfermedad que había provocado.

La bruja tenía la mano en el estómago, como si la hubiera golpeado a ella en vez de al espejo.

—Nos mataste.

—¿Qué quieres, que me justifique?

—No podrías hacerlo.

—Entonces, ¿qué quieres? —De repente, el ronin se sintió tremendamente viejo, herido, incapaz de respirar hondo. Se quitó el respirador de la cara—. ¿Quieres que muera?

La bruja lo miraba con unos ojos oscuros que no se movían.

—¿Qué arreglaría eso?

El ronin se quedó sin respiración durante un rato, entonces resolló y volvió a ponerse el respirador. Tosió una y otra vez. Quería hablar, pero no podía. Era horrible. Humillante. No tuvo más revelaciones. Si fuera inteligente, se habría dado cuenta de que aquello era una bendición. No tenía sino que fijarse en lo que había pasado cuando había tenido la última.

—¿Para qué me has pedido que vuelva? —le preguntó resollando.

—Yo no te lo he pedido.

El ronin frunció el ceño. Ella lo había invitado. Ella le había enviado a le viajere con la esquirla… esa que se había quitado de la mano cuando estaba tan lejos de ella y de lo que había hecho… cuando se había escondido en Dekien. Y, ahora, ella había tomado alguna decisión, estaba haciendo algo con el resurgimiento de los demonios, algo que el ronin no entendía, pero que le daba pavor.

Sin embargo, cuando la bruja le rozó la mejilla con los dedos y los dejó allí donde la prótesis se unía con la mandíbula y le volvió la cara para que la mirara, el ronin vio la verdad en el gesto adusto de ella. Aquello era el espejo en esencia, como había sido siempre y como lo era ahora aunque estuviera hecho pedazos: la verdad.

—En ningún momento he querido que volvieras —le dijo con voz suave—. No soportaba ni pensar en ello. Ahora bien, si tienes que…

El ronin dejó de verla. Su ausencia era un agujero dentro de él, un agujero que lo consumía, y él era muy consciente del crujir de sus huesos. Cuando volvió a oírla, era un bálsamo, por mucho que su voz lo envolviera, lo sujetara y lo desgarrara a través de lo que era. Hacía tanto tiempo que había querido dejar de estar vivo que sintió alivio cuando ella empezó a hacerlo pedazos. O eso pensaba él, al menos, hasta que ella le lanzó una última maldición.

«Si tienes que volver, lo harás en mi nombre. —Aunque era la voz de la bruja, había algo nuevo en ella, algo había cambiado, algo que el ronin no había escuchado jamás—. Honra mi nombre, ya que el tuyo jamás lo has honrado».

Después de eso, todo fue nada durante un rato… luego lo vio todo blanco, negro a continuación, de ambos colores después, ni lo uno ni lo otro un instante más tarde… hasta que la bruja volvió a permitirle que viera.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

EL RONIN SE MOVIÓ sin pensar, convertido su cuerpo en un recipiente del deseo sin intención. Carecía de sentido del tiempo, por lo que no sabía ni cuánto había pasado ni cuánto estaba pasando. Sencillamente, se agarraba el costado con una mano y llevaba la esquirla del espejo en la otra, pegada al pecho. Así es como salió de la cocina. Le viajere lo llamó mientras se ponía de pie, pero el ronin ya se había ido. Hasta que entró en la cabina no había sabido adónde iba.

Ekiya estaba allí y, aunque al principio lo miró como si quisiera que se fuera, permaneció en su asiento, tensa, frente a los controles.

—Espero de verdad que tengas una solución, Frunces, porque está a punto de liarse una grande.

El ronin miró las consolas y por la ventana y vio claro el problema: la flota imperial se había puesto manos a la obra y estaba acabando con todas las posibles complicaciones. El *Cuervo Humilde* era una de las pocas incógnitas que les quedaba por resolver y habían decidido acercarse para resolverla.

En interés de la eficacia, el ronin adelantó la mano. La esquirla brilló débilmente en ella.

—Sé el camino. A Rei’izu.

Ekiya lo miró primero a él y la esquirla después. En un primer momento, su expresión de compasión —una compasión que se reserva para los niños que no son muy listos— le desfiguró el rostro. Luego se convirtió en la mirada de una mujer a la que, en teoría, le gustaba lo que había oído, pero que despreciaba a quien se lo había oído decir. Ekiya adelantó las manos y asintió para permitir que el ronin se sentara en el asiento del copiloto.

—Vale, de acuerdo… que no tenemos tiempo para discutir. Dime qué es eso que crees que sabes y ya veremos después qué hacemos.

Lo intentaron una vez. Dos. Él le decía qué cálculos tenía que hacer y ella los introducía en el naviordenador. La cuestión es que el naviordenador se negaba a computar la información que el ronin le proporcionaba a Ekiya. La mujer se iba poniendo más y más nerviosa y no paraba de mirar el sistema de comunicaciones y el espacio vacío que se veía por la ventana de la cabina. Cuando el naviordenador parpadeó, gruño y declaró que el tercer intento también era un error, la mujer maldijo en alto y levantó las manos.

Para ese momento ya estaban todos allí. Un par de aprendices Jedi estiraban el cuello por encima de los hombros de Chie para ver con sus propios ojos qué era aquello tan extraño que estaba sucediendo. Hasta el momento, sin embargo, no habían visto más que a un anciano proporcionando información inútil a una mujer que cada vez estaba más agitada.

B5-56 trinaba protestando. Al fin y al cabo, él estaba mejor equipado para comunicarse con el naviordenador, ¿no?

—No. —El ronin sujetaba la esquirla con tanta fuerza que parecía que fuera a cortarse—. No va a funcionar. Tengo que ser yo quien lo haga. Ella me ha dado el permiso a mí.

Cuando el ronin dijo aquello, le viajere abrió los ojos como platos mientras que Kouru los entrecerró. Chie se giró ligeramente hacia los aprendices como si sintiera que tenía que defenderlos.

Parecía que Ekiya iba a protestar una vez más, pero, entonces, el sistema de comunicaciones destelló. Por la ventana, el objeto que los asustaba apareció de golpe. La punta de la gran lanza blanca avanzaba inexorablemente, justo por encima de ellos, tapando la luz del sol de Dekien. Otro acorazado Jedi. Ekiya apretaba los puños por encima de los controles del *Cuervo Humilde*.

—Una oportunidad, Frunces —empezó a decirle la mujer por encima del hombro—. Eso es todo lo que nos queda.

Como no se dieran prisa y salieran corriendo en la dirección adecuada… no tendrían otra oportunidad para huir.

Ekiya dejó que fuera el ronin el que accediera al naviordenador. Esta vez, el anciano no tuvo que traducirle lo que la esquirla del espejo murmuraba, fue suficiente con saberlo. Las coordenadas volaron de sus dedos a la nave. Ekiya arrugó la frente y fue haciéndolo más y más a medida que miraba y dudaba de que lo que estaba viendo fuera cierto.

Las respuestas que recibía en el asiento del piloto seguían diciendo que las coordenadas del ronin eran erróneas y sacudió la cabeza como si estuviera intentando librarse de un insecto molesto.

Finalmente, el naviordenador no rechazó los números de plano. Justo a tiempo. Un contingente de pequeños cazas salía del acorazado que tenían encima en el mismo momento en que las luces de la gigantesca nave indicaban que empezaba a activarse su rayo tractor.

—¡Agarraos! —les advirtió Ekiya justo antes de que desaparecieran.

El hiperespacio se les presentó azul y blanco y líquido todo alrededor… hasta que, de pronto… ya no estaba. Era demasiado pronto para haber aparecido en la negra y fría realidad del espacio, pero allí estaban y, desde luego, no había ni rastro del acorazado… ni de Dekien… ni, de hecho, de nada excepto por la nueva inmensidad que se extendía frente a ellos.

El *Cuervo Humilde* flotaba bajo una esfera azul con pinceladas doradas. Un planeta que no era Dekien… sino Rei'izu… y que tiraba de ellos con su obviedad y su amenazante imposibilidad.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

EL RONIN SE HUNDIÓ en su asiento. A su lado, Ekiya miraba Rei'izu sin aliento, hasta que las consolas del *Cuervo* cobraron vida de golpe en una cacofonía de contradicciones erráticas.

Los sistemas de la nave no se mostraban de acuerdo unos con otros. Uno decía que estaban justo delante de Rei'izu mientras que otro insistía en que no era el caso. Otro les advertía de que estaban en órbita mientras que otro les recordaba con vehemencia que no había nada alrededor de lo que orbitar.

Y, en mitad de todo esto, ¿de dónde provenía aquella luz? Porque desde algún lado brillaba, bañando Rei'izu igual que bañaba sus dedos —el ronin tenía los suyos pegados a las costillas y Ekiya, a la consola de navegación—. Aun así, eran incapaces de ver su fuente.

Una paradoja. Qué adecuado. Los habían llevado hasta allí unas coordenadas imposibles y parecía que nada iba a tener sentido. Lo único que tenía claro el ronin era que había sido la voz —la bruja— la que les había permitido venir.

Porque se lo había permitido, ¿verdad?

Hanrai había dicho que la bruja los había invitado. Sin embargo, en las mareantes profundidades de la esquirla del espejo, negaba haberlo hecho. Había dicho que no soportaría el regreso del ronin… que ni siquiera lo había imaginado.

En cualquier caso, le había dejado volver. ¿Por qué?

Esa pregunta iba a tener que esperar, porque tenían problemas mucho más urgentes que resolver. Ekiya estaba con las lecturas del *Cuervo* mientras que el ronin las sentía en los huesos y en los folículos. La nave estaba dolorida, con su interior crispado porque acababa de pasar de una punta de la galaxia que existía a otra punta… que no existía.

Ekiya sujetó los controles.

—Esto podría ser muy malo —advirtió a los demás—. No sé qué habrá hecho el salto… pero al *Cuervo* no le ha gustado nada. ¡Oh, no!

El *Cuervo Humilde* lloraba bajo sus pies. Todos tenían los ojos abiertos como platos y cara de que no confiaban en nadie. Acababan de vivir la destrucción de una nave y temían que estuvieran a punto de sufrir otra. Ekiya miró recelosa al ronin. Se lo había ganado, por lo que le correspondía a él de este miedo que estaban pasando.

El ronin levantó una mano en dirección a ella, como si pretendiera convencerla de algo. A le viajere le dijo:

—Puede que vayamos a necesitar las habilidades que has demostrado en el *Reverente*.

—El *Cuervo* es un poco más complicado… como proyecto —le respondió este.

—Ahora tienes ayuda —le dijo Chie, que de inmediato se volvió hacia los aprendices—. Le maestre Idzuna os necesita. Dejad que guíe vuestra concentración.

Kouru se unió a aquel esfuerzo, siguiendo a los demás y tras lanzar una mirada escéptica por encima del hombro.

Mientras la Sith se marchaba, Ekiya se dirigió al ronin:

—Nunca he… ¿Adónde tengo que ir?

Que nunca ¿qué? El ronin se dio cuenta de a qué se refería mientras se lo preguntaba. Nunca había volado a casa. Es muy probable que ni siquiera hubiera visto Rei’izu desde el espacio hasta que él ordenó que se la llevaran a un frente de guerra lejano junto con otros niños reclutados.

El ronin conocía los cielos de Rei’izu porque en su día había volado por aquí. Una maniobra egoísta por la que lo habían regañado, en especial B5. Pero a él siempre le había gustado ser el primero en ver un planeta y hacerlo solo para juzgar los peligros que podía suponer para los suyos antes de someterlos a ellos.

Así que el ronin sabía adónde pedirle que se dirigiera e incluso introdujo las coordenadas en el navegador.

—Allí.

Ekiya hizo que la nave empezara a moverse a pesar de que las luces rojas que indicaban peligros inminentes empezaban a iluminarse una detrás de otra. El *Cuervo* entró bien en la atmósfera, pero el casco lo zarandeó la nueva gravedad.

El ronin concentró su atención en el interior de la nave, que no dejaba de traquetear. Era como si el *Cuervo* hubiera enfermado. Como el ronin estaba debilitado, poco podía hacer para ayudar en el esfuerzo por mantener la nave entera, así que decidió centrarse en monitorizar el estado de la nave mientras sus partes intentaban, una a una, soltarse y salir a la deriva. Si se daba cuenta de que no estaban manteniendo unida alguna de ellas, alertaba a Chie por el sistema de comunicación y ella se lo decía a los demás.

Durante un momento desagradable, el *Cuervo Humilde* consiguió superar una cadena montañosa y planeó, en silencio. Entonces, empezó a caer. Y los que iban dentro se sentían ingrávidos al caer con él.

El tiempo se alargó. El ronin tuvo la oportunidad de ver la ciudad que se extendía en el valle por delante de ellos, neblinosa por el crepúsculo de invierno y con cientos y cientos de delicados tejados puntiagudos que se alzaban por encima de los demás. Los santuarios y los templos de Yojou, la antigua capital, eran el historiado corazón del primer Imperio y el hogar de un millar de dioses. Más allá estaban el desfiladero y las montañas donde les esperaba el templo de Shinsui.

El ronin se alegraba de verlo de nuevo, pero también era una maldición estar tan cerca… y que fueran a estrellarse.

Por suerte, o gracias a las oraciones, el motor volvió a cobrar vida. Ekiya movía las manos frenéticamente por las consolas, valiéndose de ese último aliento de vida para que el *Cuervo* siguiera adelante y se apartara de las montañas y se dirigiera a la amplia pista de aterrizaje que le indicaba el ronin.

Sobrevivieron. Teniendo eso en cuenta, se puede decir que el aterrizaje fue bien. De hecho, el *Cuervo* seguía estando reconocible a pesar del rastro oscurecido de piezas rotas que había dejado tras de sí. No obstante, era probable que no fuera muy seguro seguir en su interior. En cuestión de minutos, todos habían salido.

No era fácil aceptar el planeta que les estaba esperando, que era lo bastante real como para ser incómodamente frío y lo bastante irreal como para dejarlos boquiabiertos.

Habían aterrizado en el espaciopuerto que estaba junto al Distrito de los Peregrinos, que se jactaba de tener la mayor colección de centros religiosos de todo Yojou y de estar preservado por un edicto imperial. Allí, todos los edificios eran de madera oscura pintada de blanco, con largos tejados de teja. Para llegar al distrito tendrían que cruzar uno de los muchos puentes que cruzaban el Moga, un río perezoso en invierno que separaba el distrito del resto de la ciudad. Así era como los peregrinos y los turistas lo habían hecho hacía años y la razón por la que los visitantes prefirieran aquel espaciopuerto. Muchos Sith habían decidido aterrizar allí por la misma razón.

En el aeródromo, aquí y allí, aún había decenas de naves, todas ellas de diferentes marcas y modelos, la mayoría pequeñas o inusuales. Las naves más grandes las habían comandado los invasores Sith y, cuando Rei'izu había desaparecido, jamás habían llegado a recuperar aquellas naves.

Vieron las sombras mientras escapaban del *Cuervo*, aunque en ningún momento directamente. Eran formas que parecían en este o aquel ángulo y desaparecían en cuanto uno se volvía hacia ellas. Un hombre vestido de mecánico estaba agachado frente a una caja de herramientas por debajo de un carguero que tenían a la izquierda. Una cara de ojos grandes miraba con pesimismo desde una cabina de mando cercana. Una serie de peregrinos vestidos con túnicas amarillas se amontonaban los unos junto a los otros mientras miraban hacia el distrito al que ya no podían entrar sin correr riesgos. Más figuras, mirasen adonde mirasen, estaban ahí unos instantes y, de repente, dejaban de estar.

Chie resopló. La anciana había estado mirando al horizonte, allí donde el sol descansaba entre dos picos. Se volvió hacia los demás y señaló el sitio con la cabeza.

—La bruja detuvo más de lo que parece posible. Fijaos, no se ha movido.

—Nunca se mueve —comentó le viajere, que observaba las montañas con una curiosa tranquilidad.

—Pues eso da escalofríos —soltó Ekiya.

B5-56 le pio una regañina a la piloto. El droide había estado espeso desde el incómodo aterrizaje. Se imponía una evaluación.

—Claro, milagroso, lo que tú quieras —le dijo Ekiya a B5—. Quiero saber qué vamos a cenar y, sobre todo, dónde vamos a dormir. Luego quiero saber… —Se quedó callada y cruzó los brazos—. Qué vamos a hacer.

—Supongo que aquello que hayáis venido a hacer —le soltó Kouru. Su voz resultaba familiar y, al mismo tiempo, extraña. El sonido encajaba, pero la cadencia no. La Sith se apartó del grupo, en dirección al Distrito de los Peregrinos y pareció que se dejara atrás la sombra. Cuando los miró, estaba claro que no le importaba nadie que no fuera el ronin—. Tú estás aquí para matarme. Eso está claro.

El ronin no se movió, a pesar de que todas y cada una de las partes de su cuerpo querían que lo hiciera. Sabía el riesgo al que se enfrentaba y sabía que lo mejor sería que se mantuviera calmado y que reservara las fuerzas. El ser que se estaba

enfrentando a él no era Kouru, porque Kouru ya no consideraba que mereciera la pena matarlo, mientras que esos ojos suyos estaban fijos en él y anhelaban matarlo.

Había algo que no estaba bien. Algo de aquello olía a chamusquina, parecía una discrepancia, algo a lo que no podía poner nombre. Porque, claro, estaba mal ver un alma que conocía convertida en otra que no era. En numerosas ocasiones había visto a la bruja despertar a los muertos y hacer que atacasen a sus aliados; y, además, con un éxito sorprendente. La traición obtenía la victoria mucho más rápido que ninguna espada. Puede que solo se tratara de que aquella era la primera vez que la bruja utilizaba sus poderes contra él.

Pero no. Había otra cosa incorrecta que lo atormentaba. Ella, la bruja, no era como la recordaba.

No tenía pruebas con las que justificar su sospecha, pero tampoco podía dejar de sospechar. Era un sentimiento que había crecido a partir de un fruto en esta última hora, desde que la esquirla de kyber lo había consumido con una visión tras otra. La bruja que había conocido en esa tormenta era la que había conocido en su resonante núcleo, esa parte de él que resonaba en ella.

A la bruja que estaba de pie allí, delante de él, la que se había vestido con Kouru y le urgía a que se enfrentase a ella con la espada activada, también la conocía, por sus susurros, pero…

La bruja sonrió, todo un reto que dibujó una incómoda curva en la taciturna boca de Kouru.

—No te lo voy a poner fácil —dijo la Sith. La bruja no debía de saber que la Sith dudaba de ella—. Pero es que tampoco podría, ¿verdad? Necesito que demuestres que eres digno de mi esfuerzo.

Ella, la bruja, si es que todavía se la podía llamar así, señaló el Distrito de los Peregrinos y más allá con el musculoso brazo de Kouru.

—Te voy a esperar allí, donde me abandonaste. Más allá del barrio y del desfiladero. Vas a recorrer la verdadera senda del peregrino y, si llegas al final, volveremos a encontrarnos.

—¿Y si no? —Tenía que preguntarlo.

La bruja frunció el ceño como si no se le hubiera ocurrido siquiera esa posibilidad.

—Vas a querer llegar… y lo antes posible. A menos que quieras que Rei'izu se quede también contigo.

Y, entonces, la bruja se fue tan repentinamente como había aparecido. Kouru se cayó ahora que la bruja no la sujetaba y el ronin se agachó a su lado. No creía que hubiera podido mantener la cabeza alta de no haberlo hecho.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¿A QUÉ SE HA REFERIDO con eso de «A menos que quieras que Rei'izu se quede también contigo»? —le preguntó Chie a Zorre en cuanto acabó aquello. Su interés parecía meramente académico.

Zorre había estado tan absorte como los demás mientras la bruja se paseaba con el cuerpo de Kouru de aquí para allá. Había mantenido un gesto que Ekiya había descrito como «congestionado» porque a la piloto le daba miedo que, en realidad, fuera cara de angustia. Elle pretendió que no conocía una emoción más intensa que el sentirse ofendide y sonrió con cierto remordimiento.

—No estoy segure, pero sé que no vine sole la primera vez. Aunque… aunque creo que eso cambió muy rápido.

Ekiya refunfuñó:

—Muy bien… pero ¿cómo vamos a subir a Frunces por la montaña?

Por suerte, no hubo debate. Incluso Kouru se limitó a asentir, ahora que volvía a gozar de libre albedrío. La Sith tenía una mano en la frente y su característico ceño fruncido. Al parecer, el momento de las objeciones se había pasado cuando Frunces había empezado con sus tonterías de la Fuerza y los había llevado a… a…

Ekiya casi no se lo podía creer. Rei'izu. Era real. Lo estaba pisando… aunque su cerebro no alcanzaba a entenderlo.

El perfil de Yojou le resultaba más conocido por los pósteres de la propaganda imperial que por lo que ella recordaba. La historia perdida… ¡Rei'izu! Ay, cuánto le había dolido al Imperio que lo privaran de una joya como aquella. Ekiya había nacido en uno de los distritos del sur, uno que estaba más cerca de los campos de arroz que del Distrito de los Peregrinos. Jamás había visto el templo de Shinsui hasta que, junto con los demás críos reclutados, volaba por encima de él camino del espacio.

Aquello hizo que la siguiente hora fuera más vaga y rara. Ekiya tenía un propósito mecánico, y lo agradecía, en especial, después de que Chie le hubiera preguntado cuál era la mejor ruta para llevar a Frunces desde la pista de aterrizaje al desfiladero y se hubiera visto obligada a encogerse de hombros. Por suerte, Zorre conservaba un plano mental del Distrito de los Peregrinos. De una u otra forma, a Ekiya le dolía admitir que apenas sabía nada de su planeta natal.

La piloto se encargó de llevar a los aprendices a la despensa del *Cuervo* y a por las mochilas para emergencias —siempre tenía comida y medicinas por si acaso se encontraba con alguien que necesitara suministros desesperadamente— y discutió con Frunces sobre cómo llevar a B5-56.

—Sus procesadores están estropeados —aseguró Ekiya— y el sistema de ventilación funciona a duras penas. Como le hagas venir con nosotros, se quemará antes de que hayamos cruzado el primer puente.

—Va a venir —insistió Frunces.

—¡Vas a acabar con él! —insistió también Ekiya.

B5 no paraba de quejarse, lo que no servía de ayuda precisamente.

—¡No, no te encuentras bien! —le chilló la piloto—. Tienes suerte de haber llegado hasta aquí, pero como sigamos exigiéndote más ¡vas a acabar convirtiéndote en un cubo con sombrero!

En ese momento, Chie se llevó a Ekiya con la excusa de que la ayudara a arreglar el cableado de un deslizador que algunos de los aprendices habían encontrado cerca de un transporte para turistas.

Ekiya no paraba de hablar entre dientes mientras la anciana la pastoreaba.

—Estoy en lo cierto, ¿no? Lo que sea que le hicieron a este planeta estropea todo lo que tenga una tecnología más compleja que un cronómetro, ¿verdad? Eso es lo que ha derribado al *Cuervo*. Eso es lo que le pasa a B. No podemos pedirle que siga adelante con nosotros o se…

—Me temo que estás en lo cierto. De lo contrario, ya habrían aparecido uno o dos droides curiosos por aquí.

Y no habían aparecido. Estaban tan ausentes como las personas.

—Dudo mucho que nuestro amiguito no se haya dado cuenta de ello —prosiguió Chie— y, aun así, está emperrado en venir con nosotros. Creo que deberíamos permitírselo. Es mejor que se queme estando con nosotros que aquí, solo. Yo diría que quiere sernos de utilidad hasta que deje de funcionar.

—Qué triste.

Chie asintió para concederle el punto. Ekiya suspiró y dejó de insistir. Quería ser agradable con B5 y con los demás. Incluso con Frunces. Al menos, por ahora. En especial, porque Frunces estaba haciendo un esfuerzo por disculparse. Cuando Ekiya volvió con el deslizador y le dio al ronin su estimación de cuánto le quedaba al vehículo —con lo que quería hacerle ver que a B5 le quedaba más o menos lo mismo—, este la sorprendió entregándole la caja rompecabezas.

—Los tuyos siguen dentro —le dijo ella tontamente. El brillo de los cristales rojos se mezclaba con el de los demás.

—Tú cuidarás mejor de ellos. —El ronin hizo una pausa. Parecía apesadumbrado—. Si no quieres rezar por ellos, déjalos donde prefieras.

La piloto se llevó la caja al pecho unos instantes y, después, la guardó bajo su abrigo.

—No soy tan maleducada.

En ese momento, Ekiya decidió que ya se enfadaría con él más tarde, cuando tuvieran tiempo, cuando no tuviera que preocuparse porque la bruja quisiera matarlos por haberse colado en su santuario.

Los aprendices estaban en otras cosas.

—Mira, ahí hay otro —le susurró uno a otro.

—No tiene sentido. Tiene que ser una ilusión.

Para entonces ya habían cruzado el puente que daba al Distrito de los Peregrinos. El deslizador chirriaba, lo que resultaba molesto. Mientras funcionara, llevaba a Chie delante —con el tooka de Zorre inquieto a sus pies—, mientras que Frunces y B5 iban detrás. Los demás avanzaban a pie alrededor del vehículo. Intentaron que Kouru también subiera al deslizador… hasta que la joven estuvo a punto de morderle la mano a Zorre. Así, el demonio Sith iba la última, mirando a todos lados, con los ojos

relucientes, con la ornamentada empuñadura que había pertenecido al antiguo maestro de Zorre en la mano. Sujetándola con fuerza. La joven se había mostrado disgustada por tener que llevar aquella espada láser y Zorre había estado más que dispueste a deshacerse de ella, pero como ninguno de ellos tenía mucho equipo entre el que elegir frente al infierno que Rei'izu podía desatar ante ellos de un momento a otro…

Entonces encontraron una criatura al otro lado del río, esperándolos a la entrada del Distrito de los Peregrinos.

Era un ciervo de las nubes, o lo parecía. Tenía el cuello y las piernas largas, el pelo blanco con pintas de color púrpura grisáceo y unos cuernos con apariencia de preciosas ramas por encima de la cabeza. El animal estaba en una bocacalle y los miraba sin parpadear con unos ojos negros y húmedos. Otro llegó trotando. Retorcía las orejas con curiosidad.

Ekiya recordó aquellos animales. Los había a cientos en uno de los santuarios más grandes y antiguos de Rei'izu, uno que se encontraba en la zona norte del Distrito de los Peregrinos. Esta manada, en cambio, llegaba del suroeste.

No dejaban de ver ciervos de las nubes a medida que avanzaban por calles y avenidas polvorientas. También había otros signos de vida, como plantas con zarcillos que se abrían camino por las casas y llegaban a la calle. Había tantas que parecía que se fueran a tropezar con ellas cada pocos pasos. Vieron nidos en tiendas con la puerta abierta y había nidadas de pájaros cantores de mil y un colores que los seguían de aquí para allí. Los animales no tenían miedo a los intrusos. Uno de los aprendices atrajo a un intrépido pájaro amarillo, que se le posó en la mano a cambio de un poco de arroz.

—¡Fijaos, están domesticados! —les dijo el aprendiz a sus compañeros.

—O nació después de que mataran a todos.

No dejaban de ver sombras de vez en cuando. También pasaron junto a un droide difunto.

—No tiene sentido… —empezó a decir uno de los aprendices—. Detuvo a las personas… pero no a los animales. Detuvo el sol…

—No, no detuvo el sol… Detuvo el planeta.

—No, eso cómo va a hacerlo. Si lo hubiera hecho, la gravedad…

—Dejad de intentar encontrarle sentido. Es cosa de la Fuerza y…

—¡No me vengas con que es cosa de la Fuerza!

Ekiya ansiaba meterse en la conversación de los aprendices, pero se quedaban callados en cuanto algún adulto se les acercaba. Zorre percibía la agonía de la mujer y le hizo señas para que se acercara a su pequeño contingente.

Dos aprendices pasaron por su lado mientras ella se acercaba a Zorre. Le viajere había enviado a los seis en parejas para que buscaran en las boticas y en las tiendas de alimentación. Lo que fuera que los críos conseguían lo dejaban en el asiento delantero del deslizador, junto a Chie, para que el tooka lo vigilara. Botiquines y raciones, una serie de componentes para Frunces, etc. Detrás, el ronin tenía abierto el chasis de B5, probablemente, para poder mostrarse neurótico respecto a él.

¿Podía describirlo así? Ahí estaba, encorvado, Señor Oscuro de los señores oscuros, intentando convencer en vano al droide de que sus circuitos no se estaban estropeando misteriosamente.

Pero, claro, ¿qué otra cosa quería que hiciera ahora mismo? El hombre estaba medio muerto. A menos que dieran con un tanque de bacta portátil en el que meterlo de cabeza, sus pulmones no iban a mejorar de camino a Shinsui.

Ekiya llamó a Yuehiro antes de que saliera corriendo a seguir con la búsqueda y le pidió que intentara dar con alguna especie de protector facial, algo que encajara encima del respirador de Frunces. A la piloto le pareció que Yuehiro se mostraba demasiado animado como para confiar en él. El joven había encontrado un cuchillo de cocina en algún lugar. No es que a Ekiya no le gustase que fuera armado, la cuestión es que prefería no ver el arma.

Zorre tenía una mirada rara cuando Ekiya llegó adonde elle. ¿Le sorprendería que siguiera preocupándose por Frunces? Sí, puede que fuera eso. En su defensa tenía que decir que le parecía lo lógico. Ekiya no quería morir y, claro, ¿quién más era capaz de vencer a la bruja?

—¿Qué tal estás? —le preguntó Idzuna.

Ekiya abrió la boca de par en par.

—¿Cómo dices? ¿Por qué me lo preguntas? No sé… me siento rara, como es normal…

—Estás en casa. Imagino que es duro.

Era un comentario muy profundo. Ekiya era presa de una decena de sentimientos encontrados. Se quedó mirando a Zorre desconcertada y le dio la espalda a propósito.

Habían llegado a la intersección de dos calles entre las oscuras estructuras de madera del Distrito de los Peregrinos. Por el final de una de las calles se veían las paredes grises y nevadas del complejo del santuario. Al final de la otra había una plaza con pendones de colores y puestos abandonados hacía mucho tiempo. Ekiya miró a ambos lados y, aunque apenas por un instante, aquí y allí veía sombras, bostezando una, corriendo otra.

No reconocía a ninguna de ellas. O, mejor dicho, las reconocía en parte, y en parte no. Los colores le resultaban familiares. Y también los olores, más o menos. Todo lo que recordaba estaba bien muy cerca, bien muy lejos de sus recuerdos, todo muy abstracto debido a una retorcida capa de nostalgia y aislamiento.

No era solo que no hubiera crecido en esa ciudad, sino que el Distrito de los Peregrinos ni siquiera lo había pisado en su día. Y tampoco era porque el edicto imperial hubiera desprovisto al distrito del metal y de la mugre de la vida. Ni siquiera se debía a que los edificios siguieran allí pero la gente no, como una historia carente de color, o como si el mundo natural que subrayaba esa historia hubiera considerado adecuado escapar por aquellas estructuras tan bien conservadas sin preocuparse por preservar lo que el Imperio consideraba bonito y digno.

Puede que fuera… en parte… porque llevaba veinte años dando vueltas por la galaxia, soñando con un planeta que había desaparecido sin más… una fantasía a la que Ekiya daba nueva forma cada vez que recordaba algo… y, claro, ahora, enfrentarse a algo tangible, por mucho que la Fuerza lo hubiera retorcido… era como enfrentarse a un vacío entre su memoria y la realidad. Ella recordaba un Rei'izu. Pero no este.

Por si eso fuera poco, estar *allí* implicaba que no estaban en el otro sitio… donde el hecho de que hubiera un acorazado imperial sobre Dekien implicaba que los príncipes tenían la excusa necesaria para dejar a un lado toda pretensión de paz y enviar a sus Jedi a que se mataran los unos a los otros. Por no hablar de las pobres almas que, de una u otra manera, inevitablemente, acabarían cruzándose en su camino.

Y también estaba el hecho de que no estaría allí, caminando por aquellas calles y dejando atrás santuarios y sombras de camino a devolverles la paz a los fantasmas… de no ser por Zorre y Frunces. Si no les hubiera ayudado.

Tenía lo que quería. Y ni siquiera había tenido que pagar el precio. Aunque hubiera merecido la pena, por mucho que se sintiera tan rara.

Zorre tuvo la audacia de mostrarse triste por una vez. Una pequeña expresión, porque, para elle, la honestidad era sinónimo de levedad. Aunque echaba mucho de menos su máscara, le puso una mano en el hombro a Ekiya. Pura compasión.

—Gracias —graznó la segunda antes de quedarse atrás, pero no tanto como para suponerle un problema a nadie.

La cuestión es que le dolía ver a Zorre recorriendo aquellas calles como si las conociera. Hacía que todo aquello le pareciera más raro aún.

Ekiya acabó caminando a la altura de Kouru, que se puso a la defensiva cuando la mujer se acercó, pero se fue relajando cuando le quedó claro que la piloto no pretendía ponerse a hablar con ella.

Kouru miraba los alrededores con desconfianza, una desconfianza que Ekiya apreciaba. La joven no esperaba encontrar nada que le resultara familiar, sino problemas. Lo que también le quedaba claro a Ekiya era que Kouru ansiaba no solo dar con esos problemas, sino con una amplia variedad de ellos.

El Distrito de los Peregrinos seguía decepcionándola. Cada vez que pasaban junto a algún callejón, en los que no había nada más que esas sombras espectrales, Kouru se ponía un poco más tensa. Ekiya se planteó darle unas palmaditas en el hombro, pero ella se había sentido mal cuando Zorre se las había dado para calmar el impulso.

Unas pocas horas después —según los cálculos de Chie, dado que sus relojes habían decidido no coincidir los unos con los otros— el deslizador dejó de funcionar en mitad de una plaza que estaba a unas pocas manzanas bien ordenadas del desfiladero que había al final del Distrito de los Peregrinos. Eso significó que tuvieron que determinar qué se llevaban y qué abandonaban allí. Y discutir con Frunces sobre B5.

Ekiya ya no quería saber nada del tema, así que se quedó con Kouru patrullando. Kouru la miró largo y tendido, pero decidió que no tenía paciencia para preguntarle qué pretendía.

Las dos mujeres hicieron una pausa en una esquina de la plaza desde la que se veía Shinsui. El complejo del templo quedaba, desde aquel ángulo, escondido por los árboles que había junto al desfiladero. Sus tejados, cargados de nieve, relucían bajo

los inmóviles rayos del sol que no llegaba a ponerse. Kouru lo observaba como si el astro fuera a encogerse de miedo.

De pronto, la joven miró hacia otro lado, calle arriba por la calle en cuya boca se encontraban. El ángulo en el que estaba el sol hacía que toda la calle estuviera en sombras. Bordeada por dos estructuras rectas de madera, la calle iba ascendiendo hasta que su final se convertía en unas escaleras de piedra enmarcadas por vegetación nevada.

En los escalones había una figura vestida con ropa oscura. Kouru no podía apartar la mirada de ella. Y Ekiya tampoco. Parecía una sombra más, de aquellas fugaces, pero la piloto no solo no podía dejar de mirarla, sino que estaba conteniendo el aliento.

La sombra se desvaneció.

Ekiya respiró. Era normal que se hubiera desvanecido, se decía la mujer. Al fin y al cabo, las sombras no permanecían por allí mucho rato. Aparecían y desaparecían en cuanto veían el más leve movimiento. No debía de haber visto bien… o habría respirado demasiado fuerte…

Pero allí estaba de nuevo. Esta vez, la figura se encontraba a los pies de la escalera.

Ekiya maldijo y cogió a Kouru por el brazo. Kouru estaba inmóvil, pero no como si fuera una estatua, sino como una roca en una fisura volcánica antes de romperse en pedazos.

Y como la joven no se iba… no podía irse… tampoco iba a irse Ekiya. Así que se quedó allí, con el miedo corriéndole de los pies a la cabeza a medida que la figura avanzaba. Cuesta abajo. Por la calle. Cada vez más cerca. Titiló y desapareció de la vista justo cuando pasaba por una bocacalle por la que entraba la luz dorada del atardecer. La siguiente vez que apareció, la sombra estaba completamente iluminada y su propia sombra era larga como una espada.

Kouru echó un pie hacia atrás y Ekiya volvió a cogerla del brazo.

—¡Oye, no, no, no! —le susurró con urgencia y mientras pensaba que tenía que ponerse a gritar, a pedir ayuda, porque, para qué estaban viajando en grupo, sino para no tener que enfrentarse a terrores como este solas—. Kouru, ¡vamos!

Kouru gruñó y apartó a Ekiya. Había tal ira en la mirada de la joven que la piloto, alarmada, decidió apartarse un poco más. El instinto hizo que echara mano a la cintura, al bláster que tanto odiaba utilizar pero que siempre llevaba porque una no puede pretender asesinar a un Sith si no tiene con qué defenderse.

Se quedaron así, mirándose la una a la otra. Pasaron los segundos, que se convirtieron en un minuto. En la calle solo estaban ellas dos. La figura no había vuelto a aparecer.

Ekiya no sabía cómo describir la expresión facial de Kouru cuando la joven se dio cuenta de que la sombra no iba a volver. Era una cara retorcida por la ira y, al mismo tiempo… por la pérdida. Ekiya sintió compasión por la joven.

—Perdona. Supongo que la he asustado.

—Ni mucho menos. —Kouru respondió cortante—. Esa no era una sombra más. Era un guerrero. Un Sith.

—¿Qué ha pasado, para que estuviera caminando melodramáticamente entre las sombras?

Kouru apretaba con tal fuerza la espada láser del señor Jedi, como si fuera un hueso que quisiera partir, que tenía los nudillos blancos.

—Era un recipiente de la bruja. Un demonio.

Más allá del tono bravo, Ekiya notó el temblor del miedo… y ella también tuvo miedo. Permitió que Kouru permaneciera en silencio un minuto, mientras ella ponía al día a Chie para que todos estuvieran advertidos acerca de las sombras que resultaban especialmente persistentes o que, y eso era lo peor, empezaran a moverse hacia ellos.

Kouru no dejó de vigilar las escaleras y la calle en ningún momento. Ekiya debería haber concentrado su atención en lo mismo. Tenían que mantenerse en guardia hasta que todo el grupo estuviera preparado para seguir adelante. Sin embargo, Ekiya no podía dejar de mirar a Kouru. La rigidez de su atención… su fragilidad.

Pensó: «No digas nada». Su boca, sin embargo, valedora perpetua de los heridos y de los mortificados, se negó a obedecerle:

—Así que… está claro que no te ha gustado nada que te movieran como una marioneta en la pista de aterrizaje. Aunque imagino que no quieres hablar de ello.

La mera sugerencia hizo que Kouru pusiera cara de horror.

Ekiya levantó las manos.

—Lo comprendo. Sé que piensas que Frunces es lo peor… y la verdad es que no creo que vayas descaminada con él. Ahora bien, lo que también tengo claro es que la bruja no me parece una alternativa mejor. No sé, supongo que quería decirte que… que lo siento. Es horrible.

Kouru miraba la calle vacía como si quisiera que la sombra regresara. Eso hizo que Ekiya volviera a bajar la mano al bláster. Por si acaso.

—Una vez vi actuar a la bruja —comentó Kouru—. Cuando los Sith nos reunimos aquí para el gran reclutamiento.

«La invasión», pensó Ekiya, pero no lo dijo.

Kouru hizo una pausa. Tenía la boca torcida, debatiéndose entre seguir hablando o quedarse callada. Era probable que se avergonzase de pensar en cualquier cosa que alimentara su ira.

—Luchamos —dijo al fin—. Sangramos. Morimos. Y ella empezó a traer de vuelta a los muertos. Nuestros compañeros volvían a estar a nuestro lado. Los enemigos se volvían aliados. Fue… emocionante. Vigorizante. Asombro y fascinación a partes iguales. Esperanza.

La joven levantó la vista hacia el desfiladero, hacia el templo, que quedaba ahora detrás de los edificios.

—Cuando habían cumplido con su propósito, los liberaba. Rezamos para que siguiera. —Se miró las manos como si fuera incapaz de comprender que eran suyas—. Yo… yo no estoy cumpliendo con la misión que me encomendó.

El misterio no resuelto: si la bruja había devuelto a la vida a Kouru para que matara a Frunces y Kouru no lo había hecho, ¿por qué seguía teniendo manos que

mirarse? ¿Por qué no volvía a estar muerta, carente de forma? ¿Por qué no volvía a ser un mero recuerdo de la presencia cósmica de la Fuerza?

Ekiya no tenía respuesta para ninguna de aquellas preguntas. Sabía lo que les había pasado a los fantasmas de su gente. Aunque solo había entendido a medias lo que los Jedi habían hecho con los suyos. Ahora bien, no tenía la más mínima idea de las historias que contaba la gente de Kouru acerca de sus muertos, así que no podía confortarla; como para tener respuestas. Aunque, a decir verdad, solo la bruja las tenía, y no parecía que esta pretendiera ayudar a nadie más que a ella misma.

—Vale… Bueno… —dijo Ekiya—. No sé… sigues aquí. Puede que eso quiera decir que el hecho de que estés aquí no tiene tanto que ver con lo que la bruja quiere.

—No digas tonterías. Morí. Fue ella quien me devolvió la vida. Me convirtió en su criatura. —Kouru puso mala cara mientras miraba las escaleras de piedra. Seguían vacías. Tentadoras—. Y es evidente que sigo siéndolo.

—¿De verdad? Se ha hecho contigo cuando hemos aterrizado, vale… pero ahora no está dentro de ti.

—Ah, ¿no?

—No te manipules a ti misma… porque nunca vas a ganar.

Kouru por fin apartó la vista de las escaleras y miró la plaza. El resto de aquel grupo desaliñado ya había acabado de vaciar el deslizador. Ekiya se sintió tentada de volver a mirar hacia las escaleras. Por el rabillo del ojo, una sombra parpadeó calle arriba. La mujer contuvo el aliento. No se movía.

—No… no sé por qué os estoy ayudando —dijo Kouru.

—Pero ¿quieres hacerlo?

Kouru le enseñó los dientes como lo haría un perro amenazador.

Ekiya se frotó la nuca.

—Lo siento… no ha sido una pregunta muy acertada. Inconcreta. Casi ni yo sé lo que quiero… y, al mismo tiempo, camino por la mayor necesidad que he tenido en la vida: volver a casa. —Se llevó la mano adonde había guardado la caja rompecabezas, que estaba llena de fantasmas que le pertenecían tanto a ella como a otras personas—. Pero… al mismo tiempo… no puedo dejar de preguntarme qué hago aquí. Pensaba que venía por otras personas. No me daba cuenta de que para mí también era importante. Ahora lo he entendido. Era necesario. Porque, cuando he bajado del *Cuervo* y he visto Rei'izu… no he sentido nada. Y eso no me gusta.

—Y, ¿qué sientes ahora?

A Ekiya le pareció que a Kouru le interesaba de verdad la respuesta, así que decidió pensarla bien antes de responder. No obstante, no tenía el tiempo que le hubiera gustado. El comunicador de su muñeca parpadeó. Era la señal de Chie para que volvieran con ellos. Así que, mientras salían de la calle y las bañaba la luz de la plaza, la piloto dijo lo único que le dio tiempo a decir:

—Me siento como si no hubiera acabado; aunque eso siempre me pasa. ¿Será un problema que tengo?

Parecía que Kouru quisiera poner mala cara, pero sus rasgos no se lo permitieron. Cuando habló, en parte dio la sensación de que pensaba que Ekiya no podía oírla, si bien no estaba hablando bajo, sino distraída:

—Antes has dicho que no quieres ser una única cosa. La Ekiya que he conocido hasta el momento siempre quiere cosas que no tienen que ver con ella. Quizá debieras empezar a pensar en qué es lo que quieres para ti.

Con humor, Ekiya juntó las manos, fingiendo que rezaba.

—Eso es muy Jedi, ¿sabes?

—Cuidado con lo que dices, no vaya a tener que arrancarte la lengua.

—¡Oh, vaya!

Kouru no se rio, pero sonrió, y Ekiya se echó a reír porque pensó que, a lo mejor, se lo merecía. En cualquier caso, dudaba que fueran a tener muchas más oportunidades de reír y, si tenía que pensar en lo que ella quería, era muy probable que reír más fuera algo de lo que más deseaba.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

SU RITMO SE REDUJO considerablemente a medida que se acercaban al desfiladero. El viejo no quería dejar a B5-56, a pesar de que este cada vez funcionaba peor. De hecho, el droide no tardaría en acabar como el deslizador. De pronto, Kouru se dio cuenta de que llevaba la espada láser del señor Jedi en la mano y de que estaba pensando en cortarle las piernas a B5. No obstante, las sombras se volvían más densas a medida que se acercaban al parque que había en la zona norte del Distrito de los Peregrinos y llegó a la conclusión de que sería mejor para todos contar con el droide por si este podía matar a algún demonio antes de morir.

Por fin, solo un parque helado los separaba del borde del desfiladero. Un par de ciervos de las nubes los observaban por entre árboles frutales, estériles ahora por el frío. Las sombras inanimadas habían ido a menos. Para cuando la bruja tomó Rei'izu, los Sith habían conseguido que los peregrinos dejaran de subir al templo de Shinsui, por lo que no había quien dejara vestigios por allí.

Solo quedaban los Sith, que llegaron a toda prisa y desde ángulos imposibles. Aparecieron en estallidos de corriente negra empalmados con llama blanca que cortaba con tanta violencia el mundo que parecían una herida antes incluso de que hubieran provocado ninguna.

Kouru se enfrentó de cara al primero. El grupo había elegido el amplio y pálido sendero de gravilla y arena que cruzaba el parque en dirección al primer puente, y el demonio salió como un remolino de detrás de un árbol con el tronco ancho que había junto al camino. Estaba tan en sombras y eran tan rápido como el que Kouru había visto una hora antes, y en las manos llevaba una vara larga y gruesa, en la punta de la cual había un filo rojo y brillante. Fue directo a por la cabeza del viejo.

Kouru notó el corazón en la boca cuando, con la llama blanca moviendo cada fibra de su musculatura, se lanzó contra el demonio, lo empujó y le clavó la espada blanquiazul en las tripas.

El demonio se disipó antes incluso de caer al suelo helado, así que para cuando Kouru dio una voltereta para ponerse de pie aprovechando la inercia, estaba sola. El demonio, sin embargo, se manifestó de nuevo y pasó a toda prisa por su lado. Para ese momento, el viejo ya estaba preparado.

El ronin se había armado cuando habían abandonado el deslizador. Su espada láser, que le había quitado a Kouru en el *Cuervo*, colgaba a su cintura junto con su antiguo bláster. Kouru sospechaba que la pistola no valdría sino como porra, dadas las raras restricciones mecánicas y electrónicas de Rei'izu. La espada láser, en cambio, zumbaba a la perfección mientras el viejo esperaba al demonio.

El ronin golpeó a su enemigo y este se fundió en el aire como si fuera una telaraña cenicienta. De él no quedó ni su arma. El haz de la espada láser del anciano se reflejaba en la media máscara lacada de color negro que le protegía la cara —un objeto Sith con la boca abierta y enseñando unos largos colmillos que daba miedo—. Se parecía mucho a la que el viejo le había cortado a Kouru hacía no tanto tiempo. El

ronin miró a la Sith y asintió. La joven frunció los labios y no se movió. No lo había hecho por él.

Ese fue el último momento de calma. A partir de entonces, los demonios Sith empezaron a salir de cada esquina oscura y trajeron consigo el caos, la astucia y la sangre. Kouru giró alrededor de un demonio con dos intensas espadas cortas y le hundió la suya, la blanquiazul, en la espalda. El demonio se convulsionó y desapareció sin hacer ruido. Dolía ver cómo se dispersaba.

Mientras los cortaba y los estoqueaba, Kouru soñaba no con luchar contra aquellos ecos, sino a su lado; codiciaba aquel fulgor rojo. No obstante, le pertenecían a la bruja y cada una de sus espadas robadas eran un artefacto que hablaba del poder del viejo. La joven odiaba tanto a la bruja como al traidor en que se había convertido su señor, y el odio nunca le suponía complicaciones.

Las sombras, sin embargo, le atormentaban el alma. Kouru deseaba liberarlas igual que deseaba liberarse ella y volver a pertenecerse solo a sí misma. Si es que aún quedaba algo de ella.

Toda duda tenía un precio. Otro demonio salió por detrás de un retorcido cerezo y a punto estuvo de cortar en dos a Kouru. A la joven la apartó a un lado en el último segundo uno de los aprendices —Yuehiro, el que se encargaba de los demás—. El muchacho gruñó y a Kouru le llegó el olor dulzón de la carne quemada.

La furia se apoderó de ella, una quemazón cegadora, y se lanzó a por el demonio, pero este escapó de su estocada y fue directo a por el viejo. El ronin ya estaba trabado en combate con otra figura y sus espadas rojas se ladraban la una a la otra.

Una emboscada. Kouru vio destellos por el rabillo del ojo. Era Zorre, que se deshacía de otro demonio; y B5, disparando dos tiros rápidos; y Ekiya…

No. Tenía que concentrarse. No controlaba el campo de batalla y no podía esperar que fuera a hacerlo. Incluso aunque hubiera sido más aguda ante las sutilezas de su presencia, los demonios Sith se mostraban breves e inestables, por lo que no podía preverlos adecuadamente. Solo podía luchar una vez se hubieran atrevido a atacar ellos.

El que estaba persiguiendo ahora se desvaneció cuando aún estaba fuera del alcance de la espada del viejo. Kouru pensó: «¡Rápido, rápido, rápido! ¡Si quisieras matarlo, ¿qué ángulo elegirías?!».

El viejo partió en dos al demonio con el que había estado peleando y trastabilló. Encogió los hombros y apoyó bien los pies para no caerse. Ante aquella figura encorvada, el objetivo de Kouru reapareció de manera siniestra, con la espada en alto, preparado para matar al viejo.

Kouru era la llama blanca en sí misma cuando lo partió limpiamente de la cabeza al sacro. El demonio se disolvió en el vacío tan cerca de la boca de la Sith que esta sintió como si inhalara sus restos.

La joven se quedó mirando al viejo y se fijó en cuánto le costaba respirar, en que tenía las mejillas hundidas. El ronin volvió a darle las gracias bajando la cabeza, pero en esta ocasión bajó también la mirada y apoyó las manos en las rodillas. Un miedo inesperado se apoderó de la joven al verlo tan frágil. Al fin y al cabo, ni siquiera habían llegado a los puentes.

Un quejido de dolor llamó la atención de Kouru, que se dio la vuelta. Había sido Yuehiro, que estaba acuclillado. El muchacho tenía un profundo corte ennegrecido en el brazo izquierdo, justo por debajo del hombro. El aprendiz se cogió el brazo. Estaba claro que no podía moverlo.

—¿¡En qué estabas pensando!? —lo riñó Kouru, que se había acercado a él como una exhalación.

Yuehiro apretó los dientes y sacudió la cabeza. Desde luego, el muchacho no pretendía disculparse. Kouru se quedó muy sorprendida al darse cuenta de que reconocía aquella actitud. Había habido una época en la que ella también se lanzaba de cabeza al peligro a pesar de que hubiera tenido que dejar que un guerrero más experimentado se encargara de la situación.

Aunque ella, por lo menos, había tenido cabeza suficiente como para que no la desmembraran.

Así que a Kouru no le dio reparo —ninguno— chillar al muchacho a la cara:

—¡No te he salvado la vida para que la desperdicies!

Yuehiro tragó con fuerza y miró hacia otro lado.

Chie se acercó para proteger al chico. Le entregó su vara a Kouru y se arrodilló para inspeccionar la herida del aprendiz.

—No creo que debamos considerar que sea culpa de estos niños que hayan pasado de estar a punto de morir en un acorazado imperial a estar a punto de morir en Rei'izu. Bastante bien lo están haciendo.

—Así es, no cabe duda, pero puede que no sea suficiente —apuntó Idzuna, seguide de su tooka, que iba con la cola de un lado para el otro y las orejas vueltas, sin dejar de fijarse en ninguna de las sombras que pasaban—. Creo que es el momento de que nos planteemos no seguir juntos.

Kouru no podía creer lo que había dicho Idzuna y miró a otro de los aprendices, una niña, que estaba tirada en el suelo, agarrándose las tripas, mientras dos de sus compañeros intentaban ayudarla.

—¿¡De verdad vas a dejar que los maten!? —le soltó la Sith.

—Yo diría que, de hecho, pretendo todo lo contrario. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que estos amiguitos nuestros tienen un interés muy particular, ¿no? —Idzuna señaló al anciano con la cabeza. El ronin estaba agachado junto a B5 y Ekiya estaba a su lado. Del sombrero del droide salía una hebra de humo—. Es a por él a por quien van. Los demás no somos sino obstáculos. Así que, si uno se aparta del camino, es muy probable que lo dejen en paz.

—Son Sith —contraatacó Kouru—. Piensan. Deja algo que valoras atrás y ellos encontrarán la manera de convertirlo en tu debilidad.

—Son sombras. Apenas forman parte del presente. Si siguieran siendo tan astutas como temes… yo diría que ya estaríamos muertos.

Kouru se quedó callada. Se mostró de acuerdo por puro instinto, pero no le gustaba.

Idzuna se acercó. Sus pies hacían crujir la nieve.

—Si hemos llegado hasta aquí es, únicamente, porque lo hemos hecho juntos —comentó con un tono suave muy considerado—. Y ellos se han ofrecido para ayudarnos, pero lo único que tienen que ofrecer es la vida.

—Pues que paguen cuanto quieran —respondió Kouru, aunque nada más decirlo deseó que aquellas palabras no hubieran salido nunca de su boca. Se volvió hacia Yuehiro, que estaba decidido a seguir adelante mientras Chie le vendaba el brazo al cuerpo—. No quieren quedarse, así que es mejor que no se queden.

—¡Claro que se van a quedar! —soltó Ekiya mientras se unía a ellos con los brazos cruzados y las manos metidas en los pliegues de su abrigo. Su mirada furtiva pasaba de Zorre a Kouru—. No podemos seguir contando con B. Supongo que podrías arrastrarlo, pero también podrías romperte los tobillos para no tener que hacerlo.

—Hablas como si no fueras a venir —dijo Zorre.

Kouru miró a Ekiya bruscamente, porque a ella también se lo había parecido. Se podía entender que los niños se quedaran atrás: estaban heridos, no eran combatientes todavía y sus ansias por ayudar estaban jugando en su contra. Ahora bien, Ekiya…

—Y es que no voy a ir —aseguró la piloto mientras sacaba una cosa de los pliegues de su abrigo y se la entregaba a Kouru.

La joven tardó un momento en entender lo que tenía en las manos. Centelleaba sobre su piel, lo sentía como siente uno el calor o el dolor, pero lo que no entendía era por qué Ekiya le estaría dando aquello a alguien… y mucho menos a ella. La pequeña caja de esquirlas de kyber le pesaba muchísimo. Allí estaban los botines del viejo junto con el tesoro de fantasmas que había reunido la mujer. Levantó la vista para mirar a Ekiya, que la miraba entre nerviosa y desafiante. Luego, le hizo una reverencia.

—Por favor.

—¿Por qué? —Kouru era incapaz de aceptar que aquello había pasado. Lo único que quería era que Ekiya se diera cuenta de que había cometido un error, porque ella no era capaz, siquiera, de imaginar qué quería que hiciera con aquel regalo.

—Sé muy bien cuándo soy útil y que, desde luego, luchando contra Sith no-muertos no lo soy. —Ekiya señaló a los aprendices con la cabeza—. De ellos podré encargarme. Un adolescente es un adolescente, aunque pueda meterse en tu cabeza. Además, son buenos chicos. Y están heridos.

Kouru no se atrevía a apartar el kyber. Intentó volver a captar la mirada de Ekiya, pero la mujer dejó claro que iba a evitarlo a toda costa cuando se agachó para coger en brazos el tooka de Idzuna, que había percibido que su dueñe estaba intentando que se quedara atrás y empezó a maullar.

—Esto no es lo que quieres —le dijo Kouru—. Dijiste que venías aquí para devolverlos al lugar que les correspondía… no para pasar el testigo.

Ekiya le dio una patadita en el pie a la joven.

—Y tú me has dicho que tenía que empezar a pensar en mí misma. Vale, pues necesito ayuda. Haz esto por mí.

—¿Confías en mí?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres tan tozuda como el que más. ¡Y te caigo bien! Además, te lo he pedido por favor.

Kouru guardó la caja en su túnica, creyendo, en parte, que la mujer intentaría quitársela. Sin embargo, Ekiya siguió sujetando el tooka e Idzuna seguía ocupade calmando a la estúpida criatura. Nadie impidió a Kouru guardar la caja, así que la joven dijo:

—No sé cuáles son tus plegarias.

Ekiya chasqueó la lengua.

—No te estoy pidiendo que reces.

No, lo que le estaba pidiendo era que fuera su oración, que transportara a sus fantasmas y que los dejara donde les correspondía. Le estaba pidiendo que lo hiciera por ella y le estaba diciendo que creía en ella.

Absurdo.

Y, aun así, Kouru quería hacerlo. Se había dado cuenta de que aquello era un regalo, porque tendría una razón para seguir adelante que no serían ni la bruja ni el viejo.

A ver quién lograba detenerla ahora.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

DEJARON A LOS APRENDICES y a B5-56 con Chie, Ekiya y el tooka en un alto desde el que se veía el primer puente. B5 ya no se podía mover solo, pero su comunicador interno aún funcionaba lo suficientemente bien como para que la muñequera del anciano parpadeara de vez en cuando. El ronin le pidió al droide que cuidara de los demás. A su vez, B5 le pidió a él que rezara.

Puede que, un día antes, oír al droide decir algo así hubiera molestado a Kouru, pero mientras entraba en el puente, junto con el viejo y con Idzuna, decidió que iba a hacer caso a lo que le había dicho Ekiya y que, por lo tanto, aceptaría toda la ayuda posible.

El largo puente que daba al primer santuario estaba hecho con raíces y ramas ancestrales convertidas en cuerdas intricadas. Crujía por encima de un desfiladero tan profundo y silencioso que se tragaba los sonidos que pudieran hacer los pájaros que se atrevían a recorrerlo. El primer santuario estaba en lo alto de una columna monumental de piedra gris erosionada que tenía una altura de cinco pisos, con una aguja de ocho anillos sobresaliendo en la punta. No había ningún sendero por el que se pudiera evitar, porque se suponía que los peregrinos tenían que presentar sus respetos en todos los altares que había camino del templo de Shinsui. Kouru rezó un poco porque le pareció mal pasar por delante sin más.

—En cada santuario se guarda la reliquia de un monje muerto hace mucho tiempo. O de un Jedi… o de un emperador… ¡No se sabe! —comentó Idzuna a medida que se acercaban—. Son dioses y no lo son. Dejan entrever que el universo es un patrón elaborado de partículas elementales que tienen un éxito infinito, o el sinsentido de aferrarse a la sabiduría del cuerpo cuando el único camino verdadero hacia la divinidad es el de trascender la cruda carne y la destrucción que le sigue. En cualquier caso, son sagradas. Y preciosas. ¿Alguna vez las habíais visto?

—No —respondió Kouru.

El ronin se limitó a asentir. Su gesto era inescrutable. Lo único que quedaba claro era que estaba cansado. Le había dolido tener que abandonar a su droide, pero ahora seguía adelante con la expresión decidida de los moribundos. Kouru era capaz de comprenderlo.

Era Idzuna le que le preocupaba. Le asombraban tanto los santuarios… estaba tan encantade por el desfiladero… Era como si, a diferencia de la actitud que había tenido en el *Cuervo*, hubiera dejado de importarle todo aquello que no recordaba de cuando había estado en Rei'izu. ¿También habría olvidado su miedo? Aquello hizo que Kouru se aferrara con más fuerza a todo sentimiento que estaba segura de que había sido suyo.

Una figura ancha y alta les esperaba frente a la puerta del primer santuario. Un demonio. Se puso de pie a medida que se acercaban.

Idzuna hizo un gesto con la mano hacia un lado y hacia arriba y la corriente negra lo desequilibró. El demonio se esforzó por recuperar el equilibrio, pero antes de que lo

consiguiera, Kouru se lanzó contra él y lo quemó con la llama blanca. Le clavó la espada blanquiazul en el hombro y se valió del impulso para cortarle el brazo y hacer que saliera impulsado por detrás de ella. El demonio cayó cerca del ronin y este lo cortó con un golpe rápido. La forma del demonio se desvaneció en el aire como había pasado con todas las sombras hasta el momento.

Idzuna se palmeó las manos para librarse de un polvo imaginario y animó a sus compañeros a que siguieran hacia el santuario.

—Habría sido más sencillo que hubieras utilizado la espada —le dijo entre susurros Kouru cuando pasó por su lado.

—Oh, no, prefiero no depender tanto de ella, que al ronin le ha costado volver a montarla. ¿Qué pasa si tenemos que sacar la esquirla de nuevo?

Kouru entornó los ojos. Idzuna no le había convencido.

Mientras tanto, el ronin frunció el ceño y aseguró:

—No la necesita.

Kouru se mofó.

Siguieron adelante, por la pagoda en sombras, dejando atrás el ídolo que había enterrado en ella, camino del siguiente puente trenzado. Los santuarios estaban construidos de manera tan inteligente que cada columna solo se veía una vez el peregrino había salido del santuario anterior. Mientras volvían a la permanente luz de atardecer, el segundo santuario apareció ante ellos, tristón, cubierto por la niebla.

En el siguiente puente dio la sensación de que Idzuna estaba a punto de empezar a contar una historia. Kouru le bufó para que estuviera callade y señaló hacia delante con la barbilla.

Otro demonio les esperaba en las escaleras del segundo santuario. Tenía un compañero, que estaba agachado en el alero del tercer tejado nevado.

Entretanto, por detrás de ellos, en la entrada del primer santuario, vieron una silueta en sombras que se estaba levantando del suelo… una silueta que se parecía, alarmantemente, al demonio que acababan de matar.

—Bueno… pues o ese estaba escondido o resulta que eso de las resurrecciones va a traernos más problemas de los que creíamos —comentó Idzuna.

El ronin maldijo y miró, agitado, su muñequera. Hubo una ráfaga de comunicación entre B5 y él que, no obstante, pareció que se cortara antes de lo que el ronin quería.

—En el parque también se están levantando —comentó.

Kouru maldijo, con violencia esta vez.

—Vamos a tener que rezar para que estén más interesados en su antiguo comandante que en atacar a unos rezagados —comentó Idzuna—. En cualquier caso, deberíamos darnos prisa.

Kouru se enfureció, pero no podía decir nada en contra. Que siguieran adelante iba a ser lo único que resolviera el asunto. Mientras la bruja continuara resucitando demonios, nadie estaría a salvo en Rei'izu.

En cualquier caso, aquello confirmaba que la bruja ya no jugaba de acuerdo con las antiguas reglas. Y Kouru no era una excepción. La bruja ya no renunciaba a los muertos que empuñaba. Hasta que no acabara con ella, la joven nunca sería libre.

Se enfrentaron a los dos demonios que les esperaban en el segundo santuario antes de que el del primero los alcanzase. Y aunque tenían la ventaja numérica a su favor, el ronin cada vez estaba más débil. En un momento dado se tambaleó y a punto estuvieron de alcanzarle, pero Idzuna lo impidió, empujándolo con la corriente negra.

Kouru pasó junto a ambos y lanzó al demonio contra una pared pintada con una explosión de llama blanca. El ataque siguió con una patada en el lateral con la que lo envió al suelo, donde le atravesó la cabeza con la espada.

Mientras lo hacía, el demonio usó lo que le quedaba de fuerza para intentar asestarle un espadazo, y aunque la joven se giró, el haz le mordió el costado. El demonio se evaporó por debajo de ella y la herida que le había hecho pasó a ser la única evidencia de que el ser había existido.

Sin embargo, cuando Kouru se quitó la mano de las costillas… no tenía ninguna marca.

—No cabe duda de que eso es una ventaja —comentó Idzuna mientras llegaba a las escaleras. El ronin le seguía de cerca, con la mano en el costado herido—. ¿Te pasaba eso antes?

Kouru arrugó el ceño y notó un extraño dolor de cabeza cuando intentaba recordar. Estaba casi segura de que, desde que había muerto la habían herido… aquí y allí… en Seikara, cuando Ekiya le había puesto morado el ojo, y en el *Reverente*, donde se había quemado las manos, y en otro lado, cuando…

—Esa vez… no lo sentí —comentó la joven.

Idzuna miró por detrás de elle. El demonio del primer santuario iba por la mitad del puente. Revivido, reparado y tan fuerte como siempre… exactamente igual que Kouru.

—Supongo que se impone que aprendamos del ejemplo. Aunque no creo que debiéramos aprender del tuyo.

Kouru seguía teniendo el ceño fruncido mientras corrían por el santuario. Las palabras de Idzuna apestaban… solo que no sabía a qué.

Puede que se debiera a que elle tampoco tenía heridas. Aunque, claro, elle tenía mucha más habilidad que la Sith para deshacerse de sus oponentes a distancia. Negó con la cabeza. Si había que hacer algo con Idzuna, el viejo lo sabría antes que ella.

Siempre que confiara en que el viejo fuera a mostrar su cara más cruel con elle, claro. Desde luego, frente a Idzuna se mostraba muy débil. Como si estuviera limitado por un afecto… por una dependencia. No debía quitarles ojo a ninguno de los dos.

Además, Kouru también tenía que preocuparse por sí misma. Aunque la bruja había estado callada desde lo del *Reverente* —si no teníamos en cuenta que se hubiera apropiado de su cuerpo al llegar a Rei'izu—, la joven había empezado a oír una especie de susurro de vez en cuando. Ella, sin embargo, se negaba a prestarle atención. La bruja no se iba a hacer con ella de nuevo, si es que podía evitarlo.

Avanzaban tan rápido como podían que, por desgracia, no era mucho. El ronin seguía yendo a menos. Idzuna pasaba casi el mismo tiempo tirando de él que enfrentándose a los enemigos. De la mayor parte de los combates tenía que encargarse Kouru. No es que le importara. ¡Cómo iba a importarle! La violencia siempre había

sido un fin natural para ella y, lo que es más, el poder de la bruja le permitía luchar sin miedo, sabedora de que saldría de la lid sin un rasguño.

Aun así, necesitaban que el viejo llegara al templo con vida, pero con cada encuentro perdían terreno.

No podían permitirse enfrentarse a más de uno o dos demonios en cada santuario… o los tres que se habían encontrado en el quinto, el último de los cuales había atravesado a Kouru por el abdomen antes de que el ronin lo lanzara contra la columna. Después de aquello, había tardado treinta preciosísimos segundos en recuperar el aliento y Kouru lo ayudó a reemprender el camino.

—Te estás mostrando imprudente —resolló el ronin.

—Estás celoso —le respondió de malos modos antes de fulminarlo con la mirada.

No quería que se preocupara por ella, aunque, si bien de mala gana, entendía por qué lo hacía. Se debía al sentimiento de culpa que tenía —y que se merecía— por el daño que le había hecho no una vez, sino dos. Ella no admiraba aquello en lo que él se había convertido. Aun así, había algo en su interior que quería aferrarse al hombre anterior, al que recordaba: el rebelde, el comandante, el señor.

Desde luego, aquel hombre no era el anciano del que Idzuna tiraba ahora que estaban a punto de cruzar el puente que llevaba al sexto santuario.

—Dime, Kouru, ¿cuántos se están levantando en el quinto? —le preguntó Idzuna.

La joven forzó la vista:

—Dos.

—En ese caso tenemos suerte, porque se levantan donde caen. Deberíamos haber estado tirándolos desfiladero abajo todo el rato.

Cuando se enfrentaron a los demonios del sexto santuario, parecía que estos conocieran su plan, porque esquivaban y se apartaban a toda prisa cada vez que el combate los situaba cerca del abismo. Estaban advertidos, ya fuera por lo que habían visto que le había sucedido a uno de ellos en el quinto santuario, o porque la bruja les susurrase al oído. Kouru a punto estuvo de perder un brazo intentando librarse del último.

—Ve por delante —gruñó la joven mientras se unía a Idzuna y al viejo en el último santuario, que estaba cubierto de niebla—. Pasas todo lo rápido que puedas por el séptimo y llegas al templo. Nosotras te cubrimos y cortamos el puente cuando lo hayas conseguido.

El ronin se opuso.

—Te alcanzaremos —le aseguró Idzuna—. No vas a quedarte sin cuidadoras. —Y luego a Kouru le dijo—: Lo suyo sería que, además de cortar el puente, consiguiéramos que cayeran con él tantos demonios como fuera posible. Que se precipitaran al abismo. Así tendrán que dar con otra manera de llegar aquí, a menos que quieran pasarse la vida trepando. Y, después, seguimos protegiendo al ronin.

Kouru asintió indecisa. No es que el plan le pareciera mal, en especial, porque era suyo… pero darse cuenta de que iba a tener que estar junto a elle, con esa calma misteriosa suya… hizo que sintiera un escalofrío.

El último puente era tan bonito como los anteriores, intricado y lleno de linternas. Kouru se fijó en lo bello que era porque habían planeado destruirlo. Mientras

esperaban en sus listones, mientras el viejo avanzaba como podía hacia el acantilado del templo, Idzuna aguardaba en una elegante postura recta. Aún no había tocado su espada.

Kouru se sintió mal por pensar que pasaba algo malo… pero es que había algo que no encajaba. Los clanes Jedi se jactaban de la serenidad de sus guerreros ante el peligro porque los Jedi se sentían muy cómodos con su poder. Kouru había sufrido esta miopía durante más de una década, cuando se había convertido en la peor de las violencias del pequeño planeta que habitaba. Ahora, en cambio, era todo tensión y miedo. Daba igual que su cuerpo se recuperara de las heridas o que cualquier dolor solo fuera temporal. Estaba decidida, con cada fibra de su ser, a enviar a aquellos demonios a las profundidades del desfiladero, sí, pero, después, tendría que enfrentarse con la interminable bruja. Y ella era un espectro terrible.

Sin embargo, a Idzuna le daba igual. Kouru había visto cómo se tragaba el miedo y había visto cómo este le tornaba despreocupade y cruel. Aquí había algo más. Algo definido tanto por los vacíos que tenía en sus recuerdos como por el hecho de que no tuviera ni las más mínima herida.

Cuando los primeros demonios aparecieron en los aleros del séptimo santuario, Kouru no pudo seguir callada:

—No sé qué es lo que pasa contigo… pero tienes que espabilar.

—¿Acaso resulta que te preocupas un poco por mí? Me conmueves.

—Un poco no, ¡mucho! Eres una carga.

—Pues anda que tú.

Kouru negó con la cabeza. Sospechaba que la bruja aún hablaba con Idzuna, que lo hacía desde esos huecos que ella misma había hecho entre sus recuerdos. A Kouru le había hecho lo mismo y, de hecho, seguía intentando hacerlo. Sin embargo, Idzuna no había admitido en ningún momento que oyera su voz y a Kouru le daba miedo que pudiera deberse a que no se estaba percatando de ello.

La manera tan extraña en que le miraba la Sith llevó a Idzuna a hacer una pausa y se puso la mano en la boca como si sus propias palabras le resultasen extrañas. Estaba tan sorprendide porque le mirara tan fijamente que, cuando los primeros demonios pisaron el puente, Kouru se lanzó a por ellos sola.

Hasta que la joven no se vio obligada a retroceder hasta donde estaba elle y este se vio obligade a esquivar un tajo que pretendía cortarle el cuello, no reaccionó. Idzuna respiró hondo y por fin entró en combate.

Sin embargo, cuando lo hizo, una vez más con la corriente negra como única arma, el susurro que oía Kouru se agudizó: «Sé prudente. Sé prudente. Sé prudente».

Pero no era tonta, claro que estaba siendo prudente.

Aunque, ¿por qué iba a advertirle la bruja sobre su propia criatura?

—Kouru —empezó a decirle Idzuna mientras se retiraban juntas en dirección al templo, atrayendo a sus enemigos por el puente—, ¿has descubierto ya por qué estás aquí?

No se refería a Rei'izu, o a aquellos combates… sino a lo verdaderamente relevante para ella. La respuesta a las preguntas que le había hecho hacía no tanto tiempo: «¿Quién era? ¿Para quién lo era?».

Kouru sentía el peso de la caja de fantasmas de Ekiya. Era un peso muy grande. La espada láser del señor Jedi encajaba perfectamente en su mano, pero impura. La bruja la acechaba, sombría entre los pies, por la espalda, hambrienta de la traidora Kouru, que venía hacia ella como un cordero.

Su respuesta no era ninguna de estas. Era otra cosa, era diferente, era algo más. Aún no era capaz de materializarla en palabras, pero…

—Estoy cerca. ¿Y tú? ¿Tenías razón?

¿Se refería a si había arreglado sus errores?

—Sí. —Aunque Idzuna respondió muy rápido, había una nube por detrás de sus ojos.

El corazón de Kouru se mostraba receloso, pero, al mismo tiempo, sentía un inesperado pinchazo de compasión.

—En ese caso, dime —insistió—. ¿Quién eres? Y, ¿por qué?

Habían llegado al final del puente. Los demonios de la bruja se acercaban y tenían poco tiempo, pero Kouru insistió. Parecía que Idzuna mirase al vacío. Kouru pensó que se debía a que quería responder a sus preguntas de buena fe. Y, en cierto modo… lo hizo.

Un destello blanco como el invierno y un chillido, y el puente cedió bajo los pies de Kouru. Idzuna era le encargade de cortarlo y de avisar para ver cuándo tenían que saltar. Idzuna aterrizó en el borde rocoso y Kouru se lanzó hacia él, pero caía y caía… y se esforzaba a la desesperada por dar con algo a lo que agarrarse.

Y lo encontró donde nunca lo habría imaginado. Una mano se entrelazó alrededor de su antebrazo y la sujetó con una necesidad febril. Los mismos dedos que acababan de cortar el puente le hacían marcas profundas en el brazo. El rostro de Idzuna mostraba una expresión de sorpresa, como si acabara de entender algo horrible.

Kouru le clavó sus propios dedos a elle, con los dientes apretados y los ojos brillantes. Si Idzuna sabía que no estaba sole en su cabeza, podría luchar. Era lo que ella había hecho… y porque elle se lo había pedido. Si las dos conseguían liberarse de la bruja…

«Déjate llevar».

Las uñas de Kouru mordían el brazo de Idzuna, que, aunque con los dientes apretados, aguantaba. Sí, eso era lo que necesitaban. Necesitarse a ellas mismas y a quienes las rodeaban…

«Déjate llevar. Déjate llevar. Déjate llevar».

Kouru respiraba con dificultad. Pero, claro, respirar no era una característica de los muertos y, al fin y al cabo, ella solo era una imitación de la vida. No obstante, iba a agarrarse porque…

«Déjate llevar».

Kouru se negó a escuchar la voz. Pero dio igual, porque Idzuna sí que la escuchó y dejó de sujetarla con tanta fuerza. El brazo de Kouru resbaló entre sus dedos y, entonces, la joven fue libre. Cayó. Elle se había dejado llevar.

Mientras caía, con el viento aullando en sus oídos, miró la figura blanca que se desvanecía y pensó: «Aún podría cogerme».

Y, entonces, Kouru dejó de verle, y solo veía el blanco de una niebla devoradora. Estaba sola.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

DESDE LEJOS, desde los escalones de piedra que llevaban al templo de Shinsui, el ronin vio cómo el puente se caía. El anciano se había dejado caer en las escaleras con una mano sujetándose el costado, que le dolía, y la otra adelantada para comprobar si había alguna luz en la muñequera. Nada, ni una sola. El puente caía grácil, como si se tratase de una telaraña rota, y con él caían unas pequeñas formas negras.

Durante unos minutos, que se le hicieron eternos, estuvo solo. Fue entonces cuando vio aparecer a le viajere. Iba con un brazo por delante, como si le hubieran herido, remangade, de forma que se le veía el brazo sin rasguño alguno desde la mano al codo. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que el ronin le oyera, dijo con tono apagado:

—Se ha soltado.

El ronin cerró los ojos, puso cara de dolor y se enderezó. No tenía claro si a Kouru le debía una oración. Pensó que lo más probable era que sí, pero que a ella no le gustaría que rezaran por ella. Contuvo la lengua.

No hablaron mientras subían las empinadas escaleras. El ronin lo hacía despacio y elle lo convenció para que le pasara el brazo por el hombro. Tardaron una larga media hora en llegar a lo alto de las escaleras.

Ningún demonio los siguió ni los hostigó en el camino. El patio del templo estaba vacío excepto por unos pájaros que revoloteaban de aquí para allí. En una esquina del patio había un pino gigantesco cuyas raíces habían levantado el embaldosado. Del enemigo, de las sombras o de la bruja no había ni rastro.

Las últimas escaleras eran de madera y daban al salón principal, que estaba sobre unos pivotes dispuestos para que se pudiera ver mejor el desfiladero y la capital. La gran veranda de Shinsui también estaba vacía. El sol se arrastraba por ella a través de columnas de madera hasta que la luz se topaba con las puertas pintadas que protegían la imponente sala en la que había estado el espejo. Estaban cerradas. El ronin miró a su compañere como sorprendido.

—Si lo que quieres saber es cómo lo hice la otra vez… pues… —Idzuna no lo recordaba y, aun así…

—Parece que estés… contente.

—Y tú.

El ronin resopló. No sabía lo que sentía. Habían luchado y habían sufrido bajas —aunque aún desconocían el cómputo verdadero—. La preocupación se cernía sobre su corazón, pero también sabía que iba a necesitar toda su fuerza para enfrentarse a lo que había al otro lado de esas puertas.

Se sentía desplazado. Tan solo había estado ante aquellas puertas una vez, pero había vuelto a ellas una y otra vez en su memoria. Mucho al principio, cuando pensaba en ellas sin parar. Luego no tanto, cuando ya solo se tropezaba con el recuerdo sin intención o propósito. Cuando soñaba, pero solo ocasionalmente.

Le indicó que quería sentarse. Lo necesitaba. Le crujían los huesos por el cansancio y el frío, y, si las puertas estaban cerradas, era que les habían concedido el indulto del tiempo. Le viajere lo ayudó a sentarse en el suelo y elle también se sentó, pero de espaldas a él. Ambos tenían un ojo en las puertas y otro en la veranda. Así estarían preparados los atacasen por donde los atacasen.

—Lo cierto es que nunca creí que volvería —confesó él—. No sé qué sentir.

—Menuda confesión, viniendo de ti. ¿O es que esperas que por fin divulgue el último de mis secretos?

Su tono era remilgado, pero frágil. De cualquier manera, hacía tiempo que el ronin había aprendido que la táctica más efectiva para tratar con elle era el silencio. Idzuna se mostró ligeramente moleste al darse cuenta de que el ronin era consciente de ello y se frotó el brazo que había llevado adelantado a la salida del último puente.

¿Estaba heride? No. No tenía ni un rasguño.

El ronin se tocó la frente para apartar el abotargamiento que sentía. Hacía mucho que no dormía.

Le viajere hablaba:

—En cualquier caso, doy por hecho que no quieres oír la triste historia de une heredere inferior, ¡oh, terrible Señor Oscuro de los Sith!, ¡tú que organizaste la rebelión contra las iniquidades de los clanes Jedi secuestradores de niños!

—¿Acaso está mal que quiera conocer mejor a mi aliade?

El silencio de Idzuna volvió a resultar extraño. También es verdad que ambos eran conscientes de que se encontraban ante su última oportunidad de compartir algo. O se decían la verdad, o mejor no se decían nada.

—¿De verdad puedes llamarme así? ¿Quién sabe qué más te estoy ocultando?

—Tú no.

Le viajere se puso tense. Luego se rio.

—Bueno.

—No culparía a un niño por haber nacido.

—Más te valdría no hacerlo. —Las palabras eran frías, pero el tono era contemplativo—. No quiero que pienses que tenía algún tipo de objeción moral a mis deberes. Tenía miedo. Era vague. Puede que se debiera a que creía que nunca confiarían en que une niñe indolente hiciera nada digno de mención. Mis padres pensaban que Hanrai sacaría algo de mí… y supongo que lo hizo. Es fascinante lo agradecide que te puedes sentir a cambio de un poco de libertad.

—Te enseñó a matar.

—Y en silencio. ¡Y se me daba muy bien!

—Aquí no.

Muy probablemente, la bruja seguía viva.

—Todo el mundo acaba tocando techo antes o después.

El ronin frunció el ceño y miró hacia atrás. Tan solo alcanzaba a ver la curva de su rostro, que estaba demasiado quieto.

—Hablas del miedo como si lo hubieras superado, pero a él lo temías.

—Ah, ¿sí? Será. —Parecía moleste y divertide por no haber sido capaz de entenderse a sí misme—. Has dicho que me veías contente de estar aquí. Puede que lo

esté. No sé quién era cuando vine la primera vez; cuando me quedé. Aunque no creo que tuviera miedo.

No, al menos, hasta que aquello que había encontrado le envió de vuelta. Idzuna había hablado de sangre y de dolor, de un fallo catastrófico que no era capaz de recordar. Aunque, antes de eso, había hablado de melancolía; de dulzura, de risas y de una brizna de esperanza.

Y, ¿ahora?

—Yo tenía miedo —respondió el ronin— y lo tengo.

Le parecía un terrible error admitirlo, pero le viajere no dijo nada, se limitó a escuchar, con la espalda pegada, cálida, a la suya.

—Desde el momento en que los Jedi se me llevaron… yo diría que nunca dejé de tener miedo.

Les había tenido miedo a los Jedi, al lugar que ocupaba en la galaxia, a la responsabilidad y al riesgo. Había tenido miedo por él y por sus compañeros, de lo que sería de ellos cuando hubieran crecido. De que nunca podrían soñar otra cosa que ser armas que sus señores enviarían a la muerte por menos de nada. De cómo había aceptado la violencia de forma tan natural y de cómo se le había dado tan bien. Y aún tenía miedo. Pero ¿tenía derecho a tenerlo? ¿Por qué lo tenía?

Su cuerpo se revolvía con cada recuerdo.

—¿De qué tienes miedo ahora?

—De que quizá no debiera haber venido. —En la esquirla del espejo, la bruja le había dicho que no quería que viniera. ¿Había mentido Hanrai? Porque, de ser así…—. Creo que no entiendo por qué he vuelto.

—Bueno, yo te lo pedí. Aunque doy por hecho que mi palabra nunca ha sido el más convincente de los argumentos. Y menos ahora.

—Me sentía… obligado a responder, sí, pero eso no quiere decir que debiera haber venido.

El ronin se había tirado años pensando que no buscaría la manera de volver. No es que pensara que no tenía sentido intentarlo porque no podía; por el contrario, pensaba que había una buena razón por la que no debería volver. Y, aun así, allí estaba. Y se lo habían permitido.

De una u otra manera, o la bruja o él morirían en cuestión de horas. De minutos. En cuanto aquellas puertas se abrieran. ¿Era de eso de lo que había estado huyendo todos aquellos años? Mientras estuvieran lejos el uno del otro, ambos podrían vivir.

Le viajere no miraba al ronin mientras hablaba, pero se puso de pie, con los brazos ocultos por delante de elle. El ronin pensó que era probable que se estuviera sujetando de nuevo la muñeca.

—Me da la sensación de que llevas mucho tiempo teniendo miedo de lo que hiciste mal… pero que no has pasado mucho tiempo pensando en lo que podrías hacer bien.

—Das por supuesto que sé distinguir el bien del mal.

—Lo que creo es que deberías escoger.

El ronin frunció el ceño y lo arrugó más si cabe cuando elle lo rodeó para mirarlo a los ojos. El ronin no quería mirarle, aunque eso significaba, muy probablemente, que debería hacerlo.

—Si eliges tan mal como he elegido yo, pierdes el derecho a seguir eligiendo.

—Aun así, aquí estás, persistiendo.

Le viajere tenía la boca seca y los ojos cansados, si bien su mirada era suave. Adelantó las manos para coger las del ronin y tiró de él para que se levantara. El anciano tenía dolores, algunos de los cuales se debían al abandono de su cuerpo. Sería mejor que se levantara, aunque solo fuera para estirarse.

—Mira, durante un tiempo pensé que valía con estar vive. Que era posible no deberle nada a nadie por respirar, solo a mí misme. Ahora, en cambio… —Le viajere miró las puertas del templo. Estaba preocupade—. Si queremos seguir con vida, yo diría que deberíamos hacer algo.

Desde luego, tenía lógica. Al mismo tiempo, al ronin no le gustaba aquel pensamiento. Y tampoco se imaginaba dejando que fuera verdad en su caso. Hacía tiempo que el ronin había dejado de pensar que podía hacer lo correcto, ni qué decir ya de hacer el bien. Había cometido demasiados errores y aún seguía cometiéndolos. Y, cuando uno ha perdido la esperanza en sí mismo, es muy fácil perderla en los demás. Y eso no lo podía soportar.

Iluminade por un sol a medio ponerse, le viajere adelantó las manos para tocarle la cara. Fue igual que cuando habían huido de los restos del *Reverente*, ahora suave, ahora callosa. Le permitió que le quitara la máscara y también el respirador. No era lo más inteligente, pero si era lo que elle quería, él también. Aunque pareciera que quedaba como un tonto. Aunque fuera egoísta.

Sin el respirador, al ronin le costaba respirar debido a la altura de la montaña y porque había tenido que esforzarse muchísimo para llegar allí; además de porque estaba cansado y porque hacía años que no estaba tan cerca de vivir un momento íntimo.

Qué extraño que, entonces, su pecho se relajara y sus respiraciones se alargaran cuando vio lo que le viajere tenía en la otra mano: la empuñadura de una espada láser que le resultaba familiar porque no era de elle, sino de él. No había visto ni sentido cómo Idzuna la cogía, pero, claro, es que tampoco había sabido que hacía trampas jugando al shogi hasta que las había hecho. En cualquier caso, le parecía mejor ver su espada en manos de elle que esa sensación de estar desguarnecido que había sentido al tenerle tan cerca de los labios.

El ronin era incapaz de desentrañar el sentimiento que Idzuna tenía en el rostro. La incertidumbre en su frente no encajaba con la confianza que mostraba al coger la espada. El ronin se había acostumbrado hasta tal punto a su presencia tanto en la corriente como en la llama que sintió los punzantes torbellinos de su desconcierto como si fueran suyos. Idzuna no se entendía bien a sí misme. Eso no quería decir que no fuera a actuar. O que no quisiera hacer lo que estaba a punto de hacer.

Aunque, teniéndolo todo en cuenta, parecía improbable que fuera a hacerlo.

—¿Esto? —La voz del ronin sonaba anémica por su herida—. ¿Esto es lo que tú piensas que está bien?

Durante un largo rato, el mundo no se movió y le viajere no habló. Tenía fija la mirada en la espada láser del ronin, que sujetaba en su mano. Abrió la boca de par en par y el ronin pensó que iba a darle una respuesta. Pero lo que Idzuna hizo fue activar la espada y el haz de esta fue alargándose hasta que quedó a escasos centímetros de la garganta del anciano.

CAPÍTULO CUARENTA

KOURU CAYÓ, CAYÓ Y CAYÓ. CAYÓ hasta que golpeó algo duro y plano y se hizo pedazos.

Estaba tan rota que le resultaba imposible saber qué la había roto. Solo tenía cuerpo, un revoltijo de dolor y otras frustraciones y no veía nada que tuviera sentido. Negro. Blanco. Una herida sangrante en otra. Uno convirtiéndose en el ser de otro al tiempo que seguía siendo él mismo, como si no hubiera habido división.

Nada tenía sentido.

Lo único que tenía claro: que aún tenía esperanza de que, la próxima vez que respirara, moriría, y que, después de eso, cuando volviera a respirar, estaría como nueva, entera y lista. Pero, lista, ¿para qué?

Por un breve instante había sentido que tenía un propósito brillante. Llevar los fantasmas que había en el kyber adonde pudieran reposar para siempre. Y hacerlo no porque ella quisiera, sino porque confiaban en ella. Porque la confianza es algo que proviene de fuera de ti, de lo que eres, y lo que eres es vulnerable a todo tipo de control, lo que hace que sea muchísimo mejor que tu propósito lo dirija aquello que no eres.

Kouru no podía confiar en ella misma. Su yo no le pertenecía. Sin embargo, a la confianza depositada en ella por otra persona se había aferrado con todas sus fuerzas.

Aunque, al final, tampoco le había hecho ningún bien. Incluso a pesar de esa atadura, había caído.

Aunque era mejor una atadura que no alcanzase a sujetarla que una cadena que le apretase el cuello hasta que se lo rompiera.

Kouru resopló y tosió y no se encontró bien. Echó la cabeza hacia atrás, contra aquella dureza brillante y oscura —tenía que ser piedra, ¿no?— y, por el rabillo del ojo, vio algo resplandeciente.

El aliento que le quedaba se le atragantó en la garganta. Había una esquirla de kyber, traslúcida y radiante… pero no la alcanzaba desde allí. Kouru tiró de su yo roto en dirección a ella. El cristal debía de haber caído junto con ella. Cuando consiguió cogerlo, se lo llevó al pecho y vio otra esquirla reluciente, y otra. Los fantasmas de Ekiya estaban diseminados por un paisaje negro, blanco, negro…

Kouru se negó a seguir pensando en el mundo. Le dolía hacerlo y tenía una obligación que cumplir. Su cuerpo no estaba preparado para ponerse de pie, pero se lo exigió, y sorprendida, Kouru se dio cuenta de que le obedecía. Trastabilló hacia delante, rescatando un cristal tras otro. Había fallado a Ekiya… a sí misma… Ahora bien, si conseguía recogerlos todos, quizá…

«Déjate llevar», le dijo una voz al oído.

Kouru le gruñó. Ya había oído demasiadas voces incorpóreas y no quería volver a oírlas. Apretó el kyber con fuerza, hasta que sus puntas se le clavaron en las palmas.

Al hacerlo, una de las esquirlas se le escapó por entre los dedos. Kouru intentó cogerla en el aire, pero cayó al suelo blanco y negro y allí la perdió de vista.

Kouru cayó de rodillas, con el resto de los tesoros apretados contra el pecho. Buscó el fantasma de cristal que había escapado, pero le resultaba imposible dar con él. Aun así, no dejó de buscar. Era fácil que una cosa tan pequeña y traslúcida pasara desapercibida en aquel paisaje de imposible colorido incoloro.

Aunque, hasta cierto punto, tenía miedo de estar equivocada. De que el cristal no se hubiera caído sin más. De que hubiera desaparecido.

Nada más pensar aquello, otro cristal se le escapó de la mano. Y otro a continuación. Y otro. Kouru intentaba, en vano, cogerlos.

«Déjate llevar», insistió la voz.

En esta ocasión, sin embargo, a la voz le acompañaba un cuerpo —o una especie de cuerpo, al menos—. Una mano salió del extraño suelo que había bajo las rodillas de Kouru y le cogió del brazo. La sujetó mientras las esquirla se le caían cada vez más rápido. Hasta que…

Esta vez vio qué sucedía con ellas. Caían como si fueran una lluvia reluciente y, allí donde caían, formaban ondas que daban pie a delicados círculos que se cortaban los unos a los otros. Daba igual si era la superficie blanca y negra la que se tragaba las esquirlas o si estas se disolvían en ella… la cuestión es que desaparecían.

Kouru se quedó quieta. La mano seguía cogiéndole el brazo, pero con menos fuerza. Ya no necesitaba mantenerla en un sitio en concreto, que empezara a comprender lo que estaba pasando era suficiente para que dejara de moverse.

A Kouru le habían dado el kyber, aquellos fantasmas, para que los llevara adonde tenían que ir. Hacía mucho tiempo que estaban fuera. Mientras sus cristales se desvanecían en la llama blanca y en la corriente negra —porque, cómo no, de eso era de lo que estaba hecho el mundo (los mundos), el color incoloro de la Fuerza—, se deshacían al tiempo que pasaban a ser ellos mismos más de lo que lo habían sido nunca.

Había tenido tanto tiempo los dedos apretados que no solo le dolió estirarlos, sino que le llevó un rato. Kouru abrió las palmas lo mejor que pudo y dejó que el resto del kyber cayera allí adonde pertenecía. Más ondas rodearon sus rodillas a medida que los fantasmas dejaban de ser lo que habían sido y pasaban a ser lo que tenían que ser.

Kouru deseó que con eso fuera suficiente. Que aquello no la dejara sintiéndose como la nada.

—Por eso te digo una y otra vez que te dejes llevar —dijo la voz.

De pronto, Kouru se dio cuenta de que jamás la había oído. No de aquella manera.

Siguió el brazo que la sujetaba hasta el sitio del suelo del que salía. Allí, reflejada junto a sus rodillas, como si se tratara de su propio reflejo mirándola, había una persona en cuclillas. Conocía a aquella mujer, pero poco. Había visto su cara en una ocasión, de lejos, y la había amado al instante y ferozmente. Aquellos rasgos angulosos, aquella boca preciosa.

La bruja la esperaba en el otro lado, sujetando su brazo con fuerza y con una cara que parecía que compartieran un secreto.

Kouru deseó esforzarse por soltarse del agarrón de la bruja. Pero no lo hizo. O no podía, porque no se lo habían permitido.

—¿¡Que me deje llevar!? —exclamó porque, al parecer, su voz seguía siendo suya—. ¿¡Y permitir que vuelvas a hacer de mí lo que quieras!? ¡Antes me como mis propios ojos!

—Estás empeñada en ponérmelo difícil. —La bruja ignoró la mirada furiosa de Kouru y la cogió por la muñeca de la otra mano—. Ni siquiera sabes a qué te estás agarrando.

Kouru cerró la mano.

—No voy a dejar que te me lleves. Otra vez no.

—Para empezar, yo nunca te he llevado a ninguna parte.

Aquello era mentira, pero no lo parecía. Kouru miró la impávida cara de la bruja en busca de algún gesto que demostrara que estaba intentando engañarla. A decir verdad, lo único que encontró fue irritación, lo que, a su vez, la irritó a ella.

—¿¡De qué estás hablando!?

—Tu atadura. Tu cadena.

Mientras la bruja pronunciaba aquellas palabras, su agarrón se hizo tan potente que Kouru sintió que la estaba cogiendo por los huesos… e incluso más adentro. Kouru luchaba contra ella, pero se daba cuenta de que no servía de nada. Sus pies habían empezado a hundirse en aquel suelo no sólido. Se hundían en el reino de la bruja.

Kouru se retorció y se retorció. El rescate llegó de súbito alrededor de su cintura, cuando algo tiró de ella en la otra dirección. Una cuerda. No, muchas cuerdas. Kouru se agarró a ellas. Subió por ellas, camino de la salvación.

Despatarrada sobre una superficie plana y respirando entre temblores, sus ojos se fijaron en las cuerdas que la habían llevado hasta allí. Se sintió como si se deshiciera.

Cada cuerda llevaba a un recuerdo, recuerdos que Kouru habitó del todo y de inmediato. Cada uno de ellos la dejaba más demacrada, sin respiración, hasta que se quedó resollando, de espaldas, reconcomida por su propio yo. El día que los Jedi se la llevaron —siendo una niña—, el día en que se quedaron con su mente, el día en que los Sith la liberaron, el día en que murieron, el día en que murió ella…

Una mano volvió a coger la suya. Los dedos de la bruja salieron por la superficie ondulante del mundo y sujetaron la palma fría y temblorosa de Kouru.

—Déjate llevar. —Apenas un murmullo que, no obstante, por fin sonó como una promesa—. Déjate llevar, como hice yo.

Igual que habían hecho los fantasmas. Igual que los cristales que los habían albergado durante tantísimos años se habían fundido con la nada de la Fuerza. Dejarse llevar. Ser libre.

Kouru no soportaba pensar aquello.

—No quiero desaparecer.

No le gustó lo terriblemente infantil que había sonado aquello.

—Pues no desaparezcas. Yo no he desaparecido.

Kouru entrelazó sus dedos con los de la bruja. Rodó concienzudamente sobre sus manos y rodillas para poder verla de nuevo. Esta vez, no se encontró con una cara, sino con una enormidad. Era Rei'izu, cuyo paisaje nevado se extendía en todas direcciones al otro lado del mundo.

—¿Qué eres? —le preguntó Kouru, más intrigada que presa del fuego.

—No soy más de lo que eres tú. De lo que podrías ser.

La mano que aún agarraba a Kouru tiró de ella hacia abajo con suavidad, hasta que su cara descansaba sobre la superficie que dividía el mundo en el que estaba del mundo de abajo y, a través de esa superficie vio…

Una mujer en su día. Una mujer a la que habían traicionado y que, después, había muerto para servir a este planeta helado. La bruja que, para proteger Rei'izu… se había convertido en Rei'izu.

«Como tú. Porque esto también podría ser tuyo, pero no en la forma que yo he elegido, sino en la que tú quisieras».

Kouru le creyó. Confiaba en las palabras de la bruja desde sus nervios a su alma, porque se encontraban en un sitio en el que la falsedad solo existía como una farsa y donde la verdad resonaba con claridad de un corazón a otro. Y ella podría tener esa misma magnitud solo con que lo deseara.

Aun así, dudaba.

—¿Por qué? —le preguntó Kouru—. ¿Por qué me cuentas esto?

En esa ocasión aparecieron dos manos y cogieron la cara de Kouru igual que una madre cogería la de su hijita.

—Quería mucho más para ti… para todos vosotros… los niños secuestrados. Pero ¿qué tipo de rescate fue el nuestro? Solo os ofrecimos más sangre. Más guerra. Os di tan poco antes del final… Ahora os daré todo lo que pueda. Tengo que hacerlo. Y…

La bruja tiró más de Kouru. Kouru no se resistió. Ya no quería hacerlo. Y mientras su cara atravesaba la superficie que había entre ambos mundos, vio lo que la bruja quería que viera de Rei'izu: la tierra que le pertenecía a la bruja… porque *era* la bruja.

Justo delante de las puertas que daban a la sala principal del templo de Shinsui, en la gran veranda, había dos figuras de pie. Una de ellas tenía una espada láser con el haz rojo. La otra no tenía nada de nada. De un momento a otro, una de las figuras iba a matar a la otra. Kouru conocía muy bien a ambas figuras, así que tenía claro cuál de las dos iba a salir victoriosa.

Idzuna era muy astute, pero muy compasive. El viejo prefería matar primero a arrepentirse después. Él no dudaría. Aunque puede que por Idzuna sí, y como lo hiciera… Se estaba muriendo. No tardaría mucho en hacerlo.

—Cualquiera de las dos muertes sería una pérdida —susurró la bruja—. Daría pie a un destino que no quiero. Haría pedazos el refugio en que he convertido este sitio. Este bastión de promesa. De paz.

—No lo comprendo. —Kouru cogió las manos que le cogían la cara—. Tú nos has traído aquí. Tú querías esto.

—Yo no —le prometió bruja—. De ninguna manera.

No tenía sentido, pero era verdad. Tenía que serlo… en un sitio como aquel.

Y eso significaba que aquello que había rescatado a Kouru de la sencilla muerte, que se había colado en su cerebro y la había arrastrado hasta allí, que quería seguir teniéndola atada… no había sido la bruja. No lo había sido en ningún momento. Otro ser tenía metidos los dedos entre los mundos, haciendo lo que quería con los muertos

y, quisiera lo que quisiera, no era lo mismo que quería la bruja. De hecho, esta temía que lo consiguiera… y rezaba para que Kouru también lo temiera.

Kouru temía muchísimas cosas. Sin duda, temía que no dejaran de invocarla durante toda la eternidad, una y otra vez, convertida para siempre en una marioneta, obligada a perseguir un fin que ni siquiera le habían explicado o pretendían que entendiera.

Sin embargo, la alternativa que le ofrecía la bruja que era un… un planeta. Kouru ni siquiera alcanzaba a concebirlo.

Paz y tranquilidad. Un sueño inconmensurable. Estaba muy lejos del mundo de las crueldades, insignificante y grandioso al mismo tiempo, un mundo que se pegaba a Kouru como si fuera su propia piel. Parte de ella lo anhelaba. Si pudiera creer que una existencia así era posible…

Conocía a alguien capaz de concebir ideas así, alguien capaz de albergar esperanza y en cuya fe había empezado a confiar recientemente. Una persona que sabía cómo pensar en mundos diferentes a ese en el que ella vivía y que perseguía esos mundos mejores, a pesar de que no fuera capaz de imaginarse viviendo en ellos. Cuando Kouru pensó en esto, se dio cuenta de que, de repente, le resultaba más sencillo hacer lo mismo que esa persona.

«Sí, sé cómo querer esto —pensó—. Puedo quererlo para ella. Para ella y para muchos otros. Y es que lo quiero».

Tuvo una revelación, tanto dentro como fuera de ella. Kouru disminuyó, se expandió y se aferró a las manos de la bruja.

—Si hago esto puedo detenerlos —aseguró, porque a preguntarlo no se atrevía, no fuera a recibir un «no» por respuesta.

—Por favor —le dijo la bruja—. Ven.

Kouru respiró hondo una última vez e inclinó la cabeza. Dejó que las manos de la bruja la guiaran hacia delante para sacarla de un mundo y meterla en otro.

Kouru se dejó llevar.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

EN LA VERANDA no se oía nada excepto la respiración cansada del ronin. Poco esfuerzo iba a costarle a le viajere matarlo. Bastaba con que avanzara un paso o con que extendiera el brazo y la espada láser que le había arrebatado cortaría su cuello desnudo. Él no se movió. Se preguntaba si es que no podría hacerlo.

El ronin no se podía creer que deseara morir. Aunque no allí y a manos de elle. Estaba seguro —pocas veces lo había estado tanto— de que elle tampoco quería matarlo. No obstante, si él se lo permitía, lo mataría. Por lo tanto, por el bien de elle, no debía permitírselo.

Aún no sabía cómo iba a hacerlo. Le daba miedo que fuera a tener que matarle él primero a elle. Pero tampoco quería hacer eso. Solo de pensarlo le temblaron los dedos. No podía dejar que eso lo detuviera.

Entonces, a le viajere se le cayó la espada de la mano. Miró adonde había caído, sobre aquel ancestral suelo de madera. La cara de Idzuna estaba a caballo entre la preocupación y el alivio. A continuación, elle también se cayó, hacia el ronin.

Él intentó cogerle y, durante un breve instante, su mano encontró la resistencia de la tela y la carne. Entonces, ese físico se disolvió como la niebla sobre el agua. Así es como se desenrolló su forma, su cara blanca, su mano y su túnica… todo ello desvaneciéndose bajo la luz hasta que de le viajere no quedó sino un dolor en la palma de la mano del ronin.

Cuando abrió la mano, encontró en ella una esquirla de kyber nubosa como el invierno. Amenazaba con meterse en su piel, como había hecho hacía veinte años, cuando había destrozado el espejo.

Era el único resto que las sombras de Rei'izu habían dejado y el ronin quería pensar que la habían dejado a propósito para él. Que era un regalo. Pero no iba a poder preguntárselo a nadie.

Ahora, lo único que había delante de él era la asesina de le viajere, que se encontraba justo detrás de donde había estado elle. La espada láser de haz blanquiazul con la que le había matado cantaba. Kouru estaba iluminada de una manera extraña, como si el sol no pudiera tocarla… pero ella brillara de todas maneras.

La respiración del ronin se volvió somera. En parte, por la ira que se apoderaba de él. También por alivio, aunque se sentía mal al admitirlo. Sabía que le había evitado tener que hacerlo él mismo, pero tampoco es que le gustara que le viajere hubiera muerto. En cualquier caso, miró a Kouru a los ojos. Ella lo miraba de una manera diferente; no como a una persona que odiara… ni a la que compadeciera, sino como a alguien de quien esperaba algo más. Una pequeña y siniestra parte de él se estremeció aterrada. No se permitió a sí mismo que eso se viera por fuera; su cuerpo estaba demasiado frágil, como vacilara, todo él se vendría abajo.

Kouru dejó de mirarlo y se arrodilló. Mientras lo hacía, el ronin tuvo la sensación de que allí había alguien más —al lado de ella o por detrás—, alguien que le resultaba tan familiar que, de pronto, empezó a dolerle el corazón. Sin embargo, cuando Kouru

volvió a levantarse, solo era ella. Ella… y mucho más. Llevaba a Kouru como un recuerdo. ¿También se estaría desvaneciendo ella? ¿O es que iba a iluminarse de un momento a otro de manera que sus ojos ya no fueran a ser capaces de captarla?

Kouru se levantó con el respirador y la máscara del ronin en una mano y con la empuñadura de su espada láser en la otra. El ronin escondió la esquirla de kyber. El resto lo cogió y se lo puso, respirador y máscara sobre la prótesis y la espada al cinto. Le temblaban las manos.

Kouru volvió la cabeza hacia las puertas. Se habían abierto mínimamente y ahora las separaba una austera y oscura línea negra.

—Te está esperando.

—Parece que tú estés mejor preparada para enfrentarte a ella.

—¿Vas a comportarte como un cobarde? ¿Ahora? —Lo miró con mala cara y frunció los labios mientras se daba la vuelta. Cuando volvió a hablar, se encontraba frente a la oscuridad que había detrás de las puertas—. Recuerda por qué viniste la primera vez. Lo que esperabas encontrar.

Una respuesta. Una razón para vivir. Algo que seguir después de cada muerte. El espejo le había ofrecido una visión y él había sido un mal guardián de aquella verdad. Había huido horrorizado de ella y se había convertido en un horror.

Ahora, la verdad a la que se enfrentaba estaba desbocada. Un mar de fantasmas, arrebatados y atrapados, convertidos en demonios, recuperando la vida una y otra vez hasta que les habían sacado todo su jugo. La muerte no era indulgente. Si alguna vez lo había sido, él debería considerarse una buena persona por haberle enviado a tantos, pero sabía que de buena persona no tenía nada.

—Entra —le dijo Kouru—. No los dejes así.

Era lo menos que podía hacer: liberar a aquellos a los que había condenado.

Así que entró, tal y como ella le había pedido. Cruzó las puertas para atender a la llamada y morir, si era necesario.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

LA SALA INTERIOR estaba tal y como el ronin la recordaba, una estancia enorme y muy artística. Imponente no por su tamaño, sino por las manos que le habían proporcionado aquella grandeza, que habían conseguido evocar y celebrar la enormidad de la galaxia. La iluminación era mínima, igual que la última vez que había estado allí. Las intricadas linternas de metal, que colgaban de largas cadenas, brillaban, pero poco, y las velas colocadas en lo alto de largas varas de metal florecían a medida que él las dejaba atrás.

A cada paso que daba, mejor recordaba el sitio. Olía a humo y a sangre. Volvió a ver lo uno y lo otro en las tablas. Oyó gritos a lo lejos y oraciones más lejos aún. Los gritos de las naves en el ozono. Una respiración entrecortada en el oído.

Bajó el ritmo, pero no se detuvo, y cerró los ojos apenas unos instantes. Cuando los abrió, no había ni humo ni sangre, no había gritos, no había llantos, no había respiración. Además, frente a él se encontraba el espejo.

Y estaba donde siempre había estado, sobre aquella tarima baja, redondo y vasto. Aunque su superficie estaba nublada por mil y una grietas, se podía ver claramente en él excepto por un punto en el centro, un hueco con forma de esquirla que recogía la luz de las velas.

Mientras se acercaba a las escaleras para llegar al espejo, cogió la esquirla de kyber que llevaba en la túnica. La pieza captó la luz de manera irregular cuando la puso en el lugar que le correspondía.

Nada más hacerlo, el espejo volvió a ser un espejo y le mostró su silueta; su reflejo, refractado de manera que parecía joven. En ese momento se dio cuenta de que, de hecho, la figura que estaba viendo no era él, sino que tenía los elementos del hombre que había sido a ojos de ella, el hombre que la hacía sonreír, igual que en su nariz y en su postura ella parecía la mujer de la que habían dicho que era su bruja.

El ronin intentó coger aire profundamente, pero el respirador no se lo permitió y, de hecho, hizo que le resultara más doloroso. El ronin sabía qué —a quién— estaba viendo sin que se lo tuvieran que decir porque, sí, había amado a la bruja, y ella lo había amado a él… antes de que él traicionara todo lo que habían hecho juntos. Todo lo que habían construido. Todo, como a la persona frente a la que estaba ahora, una joven vestida de negro, con una túnica y unos pantalones sencillos, y que se parecía mucho a su madre, solo que esta llevaba el pelo corto, a la altura de la barbilla.

La joven hizo un gesto y ambos se sentaron el uno frente al otro. El ronin sentía que no podía resistirse a sus peticiones. Entre ambos había una mesa baja, pero no se le ocurrió preguntarse cómo era posible que existiera, a un tiempo, a un lado y al otro del espejo, porque hacerse preguntas habría sido una tontería en presencia de un espejo divino. En la mesa había un tablero en el que había dibujadas casillas y en estas casillas había fichas de madera que le resultaban familiares, talladas como si fueran puntas de flecha y con caracteres pintados. Se parecía muchísimo al tablero en el que jugaba con su madre. Ella movió primero. Él siguió.

—¿No sientes curiosidad? —le preguntó ella—. ¿No quieres saber quién soy?

Cuando la joven habló, su voz le llegó como un acorde desafinado y se dio cuenta de que no era la primera vez que la oía. Ya habían conversado antes, muchas veces, más a menudo cuando no era sino un eco en sus oídos, un eco que intentaba llevarlo a la muerte a manos de otros Sith.

—No soy de los que les gusta suponer.

La sonrisa de la joven era agria como el vinagre y parecía que dijera «Mentiroso». Él también creía que lo era, porque estaba suponiendo. Y porque claro que quería preguntarlo, que quería saberlo…

* * *

… Que una vez fue una niña y estaba sola…

Lo entendió de pronto y fue tal la impresión que sintió un escalofrío. La mano le tembló al mover el caballero.

Frente a él, ella se encogió de hombros:

—No tengo nada que esconder. Ya no.

La debilidad del ronin implicaba que sucumbió a saberlo… porque aún quería saberlo… por mucho que no se lo mereciera.

Así que lo vio.

Una niña, sola. No al principio, porque durante un tiempo hay una madre, una calidez que le asegura el alimento y que la mantiene limpia y a salvo. Pero la madre ha prometido entregarse a Rei'izu para asegurarse de que el planeta es seguro tanto para su niña como para los demás —los Sith que están aún con ellas—. Así que, después de un tiempo, la madre ya no está, porque antes era persona y carne y se ha convertido en mundo y tiempo, y persiste, pero no de la manera que más necesita la niña.

Aunque la niña no está del todo sola, porque hay amigos y camaradas de la madre. Sus guerreros, sus sombras, sus Sith. Ellos también cuidan de la niña, como pueden, pero tampoco es que tarden en desaparecer. Poco a poco. Se desvanecen. Con el tiempo, ellos también son sombras y recuerdos. Dejan a la niña sin saber apenas nada de sí misma y con una parte ínfima de las enseñanzas que debería haber recibido.

Allí solo sigue el espejo, aunque está hecho añicos por el suelo del templo. Desde que aprende a gatear, se siente atraída por sus esquirlas. Las reúne y las junta antes incluso de aprender a hablar. Y este le enseña mucho más de lo que ella es capaz de entender, pero es que los niños entienden muy poco al principio… si bien ella no deja de absorber, de aprender y de crecer.

Un día, cuando ya está completamente sola excepto por la compañía del espejo, este le dice que alguien se acerca…

* * *

—Pensé que serías tú —le dijo su hija mientras movía un carro.

Era un dolor que no había tenido.

—¿Por qué lo pensaste?

La joven sonrió y el ronin pensó en la manera en la que sonreía le viajere pensase lo que pensase.

—Aún no sabía lo que eras.

La figura que llega es solitaria y le resulta increíblemente familiar, aunque es más joven que cuando el ronin se le encontró en el camino de Genbara. Lleva la cara descubierta y tiene el pelo blanco, y el ronin descubre que renunció a la ropa de los Jedi antes incluso de que renunciara a los clanes por completo, que los cambió por túnicas de mangas largas y borlas de colores.

El ronin entiende el momento tan repentinamente que es como si le raspasen el hueso. Elle, Idzuna, está en la boca de la sala principal del gran templo. Delante de elle está la hija del ronin, una niña que no le llega a la cintura y que le mira inquisitiva. La mano de elle descansa en su espada láser de heredere. Los ojos de la niña se deslizan de la cara de Idzuna a la empuñadura y entrecierra los ojos, fascinada, mientras admira su preciosa forma. Idzuna sujeta con más fuerza la espada láser, como si pretendiera escudarla de la vista de la niña.

Idzuna ha venido a Rei'izu porque su señor le ha enviado a matar a los Sith que quedasen merodeando por aquí. Pero, en el planeta, el único ser vivo que queda es ella, una niña abandonada. Idzuna deja caer las manos a los lados, como si renegara del arma. Se arrodilla y habla y le hace señales a la niña para que se acerque. Esta le coge la mano, que Idzuna le tiende con la palma hacia arriba.

Y así es como sucede todo durante largos años. Idzuna se toma como algo personal criarla, protegerla y educarla, porque le resulta imposible creer que pueda haber alguien capaz de pensar que esa niña merezca la muerte…

—Le daba pena —le explicó su hija. Estaba entretenida, pero también sentía amargura y compasión, una mezcla que hasta un monje envidiaría—. Pero elle también se daba pena y le horrorizaba nuestra prisión.

El ronin respiró despacio y le dolió el pecho.

—¿Qué sucedió?

—Ahora resulta muy fácil preguntarlo.

Él también le provocaba amargura, pero la joven no ocultaba la verdad.

Idzuna quiere ser une tutore de verdad, une maestre útil, como cuando los Jedi estaban en su época más noble. Le enseña como nunca le ha enseñado nadie, tanto historia como el lugar que ocupa en ella —único, tanto atada como libre—. Idzuna alimenta la relación de la niña con su espejo, la ayuda a elegir y a entender lo que ve en él.

A medida que la niña empieza a conocer el mundo, se da cuenta de que está persiguiendo los fantasmas de las sombras que la criaron al principio y el dolor que sintieron antes de la rebelión… y durante ella… y en el terrible momento en que todo acabó. Siempre hace hincapié en ese último momento, en el cambio… cuando él, el hombre que era su padre, eligió convertirse en el hombre que traicionó a su madre…

—Sí, bueno, quería saber —comentó la joven como si no fuera sino un interés pasajero, meramente académico—. Me daba miedo saber la verdad, pero necesitaba la respuesta.

—Y te decepcioné.

No le cabía duda.

La joven esbozó una sonriente expresión de compasión.

—¿Crees que me esperaba algo mejor?

Casi se ha convertido en quien es ahora: es alta y angulosa desde la cara a las extremidades, frunce el ceño y el sudor le perla la frente mientras está sentada en la tarima, frente a su grandioso y meticuloso proyecto: la resurrección del espejo. Levanta y orienta las esquirlas para ponerlas luego en su lugar con la corriente negra y la llama blanca, que la recorren en igual y equilibrada medida. Su maestre cada vez tiene menos capacidad para ordenarle que coma y duerma. Está tan cerca de la revelación… tan cerca de la satisfactoria verdad… Un milagro que inspirará su comprensión, que le dará un dulce significado a todo lo que ha sufrido y a todo el sufrimiento de los que estuvieron allí antes que ella.

Está aprendiendo a hablar mediante el kyber, a dar con su resonancia en los planetas que quedan más allá de Rei’izu… y, por fin, a dirigirla. Ve multitud de Jedi… lo poco que queda de los Sith… y busca… busca… hasta que da con él.

Es una maldición. Y es instantánea. La primera pincelada de su miserable ansia no consigue sino aumentar la necesidad y la cantidad de preguntas que le hace su corazón. Ve con todo lujo de detalles todo lo que él ha visto desde que se lanzó por primera contra el espejo —y le resulta cruel y vigorizante—.

El ciclo, interminable e implacable, y el horror que supone en realidad. La desolación y el arrepentimiento. Que no sirviera para nada. La angustia. Llega a sentirlo todo, la niña. Se hace pedazos.

—Todavía me atormenta —dijo con dulzura la joven. El ronin oía en ella tal compasión por quien se había visto obligado a ser… empujado tanto por el destino como por los Jedi, por los señores y por los Sith—. Pero ¿qué otra alternativa tenías sino rebelarte? Aunque, a decir verdad, ¿qué alternativa era esa?

—Una que no valía de nada.

El ronin solo pensaba en el dolor que había provocado.

—No te juzgo.

¿Qué quería decirle con eso? Ella era, al fin y al cabo, la que más derecho tenía a hacerlo… y debería hacerlo.

—Y, siendo así, ¿crees que estás tú en situación de decirme lo que tengo que hacer, padre?

Aquella última palabra no la encajó bien. Le provocó un hormigueo. Ella inclinó la cabeza al tiempo que esbozaba una media sonrisa irónica, como si quisiera sugerir que aquello era lo que se esperaba de él, que se sintiera incómodo. Pues si tenía que ser así, lo aceptaba. No se había ganado la paternidad y ella no se la daba como una recompensa, sino como un filo que corta una mano.

La joven cogió una ficha y la movió hacia delante para capturar una de las de su padre.

—Yo digo que no estabas equivocado. ¿Cómo ibas a estarlo? Los príncipes y los Jedi, que en tan alta estima se tienen, veneran el honor hasta tal punto que este acaba siendo más importante que la vida de quien lo persigue. Su senda es egoísta y cruel. Injusta. Creo que hiciste bien desafiándolos. Creo que es una pena que fracasaras.

La joven tenía una mano apoyada junto al tablero y desvió su atención al borde del espejo, a su lejanía y, cuando él siguió su mirada, en su interior empezó a hundirse una astilla.

—Y tampoco puedo juzgarte por tu fracaso. Es abrumador. Me refiero a mi espejo. Es el mundo… todos los mundos. ¡Pensar que todo está atrapado en un cuerpo tan pequeño y herido! Jamás me habría dado cuenta de no ser porque lo viví a través de ti.

* * *

Conoce el espejo mejor de lo que conoce cualquier parte de su cuerpo y, aun así, cuando descubre lo que él había aprendido de la manera en la que él lo había aprendido… a través de los recuerdos de su propia carne, una carne frágil…

Eso la destroza, destroza a la niña, tal y como ella predijo que haría. Se desploma y la encuentran, por lo que no se ve obligada a padecerlo sola… porque tiene une maestre y un mundo, y ambos la protegerán y la refugiarán de todo mal… ¡pero, ay, es una vil inmensidad la que hay que sufrir!, y tarda días en conciliar el sueño, y más aún en hablar. Y ya no hace mucho ni de lo uno ni de lo otro, capturada como está en el intenso dolor que le produce una revelación tan monstruosa.

Hasta el día en que despierta y se siente como nueva. Renovada. Abre los ojos presa de una revelación mental y con el corazón convencido.

—Voy a acabar con él —dice la joven, cubierta aún por el sudor provocado por la prueba de la que apenas se ha recuperado aún—. Acabaré con él por ti. Por ellos. Por todos.

El ronin, sin palabras, sin forma, siendo testigo de todo a través de los ojos de la joven, no alcanza a comprender del todo sus palabras. Y tampoco las entiende la persona a cuyo recuerdo le está hablando: su maestre, Idzuna, que guarda mucho parecido con cómo era en el momento en que él le conoció. Este sentimiento, no obstante, no lo ha tenido el ronin hasta hace poco: confusión, preocupación y una pizca de miedo.

—¡Príncipes Jedi! —escupe la joven—. Yo puedo destronarlos. Destruirlos.

Idzuna le habla con delicadeza, suave, aunque las palabras llegan embarradas a la cabeza de ella. Le pide que se siente, que descanse, para que puedan hablar más de lo que desea hacer, de lo que pueden hacer juntos…

La joven considera que Idzuna quiere tranquilizarla. Aliviarla. Pero eso no es posible. Ella oye: «Exageras», «Te excedes».

Pero no es así. No puede hacerlo. Muchas cosas ha visto en el espejo… esa sublime nave que encierra todos los mundos. ¿Acaso no le dice elle que ella es la única que ha tenido una intimidad así con él? Ella, hija del Señor Oscuro y de la bruja, ve lo que nadie es capaz de ver, y ella… solo ella en toda la historia de la existencia… está en una posición ideal para hacerse con la galaxia y romperla en pedazos… para rehacerla después.

La joven se lo dice a Idzuna, lo intenta, pero con palabras más correctas y apasionadas.

—No —dice Idzuna. La joven siente la negación como una bofetada—. No, tienes un poder, un don… ¡*tú* eres un don!, pero eres una niña. Nunca has matado.

—¿¡Que no he matado!? —gruñe ella, pues ella es el espejo y resulta cómico lo pequeñas que son las palabras de su maestre y lo equivocadas que están—. He matado. ¡Me han matado! He sentido ese dolor… esa agonía. Lo he vivido mil veces… incluso el tuyo. A ti también he llegado. Sé lo que has hecho. Lo he visto.

Idzuna se queda pálide, con el rostro vacío.

—Y, aunque no fuera así, ¿por qué iba a ser esa una razón para no hacerlo… para perdonar a mi pobre alma? He visto todo lo que tú has visto, he sido lo que tú has sido… ¡y más! —Le coge las manos. Quiere que elle la vea—. Entiendo por qué decidiste hacerlo. Por qué otros hicieron lo que hicieron. Mataste para proteger. Para salvar. Para quitar poder a quienes hacían mal uso de él. ¿¡Cómo no va a estar bien eso!?

Mientras la joven le suplica a su maestre, el ronin siente como un tirón en el corazón… una consciencia que no es la suya propia, que entiende este momento de forma diferente a cuando se ve con la distancia del tiempo.

Ahora, su hija sabe que su maestre quería protegerla. Entiende también que estaba demasiado cargade de antiguas penas como para aceptar que la niña le protegiera a elle.

Por eso se sueltan las manos. Por eso, justo en ese instante, Idzuna mueve la muñeca para invocar una ráfaga de corriente negra con la que romper el espejo.

La joven le ataca. ¿¡Cómo no iba a hacerlo!?

Idzuna sale volando hacia atrás con gran violencia, víctima de una ola provocada por la frustración y el miedo de la joven. Cuando toca el suelo, Idzuna no está bien. Cruje, sangra, muere.

—Es curioso lo poco que se necesita si un cuerpo no se lo espera —comentó como si nada, con las manos frente a ella, igual que el tablero y las fichas—. Resulta irónico, diría yo, lo bien que lo entendía elle.

El ronin quería hablar. Quería decirle que aquella no era una buena comparación. Que ella no había matado a Idzuna a propósito.

La sonrisa no acababa de aflorar en los labios de la joven.

—Tampoco pretendía traerle de vuelta.

* * *

En cierta manera, que el espejo y ella estén tan relacionados que ella pueda hacer lo que le plazca, por mucho que no resulte placentero, es una prueba de su argumentación. Cuando se arrepiente y quiere, su corazón responde con pleno conocimiento y es capaz de cambiar el mundo. Esta vez, son los conocimientos de su madre los que se filtran en los suyos.

La joven captura el fantasma de Idzuna y lo ata a un nuevo propósito, como si lo hubiera hecho miles de veces.

Elle es le primere de muchos. Todos los Jedi caídos desde entonces, todos los Sith muertos, toda alma muerta por las exigencias de otro a la que ella pudiera llegar con la llama y la corriente… y los ha mantenido cerca de su pecho y lo hará hasta que tenga tantos que su retorno suponga el fin de los Jedi, de los príncipes y del Emperador, de todo aquel que se haya atrevido a ponerse frente a un planeta y determinar que sabía qué hacer con él. Y cuando el veneno los haya consumido a todos, por fin la galaxia podrá descansar y curarse, y dar frutos más dulces para bocas más justas.

El ronin se sintió insignificante. Él no era sino un pobre fantasma frente al brillo de la joven. Empezó a llorar. Preguntó, aunque no sabía si merecía una respuesta:

—¿Por qué?

Se refería a por qué estaba allí. A por qué le había enviado a buscarlo. ¿Acaso no quería matarlo también a él?

Ella lo miró a los ojos desde el otro lado de la mesa. Los de ella eran todo necesidad. La joven hizo una reverencia, suplicante.

—No, padre, no quería matarte. Lo que quería era que fueras más fuerte. Mejor. Más parecido al hombre que fuiste… Todo lo posible. Mejorado por la batalla, la supervivencia y las decisiones. Y, después… haría mía tu fuerza.

Y sería suyo como Caballero, como guerrero, como señor de los demonios. Le enseñó a qué se refería… cómo serían juntos. Un torrente embravecido… una llama rugiente… que por fin ajusticiaría al Imperio hasta que este no fuera sino cenizas en un campo ennegrecido.

—Hazlo por mí —le dijo su hija—. Permíteme que sea tu final.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

ES COMO SI ESTUVIERA SOÑANDO, o rezando.

Sufre una dilatación indeterminada del tiempo y se le pasa por la cabeza preguntar: «¿Está bien?». Aunque creía que no lo estaba, ¿tenía derecho a preguntarlo? Él había tenido su oportunidad y la había echado a perder. ¿Cómo iba a ponerle trabas a la suya?

Una risa burlona y familiar al oído:

—No se equivoca. Puede que yo hiciera lo mismo si tuviera ese poder.

Kouru está a su derecha, con los brazos cruzados, frunciendo el ceño ante el altísimo pozo negro, blanco y de color.

—Oh… en ese caso, ¿por qué dudas?

La joven lo mira con desdén, como si le molestase haberse dado cuenta de que estaba dispuesta a responder. Pero él nota necesidad en su voz… la necesidad de que la escuche.

—Lo único que he querido siempre ha sido ser libre, no pertenecerle a nadie. Ella no es libre. Le pertenece a esto… A ti… A la postre, es tan esclava como yo. Quizá no pueda ser libre hasta que no haga que todo arda.

En ese caso, todo debería arder, ¿no? Por ella. Y por todos aquellos para los que vivir no es sino un grillete.

A su izquierda, el ronin oye un tarareo como distraído. Un hombre al que ha conocido brevemente espera una oportunidad para hablar, como si no fuera un señor. Hanrai mira al ronin con la cabeza ladeada, con aire divertido.

—Se podría decir que también es cosa mía. Nunca se le ha dado la oportunidad de conocer ninguna otra situación.

—¿Acaso no es mejor así? —le pregunta el ronin.

—Yo diría que a ti no te fue mejor con la alternativa. —Hanrai frunce el ceño y cuando eleva la mirada para observar el pozo devorador del espejo, su perfil se endurece—. No puedo dejar de preguntarme a cuántos más como tú creará antes de que haya acabado. Los perdidos… los ansiosos… ¿Cómo sabrá cuándo dejar de quemar? ¿Dejará de quemar? ¿Podrá hacerlo? ¿Cuántos morirán hasta que esté satisfecha?

«Tantos como haga falta», piensa el ronin… pero enseguida se aparta de ese pensamiento, avergonzado. Eso es lo que diría la persona que era… esa persona de la que lleva veinte años huyendo.

Pero, claro, el pecado del que él huye no es el pecado del que ella lo cree culpable. Él consideraba que había quemado demasiado. Ella, en cambio… considera que no quemó lo suficiente.

—En menudo lío te he metido, ¿eh? —le suelta le viajere a su espalda. Está sentade, como ni hace una hora, con su espalda cálida contra la suya—. ¿Otra vez el castigo del silencio? Lo siento, ¿vale?

—No tienes por qué disculparte —le dice él en voz baja. El ronin acaba de ver cómo moría y, luego, le ha visto morir de nuevo.

—Pues alguien debería… y la verdad es que te he hecho tantas trampas que creo que me corresponde a mí.

El ronin resopla y esboza una sonrisa de medio lado. Elle se pone recte. Quería oírlo cerca de sentirse satisfecho y que el conocimiento se enroscara alrededor de su corazón.

—¿No se supone que estás aquí para aconsejarme? —le pregunta él.

—Yo diría que he demostrado que no se me da muy bien.

El ronin a punto está de protestar, pero es absurdo pensar que busque reconocimiento. Elle no es así. Y él lo sabe. Elle le entregó muchos años a ella, a su hija, a su heredera, le aconsejó, le hizo compañía y cuidó de ella; durante un tiempo, ambas le dieron lo mismo. Si Idzuna tiene palabras, él quiere oírlas. Le hace esperar tanto rato que, de no ser porque sigue sintiendo su calidez en la espalda, el ronin bien podría pensar que se ha marchado.

Por fin, dice:

—No quiero parecer fatalista, pero dudo que yo siga importando mucho más en esto, más allá de la importancia que tú quieras darle a todo. La quiero… con vida. Atendiendo a sus condiciones. Lo único que me da pena es no haber podido ayudarla más. —Acaricia ligeramente los nudillos del ronin—. Y no me importaría que tú también salieras de esta. Ahora bien, eso depende de ti.

Idzuna se desvanece. Los tres se desvanecen. A la partida que más atención le presta es a la de le viajere… porque tiene la sensación de que esto va a ser lo último que sepa de elle. Las trazas de cada fantasma se van volviendo cada vez más difíciles de seguir porque las va reemplazando una intensidad que le resulta imposible no percibir por completo, con todo detalle.

Es sublime, su bruja.

—Y, tú, ¿qué? —le pregunta—. No quisiste que la viera… que la conociera. La protegiste de mí. ¿Me has dejado venir porque ella te lo ha pedido?

«Ya te dije cuáles eran las condiciones».

El ronin inhala el recuerdo, afilado como un cuchillo contra su paladar.

«Si tienes que volver, lo harás en mi nombre. Honra mi nombre, ya que el tuyo jamás lo has honrado».

Honrar quien es ella y aquello por lo que luchó… y lucha todavía. Bruja, madre y planeta.

Él le falló terriblemente y ¿en qué los convirtió eso? En una mujer muerta y en un muerto que caminaba. No puede seguir así. Tiene que honrarla. Lo que es ahora, lo que hicieron y lo que aún podrían ser…

El ronin se puso de pie y adelantó la mano hacia su hija. En ella tenía su espada láser, esa a la que había dado forma pensando en que representara la sangre y el clan, en que

fuera la suya, sí… pero también la de ella… que perteneciera a todos los que hubieran decidido ser dueños de su alma. Un legado reforjado.

La joven aceptó el arma con la cabeza aún inclinada, pero cuando la levantó, sus ojos los iluminaba la gratitud. A continuación, activó la espada y el ronin extendió los brazos a los lados. Cuando lo atacó, lo atacó con ganas, clavándole el haz caliente y frío en las tripas. Él la cogió por los hombros para atraerla hacia sí y fundirse en un profundo abrazo con ella. Su hija le hundió la nariz en el hombro… y contuvo el aliento, sorprendida, cuando él se lanzó hacia atrás y se la llevó con él.

Así fue como salieron del espejo, juntos, y entraron en el mundo. Y, mientras lo hacían, el gran espejo, recientemente curado, se rompió en mil esquirlas relucientes que les llovieron encima. Y luego desapareció, roto, y ellos se quedaron solos en un planeta que aún no había ardido.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

LA CASA DE TÉ ESTABA en una colina de inclinación suave al sureste del Distrito de los Peregrinos, por lo que tenía una vista decente del barrio en cuestión, si bien era complicado ver los paisajes más envidiables de Yojou. Por esta razón, siempre se había acercado hasta allí más la gente de la zona que los peregrinos o los turistas, y, ahora, los tres ancianos que había en ella estaban cada uno a sus cosas.

Uno, el dueño de la tetería, estaba repasando su inventario en la veranda. El caprichoso paso del tiempo había dejado algunos de sus tés en buen estado y algunos incluso tenían un sabor agradable. Su amigo estaba cuidando de sus huesos cansados después de haber pasado el día ayudando a un vecino a limpiar su restaurante, al que no le había ido muy bien. Los hombres estaban hablando de lo que les había pasado a lo largo de la jornada y poniéndose al día, aunque, por lo que recordaban realmente, solo había pasado cosa de una semana desde que se habían visto por última vez… en vez de una semana ¡y veinte años!

Era inevitable que hablaran de esas décadas perdidas. Qué raro era que hubieran pasado sin que nadie en Rei'izu se hubiera dado cuenta. Y más extraño era, si cabe, que los Sith hubieran aparecido dejando un rastro de sangre tras de sí y, de pronto, hubieran desaparecido todos, como los fantasmas a la luz del sol.

—Supongo que los Jedi de hoy en día son mejores que los que teníamos —comentó el dueño de la casa de té.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el tercer anciano.

Ninguno de los otros dos lo conocía. No debía de haberle ido bien durante la invasión de los Sith, porque sus heridas eran recientes y estaba claro que necesitaba recuperarse. A pesar de eso, era tan imponente que bien podría haberse tratado de un Jedi, de no ser porque estaba cubierto de harapos y porque se había presentado preguntando si tenían algún droide que necesitara reparaciones.

En aquel momento estaba sentado dentro, frente al droide de energía de la casa. Apenas había contribuido a la conversación desde su llegada, puede que debido a las heridas, que hacían que tuviera que llevar aquella prótesis y un respirador. En cualquier caso, tenía manos hábiles y el droide de energía había cobrado vida a los pocos minutos de que empezara a trabajar en él. Así, el dueño de la tetería se sentía inclinado a que aquel hombre le gustara y le había suministrado todo el té que le había pedido desde su llegada.

—Bueno, no sé si lo recuerdas, pero cuando los Sith llegaron… —Aquello empezaba a convertirse en el pie de un chiste. Como si alguien pudiera olvidar aquello que, a su entender, había pasado apenas hacía una semana—. Mataron a todos los Jedi de Rei'izu y, ahora, ¿¡un grupito de aprendices consigue romper una maldición Sith que ha durado décadas!?

El tercer anciano, pensativo, le dio un sorbo al té.

—Puede que les diera menos miedo intentarlo.

—Supongo que, de una u otra manera, se lo agradezco. ¡Oh, ¿ya has acabado?! ¡Tienes un don, señor!

—Esto es lo que mejor se me da.

Su propio droide, un excéntrico astromecánico con un sombrero, le parpadeó desde la veranda. Una anciana flaca había venido a buscar al mecánico. La anciana llevaba un brazo en cabestrillo y caminaba con un bastón. El mecánico suspiró por lo bajo y fue a unirse a ella. El dueño de la casa de té y su amigo se despidieron de él y el primero le pidió que no tardara en volver para disfrutar de una taza de té sin necesidad de que tuviera que trabajar para ganársela, como aquella primera vez.

El ronin pensó que quizá lo hiciera, aunque la expresión tensa de Chie sugería que no iba a poder permitirse ese lujo.

—Pensaba que habrías huido —le dijo la anciana.

B5-56 trinó una confirmación. El droide habría preferido que el ronin siguiera en la cama, dado que había rechazado todo el bacta que no fuera necesario para asegurarse de que no moría. Al fin y al cabo, Rei'izu necesitaba todos los recursos posibles, teniendo en cuenta cuantísimos habían destruido los Sith y todos los que había estropeado el paso del tiempo. Chie también había rechazado la ayuda, de ahí que siguiera cojeando.

—La cuestión es que no corre mucho, ¿eh? —le dijo la anciana a B5.

—Si me quieres mermado, basta con que lo digas.

Chie levantó una ceja. Su relación se había mantenido con pinzas durante la semana pasada. De hecho, al ronin le sorprendía que estuvieran charlando. En cualquier caso, a medida que bajaban por la colina, camino de una intersección con una calle llena de gente que volvía de hacer esto o aquello para arreglar lo que fuera que estuviera mal en su casa, el ronin no podía evitar mostrarse cauto.

—A los niños no les importaría verte cubierto de cadenas. Piensan que eres débil, Frunces.

Dado que se habían quedado atrás como reclamo, eran los aprendices los que se habían llevado el reconocimiento por haber salvado Rei'izu y, ahora, estaban tan ocupados recibiendo elogios que, si de verdad Chie hubiera encadenado al ronin y lo hubiera metido en un almacén de la montaña —o, más probablemente, lo hubiera tirado a un río—, no se habrían enterado hasta que fuera demasiado tarde. Pero no, la tregua con Chie era real, como dejaron claras sus siguientes palabras.

—Traigo noticias emocionantes. Dentro de una hora o así llegará una nave imperial. No está claro quién viene a visitar el viejo planeta natal, pero si se han tomado la molestia de anunciar que se trata de alguien…

No había duda de que debía tratarse de alguien importante, muy posiblemente, alguien capaz de identificar al reparador de droides magullado que recorría el Distrito de los Peregrinos junto a Chie. Que la anciana le estuviera advirtiendo quería decir que no iba a entregarlo. Probablemente.

—Que sigas pensando tan mal de mí —dijo ella al ver que él fruncía el ceño.

—Yo diría que te equivocas de cabo a rabo.

No había muchos que pudieran enfrentarse a un Sith y mucho menos caminar a su lado, aparentemente, sin preocuparse. Chie se limitó a sonreír.

Se toparon con una calle cortada. Una pequeña manada de ciervos de las nubes estaba haciendo lo imposible por entrar en una tienda de comestibles y un grupo de ciudadanos hacía lo imposible por alejarlos. El ronin y Chie se sintieron inclinados a ofrecer su ayuda, aunque B5 suspiró una queja y les pidió que siguieran adelante.

Por suerte para B5, llegó ayuda.

Oyeron una voz que los llamaba desde una calle que daba a una avenida paralela. Se trataba de Ekiya, que conducía el deslizador que había arreglado en la pista de aterrizaje cuando habían llegado. La prohibición de utilizar tecnología avanzada en el Distrito de los Peregrinos se había levantado temporalmente a la vista de… bueno, a la vista de todo.

—No puedo creer que… ¿¡De verdad ibais a hacer todo el camino andando!? —los regañó después de que subieran al deslizador—. Para empezar, sois los dos muy mayores y, además, ¡os estáis muriendo! No, tú no, B5, tú estás bien. Y, por si fuera poco, ¡tenemos prisa!

—¿Dónde están los niños? —le preguntó Chie.

—No soy su niñera.

Aun así, Ekiya le fue diciendo dónde estaba cada uno de ellos. Yuehiro, en concreto, se había interesado por que al ronin no «le limpiaran el forro». Palabras de Ekiya.

—Le dije que ya te había ido a visitar bastantes veces al hospital y que lo último que necesitábamos eran rumores de que los salvadores de Rei'izu se ven con un viejo raro.

De hecho, el ronin había oído a gente hablar de que había un Caballero Jedi por el Distrito de los Peregrinos. También había oído que muchos se reían al oír aquello y que acompañaban sus risas con frases como «¡Sí, claro, como si los Jedi se escondieran!».

Oyó un murmullo suave cerca de la oreja, pero era la risa de un transeúnte.

Ekiya estaba hablando de una lista de suministros. No quería llevarse gran cosa de Rei'izu —debido a lo mal que estaban de género sus tiendas y almacenes— y consideraba que sería mejor parar en un sistema cercano para buscar lo demás. Lo dijo de tal manera que el ronin arrugó el ceño.

—¿Te vas?

—¿Cómo vas a marcharte de aquí, volando por tus propios medios?

—Podría.

—¿Con esa herida en las tripas? Permíteme que lo dude.

El ronin frunció aún más el ceño. Ekiya acababa de volver a su casa. Lo suyo era que se quedara. La mujer puso los ojos en blanco como si considerara que Frunces no era especialmente listo.

—Digamos que te enteras de que Rei'izu vuelve a estar en el mapa, ¿de verdad te lo vas a creer sin más? ¿¡Ahora!? Van a decir que es propaganda, ¡y propaganda de la buena! —Ekiya sujetó los controles con fuerza—. Mucha gente va a tener que oírlo primero antes de querer verlo con sus propios ojos. Y yo se lo voy a contar. ¡Los voy a traer, si es necesario! Empezando por todos aquellos cuyos fantasmas llegaron a casa primero.

El ronin sintió una curiosa presión en el corazón al oír aquello. Era una sensación rara, como si proviniera de fuera de él. Como si sintiera los sentimientos de otra persona.

—Los trajo de vuelta —comentó—, tal y como le pediste.

—Cómo no —soltó Ekiya—, ¡con lo cabezona que es!

Cuando se separó de la piloto y de la anciana, la primera camino del *Cuervo Humilde* para preparar la salida y la segunda en el deslizador —se despidió de él con una sencilla inclinación de cabeza—, el ronin echó un último vistazo al Distrito de los Peregrinos y al templo de Shinsui, que estaba a lo lejos. Desde allí solo se veían sus tejados, sin nieve ahora, reflejando la luz de la última hora de la tarde mientras el sol empezaba a desaparecer.

—Podrías hablar tú con ella, ¿sabes? —dijo él.

—No seas condescendiente conmigo —le respondió Kouru.

No era para nada como hablar con la voz… con su hija. Por lo menos, Kouru se hacía visible, aunque no tenía el aspecto que tenía cuando estaba viva, o cuando había sido un fantasma encadenado. Bajo la luz que proyectaba la pasarela del *Cuervo*, parecía que refractase y concentrase la luz. Si el ronin había estado interesado en echar un último vistazo a Rei'izu, la mirada de la joven estaba dirigida hacia la rampa, al interior del *Cuervo*. Prioridades.

—No creo que puedas disfrutar estando confinada a mi compañía —le dijo el ronin mientras subía por la rampa, con B5 siguiéndolo de cerca.

—No estoy confinada —musitó Kouru—. Yo voy adonde quiero.

—Ya sabes lo que le gusta quejarse —comentó le viajere.

Elle ya estaba en el *Cuervo*, acuclillade en el suelo, al final de la rampa, con el tooka a sus pies, tumbado panza arriba para recibir atención. Le viajere le pasaba los dedos por el pelo y el tooka ronroneaba. Igual que el efecto que la bruja había tenido en Rei'izu, las interacciones de Idzuna con el mundo eran impredeciblemente condicionales y seguían una lógica que el ronin no había conseguido entender aún —y que creía que nunca entendería—.

El ronin tenía la extraña sensación de que, si se lo pedía, podrían jugar alguna partida de shogi. Aún no se lo había pedido.

—Tienes una cara… —le dijo le viajere—. Tiene una cara —le dijo a Kouru.

Esta esbozó una mueca:

—A mí no me metáis.

—Entonces, ¿vienes? —le preguntó el ronin.

Ambas fruncieron el ceño como sorprendidas. El gesto de Kouru era genuino, el de le viajere, afectado.

Como la joven era honesta, hizo un verdadero esfuerzo para responder y, aunque la sinceridad le sentaba como cuando un zapato te queda pequeño, habló con confianza:

—Lo dices como si pareciera que voy a algún sitio en particular contigo.

—Yo, desde luego, ronin, sí que voy porque tú vas —apuntó le viajere.

Su forma tenía la misma cualidad refractante de Kouru y, en ese momento, pareció que se intensificara, como si canturreara con la corriente y con la llama, como la bruja cuando era el planeta. Idzuna había sido une fantasma. Ahora…

El ronin tenía delante dos seres, los dos únicos muertos que quedaban. Al principio consideraba que podría haber sido un castigo, dado que los demás estaban libres, pero ahora tenía la sensación de que ni Kouru ni Idzuna se arrepentían de su destino.

—Tú, Kouru, eres la única que puede explicar realmente lo que sea que te pasó —siguió diciendo le viajere—, pero tengo la sensación de que no vas a descansar hasta que en la galaxia no se deje de hacerles a los niños lo que te hicieron a ti.

Kouru cerró la mano despacio mientras se la miraba. Mirarla fue, por un instante, como mirar a un sol que encerrara miles de futuros —la promesa de un Imperio en llamas, o roto en pedazos, o rehecho por completo— reunidos en una única necesidad muy personal. Kouru resopló.

—Supongo que me gustaría conseguir que los Jedi dejaran de conformarse con ser decepcionantes.

—En cuanto a mí… pues… —Le viajere se detuvo en la entrada de la cocina—. Puede que encuentre la paz cuando ambos hayáis tenido una muerte más natural.

En la puerta de la cocina, el ronin se dio cuenta de que su hija ya estaba en el *Cuervo*. Había esperado que así fuera, pero le sorprendió verla sentada a la mesa baja, vestida con la mundanidad de la carne y la vida.

Se llamaba Mirahi. No se lo había dicho —como si no hubiera caído antes— hasta el día después de que despertara de la herida que le había hecho al clavarle la espada láser.

El ronin descubrió, de repente, que no se podía mover. Y tampoco podía hablar. Le dio la sensación de que Mirahi se había dado cuenta porque, por mucho que no hubiera apartado la mirada del libro que tenía en las manos —robado, muy probablemente, del templo—, sus dedos se crisparon un poco.

El ronin tenía la mano levantada. Le viajere se la había cogido.

—Míralo de esta forma —le dijo con suavidad Idzuna—, ya has hecho lo valiente. Elegiste no morir. Pues, adelante, vive.

—Lo dices como si fuera fácil —musitó él.

—No, claro que no lo es. Y puede que no lo sea nunca. —Le dio la vuelta a la palma del ronin y se la llevó a los labios—. Menos mal que no tienes por qué vivir solo.

El ronin le acarició la mejilla. Respirar le resultaba mucho más sencillo que hacía un instante. Idzuna le hizo un gesto con la cabeza para que entrase en la cocina.

Mirahi levantó la cabeza del libro. Asintió mirando fríamente a su maestre y con Kouru intercambió una mirada aún más fría, cauta. La mirada más fría, no obstante, fue para su padre, que, mientras se sentaba frente a ella, pensó que todas tenían que estar oyendo los chasquidos de sus articulaciones.

Para cuando el ronin se sentó, ya solo estaban ellos, junto con B5. El droide silbó inocentemente camino de la cabina, donde pretendía ayudar a Ekiya con los preparativos.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su hija mientras dejaba el libro.

—¿No lo sabes?

—Rompiste mi espejo, padre.

El ronin asintió, sin intentar negarlo, aunque le preocupó que aún lo considerase suyo. Mientras abandonaban el templo no había sido tan consciente de la situación, pero sabía que habría muerto si Mirahi hubiera decidido matarlo. Sin embargo, el espejo se rompió y Rei'izu volvió a la vida de súbito. Mirahi cooperó con Chie, con Ekiya y con los muchachos para que todos estuvieran lejos del templo antes de que nadie pudiera hacer preguntas incómodas acerca del anciano moribundo y esa espada láser de color sospechoso que tenía.

Era difícil entender su motivo. Aún no había intentado acabar lo que había empezado y rebanarle el pescuezo mientras dormía; aunque tampoco había hecho mucho más que estar en las tripas del *Cuervo*, retraída, leyendo.

—Si me llevó a mí más de una década reconstruirlo, dudo mucho que ellos vayan a acabar antes —comentó ella. Luego, exhaló como si la hubiera pillado y sacó de entre los pliegues de la túnica una esquirla de cristal, nublada en el centro y clara por los bordes—. Parece… que me he quedado un pedazo.

—Qué atrevida.

—Es mío. Aunque no es que una esquirla sola haga gran cosa. —Mirahi observaba el fragmento. Dudaba—. Daría para una buena espada láser, si la construyera un experto.

El ronin se dio cuenta de que le estaba pidiendo que le enseñara a construir una espada. Aquello tampoco era fácil entenderlo. Había llegado en las circunstancias más complicadas posibles. Apenas sabía cómo hablarle como una persona de carne y hueso, como para saber cómo hacerlo como… como padre.

—¿Crees que vas a necesitar una espada?

—No me voy a quedar sentada mirando cómo los Jedi siguen haciendo de las suyas. ¿Acaso tú sí?

El ronin permaneció en silencio, pero no porque no le interesase la conversación.

Mirahi cogió la esquirla de kyber y la examinó como distraída.

—Eres tú el que me ha traído de vuelta al mundo… y no creas que me hace mucha gracia, en especial, porque todavía no he logrado comprender cómo lo hiciste.

El ronin no habría podido explicárselo ni aunque quisiera. Si Kouru o le viajere sabían algo, aún no les había parecido adecuado compartirlo con él. Lo único que él tenía claro es que el espejo no había considerado necesario protegerse; y creía que podría haberlo hecho de haber querido.

—Después de todo, eres tú el que ha provocado que esta situación sea más complicada si cabe. En cualquier caso, el Imperio, los Jedi y todos esos chanchullos que se traen… No podemos permitir que sigan así. Y tú me debes una, tenlo en cuenta.

En cierto modo, le estaba pidiendo lo mismo que le había pedido cuando se habían sentado el uno frente al otro a los pies del enorme espejo. La gran diferencia era que ya no le estaba pidiendo que muriera, sino que viviera.

Y estaba con ella. Aunque ya no podía justificar al hombre que había sido delante de ella, igual que no podía justificar al hombre que había sido antes, o antes, incluso.

Oyó un susurro breve en el oído. Carecía de la elegancia de las palabras, dado que aquella de quien provenía estaba perdiendo la capacidad para expresarse en el lenguaje de los vivos. Ahora, su bruja le hablaba a través de los recuerdos y del deseo: «Honra mi nombre, ya que el tuyo jamás lo has honrado».

Tenía que honrar la vida que había en la hija de ambos y aquello que llegara a hacer. Tenía que honrar el mundo tal y como podría y debería ser, y la vida de todo niño, fantasma y dios que quisiera ayudarlos. Y lo honraría con su presencia. Con su vida. Entrando en el mundo y recorriéndolo con un propósito.

El ronin dejó su deteriorada espada láser en la mesa.

—Te ofrezco lo que tengo —le dijo antes de empezar a desmontar la empuñadura pieza por pieza mientras ella lo observaba.

AGRADECIMIENTOS

Tal y como le ha pasado a mucha gente, mi primer contacto con *Star Wars* me cambió. Cautivó mi atención de niña de siete años y la ha mantenido desde entonces, tiempo en que he perseguido sus maravillas con pasión. Mi relación con mi herencia japonesa es algo más tensa. Tuve la suerte de crecer en Hawái, donde la cultura japonesa está por todos lados, pero el trauma de la guerra y de la reclusión ensombrecieron las generaciones anteriores a la mía. No aprendí a hablar japonés en casa, sino en el colegio, y la historia de mi familia está plagada de recuerdos de los que no se habla.

Así, consideré un regalo que me ofrecieran la oportunidad de escribir esta novela. No paro de pensar en lo bello que resulta que una japonesa-americana de cuarta generación como yo haya tenido la oportunidad de poner su granito de arena en una saga estadounidense al tiempo que me basaba en las narraciones japonesas.

A Tom Hoeler, a Gabriella Muñoz, al equipo editorial de Del Rey y a la buena gente de Lucasfilm: jamás habría podido soñar siquiera esta historia de no haber sido por la ayuda que me proporcionasteis. No parecía posible hasta que vosotros me dijisteis que lo era. Gracias por abrir las puertas y por animarme con las florituras.

A Caitlin McDonald, mi agente y amiga: tu buen ojo me ha ayudado a mejorar mi prosa a lo largo de estos años. Gracias a tu fe y a tus ánimos he conseguido medrar en esta profesión. No sería tan humana sin ellos y sin ti.

A Suzanne, mi compañera de responsabilidades y mi Jedi en la vida real, que me inspira constantemente y con quien me esfuerzo por no quedarme atrás. Tú me ayudas a llegar a todas las líneas de meta, y en este caso me has ayudado más de lo habitual. No veo el momento de animarte en tu próxima aventura.

A todos los escritores que he conocido en los bares y en las casas de los árboles, o con quienes he aullado de emoción mientras pilotábamos a la desesperada el *mecha* en que se había convertido nuestra historia. Vuestra amistad, vuestra camaradería y vuestras palabras son mi esperanza y mi indulgencia. Por favor, seguid alimentándome. Tengo taaanta hambre.

A mi familia: este libro os lo debo. Vuestro apoyo ha servido para que siga aquí, por mucho que mi cuerpo se haya rebelado contra ello. Estoy viva gracias a vosotros. Espero poder estar viva para vosotros.

Y a mi esposa, con quien corté durante nueve horas en la universidad hasta que remediamos la ausencia de la trilogía original en su vida. Has dado siempre tanto de ti para ayudarme, ya sea proporcionándole descanso y calma a mi desordenado cuerpo o insistiéndome en que honre mi derecho a ser feliz, escuchándome con toda tu atención o guardándome mi secreto de *Star Wars*, dejando que sea una loca de *Star Wars* contigo o acompañándome a todas las películas de *Star Wars*, ya sea en el estreno o lo antes posible. Si escribo, es por ti.

(Y yo no he puesto ningún cristal de dilitio en *Star Wars*, ¡pedazo de trol!).

LA AUTORA



Emma Mieko Candon es una escritora LGTBIQ+ que dejó la universidad atraída por los relatos de fantasmas devoradores, lenguas malditas y robots mediocres. Entre sus obras se cuentan *Star Wars: Ronin*, una adaptación a la japonesa de los mitos de *Star Wars*, y *The Archive Undying*, de próxima publicación, una arriesgada novela original que trata de gigantescos y tristes robots y de un tenso romance *queer*. Convertida en un cíborg al que le han reemplazado la sangre por ciencia, Candon da gracias por vivir en Hawái, donde nació y creció, cuarta generación de emigrantes japoneses. Por la mañana edita tonterías anime para Seven Seas Entertainment y por la noche deja que la atormenten su identidad, su ideología y el imperialismo. Tanto de día como de noche está atada a los caprichos de dos gatos desequilibrados, pero se siente comprendida y aliviada gracias al apoyo que recibe de su bellísima esposa.

emcandon.com
Twitter: @EmmaCandon